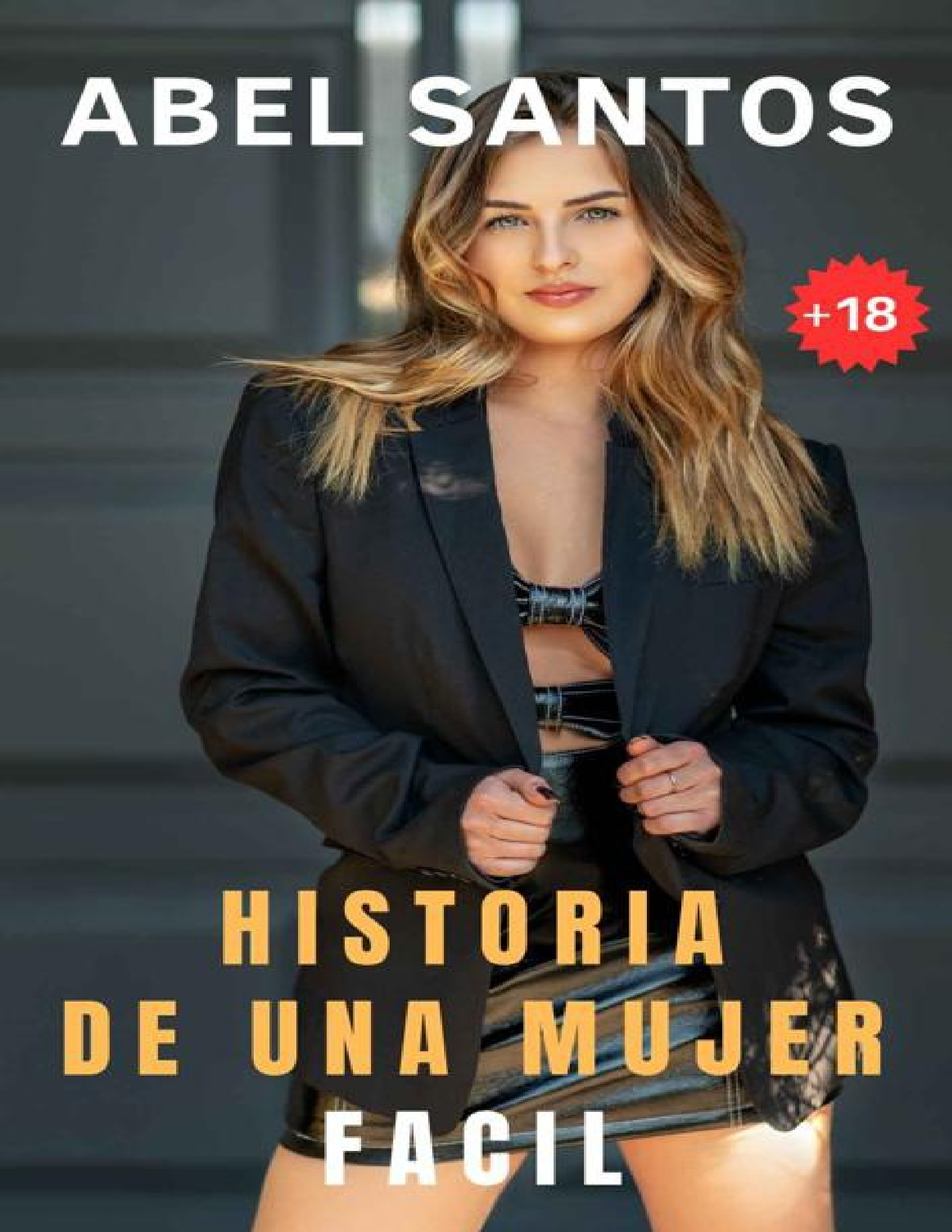

ABEL SANTOS
+18
HISTORIA
DE UNA MUJER
FACIL

# HISTORIA

# DE UNA

# MUJER FÁCIL

*Abel Santos*

Historia de una mujer fácil

Copyright © 2023 por Abel Santos

De ninguna manera es legal reproducir, duplicar o transmitir cualquier parte de este documento, ya sea en medios electrónicos o en formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del autor. Todos los derechos reservados. Este libro es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia.

# ÍNDICE

CLARA

PAULA

RAFA

CARLOS

PRÓLOGO

CELEBRACIÓN FAMILIAR

COMPAÑEROS DE TRABAJO

FAVOR DE PRIMOS

PELEA DE PRIMAS

CENA DE DIRECTIVOS

ASUNTOS DE OFICINA

CLARA Y EL MOTERO

UN HIJO DE MALA MADRE

VACACIONES FAMILIARES

ÚLTIMO DÍA DE VACACIONES

PRIMEROS DÍAS DE TRABAJO

LA TARDE EN LA BUHARDILLA

UNA PAJA DESESPERADA

SETECIENTOS EUROS

LA ESTRATEGIA DE CLARA

EL ESTALLIDO DE LA TORMENTA

DESPEDIDA DE SOLTERA

RAMIRO Y PAULA HACEN MIGAS

REPARTO DE BENEFICIOS

ULTIMA TARDE EN LA CASONA

# CLARA

Hola, mi nombre es Clara. Trabajo en una multinacional de éxito y soy la prometida de uno de sus ejecutivos. Aunque tengo fama de ser la putilla de la empresa, debo admitir que soy la única culpable de ello.

Antes de entrar en el despacho de arquitectura, yo era una chica normal, incluso más tímida y apocada que la media. Provengo de una familia muy humilde y tuve que esforzarme trabajando y estudiando simultáneamente para lograr abrirme camino en mi profesión. Nadie me había ayudado a llegar a donde estaba, y me enorgullecía por ello.

En cuanto al sexo, no me consideraba una mojigata, eso no, pero sí alguien del montón. Había tenido dos novios que me habían durado unos meses cada uno, y solo con ellos había hecho el amor. Y el sexo corriente que me habían proporcionado me había bastado siempre.

Pero luego algo cambió en mi vida. Mi cuerpo se transformó y de ser una chica sosa y gordita, me transformé en una mujer atractiva y de éxito profesional. Creí que podía aspirar a más y al final me pasé de la raya.

Estas aspiraciones, normales al principio, se convirtieron en ambición sin medida y deseé conseguir todo lo que nunca había tenido. Pero, claro, para obtenerlo necesitaba mucho dinero. Y yo no lo tenía.

Cegada por esa ambición, elegí el novio equivocado: Carlos, director financiero y futuro heredero de una saneada fortuna. O eso decía él. Cuantas sorpresas me esperaban a este respecto.

Un buen día, como le puede ocurrir a una chica joven y bonita, descubrí el sexo sucio y obsceno, aunque al mismo tiempo excitante. Me crucé con los dos hombres maduros más lujuriosos del mundo y estos me transformaron por completo.

Debo decir que, aunque los odié por aprovecharse de la niña inocente que era, al mismo tiempo los gocé y aprendí de ellos que mi cuerpo era un volcán a la espera de que alguien lo encendiera. Y tuve que sentir en mi interior sus maduras pollas para comprender que las adoraba, que eran una fuente de placer digno y deseable. A pesar de la degradación a la que me sometieron.

Solo encontrar a Rafa, un becario jovencito que marcaba el contrapunto con aquellos viejos verdes, evitó que me dejara llevar al extremo por unos tipos que solo me veían como un simple

objeto al que envilecer.

Con el tiempo, navegando en esta marabunta de sensaciones positivas y negativas, comprendí que poseía un arma insuperable con la cual colmar mis ambiciones: mi propio cuerpo.

A partir de ese momento mi vida dio un giro de ciento ochenta grados.

En la actualidad, no sabría decir si me arrepiento del camino que tomé. Pero sí puedo afirmar que, en las mismas condiciones, volvería a repetir todas las decisiones que tomé, con mis errores y mis aciertos.

Porque cuando siento un miembro viril adentrarse en mis entrañas, deseo gritarle al mundo que me está matando de gusto.

# PAULA

Hola, me llamo Paula y conozco a Clara desde hace cinco años. Soy algo mayor que ella y trabajo como secretaria de dirección en el mismo despacho de arquitectura que mi (mejor) amiga.

Debo confesar que era feliz antes de que se montara todo el follón.

En primer lugar, era feliz con mi trabajo. En segundo, con mi novio Rodrigo, con quien en cuestiones de sexo me las solía apañar aceptablemente. No es que éste fuera para tirar cohetes, pero el amor lo compensaba todo.

De pronto, llegó Ramiro, el viejo verde más odiado de la empresa, y me trastornó. Reconozco que con ese cerdo, subdirector general de la compañía, aprendí a disfrutar de una buena polla si, además, su dueño sabe cómo usarla. No me gustaba ni un pelo, sin embargo, la manía de pringarme la cara con su leche que tenía el muy cochino.

Él solo fue el principio, porque a raíz de probar su poderoso falo, comprendí que necesitaba probar muchos más. Y en esas andaba, algo perdida, a la búsqueda de pollas con dueño sugerente cuando se destapó lo de Clara. Por todo ello, caer en las redes de mi amiga parecía ser mi destino.

Y vaya cambio se produjo en mi vida.

Me dejé llevar por los consejos de Clara y, yo que odiaba el semen, llegué a probar el sabor de todos los espermas del mundo. De jóvenes y viejos, de altos y bajos, de gordos, flacos, calvos y melenudos. Y debo admitir que todos me supieron a gloria.

Aunque, puesta a elegir, me quedo con la lefa de mi novio, que sabe riquísima cuando me dice que me quiere mientras me llena la boca.

Hoy en día, Clara y yo hemos hecho piña. Y las dos, cada una con su chico, manejamos nuestras vidas de una forma más, digamos… liberal.

(No se lo digáis a nadie, pero puedo pasaros mi número si queréis que pruebe vuestra leche y os diga si está en su punto. Sssshh).

# RAFA

Soy Rafa, amigo de Clara y Paula. Al lado de las chicas soy un simple parbulito, pero uno no siempre elije a sus amigas. Mi única aspiración al entrar en el despacho de arquitectura era conseguir los créditos que necesitaba para completar mi último año de carrera.

Yo era un chico más bien tímido, e iba dispuesto a cumplir mi beca sin meterme en muchos líos. El «hombre transparente» quería que me apodaran.

Entonces conocí a Clara, mi jefa, y a Paula, una secretaria que está de muy buen ver a pesar de que ya pasa de los treinta. Y comenzaron los líos.

Quien me iba a decir que acabaría siendo seducido por las dos… y ambas a la vez. Parecía que se me disputaban. Y, a pesar de que me resistí, al final tuve que rendirme ante ellas y dejarme engatusar. Os aseguro que me las follé a las dos, vaya si me las follé. ¿O fueron ellas las que me follaron a mí? Menos mal que antes de entrar en la empresa ya había roto con mi ex, porque si no vaya follón se hubiera armado si se entera de mis asuntos con las zorritas de la oficina, con lo celosa que era la pobre.

En fin, que en cuanto entré a formar parte del grupo de mis nuevas amigas, comprendí que allí no era oro todo lo que relucía. Y tuve que emplearme a fondo para ayudarlas a luchar contra el ogro de la oficina.

La cosa no iba mal… hasta que me enamoré de una de las chicas. Joder, quién me mandaría a mí…

Pero, en fin, pasados los malos tragos, al final la sangre no llegó al río.

Hoy en día sigo trabajando con ellas, aunque nuestro trabajo es… algo diferente. Y no me quejo, no vayáis a pensar mal.

# CARLOS

Mi nombre es Carlos y soy el novio —es decir, exnovio— de la zorra de Clara. No sé si quiero hablaros de mi relación con ella, solo de pensar en la muy golfa me pongo de los nervios.

Yo nunca hubiera reparado en Clara si ella no me hubiera buscado con la intención de seducirme. Su humilde origen y su escasa belleza me la hacían transparente. Hasta que resurgió como una mariposa de su capullo y la luz de sus ojos me eclipsó. ¡Vaya cambio había dado la chica de la noche a la mañana!

Cuando se acercó a mí, parecía una mosquita muerta. Divorciado como me hallaba, y sin grandes esperanzas de mantener sexo que no fuera pagando, le abrí los brazos y la dejé entrar en mi familia y en mi clase social. Craso error. Lo que la traidora pretendía era aprovecharse de mi dinero y de mi estatus.

Pero, cuando descubrió que las cosas no eran lo que parecían, ya no le interesó mi persona y solo se mantuvo a mi lado para tapar sus sucias correrías. Y yo, infeliz de mí, no me di cuenta de ello hasta que los cuernos me impedían pasar por debajo de las puertas.

Ella aducía que fueron hombres de mi familia quienes la pervirtieron, pero era una vulgar excusa. No sé si se acostó con uno, con dos o con todos ellos. Me importa un bledo. Porque ella llevaba el furor uterino en sus genes desde el día en que nació. Ya lo dijo un hombre sabio: la que nace puta, se muere puta.

Por mi se pueden ir ella y sus dos amigos, Paula y Rafa, al infierno y quedarse allí para toda la eternidad. Por su culpa, he sido el hazmerreír de toda la empresa y no creo que pueda levantar cabeza. No volveré a ser quien fui, un hombre orgulloso y respetado.

¿Quién dijo que Clara era una mujer fácil? ¡Y una mierda fácil…! ¡Maldita golfa…! ¡Ojalá nunca la hubiera conocido!

# PRÓLOGO

Clara Fresnedillas Pérez tenía fama de ser la chica más fácil del despacho de arquitectura donde trabajaba. Ejercía como profesional de marketing de comunicación y era muy popular. A su competencia profesional se unía su dominio del francés e inglés de forma fluida, lo que le había permitido escalar peldaños con rapidez en la empresa. Aunque, a decir de muchos compañeros, ninguna de esas lenguas era la que manejaba con mayor soltura.

Rodeada de ingenieros como se hallaba, los rumores calculaban que se había tirado —o mamado— al 15% de los compañeros de la primera planta, a no menos del 10% de los de la segunda y a casi el 20% de los de la tercera. De la cuarta, al estar ocupada al 100% por personal femenino, parecía no existir estadísticas. Aunque en ella se ubicaba el Presidente, eso sí, pero las malas lenguas le atribuían tan solo alguna mamada esporádica, sin llegar a mayores.

Quizá esta ausencia de sexo completo con el gran jefe se debiera, según algunos, a que era primo del director Financiero —prometido de Clara—. Según otros, podría deberse a que al buen hombre no se le ponía lo suficientemente dura como para entrar en un chochito prieto y sinuoso como el que se le atribuía a la joven.

Lo que no sabía casi nadie —solo los afortunados beneficiarios de la garbosa muchacha— era que hacérselo con ella no salía gratis. Todo el que pasaba por sus labios —superiores o inferiores— lo hacía pagando una suculenta tarifa que Clara utilizaba como suplemento salarial a su insuficiente estipendio. Y decimos «insuficiente» porque la muchacha era de gastar mucho, no porque éste fuera escaso.

Cobrar por sus favores era la tapadera ideal para sus aventuras. Si empotrarla en alguno de los despachos o de los lavabos de la quinta planta —utilizada como almacén y poco visitada— les hubiera resultado gratis, la mayoría de ellos andaría presumiendo de hombría por haberse tirado a la novia del cornudo director de finanzas. Y todos en la oficina se habrían enterado en un par de días. Pero admitir que habían pasado por caja para abrirle las piernas sería una deshonra que ninguno de ellos estaba dispuesto a admitir.

Entre amigos los devaneos se tratan con condescendencia y, a las respectivas esposas, chitón. Pero lo de andar con chicas de pago no estaba bien visto, y el hecho de admitir que habían aflojado la cartera para echar un polvo —aunque fuera el polvo del año con Clara— les

hubiera resultado vergonzoso y humillante. Así que callaban, sonrojados, y Clara tan contenta.

*

Era Clara a la sazón una mujer de veintiocho años, atractiva y provocadora, que dejaba huella por donde quiera que pasaba. «¡Aquí estoy yo!» parecían decir sus muslos bajo las cortas faldas o los ajustados pantalones que solía lucir, compitiendo con los llamativos escotes y sus andares de mujer fatal que hacían pendular su larga melena castaña.

Su rostro ovalado, como de almendra, parecía cincelado por un escultor romántico. Al admirar aquel rostro perfecto, rematado por unos ojos azul oscuro, tenías la sensación de que estabas ante una ninfa escapada de un cuento de hadas, traviesa y burlona, y era imposible no llegar a desearla. Los pechos, en fin, perfectos en tamaño y tersura, los adornaba la joven con prendas provocadoras, haciéndolos aún más atractivos.

Todos los chicos de la oficina la miraban con deseo, mientras que las chicas la observaban sin disimular la envidia.

Pero nuestra protagonista no había sido siempre así de llamativa. Cuando se incorporó al despacho de arquitectos contaba la edad de veintidós años y era de un perfil más bien tímido y apocado, aparte de contar con unos kilos de más y lucir un vulgar moño que le restaba encanto. Había llegado para realizar unas prácticas en sus estudios de Marketing y tan solo pensaba quedarse para obtener los créditos que le proporcionarían el ejercicio en la empresa.

Por aquella época, su forma de vestir, con ropas deportivas y holgadas, la habían hecho pasar desapercibida para los varones de la empresa, mientras que las chicas no habían notado su presencia ni a la hora de comer.

Siendo una profesional inteligente y cualificada —además de los idiomas que dominaba— fue seleccionada para ocupar una vacante indefinida. Clara, cómoda como se encontraba con el trabajo, y conociendo las posibilidades de desarrollo, lo aceptó y se había quedado en el despacho sin dudarlo.

Poco a poco, con esfuerzo y astucia, había ido escalando en categoría y responsabilidades. Al cabo de cuatro años ya se había cambiado tres veces de departamento, había multiplicado su escaso salario inicial por tres y había conseguido uno de los ansiados despachos de la tercera planta, donde se ubicaba el departamento de Marketing.

Fue por entonces que su vida comenzó a cambiar. Con un sueldo más que espléndido, y unida al grupo de chicas más marchoso de la empresa —autodenominado el de las «modernas»—, había transformado sus costumbres y su atuendo. De haber vestido de forma sosa

y aburrida, ahora vestía ligera de ropa. De mostrarse tímida y apocada, ahora competía con las más echadas *palante* del lugar. Y, de ser virginal y pudorosa, había tenido en el último año no menos de tres escarceos furtivos en salas de reuniones con compañeros cazadores de presas fáciles.

Estos encuentros la habían abierto a un mundo de posibilidades hasta la fecha desconocido para ella. Todos ellos, además, habían tenido lugar con compañeros emparejados, lo que había facilitado que los escarceos fueran perecederos, como ella deseaba.

El único problema de este cambio lo suponía el vil metal. Llevar una vida desenfadada y repleta de entradas y salidas, fiestas casi todos los fines de semana —a veces también entre semana— y la ropa de marca que necesitaba para darse ínfulas, habían menguado sus ahorros hasta que amenazaron con desaparecer.

*

Cuando esto ocurrió, su cabeza empezó a fraguar una estrategia que de otra forma nunca se hubiera planteado: buscar un novio con buena posición económica.

Los compañeros que hasta ese momento la habían ignorado, dándose cuenta del bombón que se habían perdido hasta ese momento, habían empezado a rondar su despacho a la busca de sus favores. Y ella aprovechó este hecho para iniciar un casting silencioso entre ellos, dejándoles rondar, pero dando puerta enseguida a los que no servían para sus planes.

En primer lugar, los necesitaba solteros. Los casados solo podían ofrecer soluciones si aceptaran divorciarse. En definitiva, un rollo. Ni hablar: solteros o divorciados valían, pero nada de casados.

Para continuar, no los quería jovencitos. Descartó los menores de treinta y cinco, a excepción de que ejercieran una categoría de alto nivel en la empresa. De estos no había muchos, así que el casting lo terminó rápido entre ellos.

Por supuesto, el tamaño de su cuenta corriente era fundamental, así que descartó todos los que no ingresaran de cierta cantidad para arriba o tuvieran dinero de familia.

Por último, era imprescindible que el candidato fuera un panoli. Un hombre blandengue al que manejar a capricho y al que aflojar la cartera para saciar sus crecientes necesidades.

Durante tres meses aceptó citas de variopintos colegas, sin conseguir encontrar al adecuado para sus pretensiones. O no daban la talla en lo relativo a su situación económica, o eran demasiado controladores, o no daban el nivel de «panolismo» requerido.

Había casi descartado su loco plan cuando, en una reunión de trabajo, conoció en persona

al Director Financiero. Carlos parecía buena persona y hombre amable con todos sus colegas, ya fueran superiores o subordinados, lo que agradó de entrada a la ambiciosa Clara.

Se dedicó a frecuentarle a la hora del café o la comida y el tipo terminó por cuadrarle al cien por cien. Clara consideró que aquella «bonhomía» que exhibía el pobre podía ser equiparable a un alto nivel de «panolismo» y pasó a la segunda fase del plan.

Esta fase consistía en estudiar al sujeto durante las siguientes semanas hasta obtener los datos que le faltaban: Carlos era divorciado y sin hijos. Bien. Era diez años mayor que ella. Genial. Tenía un sueldo de Director, lo que debía de equivaler a cinco o seis veces el suyo. ¡La leche!

Pero, sobre todo —eso lo supo tras conseguir engatusarle para la primera cita—, era futuro heredero de una más que moderada fortuna proveniente de un tío —casi un padre para él—, rico de nacimiento y vividor de profesión.

Todo ello unido conformaba el objetivo que Clara había perseguido. Así que lo agarró tan fuerte como pudo y no lo soltó hasta sacarle una declaración en toda regla, acompañada de rodilla en tierra, fecha de boda y planes de futuro.

En esos tiempos, la fama de Clara aún no había nacido, pero comenzaban a crearse las condiciones que la llevarían a alcanzarla en un plazo no muy lejano.

Y aquí es donde comienza nuestra historia. Justo en el día en que en el domicilio veraniego de sus tíos —una casona de las afueras de Barcelona— se celebraba una comida familiar en la que se fijarían los detalles para la próxima boda de los tortolitos. El día en que Clara comenzó a sentir que su vida se transformaba.

# CELEBRACIÓN FAMILIAR

Ramón y Aurora, tíos de Carlos y su hermana Sofía, serían los anfitriones de la celebración que tendría lugar en la casona de veraneo de la familia. Los padres del prometido de Clara habían muerto cuando él y su hermana eran aún unos chiquillos. El tío Ramón los había acogido en su casa y los había criado como a hijos, además de los dos propios: Andrés y Juan.

Clara ya había sido presentada tiempo atrás a la familia de su prometido. Pero, como estirpe de recio abolengo que se preciara, era costumbre de la casa reunir a todos sus componentes para dar sello de oficialidad a compromisos tan importantes como una futura boda.

La comida se celebraba en un día caluroso de Junio. La casona de los tíos de Carlos había sido preparada con una gran mesa en el cenador del jardín, donde el sol no conseguiría martirizar a los asistentes. Dos camareras servirían el evento, mientras el chef y un cocinero de apoyo serían responsables de la preparación de las delicias a dispensar.

Carlos y Clara llegaron sobre la una de la tarde, justo para el aperitivo que precedería a la comida. Encontraron el portón de acceso a la finca abierto y se colaron dentro con el todoterreno recién estrenado de Carlos. Todos los demás invitados debían de haber llegado ya, a tenor del número de coches estacionados en el aparcamiento interior al aire libre. Incluso el parking cerrado había sido ocupado en sus tres plazas como indicaba la señal de «completo» que algún bromista había situado a la entrada.

«Ya está el cachondo de Berto con sus bromitas», pensó Carlos.

Una vez hubieron aparcado, Clara y su novio cruzaron el edificio principal y salieron al jardín donde el resto de invitados iniciaban un brindis. Clara comprobó que, en efecto, allí no faltaba casi nadie. Los únicos ausentes a primera vista eran el tío Ramón y su sobrina Sofía, hermana de Carlos.

En primer lugar estaba la anfitriona, Aurora. A su derecha, sus hijos Andrés y Juan con sus mujeres, Laura y Rocío, respectivamente. A la izquierda, Berto, el prometido de Sofía. Una camarera sostenía una bandeja con varias copas de champán que ofreció a la pareja como bienvenida.

Los recién llegados hicieron turnos para saludar con los besos de rigor a los ya presentes y, tras finalizar, Carlos preguntó por su tío.

—¿Dónde está el hombretón de la casa? —dijo en tono de broma.

Su prima Rocío se acercó a él y le agarró de un brazo.

—Ramón está en su buhardilla, trabajando en uno de sus libros —les anunció—. Me pidió que os dijera que subierais a saludarle en cuanto llegarais.

—De acuerdo —replicó Carlos y se giró hacia su novia—. Clara, querida, subamos a saludar a tío Ramón.

—De acuerdo, vamos —replicó la joven tomando de una mano a su prometido.

—No, espera —Rocío retuvo a Carlos, apretando el brazo del que le tenía agarrado desde que se saludaran—. Necesito hablar contigo de un tema urgente. Clara, vete subiendo tú, cielo, que yo te mando a tu novio en cinco minutos.

Clara se detuvo extrañada, y miró a su prometido a la espera de una señal de aprobación.

—¿Tan urgente es? —preguntó Carlos—. ¿No puedes esperar a que saludemos a Ramón?

—No… verás… —titubeó Rocío—. Es un tema delicado y que tengo que resolver enseguida. De hecho, mi abogado espera que le llame antes de las dos para darle una respuesta. Clara —dijo mirando a la joven—, mejor no esperes a Carlos, te lo envío en cuanto hable con él.

El hombre asintió mirando a Clara y ésta se alejó camino de la casa. La mirada de Carlos no era limpia. Una sombra ensombrecía sus pupilas.

—Vamos, primo, sentémonos bajo aquella pérgola y te cuento mi problema, a ver qué me aconsejas —dijo Rocío tirando de Carlos.

*

Clara conocía la casona por dentro. Había estado en ella en varias ocasiones. La buhardilla, sin embargo, era una de las estancias a las que nunca había osado subir. En esa planta, tío Ramón disponía de una sala personal y privada hecha a la medida de sus necesidades —y de sus caprichos—. Muy pocos tenían acceso a ella y solo por invitación.

La casa se hallaba vacía y silenciosa, a excepción del ruido de cacerolas y alguna voz lejana que provenían de la cocina, situada en la planta baja del edificio. Clara subió los peldaños de la gran escalera que conducía a la primera planta. Giró a su derecha y enfiló el segundo tramo, antes de embocar el tercero y definitivo.

Al llegar a la buhardilla, la puerta de la estancia que la ocupaba se hallaba abierta. Oteó el interior y no vio a nadie, así que se adentró despacio. Lo que en ella encontró era un entorno idílico… para un ermitaño. El espacio era amplio, de no menos de sesenta metros cuadrados, y todos los muebles eran vetustos y lujosos. Lo único que podía decirse en su contra era que habían

conocido tiempos mejores. Todos ellos se veían ajados por el paso de los años, y descuidados en relación a su limpieza.

Recorrió con la mirada la estancia y descubrió la mesa de escritorio en un caos de papeles, carpetas, cuadernos y un largo etcétera de instrumentos de escritura. El ordenador portátil apenas se veía bajo una maraña de documentos.

El resto de las paredes se hallaba tapizado de librerías desde el suelo hasta el techo, a excepción de un gran sofá cama en forma de «L» que cubría el esquinazo izquierdo más alejado de la puerta de acceso. En su vida había visto tantos libros en una habitación —más bien una biblioteca— particular. Habría sido de admirar si no hubiera sido porque los libros se apilaban sobre las estanterías sin orden alguno. Más pareciera que hubiera pasado por allí una banda de bárbaros y la hubieran revuelto a conciencia.

En relación al sofá cama, por otro lado, hubo un detalle que la dejó perpleja: la litera se hallaba desplegada y revuelta, como si hubiera sido utilizada en las últimas horas. Probablemente tío Ramón había hecho noche en ella, se dijo Clara.

La joven se encontraba absorta encajando los detalles de tan siniestro lugar, cuando a su espalda oyó un «clic» que era fácilmente atribuible a un pestillo que se cerraba. Se giró asustada y descubrió que era el tío Ramón quien había cerrado el acceso a la sala con el seguro interno de la puerta.

—Bienvenida a mis aposentos, querida —dijo con voz engolada, imitando a algún galán de cine aunque sin mucha convicción.

—Ah, hola, tío Ramón —respondió ella y se quedó inmóvil.

Ramón se acercó hacia ella y no se detuvo hasta que sus caras casi se rozaron. Sin una palabra más, el tío de Carlos rodeó a Clara con un brazo y le aprisionó una de las nalgas, apretándola con avaricia. Clara abrió la boca para emitir una queja, pero Ramón la tomó al asalto y su lengua húmeda se coló en ella antes de empezar a lamerla con un jadeo continuo.

—Joder, como me gustas… —suspiró el hombre.

La mano libre se había apoderado de uno de sus senos, amasándolo con ansiedad, y rozaba la pelvis con su pene, restregándolo contra ella para que Clara notara su dureza.

Tras unos segundos de sorpresa, Clara consiguió liberarse del abrazo y retrocedió dos pasos.

—Pero… tío Ramón… —dijo con los ojos como platos—. ¿Qué es lo que haces?

—¿A ti qué te parece, querida? —replicó chulesco.

—Joder… no sé…

—Pues creo que está claro… —la expresión socarrona de Ramón atemorizaba a Clara—.

Lo que pasa es que estoy muy cachondo y, para reducir mi calentura, había pensado en follarte antes de comer…

—¿Qué… dices…? ¿Te has vuelto loco? —se quejó ella con el bolso sobre los senos a modo de defensa—. Tu sobrino va a subir en cinco minutos, nos puede descubrir…

Ramón sonrió con suficiencia.

—Ah, no, cielito… ya se encarga Rocío de entretenerlo media hora… Tenemos tiempo suficiente para echar un polvo rápido…

—¿Ro… Rocío? —Ahora comprendía Clara la insistencia de la mujer al querer retener a su novio. La muy zorra le estaba despejando el terreno a su suegro.

—Venga, guapa, déjate de mojigaterías. No necesito que te desnudes, bájate las bragas y túmbate en la cama. Tengo el rabo a punto de estallar y si no te follo rápido me van a reventar los huevos.

Ramón tiró del elástico de su pantalón de chándal y su miembro apareció enhiesto y orgulloso, duro como una piedra y mirando hacia el techo. Con una mano sostenía el elástico y con la otra comenzó a pajearse para mostrarle a Clara que no bromeaba al hablar de su calentura.

La joven no pudo menos que asombrarse de la fabulosa virilidad de aquel hombre, sobre todo a su edad. Su próximo cumpleaños sería el sesenta y ocho, aunque por el tamaño y dureza de su miembro nadie podría suponerle más de cuarenta. Era una pena, se decía, que su novio no hubiera heredado aquella parte del físico de su pariente, a pesar de que reconocía que Carlos no estaba mal dotado. No obstante, lo hermoso de aquella polla no radicaba en su tamaño, sino en las venas que adornaban el tronco, haciéndola tremendamente atractiva para cualquier mujer con dos ojos en la cara.

Clara miraba aquella verga alucinada, mientras Ramón caminaba hacia ella. La muchacha, a su vez, daba pasos hacia atrás. Solo se detuvo cuando la cama se interpuso en su camino.

—Pero es que yo… no… no…

—¿Cómo que «no, no…»? —bufó el hombre—. ¿Es que no habíamos hecho un trato? No me vayas a decir que te has echado atrás.

—No… no es eso… es que yo no dije que aceptaba el trato… yo solo dije que me lo pensaría.

—¿Qué coños tienes que pensar? —Ramón clamaba, pero no dejaba de tirar de su piel hacia adelante y hacia atrás. Viendo como los ojos de Clara no se apartaban de su rabo, estaba seguro de que la chica cedería. Aunque a este paso no iba a disponer de más de cinco minutos para follarla—. Ya te dije que si no te abres de piernas, Carlos no recibirá ni un euro en mi testamento. No tienes nada que pensar: tu abres las piernas, yo te meto la polla y Carlos recibe

una cantidad asquerosa de dinero… ¿Qué te parece? Todos felices, ¿no?

Clara tragó saliva. No sabía cómo iba a salir de aquella encerrona. Quizá terminaría plegándose a las exigencias del medio padre de su prometido, pero ella esperaba que sería en otro momento y en mejores condiciones. No tuvo tiempo para pensarlo, sin embargo. Ramón la dio un empujoncito y la chica cayó hacia atrás, sentándose sobre la cama.

Su mirada era huidiza. Fijaba los ojos en el suelo para no tener que afrontar el fuego de las pupilas de su tío político. Y fue por eso que lo vio. Abrió los ojos alucinada, no se lo podía creer. Aquello que relucía a sus pies, casi debajo del mueble cama, era un condón usado. Y su uso había sido reciente: aún se veía el semen en su interior, líquido y brillante.

*

Lo primero que le vino a la cabeza a Clara fue que no entendía cómo el hombre podía tener aquella inmensa erección si no haría tanto que había llenado aquel preservativo. La segunda, y más importante, era quién habría sido la «afortunada» de probar su virilidad tan poco tiempo antes de su llegada a la buhardilla.

No tuvo que esperar mucho por la respuesta. La puerta del baño particular de la estancia se abrió y tras ella apareció Sofía —hermana de su prometido— con una toalla envolviendo su cuerpo y otra su melena. Iba cantando bajito y su canción se cortó en cuanto comprobó que en la habitación había una intrusa.

—Ho… hola… Clara —saludó ruborizada hasta la médula.

—Hola… Sofía… —replicó Clara, y aprovechó el impasse que su aparición había provocado para levantarse de la cama y alejarse de Ramón.

Éste se colocó el pantalón para cubrir su intimidad y se giró sonriente.

—¿Tú… tú también vas a ducharte…? —alcanzó a decir su cuñada—. Yo he tenido que ducharme en este baño porque en el mío de la segunda planta no funciona el grifo de la bañera…

La historia olía a excusa por los cuatro costados. Clara asintió muy seria. Imaginaba lo que había sucedido en aquella buhardilla antes de que ella llegara, pero no quería avergonzar a Sofía. Además, se consumía de ganas de que ella saliera de allí lo más rápido posible, antes de que llegara su novio.

—Sí, sí, claro… te entiendo… —dijo, casi tan cortada como su futura cuñada—. Pero no, yo no venía a ducharme, solo quería saludar a tío Ramón.

—Ah… vale…

Sofía dio unos saltitos descalza hacia el sofá cama.

—Un segundo que recojo mis zapatillas y mis pinturas y ya os dejo… —musitó Sofía.

Tomó una bolsa de aseo que se hallaba sobre una mesita aledaña al sofá y luego buscó las zapatillas con los pies. Se detuvo un instante mientras se calzaba y, con un movimiento ágil, se agachó y volvió a levantarse. El preservativo había desaparecido.

Lo que su cuñada no había observado era el móvil de Clara saliendo a hurtadillas de su bolso y volviendo a él en una fracción de segundo.

Sofía salió a la carrera de la buhardilla. Ramón siguió sus pasos y cerró el seguro de la puerta por segunda vez.

—Bueno… —dijo avanzando de nuevo hacia Clara—. Volvamos a lo nuestro… Nos quedan quince minutos, el polvo va a tener que ser super rápido.

Tomó a la joven del brazo y la arrastró hacia la cama. Si Clara no opuso resistencia fue porque aún no había conseguido salir de su asombro.

—¿Te acabas de… follar a tu propia… sobrina? —masculló—. Serás… serás…

Ramón no dijo nada, pero sus ojos sonreían burlones. Tiró de Clara una vez más y la sentó sobre la litera.

—¿Vas a quitarte las bragas o te las tengo que quitar yo?

Clara se puso el bolso sobre el regazo a modo de coraza.

—Espera… —dijo sobresaltada al ver que los pantalones del hombre caían a sus tobillos y acercaba la verga a su boca.

—¿A qué tengo que esperar…? —bufó Ramón—. Tu novio está a punto de subir. No tenemos todo el día.

Clara elevó sus ojos y le miró vacilante. Quería ver si su tío político se ablandaba con la expresión de su rostro.

—Es que… no estoy muy segura… —se excusó—. Necesito que me des más tiempo…

El hombre se impacientó.

—¡Qué coños! No hay más tiempo que valga… —exclamó—. ¡Abre la puta boca si quieres que Carlos herede…! ¡Y no te hagas la estrecha, hostia…!

Ramón se inclinó hacia adelante y su verga rozó los labios de Clara.

La polla de su tío político olía a semen reciente y a orines rancios. Era un olor que en otro momento le hubiera parecido vomitivo. No entendía, sin embargo, cómo aquel aroma la estaba excitando hasta el punto de humedecerle las bragas. Su razón le decía que tenía que echar la cabeza hacia atrás, pero su cuerpo no la obedecía.

—Abre la boca, preciosa… —repitió excitado el hombre—. Y saca la puta lengua…

Una gota de preseminal brotó de la punta del monstruo de carne que le rozaba la nariz. Y Clara cerró los ojos. Suspiró ardiendo por dentro y abrió los labios. Su lengua se asomó entre ellos. Ramón le acercó el glande y ella lo recibió con una lengüetada que eliminó la gota brillante que lo cubría e hizo estremecer al casi anciano.

*

Carlos caminaba a grandes zancadas hacia la casa. Miró su reloj. Joder, su puñetera prima le había robado veinte minutos. Y todo para nada, puesto que lo que le había estado comentando no eran más que ideas sueltas y absurdas sobre unas posibles inversiones de las que él no entendía un pimiento.

Se había librado de ella como había podido, porque si no veía que le iba a robar otra media hora por lo menos. Si la había hecho algo de caso era porque Rocío era para él como una hermana, no en vano estaba casada con su primo Juan, con quien había convivido desde niño y era su mejor amigo.

Según cruzaba el salón principal y empezaba a subir las escaleras, el corazón le bombeaba a doscientas pulsaciones. No había sido una buena idea dejar a Clara a solas con su tío. No tenía nada en contra suya, pero al pensar en él sentía escalofríos. Los había sentido desde que se mudara a su casa siendo aún un niño. Tal vez las leyendas que le rodeaban no eran ciertas, pero prefería no tener que comprobarlo.

Al atacar el último tramo de escaleras, comenzó a silbar. Quería avisar de su presencia a los ocupantes de la sala de la buhardilla. No quería dudar de lo que se encontraría allí, pero prefería no tener que enfrentarse a ello. Ojos que no ven…

Al empujar la puerta se la encontró atrancada por dentro. Un gusanillo le recorrió el estómago. Golpeó la puerta con los nudillos y esperó. No pasaron ni diez segundos hasta que una Clara sonriente le abrió y le cedió el paso.

Carlos se quedó parado. Su tío fumaba sentado sobre la cama del sofá, que se hallaba deshecha y revuelta. No pudo evitar tragar saliva. Quería preguntar el porqué de la puerta cerrada y al mismo tiempo prefería no hacerlo. Presentía que no saber era mejor que saber demasiado.

Consiguió armarse de valor y transformó su cara con una sonrisa jovial. A continuación, se acercó a su tío para saludarle y se fundieron en un abrazo. Tras ponerse al corriente de las novedades desde la última vez que se habían visto, Ramón se excusó y se dirigió al baño para una ducha rápida antes de la comida, dejando sola a la pareja.

Carlos tomó a Clara de la mano y la arrastró escaleras abajo. Se mordía la lengua para no

hacer la pregunta. Finalmente, no pudo evitarla.

—¿Se puede saber por qué estaba la puerta cerrada por dentro? —le susurró.

Clara no respondió y siguió bajando escaleras. Carlos se detuvo y tiró de ella hacia un rincón de la primera planta.

—¿Por qué no me contestas?

La joven suspiró y entonces habló.

—Mira, Carlos, no me vuelvas a dejar a solas con él… —dijo tomándole de las manos—. Tu tío es muy raro y yo creo que está medio loco.

Carlos comenzaba a sudar, a pesar de que el aire acondicionado de la casa la mantenía a menos de veinte grados.

—¿Te ha… hecho algo? —preguntó con voz ahogada.

—No… —replicó Clara—. ¿Qué iba a hacerme?

—Entonces… ¿qué ha pasado…?

—Es que… no sé si decírtelo.

—Por dios, Clara… dímelo o te juro que…

La joven se acercó a su oído y le susurró.

—Es que afirma que se siente vigilado… Ha cerrado la puerta porque dice que hay gente que no le quiere y que pretenden robarle… o matarle… o algo así… Es por lo de la herencia… Yo creo que la cabeza no le rige… Está de siquiátrico, tal vez deberíais pensar en internarlo.

Carlos suspiró aliviado.

—Joder… —dijo—. Ya sabía que estaba un poco atontado, pero se ve que con los años…

—Ya te digo. Así que te pido por favor que no me vuelvas a dejar a solas con él ni un minuto. ¿Me lo prometes, cariñín?

—Claro que te lo prometo, pichoncito.

Se dieron unos amorosos piquitos y, bajando las escaleras, se encaminaron hacia el cenador del jardín.

Mientras Carlos se acercaba para coger una cerveza de la nevera al aire libre, un ronroneo se hizo notar en el bolso de Clara. Se detuvo, sacó el móvil y leyó el mensaje de su tío político.

RAMON: Seguiremos hablando. Te llamo. Besitos.

Clara borró el mensaje lo más rápido que pudo y se acercó a su prometido. Le tomó del brazo y se apretó contra él. Todo su cuerpo le temblaba.

*

Comieron y charlaron durante más de dos horas. El ambiente era festivo y distendido. Se contaron chistes, anécdotas y se habló de libros, de cine y de los viajes recién realizados o próximos de cada una de las parejas presentes. Alguien intentó hablar de trabajo y el resto de los asistentes lo hicieron callar entre silbidos.

Al comenzar la sobremesa con los licores repartiéndose generosamente en las copas, Ramón golpeó su vaso con una cucharilla y pidió silencio a sus familiares. Cuando estuvo seguro de que había ganado su atención, comenzó a hablar, solemne:

—En primer lugar, quiero dar las gracias a Clara y a Carlos por haberse prestado a esta antigua tradición de anunciar su próxima boda para recibir el «pláceme» por parte del cabeza de familia.

Su familia lo abucheó y Rocío se atrevió a lanzarle una servilleta a la cabeza. Ramón rió y todos le secundaron.

—Ya… ya sé que es una costumbre anticuada y patriarcal —prosiguió sin dejar de reír—. Pero es de las pocas tradiciones que quedan en esta casa y cuando se llega a mi edad gusta recordarlas aunque solo sea por el hecho de sentarnos a la mesa con todos nuestros hijos y poder daros un abrazo. Porque no me negaréis que últimamente ya casi no nos vemos todos a una.

Los invitados asintieron, dándole la razón al casi anciano. Una lagrimita corría por la mejilla de Laura y su marido Andrés se apresuró a limpiársela con un beso, bromeando por que se le hubiera escapado.

—Gracias, Ramón —cortó Carlos la perorata de su tío—. Hablo en el nombre de Sofía y en el mío propio. Ambos te agradecemos que nos consideres tus hijos.

Ramón levantó su copa. Aurora notó que se la excluía de las referencias. Ya no eran «sus» hijos, de los dos, sino los de Ramón. No obstante, mujer chapada a la antigua, no osó protestar al no sentirse ofendida.

—Pero, ¿cómo no iba a ser así? —reafirmó Ramón—. En esta mesa están sentados mis cuatro hijos: Andrés, Juan, Sofía y Carlos. Aunque no todos hayáis salido de mis entrañas, así os considero y esto que os digo está relacionado con el anuncio que quiero haceros a continuación.

«Viejo granuja —se dijo Clara—. ¿Tus cuatro hijos? ¿También Sofía? ¿Entonces como llamarías al hecho de habértela follado hace una hora mientras su prometido tomaba el aperitivo con los otros tres? Si tirarte a una sobrina es incesto, ¿cómo llamarías a metérsela a la que consideras tu propia hija? Por otro lado, ¿Qué tenía que ver Rocío en aquel juego? Porque Ramón le había dejado claro que tenía su encargo de retener a Carlos durante media hora, tiempo que consideraba suficiente para repetir su hazaña con ella misma. ¿Es que también se follaba a

Rocío? Menudo hijo de puta estaba hecho.»

La expresión de Ramón era burlona, y Clara notaba que la miraba a ella en exclusiva mientras hablaba. Parecía decirle muchas cosas sin necesidad de hablar. La joven, por su parte, apartaba la mirada para no tener que sostener el fuego de los ojos del viejo cerdo.

Y cuando el mensaje de su tío político llegó, supo que sin ninguna duda iba dirigido a ella.

—El anuncio que quiero haceros es el siguiente —continuó el patriarca—: He decidido legaros una parte de mi patrimonio en vida.

Los invitados se miraron los unos a los otros con incredulidad. ¿El viejo tacaño soltando pasta sin una pistola en la cabeza? Imposible. Se miraron sin terminar de entender a lo que se refería Ramón, por lo que contuvieron la respiración hasta oírle terminar.

—Sí, lo que oís… —continuó tras una pausa teatral—. He pensado que es mejor que disfrutéis de vuestra herencia mientras aún tenéis fuerzas y ganas para gastarla. Y os informo de que he dado orden a mis abogados para que ejecuten una donación a cada uno de mis cuatro hijos por un total de la mitad de mi patrimonio.

La mirada de Ramón ya no disimulaba cuando miraba a Clara. Y ella se sintió aludida con un escalofrío que la recorrió por entero. Tragó saliva y se preguntó cuánto tendría que pagar por aquello que se le ofrecía.

—Es algo que llevará su tiempo —dijo Ramón para finalizar—. Meses, quizá años en algún caso, pero os prometo que tendréis lo que es vuestro por hacer feliz a un viejo que no os merece.

Tras la sorpresa inicial, la euforia se apoderó de su mujer y de las cuatro parejas, y todos irrumpieron en un caluroso aplauso.

Clara suspiró, aquello no era gratis, pero mejor así que tener que volver a la escasez de recursos que le impedía mantener el ritmo de su recién estrenada vida de lujo y placer.

# COMPAÑEROS DE TRABAJO

Esa mañana tocaba reunión de departamento. Clara había sido convocada a una presentación sobre las estrategias de marketing para el trimestre entrante —julio a octubre—. La joven llegó a la sala del consejo cuando aún no había nadie en ella. Abrió su portátil y se dedicó a leer el correo pendiente a la espera de que llegaran el resto de asistentes.

No habían pasado más de dos minutos cuando apareció Ramiro, adjunto al director general, y dándole los buenos días se sentó a su lado. Clara dio un respingo y se alejó lo más que pudo haciendo rodar su silla hacia su izquierda. No podía evitar que aquel hombre le pusiera los pelos de punta.

Ramiro era un tipo elegante, atractivo, deportista, con cuerpo de figurín… y un hijo de la gran puta. Todo lo que tenía de fascinante lo tenía de repulsivo. Su mirada la traspasaba siempre que se cruzaba con él. Más que desnudarla con los ojos, parecía que quemaba su ropa para arrancársela del cuerpo. Su sonrisa irónica era pura lascivia. Y, aunque ella no era la única de la oficina en soportar su excesiva atención, el círculo de amistades femeninas de Clara admitía que ella era su preferida.

Los participantes en la reunión empezaron a ocupar sus asientos uno tras otro y Clara suspiró relajada. Al menos ya no tendría que estar a solas con aquel asqueroso. No sería la primera vez que le había tenido que quitar la mano de su hombro y alejarse de su rostro para evitar la cercanía que utilizaba cuando hablaban de trabajo.

Clicaba el botón de envío del último correo que pensaba responder cuando una voz a su espalda la sobresaltó:

—¿Lo quieres solo o con leche?

Clara se giró. A su espalda se encontró con la sonrisa tímida de un joven al que no conocía. El chico llevaba una bandeja repleta de vasos de café en tres hileras: solos, con leche y cortados. Sonrió a su vez y, con gesto agradecido, cogió el más cargado que vio sobre la bandeja. A continuación, el chico repitió el ofrecimiento al resto de asistentes a la reunión.

Le resultó extraño que un muchacho ataviado con traje y corbata se dedicara a servir los cafés. «Ya se la han jugado a otro becario —pensó—. Al menos, en esta ocasión no es una becaria a quien vacilan». Siguió con la mirada al joven y éste, tras terminar de servir, se sentó en

una silla del fondo de la sala, algo lejos de la mesa central. Le observó sacar de su mochila un cuaderno y un bolígrafo y este hecho le confirmó que estaba invitado como oyente.

Tan pronto como la luz se apagó y se inició la proyección sobre la pantalla, Ramiro se acercó a ella y le susurró:

—Hoy vienes más guapa que nunca —dijo—. ¿Esta noche toca fiesta?

Clara sintió una amago de arcada en el estómago e intentó alejarse de él. La cercanía de la silla del compañero de su izquierda se lo impidió. Se giró lo más que pudo para no sentir al menos el aliento a café del tipejo.

—¿Te importa mirar a la pantalla? —le replicó.

Ramiro sonrió lobuno y volvió la vista hacia la proyección. Pero el cambio no duró ni un minuto. Clara sintió algo que reptaba por su rodilla y al bajar la vista comprobó que se trataba de la mano de Ramiro que la acariciaba causándole un cosquilleo incómodo.

Le hubiera gustado darle una bofetada y haberle montado una escena, pero no parecía lo más adecuado en aquel entorno. Tendría que manejar la situación con sutileza para no generar un escándalo que no la beneficiaria en nada. No sería la primera vez que tuviera que torear con un aprovechado como aquel, aunque en este caso se tratara del mayor canalla de la empresa.

Movió la pierna sobada y la cruzó sobra la otra. El movimiento, sin embargo, fue un auténtico error porque lo que había conseguido era que la falda se le levantara por el flanco exterior y que el acceso a sus nalgas quedara abierto. El tipejo, fajado en mil batallas, aprovechó para introducir su mano y agarrar la nalga que se le ofrecía, apretándola como a una pelota de goma.

Clara dio un respingo y miró hacia los lados buscando ayuda. Todos se hallaban absortos en la pantalla y nadie parecía percatarse de lo que ocurría. Lo único que descubrió, muy al contrario, fue la sonrisita perversa del compañero que se había sentado tras ella, justo el que no la permitía retroceder. El muy hijo de puta parecía estar disfrutando del espectáculo, de modo que por ese lado no había nada que hacer.

A punto estaba de levantarse de la silla y huir de la sala, cuando una sombra se acercó por su espalda. El propietario de la sombra dio un traspiés y un café salió de sus manos volando, yendo a caer de lleno sobre Ramiro, quien quedó pringado del oscuro líquido.

—Ostrás… lo… siento… —susurró el presunto becario—. Me he tropezado… lo siento… de verdad… perdone…

El chico sacó un pañuelo y empezó a resegarle la camisa y los pantalones con él. Ramiro juraba en arameo, aunque siempre en un contenido susurro para no interrumpir la locución del presidente.

—¡Mecagüentodo… chaval… si serás gilipollas…! —decía viéndose el estropicio.

—Lo siento… lo siento…

Clara se estaba partiendo de la risa. Aquello no podía haber sido una coincidencia. Miró al chico y éste le guiñó un ojo. Le agradeció la ayuda devolviéndole una amplia sonrisa e hizo un hueco para que Ramiro pudiera salir con su silla y largarse al baño a la carrera. Si se daba prisa, aún podría salvar el traje.

*

Cuando los focos volvieron a iluminar la sala, se formaron los típicos corrillos y Clara aprovechó para tomar los últimos apuntes en el ordenador antes de cerrarlo. Se disponía a abandonar el lugar cuando su jefe, director de Marketing, se acercó a ella acompañado de su ángel salvador.

—Mira, Clara —le dijo—. Quiero presentarte a Rafa. Rafa , esta es Clara.

Mujer y chaval se dieron la mano y el director prosiguió.

—Rafa ha obtenido una beca en la empresa para los siguientes doce meses y la va a desarrollar en nuestro departamento. He estado estudiando las alternativas y he decidido que te dedique el cincuenta por ciento de su tiempo y que reparta el otro cincuenta entre los demás compañeros. Así que no os digo más, poneos al corriente y empieza a pasarle la carga de trabajo que necesites. Explícale cómo resolverla, se trata sobre todo de que aprenda, no lo olvides. Espero que te sea de ayuda.

Aunque pudiera parecer lo contrario, a Clara no le llenó de alegría tener que dedicar su atención a aquel chaval. En realidad, le iba a quitar más tiempo que otra cosa. Al menos en los primeros meses.

No obstante, teniendo en cuenta su ayuda con el gilipollas de Ramiro, decidió darle una oportunidad.

—Pues nada, Rafa, encantada —le dijo, observando un rostro en el que sobresalían sus enormes ojos negros—. Sé bienvenido y siéntete como en casa.

Dicho esto, se dirigió a paso ligero hacia la salida. Rafa la siguió como un perro fiel.

—¿No quieres que haga algo ya? —le dijo sin perder el paso—. Puedo ordenar archivos… o algo… si te parece…

Clara constató que el muchacho había visto demasiadas películas. En el siglo XXI pensar que existían archivos no digitalizados era de ser muy novato. Lo que Clara no sabía en ese momento era que la pericia de Rafa con los ordenadores le iba a resultar de mucha ayuda en el futuro.

*

Clara comió con sus compañeras Paula y Lines en la cantina de la empresa. Rafa las miraba con un túper a varias mesas de distancia.

—¿Por qué no le has dicho que se siente con nosotras? —le preguntó Lines.

—Déjale que sufra —respondió Clara—. Que aprenda que la vida es dura. Ya le dejaremos que nos acompañe dentro de unos días. Poco a poco.

Lines acabó de comer a la carrera y salió sin probar el postre alegando una reunión urgente. Cuando Paula y ella se quedaron a solas, Ramiro pasó a su lado y saludó a la muchacha con sonrisa burlona.

—Hola, Paula…

El tipejo aún portaba la mancha de café de la mañana sobre la camisa. Parecía querer presumir de ella. Paula agachó la cabeza y miró de reojo a su amiga hasta que se hubo alejado.

—Ese puto cerdo… —musitó Clara. Luego, acercando la cabeza, le preguntó en un susurro —. ¿Sabes lo que me ha hecho en la reunión trimestral de Marketing?

—Sí… —respondió Paula rehuyendo la mirada—. Me lo ha contado Silvia.

—Joder, pedazo de cabrón… No sé si decírselo a Carlos… Aunque quizá sea mejor que no lo haga, porque si se entera…

Paula se mostraba extraña y, Clara, viendo la actitud medrosa de su amiga, se interesó por ello.

—Pero, ¿a ti qué te pasa?

Paula soltó un hipido y respondió bajando la voz.

—Ay, Clara, que creo que he hecho la mayor bobada de mi vida…

—¿Bobada? ¿Qué bobada? —preguntó extrañada—. ¿No habrás roto con tu novio?

—Ay, no… por dios… no digas eso ni en broma… —casi gemía—. Aunque si se entera de lo que he hecho, me manda a la mierda el pobre… y con razón —concluyó y soltó un puchero.

—Pero, a ver… —se impacientó Clara—. ¿Se puede saber qué ha pasado?

Paula acercó la boca al oído de Clara y le confesó su secreto con un suspiro.

—Me he enrollado con Ramiro hace un rato…

Clara recordó la sonrisa burlona del hombre y ahora le cuadraba su actitud al saludarla unos segundos antes.

—¿¡Qué!? No me digas que te has acostado con ese cerdo…

—Sssshh… —la cortó Paula—. A ver si se va a enterar todo el mundo…

Calló un momento pensativa, luego continuó.

—Aunque acostarme, acostarme, no ha sido… —Bajó la mirada una vez más—. En realidad lo hemos hecho sobre la mesa de su despacho.

Clara no salía de su asombro.

—¡Joder, Paula! —se quejó sin levantar la voz—. ¿Con el puto Ramiro…? ¿En qué coños pensabas?

Paula volvió a hipar.

—Ay, chica, que no lo sé… —explicaba—. No me ha dado tiempo a pensar. Todo ha sido como flotar en una nube hasta que de pronto me he dado cuenta de que entraba y salía de mi coño con su deliciosa polla y que me corría sin remedio…

—¿Deliciosa? —bufó Clara con cara de asco—. ¿Tú te estás escuchando? ¿Te has vuelto loca...? A ver, cuéntamelo todo.

—Pues… déjame que me acuerde. Ha sido todo tan rápido… —comenzó Paula—. He ido a su despacho para comentar un asunto que estoy llevando para él. Ramiro me ha recibido con su sonrisa de dentífrico y ha cerrado la puerta con pestillo. En un primer momento me he mosqueado, pero luego no le he dado importancia

»Mientras le enseñaba la documentación en el ordenador, se ha inclinado sobre mí, me ha apartado el pelo y ha empezado a besarme en el cuello. He intentado resistirme, pero solo un segundo. Al segundo siguiente ya tenía sus manos bajo la falda y me apretaba una teta dentro del escote. Todo ha sido tan rápido que no he podido ni opinar.

—Pero, ¿tú no le has dicho que parara, que no querías?

—Pues… creo que una vez… —gimió Paula—. Es que… olía tan bien y me tocaba de una manera que… Me mataba, Clara… me mataba con sus manos. ¡Joder como toca ese tío! Cuando me ha metido los dedos en el… ese… casi me desmayo. Me sentía mareada y solo sabía que me moría del gusto que me daba... y que me moriría más aún si dejaba de hacerlo.

»Porque mientras lo hacía me besaba con esa lengua húmeda que parece que da asco… hasta que te la mete en la boca y entonces te la quieres comer… Uffffff… Ya estaba caliente como una cerda, pero encima se ha arrodillado delante de mí, me ha quitado las bragas sin que ni siquiera sepa como lo ha hecho, y ha empezado a lamerme el chocho con un ansia que no he podido evitar ponerme a gritar. Si no me hubiera metido las bragas en la boca, creo que nos habrían escuchado en todo el edificio.

—Joooder, Paula…

Paula respiró profundo y siguió con su historia.

—Total, que cuando estaba a punto de correrme, se ha dado cuenta y me lo ha preguntado. Yo le he dicho que sí, que no aguantaba más y se ha parado. Casi lo mato, te lo juro. Creí que me iba a dejar así, a medias. Pero no, ¡qué va…! Me ha levantado y me ha sentado sobre el borde de la mesa. Me ha abierto las piernas en una postura en el aire que jamás hubiera creído que pudiera mantener y me la ha metido hasta el fondo de un solo empujón. Imagínate cómo estaría de mojada.

—¿Hasta «el fondo de un solo empujón»? —acertó a decir Clara con la boca hecha agua.

—Sí, sí… de un solo empujón… El muy asqueroso tiene una polla enorme y pensé que no me iba a caber… pero ha entrado a la primera y sin preámbulos. No he visto algo semejante en mi vida. La de mi novio no debe de ser ni la mitad.

Clara no podía evitar excitarse oyendo a su amiga a pesar de que estaba hablando del cerdo de Ramiro. Las braguitas ya llevaban un rato recibiendo la humedad que resbalaba desde su vagina.

—Sigue… —volvió a decir humedeciéndose los labios con la lengua.

—Pues me ha empotrado como un poseso y me ha comido la boca para que mis gritos no llamaran la atención. Y te juro que no sé cómo lo ha hecho, porque al mismo tiempo me mantenía en esa postura y me apretaba una teta y luego la otra. Y sin soltarme me amasaba las nalgas también. ¿Puedes creerlo? Y yo pensaba que me iba a caer, porque estaba sentada sobre el filo de la mesa. Pero él me sujetaba, una pierna en su cadera y la otra en un hombro. ¿Cómo coño lo ha hecho? Parecía un pulpo. Ese asqueroso sabe cómo manejar a una mujer, el muy…

»Menos mal que solo ha durado un par de minutos… Al final nos hemos corrido a la vez y ha sido la hostia. Te lo juro, Clara: la mismísima hostia…

Clara carraspeó para disimular su excitación.

—Paula, ¿se ha puesto condón? —la miraba preocupada—. Porque del condón ni me has hablado.

—No, qué va… no se ha puesto condón el muy cochino… Pero no me ha importado… Ya sabes que tomo la píldora… Así que por eso tranquila…

—¿Tranquila? —se removió Clara sobre la silla—. ¿Acaso no sabes que hay más cosas que te pueden pasar follándote a pelo, además de un embarazo? Y ese tío se ha follado a la mitad de las chicas de la empresa, a saber si no tendrá algo en el pito.

—Lo sé, de verdad, Clara. Pero es que estaba tan ida que no me importaba nada. Solo quería sentir aquel pedazo de carne dentro y, luego, se ha empezado a correr y ya no he sido persona.

—¿Para tanto era? No me lo puedo creer…

—Ya, yo tampoco lo creería en tu caso. Pero el muy asqueroso me ha llenado el chocho de leche y he perdido la razón. Porque su leche tampoco era normal… Quemaba, Clara, quemaba en mi vagina, ¿te lo puedes creer?

—¿El «muy asqueroso»? —bramó Clara sin levantar la voz—. Querrás decir el muy «hijo de puta». Ese cabrón se ha calentado conmigo esta mañana y al final lo ha pagado contigo.

—Hija, Clara, te juro que estoy muy arrepentida… —la cara de penitente de Paula era todo un poema—. Por dios no se te ocurra comentárselo a nadie… y menos a mi novio cuando salgamos juntos… Me mata el pobre… o se muere del susto…

—Joder, Paula, eso ni se menciona, que somos amigas… —Clara suspiró y se arrimó a su compañera—. Pero prométeme que no vas a quedarte a solas con ese cerdo nunca más… ni en la oficina ni en ningún otro sitio. Si hace falta, me llamas y nos reunimos juntas con él cada vez que quiera hablar contigo por trabajo. Y fuera de aquí ni a un kilómetro… ¿me oyes?

—Vale… te lo prometo… Pero perdóname, por favor…

—No seas tonta, yo no tengo nada que perdonarte. Pero el pobre cornudo de tu novio… ese sí que tiene que tener paciencia contigo… Y guardarse mucho de dejarte salir por ahí sin él… Menudo peligro tienes, amiga…

Cuando las dos jóvenes se separaron, Clara la miró partir. Su amiga era, más que guapa, resultona. Pero su buen tipo y su carácter alegre y dicharachero la hacían ser deseada por más de uno. Rubia —de bote— y de labios bonitos con sonrisa aún más bonita, más de un compañero de la oficina había llegado a pedirla en matrimonio. Pero ella jamás hubiera aceptado a nadie que no fuera su gran amor del instituto y novio oficial: Rodrigo.

Por eso no entendía como había podido entregarse en cuestión de minutos a un cerdo como Ramiro. Un hombre detestable y al que las compañeras rehuían para evitar lo que justamente le había ocurrido a Paula. Y, encima, no se le podía culpar de acoso, porque las que caían en sus redes lo hacían más que voluntarias.

¿Qué tendría el puñetero vejestorio?, se preguntó —aunque viejo no era, no debía pasar mucho de los cincuenta y se cuidaba sobremanera, incluyendo la visita casi diaria a un gimnasio. Y todas las que lo habían «padecido» aseguraban que olía como los ángeles.

# FAVOR DE PRIMOS

Esa misma tarde Clara tuvo que quedarse a hacer horas extra. Tenía que acabar unas presentaciones que su jefe le había pedido para el día siguiente y no las tenía ni empezadas. Cuando Carlos fue a buscarla para irse a casa, Clara le comentó el asunto y le pidió que se fuera él por delante. Ella pediría un Uber tan pronto como acabara, aunque no esperaba que fuera antes de las once.

Trabajó dos horas sin parar, concentrada en su labor y repasando mentalmente la historia de Paula. No podía evitar excitarse al recordar aquellas palabras de su amiga: «la corrida fue la mismísima hostia». ¿Con el puto Ramiro, el tío más asqueroso de la empresa? ¡Por dios, Paula…!

Se encontraba a solas en su despacho, la cabeza gacha sobre el teclado, cuando por la puerta asomó la cabeza de Rafa. Eran las ocho y media y no entendió que hacía el chico allí a esa hora. El resto de compañeros se habían marchado hacia dos horas como mínimo.

—Me voy, jefa… —dijo el chico.

—Vale…—respondió ella sin mirarle—. Hasta mañana.

—A no ser que pueda ayudarte en eso tan complicado que parece que te trae mártir. Lo digo… por la cara de esfuerzo que pones… espero que no te enfades…

El becario se había cortado a mitad de la frase. Había querido ser ocurrente y se temía que se había pasado tres pueblos. Clara suspiró y se echó para atrás en la silla. Se acarició el cuello, que le dolía por la fatiga de mirar al monitor del PC durante tantas horas.

—No sé… no creo… —repuso—. A no ser que seas un experto en vectorización de imágenes…

—¿Vectorización?

—Sí, eso, vectorización —bostezó Clara sin hacerle mucho caso—. Si consigo que estás dieciocho malditas imágenes entren en sus espacios reduciendo sus vectores, habré terminado por hoy. A quince minutos por imagen, te puedes imaginar… Bueno, tranquilo, ya sé que de esto tú ni idea, pero ya te enseñaré otro día. Hala, vete a casa y ya hablaremos mañana.

Rafa se acercó hacia su mesa y, girando la pantalla, observó las imágenes que Clara tenía preparadas para tratarlas digitalmente. Sus movimientos eran lentos y tímidos, como sin querer

molestar. Clara se contuvo al observar cómo le tocaba la pantalla. Intuía que si mostraba el cabreo que sentía por aquella violación de su PC, el chaval saldría corriendo de la empresa como alma que lleva el diablo y tal vez no volvería a verle. No obstante, se sintió generosa y le dejó hacer. Al fin y al cabo, cinco minutos más o menos no le supondrían demasiado en aquella noche de trabajo.

Tras una observación de un par de minutos, Rafa se atrevió a hablar.

—¿Me dejas que pruebe una cosa?

—¿Probar? —repitió ella.

—Sí, es solo…

—Joder, Rafa, no sé si debo… Llevo todo el día trabajando en esto y solo faltaría que me lo jodieras y tener que volver a empezar.

—No te preocupes, antes de nada haré una copia de seguridad de los archivos.

—Bueno, vale… —respondió, recordando que el chico se merecía una oportunidad. No en vano le había dado una lección a Ramiro, el tío más cerdo de la oficina.

Clara se levantó y Rafa ocupó su silla. La joven le comentó lo que necesitaba y Rafa empezó a trabajar. Tomó el ratón en su mano y lo apretó con una seguridad aplastante. Manipulaba con soltura la flecha por la pantalla y, tras ejecutar la copia de seguridad que había prometido, se dedicó al tratamiento de la primera imagen.

Ingresó una dirección de Internet en el explorador y cliqueó rápidamente sobre las opciones adecuadas, al tiempo que respondía a preguntas que un programa desconocido para Clara le iba presentando.

En dos minutos, Rafa emitió su veredicto:

—Ya está la primera imagen.

—¿Ya…? —Clara silbó asombrada—. Deja…

Revisó con unos clics que lo que decía Rafa era correcto y le devolvió el ratón al chaval. En quince minutos más todas las imágenes estaban convertidas y preparadas para ser insertadas en el espacio reservado para cada una de ellas. La documentación que Clara había preparado durante la tarde estuvo completada en los cinco minutos siguientes.

—¡Jo-der! —exclamó Clara—. ¿Por qué nadie me ha dicho que eres un dios de la informática?

—Bueno, yo…

Rafa se levantó y le sonrió con la mirada esquiva. Clara no entendía la timidez del chaval. Un chico alto, moreno y con unos ojos negros que quitaban el sentido, en un mundo normal corresponderían a un perfil más «Ramiro». Supuso que se debería a que era su primer día y le

perdonó su cortedad. De todas formas, el hecho de haberse atrevido a putear al adjunto del director en su primer día de trabajo… ufff… Cojones sí que tenía el chaval, tenía que reconocer.

—Me has salvado la vida… —sonrió mientras apagaba el ordenador—. Te has ganado una copa… ¡Yo invito!

La negativa del chico la pilló por sorpresa.

—Te lo agradezco, pero mejor otro día.

—Vale, no pasa nada —intentó disimular su decepción—. Supongo que no querrás hacer esperar a tu novia.

El chico sonrió y se ruborizó.

—No, no es eso… —replicó—. No tengo novia.

Esa noticia sí que la extrañó. El chico estaba de toma pan y moja. ¿Qué diablos le pasaba con las chicas? ¿Sería gay?

—¿Entonces…? ¿Ni un solo chupito de lo que sea?

—Veras… Es que mañana tengo un examen y voy a pasarme la noche estudiando. Te lo agradezco, de veras…

—Vale, pues otro día… ¿hecho?

—¡Hecho! —respondió con su sonrisa tímida.

Unos minutos más tarde salían por la puerta del edificio de oficinas y cada uno se iba por su lado. Rafa hacia la parada del metro y la joven en un Uber que ya la esperaba.

*

Clara miró su reloj según subía en el ascensor. Eran casi las nueve y media, mucho antes de lo que había planeado llegar a casa. ¡Vaya descubrimiento el del becario Rafa! Aquel chico era una joya y le iba a facilitar la vida muchísimo.

Soñaba con quitarse los tacones tras un día tan largo como aquel. Besaría a Carlos al llegar, como solía. Y, después, quizá abrirían una botella de vino, pedirían algo de cena y verían alguna película romántica. Y, ¿por qué no?, harían el amor sobre el sofá. No podía evitar la calentura que le subía con solo pensar en la historia de su amiga, así que tal vez jugaría con su novio a ser Paula con Ramiro —sin que él lo supiera, por supuesto—. El morbazo de la escena en su mente era más que notable.

Quiso dar una sorpresa a su novio y, en lugar de pulsar el timbre, abrió con su llave la puerta del apartamento. Una música proveniente del salón la recibió. La había escuchado desde

la escalera, pero nunca habría imaginado que salía de su casa. Reconoció la canción; se trataba del tema francés «*Je t'aime, mois non plus*», un símbolo del siglo XX que consistía básicamente en los gemidos de un polvo musicados.

No entendió por qué Carlos había puesto aquella vieja canción. Reparó, además, en que la luz del salón estaba atenuada, permaneciendo la estancia en total penumbra. Se bajó de los zapatos de tacón y se acercó a la entrada.

—¿Carlos…? —dijo sin levantar la voz.

No hubo respuesta. Solo unas risas que se oían bajo la música. La puerta del salón se hallaba entornada y Clara la empujó lo suficiente como para introducir su cabeza por la abertura.

Lo que allí encontró fue a su novio, de espaldas. Ante él se hallaba su prima Laura. Parecían bailar al son de la música vintage.

Sonrió y se disponía a entrar para darles una sorpresa cuando la pareja se giró unos grados hacia la derecha. Clara a punto estuvo de gritar por la impresión.

Los dos primos no bailaban, ni mucho menos. El pantalón de Carlos se hallaba algo bajado por delante, aunque por detrás no se podía intuir. Su verga asomaba por la abertura y Laura le agarraba de ella con una mano mientras con la otra le amasaba los huevos. No había duda, Laura estaba pajeando a Carlos con total desvergüenza.

«¡Joder…!», clamó Clara para sí echándose hacia atrás y devolviendo la puerta a su estado inicial.

—Ya ves, no hay forma de que funcione ni con la música. Casi mejor que la apaguemos antes de que los vecinos tomen nota y le vayan con el cuento a Clara.

—Vale, apágala, pero tranquilo, no desesperemos…

Carlos apuntó al estéreo con el mando a distancia y detuvo el soniquete de suspiros con música. Clara no salía de su estupor y miraba a la extraña pareja desde su escondite tras la puerta.

Sin dejar de mirar a los ojos de Carlos, Laura se arrodilló ante él y se introdujo su miembro en la boca. En ese movimiento, Clara observó que el pene se hallaba flácido y comprendió a qué se refería su novio al decir que «no había forma de que aquello funcionara».

—Pero, Laura, ¿qué haces? —protestó el hombre—. No lo hagas, por favor… ¿No decías que te daba mucho asco chupársela a un tío?

—Ya, sí, eso dije… —respondió su prima con ojos lascivos—. Pero a grandes males…

Y siguió chupando como una auténtica maestra.

Clara se santiguaba como había visto hacer a su abuela cuando era niña. No podía creerse lo que veía. ¿Carlos y Laura tenían un affaire? ¡Imposible! Jamás lo hubiera imaginado. Su

corazón le pedía entrar en la sala y montar la marimorena, pero la razón le sugería que esperase, que tendría que haber un motivo que justificara lo que estaba viendo.

*

Unos segundos después, la polla de Carlos había revivido. La mamada de Laura había surtido efecto y ahora el miembro del hombre se mostraba en plena forma. Y Clara tenía que reconocer que aquel pene no estaba nada mal, por mucho que Paula hubiese elogiado el de Ramiro como la octava maravilla. Seguro que no sería para tanto. Aunque tampoco se comprendía a sí misma por no poder quitarse a aquel asqueroso de Ramiro de la cabeza.

Una vez Carlos estuvo preparado, Laura se deshizo de la falda y se bajó las bragas con premura. No había tiempo que perder, parecían decir sus gestos urgentes. Se acostó en el sofá boca arriba, se abrió de piernas y apremió a Carlos para que se colocara sobre ella.

Clara notaba como le palpitaba la entrepierna. Después de las aventuras del día, ahora encontrarse con esto le parecía demasiado. Se apretaba la vulva por encima de la falda para evitar sus latidos, pero sin conseguirlo. Y esperaba a ver qué era lo que ocurría allí, agarrada a la idea de que aquello no podía ser lo que parecía. Por si acaso, con el móvil se dedicaba a grabar la escena.

Por fin Carlos se despojó del pantalón y, situándose entre las piernas de Laura, se resegó contra ella buscando la postura sin, por lo visto, encontrar el orificio deseado.

—A ver, déjame… —dijo su prima política y, metiendo la mano entre los dos, maniobró hasta quedar satisfecha y le pidió que empujara—. Así, despacio… eso es… adentro, afuera… adentro, afuera… hasta que se lubrique el agujero… Ufff… estupendo, ya está toda dentro… Ahora muévete despacio, ya te avisaré cuando tengas que moverte más rápido.

Clara no se atrevía ni siquiera parpadear. «No, si al final sí va a ser lo que parece», se dijo desilusionada. De todas formas, el hecho de que aquel fuera el polvo más soso de la historia le hacía mantener las esperanzas. Agudizó el oído y se limitó a seguir escuchando.

—¿Seguro de que estás en periodo fértil? —dijo el hombre al cabo de unos segundos de culear sobre Laura—. A ver si no vas a estarlo y otro mes que esto no nos sirve para nada.

¿Otro mes? ¿Había oído bien? Clara deducía de esas palabras que ese polvo no era improvisado, sino que era el último de una cadena de ellos que se repetía de forma periódica.

—Que sí, cielito, tranquilo —respondió Laura—. Además, mi temperatura está en máximos. No te preocupes, tu simplemente échame la leche dentro que del resto ya me encargo yo.

—¿Y tú crees que el niño se parecerá a tu marido? A ver si va a salir más a mí y Andrés termina por sospechar…

—Anda ya… —replicó su prima—. Aunque, bueno, Andrés y tú sois muy parecidos, al fin y al cabo sois primos. Seguro que el niño se parece a los dos y todo se quedará en la familia.

«Joder —pensó Clara—. ¿Están buscando un niño?». Aquello era extraño de narices, pero era lo que se desprendía de su conversación.

—Menuda putada lo de Andrés, ¿no? —mencionó Carlos tras unas embestidas más efusivas.

—Ya te digo… —replicó Laura con un suspiro de gusto—. Pero no me lo recuerdes. Mi pobre maridito, con lo que yo le quiero, mira que no poder tener una erección suficiente para terminar el acto y dejarme preñada… A lo más que llega es a correrse en la entrada, y así no hay quien pueda… Es una lástima, te lo aseguro, pero gracias a ti la cosa se va a solucionar. No sabes cuanto te lo agradezco.

Si Clara aún tenía dudas, esas palabras las volatilizaron por completo. Su novio se estaba follando a Laura solo por hacerle un favor. Qué buen corazón tenía Carlos, se reconocía.

—Yo lo que no entiendo es por qué no te sometes a la fertilización in vitro.

—Jo, Carlos, si ya te lo he explicado mil veces —«¿Mil veces?», se dijo Clara. «¿Cuántas veces habían follado aquellos dos?»—. Con los antecedentes de cáncer en mi familia, el chute de hormonas que se necesita para la in vitro es muy peligroso. Además, se te pone el cuerpo como un globo y yo no quiero perder el tipo. ¿A qué a ti te gusta mi tipín, cielito? Reconócelo.

«Me cago en la leche —protestó Clara para sí». Podía perdonar a la muy pendón que quisiera tener un hijo y con la desesperación recurriera a su prometido. Pero que estuviera tonteando con él mientras tenía su polla clavada hasta el útero… aquello la ponía de muy mala hostia.

Se produjo un silencio en el cual solo se oía el lamento de los cojines del sofá al ser aplastados en cada embestida. Al cabo, Laura empezó a resoplar y pequeños gemidos escapaban de sus labios.

—A ver, Carlos —dijo la prima desabrochándose la blusa y subiéndose el sujetador—. Dame una chupadita en los pezones, cariño.

—Hostia, Laura, eso no puede ser… Habíamos dicho…

—Anda, venga… déjate de remilgos… ayyy… uuyy… que gustito…

Carlos chupaba de las tetas de su prima política y de cuando en cuando le mordisqueaba un pezón. Laura gemía a mayor volumen cada vez.

—Joder, Laura, ¿no te irás a correr, no? —le preguntó asustado Carlos.

—Ay, cariño, no sé… tú a lo tuyo, que si me corro es cosa mía…

—¿Pero no habíamos quedado en que correrse durante la recepción del semen lo expulsaba hacia afuera y hacía más difícil la concepción?

—Bueno, no pasa nada, cielo… —cada vez que le llamaba «cielo» o «cariño», a Clara se le subían los vapores—. Yo me corro antes de que me eches la leche y ya después, si eso… tú me rellenas el útero y así no hay problema.

«Hija de su…», se revolvía la sangre de Clara a cada palabra bobalicona de la prima de Carlos.

—No sé, Laura, no sé…

—Venga, tonto, culea más rápido que ya me viene…

Él, obediente, se lanzó a bombear como un desesperado haciendo que los gemidos de Laura se convirtieran en auténticos gritos. La prima de Carlos, y mujer de Andrés, presidente de la empresa donde Clara y su novio trabajaban, se empezó a correr como una perra.

Un minuto después, Carlos anunció que él también se corría y ambos se fundieron en un abrazo compulsivo. Clara detectó con un enfado monumental que la lengua de la prima relamía la boca de Carlos a la desesperada mientras con las piernas se enroscaba a sus caderas para unirse lo más posible a él.

*

Unos instantes más tarde, Clara se hallaba en el portal de la finca esperando a que Laura saliera. Un ataque de vergüenza la había empujado a calzarse y a escapar de la casa para no ser sorprendida como una espía al acecho.

Mientras fumaba su tercer cigarro del día —lo máximo que se permitía eran cinco por jornada—, repasaba lo que había presenciado en el salón de su casa y se preguntaba si debía dejarlo correr o montar un escándalo.

Aquella relación entre los primos no parecía lasciva, sino un favor entre familiares. Si solo era eso, Clara no debía sentirse engañada. Sabía que su novio no haría aquello con ninguna otra mujer, así que debía perdonar y callar.

Por otro lado, si cortaba con Carlos por aquello, se alejaría de la vida lujosa a la que aspiraba. No, de ninguna de las maneras iba a renunciar a esa vida cómoda y regalada que se había ganado con esfuerzo. Incluso a pesar de no saber aún cómo iba a tener que pagar su sitio en la familia ante su patriarca Ramón.

En estos pensamientos andaba, cuando la luz de la escalera se encendió y oyó al ascensor

bajar. Se abrió la puerta del elevador y vio salir a Laura con bastante prisa. Se escondió tras el mostrador del conserje y la dejó pasar.

Cuando Laura se disponía a abrir la puerta del portal, un mensaje de voz salió de su bolso: «bip, bip. Son las once de la noche. Hora de la píldora anticonceptiva». Ante los ojos descreídos de Clara, Laura extrajo del bolso un blíster de pastillas, liberó una de ellas y se la tragó antes de salir del edificio y cruzar la calle a la busca de un taxi libre.

—¡Hija de puta…! —susurró irritada al comprender que aquella asquerosa ponía la excusa de quedarse preñada con el objetivo llano y simple de beneficiarse a su primo.

Se sintió terriblemente cabreada… y decepcionada. Aquello cambiaba las cosas. Su novio tal vez era inocente, pero Laura era una hija de su madre… Aquello no podía quedar así, aunque quizá lo mejor sería no contárselo a nadie y guardar la información por si la necesitaba más adelante. Lástima no haber grabado el momento en el que el mensaje salía de su móvil al igual que había grabado la sesión de sexo entre los dos tortolitos sobre el sofá de su salón.

Sin más dilación, se subió al ascensor y en pocos segundos se disponía a abrir la puerta del apartamento. Tenía que fingir que llegaba en ese momento por primera vez.

A punto estaba de introducir la llave en la cerradura, cuando la pantalla de su iPhone se iluminó entre sus manos y pudo leer el mensaje de *wasap* que en ella aparecía.

RAMÓN: Recuerda que tenemos que terminar lo que iniciamos en la buhardilla el día de la celebración. Si no me llamas tú pronto, lo haré yo. No creas que vas a librarte de mí.

Clara tragó saliva y empujó la puerta de su casa.

# PELEA DE PRIMAS

Habían pasado unos días desde el mensaje de Ramón y desde entonces no había vuelto a tener noticias suyas. Clara no había osado llamarle ni responder a la misiva, y parecía que él tampoco se decidía a presionarla aún más. Al menos de momento.

El día en la oficina se había mostrado aburrido, con poco trabajo y mucha gente de vacaciones estivales. Veía a Rafa ir de un lado para el otro intentando agradar a todos y le daba un poco de pena.

—Querer llevarse bien con todo el mundo es la mejor forma de acabar mal con los unos y con los otros —pensaba Clara. Pero la bonhomía del chaval, a la vez que su timidez, la conmovía sin poder evitarlo.

Paula y Lines, por su parte, no comerían con ella aquel día, tenían obligaciones que atender a mediodía. Se sentía fatal, poder descargar las penas con sus amigas le permitían llevar la jornada con mejor ánimo.

Llegaba la hora del almuerzo y no se decidía si le apetecía comer con compañeros a los que habitualmente no frecuentaba, o si era mejor pedirse una pizza y comerla en soledad sobre el escritorio de su despacho.

Estaba a punto de marcar el número de Telepizza cuando la llamada en el iPhone interrumpió su gesto. La foto de su cuñada aparecía bajo su nombre en negrita: SOFIA. Clara pulsó el icono verde del teléfono.

La conversación entre ambas duró el tiempo que tardaron en acordar un lugar y una hora para comer y charlar aquel mismo día.

Unos minutos más tarde, Clara esperaba a Sofía sentada en la mesa del restaurante donde habían quedado. Leía y respondía con aburrimiento los *wasaps* del día, cuando su cuñada entró como un elefante en cacharrería.

Clara noto su nerviosismo y la abrazó esperando que se tranquilizara, al menos mientras hacían la comanda. En aquel bar la conocían y no le hacía gracia que Sofía se mostrara tan alterada, como a punto de explotar.

Mientras esperaban, hablaron de cosas intrascendentes —el calor, las vacaciones, el trabajo…—. Una vez que las bebidas y las pizzas estuvieron sobre la mesa, Sofía se lanzó a la

carga como un toro de Mihura.

—¿Se puede saber qué hacías el sábado de la celebración en la buhardilla de mi tío?

Clara se quedó de una pieza. Se había esperado cualquier asunto tocante a la boda de su hermano Carlos con ella, a sabiendas de que Sofía no aceptaba su relación. Su futura cuñada la veía como una «plebeya pobretona», muy lejos de la categoría de su familia. Pero hablar del patriarca de la casa no le apetecía en absoluto, y menos con aquella arpía.

—¿La buhardilla…? —replicó como haciéndose la despistada—. ¡Ah, sí! Ya recuerdo…

—¿Y entonces…? —insistió—. ¿Qué tienes que decirme sobre lo que te pregunto?

—Pues nada, chica… —hablaba con la boca llena porque sabía que era una patada al refinamiento de su cuñada—. Rocío nos dijo que Ramón nos esperaba a Carlos y a mí para saludarnos. Si subí yo sola es porque ella entretuvo a tu hermano con no sé qué bobadas sobre inversiones.

—¿Te estás follando a Ramón?

La pregunta sonó como un disparo. Clara no consiguió tragar el trozo de pizza que masticaba y tuvo que beber agua para no morir asfixiada.

—Yo no… —replicó con mala baba—. Pero tú sí, creo… Al menos, el condón que te llevaste a escondidas en la bolsa de aseo iba cargado de leche recién ordeñada.

Sofía se ruborizó, pero enseguida recobró la compostura.

—¿Y cuándo me fui, qué pasó? —insistió—. Porque no estoy sorda y escuché cerrarse el pestillo de la puerta. ¡Dime la verdad! Ramón te rompió el coño en cuanto salí de allí, ¿me equivoco?

La boquita de Sofía no parecía acompañar a la clase de que presumía, y Clara sintió un frío helado recorrerle la espalda.

—¿Y si fuera así?

—Si fuera así tendrías que vértelas conmigo —amenazó Sofía apuntándola con un dedo—. Ramón es mío, ¿te enteras? Y si te metes por medio te vas a enterar de quien soy yo.

Clara no salía de su pasmo. ¿Pero qué familia de mierda era aquella?, pensaba. El tío Ramón se follaba a su sobrina Sofía. Su mismo prometido se follaba a la mujer de su primo Andrés con la falsa excusa de quedarse preñada. Andrés, marido de Laura, no conseguía que la picha se le pusiera tiesa. Ah, ¿y qué decir de Rocío? Porque estaba claro que el día de la celebración se había compinchado con Ramón para retrasar a Carlos y dejarla a solas con él en la buhardilla.

Pensó que Rocío era un buen hilo de donde tirar para hacer «cosquillas», y no lo dudó. Quizá si la mencionaba podría sacar a Sofía algo más de información sobre aquella ridícula

estirpe de finolis incestuosos.

—¿Por qué no te preocupas de Rocío en vez de vigilarme a mí? —le espetó burlona—. Porque yo diría que es muy amiguita de tu tío Ramón, a la vista de la jugada que nos hizo ese día reteniendo a Carlos por encargo suyo.

—De Rocío ya me cuido yo solita, ¿te enteras? —repuso Sofía con malas pulgas.

—Ah, ¿entonces ya no se la folla? —se tiró a la piscina sin saber si tenía agua.

La respuesta de Sofía volvió a sumirla en el asombro.

—No, esos dos ya no follan —respondió la prima. ¡Bingo! La piscina se hallaba a rebosar —. Que sepas que solo la echó un par de polvos y enseguida se cansó de ella. Ahora soy yo su preferida. Y no pienso renunciar a él… ni por ti ni por nadie.

—No… me… jodas… —fue lo único que alcanzó a decir Clara ante la confesión de su cuñada.

—Estás advertida… —Sofía dejó unos billetes sobre la mesa y se levantó de la silla.

—Espera… —la retuvo Clara—. ¿Todo esto es por dinero?

La expresión de Sofía mudó por completo y se volvió a sentar.

—¿Qué coño dices?

Clara comprendió que había dado en el clavo.

—¿Te acuestas con él para conseguir mayor tajada en el testamento? —susurró con ironía —. Es así, ¿verdad? Te ha ofrecido dinero a cambio de sexo.

—Eso es una calumnia… —balbució Sofía y Clara decidió remover el puñal que le acababa de clavar.

—Lo que no sabes es que a mí también me lo ha propuesto —soltó con más ganas de hacer daño que de informar.

La boca de Sofía se abrió en una mueca de sorpresa.

—No me lo creo… pedazo de zorra… —casi gimió su cuñada.

—Ah, ¿no? —replicó Clara satisfecha con el revolcón que le estaba dando a la muy arpía —. Pues que sepas que me ha ofrecido traspasar a Carlos un buen porcentaje de la parte de tu herencia si me lo sé follar como él quiere.

Sofía no conseguía cerrar la boca por el estupor, y el gesto de pánico de su entrecejo se acrecentaba por momentos.

—Le dije que no, que te follara a ti, que a mí no me picaba el coño tanto como para chupársela a un puto viejo… —hablaba con una sonrisa de triunfo.

Y sabía que mentía sobre lo que sentía por el cerdo de Ramón, aunque fuera de forma

inconsciente. Era verdad que había sentido asco por el viejo desde que lo conoció y le hizo la sucia propuesta por primera vez. Pero cuando sintió entre sus labios y en su lengua el tacto suave de su oscuro glande, algo se había removido dentro de ella. Algo que no sabía que llevara dentro.

Porque hasta entonces el sexo para ella era accesorio. Un poder femenino para conseguir lo que quería de los hombres, pero de lo que nunca podría disfrutar, porque el disfrute no entraba en sus cálculos. Incluso, desde que descubriera el placer solitario en su adolescencia, apenas se había masturbado una docena de veces hasta el momento actual. Y si había perdido la virginidad y se había entregado a las dos parejas anteriores a Carlos y a los pocos ligues de oficina, fue más por agradarles a ellos que por alcanzar la satisfacción propia.

No, en eso no mentía, el sexo para ella había sido un mal a tolerar para conseguir sus objetivos. Hasta ahora. Sin embargo, tras lamer el miembro de Ramón mientras apretaba la carne del duro tronco de su verga, algo se había transformado en ella. Y, no le cabía duda, era por esa experiencia que tampoco conseguía quitarse de la cabeza la historia de Paula con Ramiro. El asqueroso, pero a la vez atrayente, Ramiro.

—Pero, ¿sabes qué? —continuó—. Ahora me lo voy a pensar. Con tal de joderte soy capaz de abrirme de piernas y dejar que me folle hasta que le duelan los huevos.

Sofía no soportó la humillación. Se levantó y esta vez no se volvió. En unos segundos se había perdido a la carrera dejando la pizza sin tocar sobre la bandeja.

«Es una pena dejarla así», pensó Clara apartando su plato casi vacío. Y, tirando del plato de Sofía, comenzó a engullir la pizza intocada de su cuñada.

Mientras la masticaba sin prisa, reflexionaba sobre lo ocurrido últimamente en la familia con la que iba a emparentarse en los próximos meses. ¿Valdría la pena vivir como una ricachona entre aquella pandilla de pirados a los que no había por dónde coger? ¿O era mejor salir huyendo ahora que podía?

Ufff, se dijo, mejor no tomar decisiones precipitadas. Lo dejaría correr y esperaría a nuevas noticias. Aún habría novedades en aquel teatrillo, estaba segura. Allí había trama de sobra para una novela que quizá algún día se decidiera a escribir.

# CENA DE DIRECTIVOS

Carlos y Clara tenían previsto tomarse el mes de agosto de vacaciones. Los primeros diez días viajarían a algún destino que Carlos estaba planificando por su cuenta —aunque aún no lo tenía decidido— y el resto del mes lo pasarían en la ciudad, con esporádicas visitas a la casona de tío Ramón, cerca del mar.

Pero antes había algo que celebrar. La última semana de julio se cerraba el año fiscal de la empresa. Un año más, el ejercicio había sido exitoso y Andrés, como director general, invitaría a los componentes del comité de dirección a una cena para proclamar el final del ciclo.

Era la primera cena de directivos para Clara, que estaba invitada como pareja de Carlos. La joven se mostró nerviosa durante la semana anterior. Por más vueltas que le daba, no encontraba en su armario nada que ponerse y que fuera adecuado para tan magna celebración.

Después de pensarlo hasta el agobio, incluidas peticiones de opinión a sus inseparables Paula y Lines, decidió que debía comprarse un vestido *ad hoc*. Con todos sus complementos, por supuesto: zapatos, bolso, joyas, etcétera. Y ni que decir que tenía que estrenar ropa interior. A solas en casa tras la cena, Carlos la reclamaría sin duda alguna, y no quería vestir en la cama ningún conjunto que su novio ya tuviera visto.

Rebuscó en su cuenta corriente y se la encontró repleta de telarañas. Le quedaban un puñado de euros suficiente como para coger un par de taxis y comer un menú diario durante la semana anterior a que le ingresaran la nómina. Y nada más. Se tiró de los pelos desesperada, le daba muchísimo corte tener que pedirle dinero a Carlos. De todas formas, no faltaba mucho para la boda y debía irse acostumbrando a hacerlo. Quizá le pidiera disponer de una tarjeta de crédito propia con cargo a las cuentas de él. Tras la unión no quería volver a sentirse como una pobretona nunca más.

Reunió la fortaleza que necesitaba y al final le solicitó el dinero, encontrándose con una sorprendente evasiva por su parte.

—¿Te importa esperar a mañana o pasado? —le respondió esquivo—. Ando flojo de efectivo. Pero este mes cobraremos antes y ya te lo podré prestar.

«¿Flojo de efectivo?». Clara se quedó muda al oír tal expresión por boca de su futuro esposo. ¿No pertenecía a una familia de alcurnia e iba a heredar una fortuna?

—Pero, cielito, si la celebración es este mismo sábado, necesito comprar la ropa cuanto antes —le hizo unos pucheros—. ¿No querrás que te acompañe con cuatro trapos viejos a una cena donde todas irán vestidas como marquesas?

—Espera, ya sé… —replicó Carlos—. Pídele a mi hermana que te dé el nombre de la boutique donde ella se viste. Allí tenemos crédito. Así podrás comprar lo que quieras y luego me enviarán la factura a casa.

Clara sintió que se le helaba la sangre en las venas. ¿Su hermana? ¿Hablaba en serio?

—Esto… —murmuró haciéndose la remilgada—. ¿Te importaría pedirle tú a Sofía el nombre de la boutique? Ya sabes que ella y yo… no congeniamos del todo…

—Vaya, mis dos chicas preferidas no se llevan bien, qué fastidio. Vale, no te preocupes, ya le pregunto yo lo antes posible y te lo comento.

El plan de Carlos funcionó y Clara se compró un bonito vestido de noche con falda ajustada por encima de las rodillas y un escote en V más que sugerente y perfecto para lucir sin sostén. El resto de complementos los eligió acorde al vestido. Sus amigas la aplaudieron cuando les enseñó las fotos que se había tomado en el espejo de su cuarto. Carlos no la vería con él puesto hasta diez minutos antes de salir hacia el restaurante.

*

La primera impresión al llegar al lugar del evento fue la de lujo a raudales. El restaurante era de una exclusividad increíble, y Clara se sintió maravillosamente bien al saberse ciudadana de un nuevo mundo de riqueza y despilfarro.

La segunda fue de malestar. La posición de cada comensal en la mesa había sido identificadas con cartelitos de letras doradas. Y ella había sido situada —por casualidad del destino— justo al lado de Ramiro. Blasfemó en todos los idiomas que conocía, aunque no dejó de sonreír ni un solo instante. ¿Quién coños habría elegido las ubicaciones de los comensales? Porque o era un bromista malévolo o un hijo de la gran…

Por su parte, Carlos quedó sentado a su izquierda, mientras una silla más allá se sentó la mujer de Ramiro —Alejandra, según comentó el subdirector general al hacer las presentaciones de rigor—. Era ésta una mujer bella, a pesar de que rondaría la cincuentena, pero algo rellenita y con un aspecto dejado que no consiguió entrarle a Clara por el ojo bueno por más que lo intentara.

La cena se desarrolló sin grandes contratiempos. Ramiro se portó como todo un caballero y en ningún momento intentó violentarla. Clara se fue relajando poco a poco, en parte ayudada por

el vermut del aperitivo, el vino de la comida —blanco para el pescado y tinto para la carne— y el champán para el brindis final.

Lo que sacó de quicio a la joven durante la velada fue la excesiva atención que su prometido le estaba dedicando a Alejandra. O tal vez fuera al revés. El caso es que Carlos se había vuelto hacia ella al inicio de la cena y, sin hacer mucho caso a su novia, ambos bromeaban todo el tiempo y se contaban secretitos al oído como dos viejos amigos.

«En fin —se dijo Clara—. Si han coincidido de forma habitual en las anteriores celebraciones de la empresa, es normal que tengan cierta confianza». Aunque eso no terminaba de apaciguar su ánimo.

Se hallaba Clara más pendiente de su novio que de vigilar las manos de Ramiro, cuando a lo lejos descubrió a Paula. Su amiga le hizo una seña y ella se levantó con urgencia para ir a saludarla. Un traspiés por al alcohol ingerido amenazó con hacerla caer. Había bebido más de lo que creía, se dijo, así que debía tener más cuidado.

Charló con su amiga unos diez minutos. Paula había acudido al restaurante con su novio y otros amigos para la despedida de solteros de una de las parejas. Menuda casualidad. Ambas conocían los planes de la otra, pero no tenían ni idea de que iban a cenar en el mismo lugar.

Por fin se separaron con sendos besos en las mejillas y Clara se volvió al rincón donde se ubicaba su mesa. Según se acercaba a ella, observó un hecho que la extrañó sobremanera: Carlos y Alejandra se habían esfumado.

Un gusanillo le recorrió el estómago. ¿Dónde estaban aquellos dos? No pudo evitar que la imagen de su novio culeando entre las piernas de su prima Laura volviera a su mente. Y un furor interno creció dentro de ella, al tiempo que un mareo la obligaba a agarrarse a una silla de nuevo para no caer.

*

Respiró profundo y decidió ir al baño para darse un respiro y agua en la cara. Además, llevaba varias horas sin orinar y los nervios la estaban pasando factura.

Se aproximaba a los lavabos de señoras cuando a lo lejos creyó ver una imagen conocida. Joder, se dijo, aquel tío se parecía a Rafa, el becario. ¿Sería posible o quizá su imaginación la estaba gastando una broma? Volvió a fijar la vista con la mente obnubilada por el alcohol, pero el imaginado becario había desaparecido. Se convenció de que había sido una alucinación y empujó la puerta de los lavabos.

Quedó impresionada. Allí dentro todo era lujo, el mismo que se prodigaba en el exterior.

Las paredes estaban cubiertas de espejos con marcos dorados, incluso las puertas de los cubículos. Eran éstos, además, espacios completamente cerrados y no abiertos por arriba y por abajo como en los bares cutres. Junto a cada uno de los lavabos se ofrecían toallitas húmedas y secas, jabones de distintos aromas y colores, y frasquitos con fragancias diversas. «¡Guau, viva el lujo!», se dijo con euforia.

Por otro lado, el baño se hallaba vacío y en silencio a excepción de los ruidos quedos que se oían en uno de los cubículos. La soledad del lugar también la sorprendió. «¿Es que las ricas no mean?», se preguntó. En un bar normal, a aquellas horas habría cola en la entrada. Quizá era que las ricas llevaban vestidos tan exclusivos que temían mancharlos en el retrete, y se aguantaban las ganas hasta volver a casa.

Se dio unos toques de agua fría sobre la cara con cuidado de no afectar al maquillaje y luego eligió un cubículo al azar. Abrió la puerta y se coló dentro. El lugar era espacioso y cómodo, con un perchero en la pared para dejar bolso y prendas de ropa. Se dio cuenta demasiado tarde de que había elegido el cubículo contiguo a aquel del que salían los ruiditos que había oído al entrar en los lavabos. Y no pudo evitar un escalofrío al comprender que en ese cubículo se estaba manteniendo una sesión de sexo.

A punto estaba de cerrar el pestillo interior de la puerta, cuando una fuerza la empujó haciéndola retroceder. Con un movimiento felino, el dueño de la fuerza se coló tras ella en el espacio privado y le sonrió lobuno. Y el felino no era otro que el cerdo de Ramiro.

—¿Qué… qué haces aquí…? —preguntó Clara más alucinada que asustada.

*

***Clara***

—¿Qué coños haces aquí…? —repetí al no tener respuesta.

—Verás… —replicó Ramiro con chulería, pero en susurros—. Quería comentarte algo que quizá te interese. Tiene que ver con tu querido prometido. Pero antes, ¿un cigarro?

Lo rechacé con un gesto y me apoyé en la pared. El mareo me seguía rondando. De buena gana me hubiera sentado en el inodoro, pero el asqueroso subdirector se interponía en mi camino. Busqué con la mirada una vía de escape. El cubículo era espacioso, mucho más que los de los restaurantes «normales», así que el camino hacia la puerta se encontraba despejado. De todas formas, la frase que había soltado Ramiro acerca de mi «querido prometido» había despertado mi curiosidad. No creí que pudiera irme de allí sin saber a qué se refería el tipejo. Justo lo que él había pretendido al decirla.

Ramiro extrajo un *camel* de su cajetilla y lo encendió con parsimonia y en silencio. Yo miraba alucinada a aquel hijo de su madre, deseando al mismo tiempo que continuara hablando.

—¿De qué vas? —le espeté con malas pulgas—. ¿Qué pasa con Carlos?

Unos gritos de hembra en celo nos llegaron desde el cubículo adyacente y Ramiro señaló hacia el lugar del que provenían.

—¿Oyes esos gemidos?

—Sí —confirmé—. ¿Y qué…?

—Pues que proceden de las cochinadas que están haciendo la zorra de mi mujer y el cabrón de tu novio.

—¿Qué… coños… dices? —no quería creerle, pero la idea cuajó en mi cerebro entre los vapores del alcohol.

—Pues eso… —ironizó—. Que esos dos se han estado calentando el uno al otro durante la cena y ahora están echando un polvo al otro lado de la pared. ¿A ti no te molesta?

No supe qué responder, pero él lo hizo por mí.

—Porque a mí me toca los cojones que me pongan los cuernos a la vista de todos… Así que he pensado que tú y yo deberíamos vengarnos…

—Eso es una puta mentira… —repliqué con malas pulgas—. Te lo has inventado… Y yo me largo ahora mismo…

Eché a andar hacia la puerta y Ramiro me tomó de un brazo. Antes de que pudiera darme cuenta me tenía sujeta contra la pared y una de sus rodillas me separaba los muslos. Cerré los ojos un segundo para evitar que el techo me diera vueltas y, al segundo siguiente, la boca de Ramiro se hallaba en mi cuello, una de sus manos me pellizcaba un pezón y la otra me apretaba una nalga por debajo de la falda.

«Hay que ver cómo toca ese tío…». Las palabras de Paula volvieron a mi cabeza. El escalofrío que me recorría todo el cuerpo, desde la punta de los pies hasta el último pelo de la cabeza, era tan placentero que mi mente me pedía claudicar. Las imágenes de Carlos follando con su prima Laura se dibujaron ante mis ojos. Esto, unido a los ruiditos cada vez más explícitos del cubículo adyacente, estaban poniendo en riesgo mi resistencia.

¿Por qué no dejarme llevar como había hecho Paula?, me preguntaba. Ella, según sus propias palabras, se lo había pasado en grande. Y no estaría traicionando a mi novio. Bueno, miento, sí le estaría traicionando. Pero él había empezado, ¿no? Así que quizá no contara como cuernos.

Ramiro ya alcanzaba mi vulva por debajo de la falda, que me había levantado por encima de las caderas, y yo a punto estaba de rendirme al notar que me abría la boca con su lengua y me

la relamía por entero, antes de introducírmela hasta la campanilla.

Pero entonces otra voz resonó en mi cerebro. En esta ocasión la voz provenía de mí misma cuando le decía a mi amiga: «Joder, Paula, que se trata del cabrón de Ramiro, ese hijo de la gran puta». Y de un empujón con manos y rodillas lo desplacé hacia atrás y lo alejé de mí.

—Aparta, asqueroso… —le dije—. Y no se te ocurra volver a tocarme, cerdo…

Sin más dilación, me ajusté las bragas, que a esas alturas ya estaban a medio muslo, y me estiré la falda. Tomé el bolso de la percha con toda la dignidad que me fue posible y abrí la puerta del cubículo, saliendo al exterior. Ramiro me miraba burlón.

—Aaaaahhhhhh… joder… sí… así… —resonó la voz femenina en un quejido brutal, prueba de que en el cubículo adyacente se hallaban al borde del abismo.

A ese gemido le siguieron unos gruñidos masculinos ahogados. Me detuve en seco, presté atención y, aunque no podía asegurarlo con certeza, aquella voz gutural me pareció la de Carlos.

Volví la cabeza. Observé la mirada lasciva de Ramiro y su gesto con la mano como diciendo: «¿lo ves?». Y el olor dulzón del hombre me confirmó que las chicas que se lo habían montado con él decían la verdad: «Ramiro olía a gloria».

Un clic resonó en mi cerebro. Me giré en redondo, me volví al cubículo y, empujando al cerdo asqueroso hacia atrás, volví a cerrar la puerta tras de mí.

*

***Clara***

Sin saber cómo había ocurrido, Ramiro me tenía aprisionada de cara a la pared y resegaba su fuerte erección contra mi culo. Sus manos recorrían mi cuerpo como había ocurrido segundos antes y tal cual me había comentado Paula. En efecto, era un hijo de su madre, pero sabía cómo calentar a una mujer.

La caída de mis bragas a los tobillos y la entrada de sus dedos en mi coño fueron hechos que debieron de ocurrir en algún momento, aunque no fui consciente de cómo sucedieron. El cerdo de Ramiro estaba super caliente y la velocidad con la que me manejaba no me daba tiempo a reaccionar ante cada uno de sus asaltos.

Mi calentura, por otro lado, había subido de grados hasta alcanzar el fuego de un volcán, y deseaba que llegara el desenlace para poner a prueba la frase final de la historia contada por Paula: «nos corrimos a la vez y fue la hostia, te lo juro». Me mordía la lengua, sin embargo. De ninguna de las maneras quería armar el escándalo que estaba montando la mujer de Ramiro en el cubículo de al lado.

—¿Te vas a correr, cielito? —me preguntó el tipejo mientras movía sus dedos en mi vagina como un ventilador. Debía de haber notado el temblor de mis piernas.

—Joder… sí… —gemí—. Creo que… sí…

Entonces el canalla se detuvo. Coincidí en las ganas de estrangularle que me había comentado Paula. Parecía que el muy cerdo esperaba a que estuvieras a punto para dejarte con la miel en los labios.

Tiró de mí y me sentó en el inodoro.

—¿Qué vas a hacer…? —le espeté alucinada—. ¿Vas a follarme?

—No, todavía no, querida… —replicó—. Primero voy a subirte al paraíso.

Me abrió las piernas y sujetándome los muslos en el aire, su boca se apropió de mis labios inferiores y su lengua se introdujo por el orificio vaginal.

Mientras, con un dedo me masajeaba el clítoris, trazando círculos y propinando golpecitos que me hacían tocar las puertas del cielo. Yo daba botes sobre la tabla del inodoro y arqueaba la espalda y el cuello, las manos sobre la boca para ahogar mis jadeos.

Tras un par de minutos de rechupetearme el coño, volvió a la estúpida pregunta de antes.

—¿Te corres ya, putita?

Me molestó el insulto, pero mis fuerzas para responderle habían desaparecido hacía rato y solo pensaba en estallar, fuera como fuera. «Joder, deja de hablar y sigue lamiendo, cabrón», recuerdo que pensé entre estertores.

—No, no… —mentí como una bellaca—. Aún me falta un poco… no pares…

—Vale… pues concéntrate que luego viene lo mejor.

Y siguió chupando.

Mi mentira dio resultado y, con su chupeteo experto, el punto de placer que había aparecido en el interior de mi vagina empezó a crecer y a crecer… Y la explosión fue brutal. Mis piernas se descontrolaron. Mi cuerpo botaba frente a su cara, empujando mi entrepierna contra su boca para que no dejara de lamer. Mi espalda pareció quebrarse y mi cabeza rebotó de forma consecutiva contra la pared.

Y el grito que escapó de mi garganta fue incontrolable.

—¡Joderrr…. Ahhhhhmmmm…. Hostia puta… me corro…!

Cuando mi orgasmo terminó, Ramiro tenía expresión de enojo.

«Jódete, cerdo —me dije—. Te he engañado como sueles hacer tú con nosotras.»

Se incorporó sobre sus rodillas, se bajó el pantalón y los bóxer, y empezó a pajearse mientras esperaba a que me repusiera del letargo post orgasmo. Una de sus manos, la que no

agarraba su pene, amasaba mis tetas por turnos.

Aún no me había recuperado totalmente, cuando el muy cerdo empezó a resegar su glande contra mis labios inferiores, enrojecidos e hinchados. La punta de su verga se cubría del flujo que manaba de mi vagina, pintándola de blanco como si la hubiera metido en un bote de leche.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté alarmada.

—¿Tú qué crees? —dijo con soberbia—. Tú ya te lo has pasado bien, ahora me toca a mí. Y no me gusta que me engañen, que lo sepas.

Sus palabras chulescas de macho alfa comenzaban a hartarme. Una vez corrida hasta la médula, me sentía con fuerzas de darle un empujón y dejarle allí a medias. Que le dieran por saco al hijo de su madre.

De todas formas, pensé que sería mejor que le dejase expulsar la mierda que se le debía de haber acumulado en las pelotas, si no quería provocarle demasiado. Un hombre es mucho menos peligroso una vez que sus testículos se vacían. Así que me resigné, aunque sin renunciar a poner las reglas.

—Vale… si quieres follarme, fóllame… —le concedí—. Pero sin condón ni de coña…

—¿Cómo? —puso cara de sorpresa.

—¿Es que estás sordo? —le espeté—. Te he dicho que sin condón te vas a follar a tu puta madre…

Alcé la pierna y le apoyé el tacón de un zapato en el pecho, empujándole hacia atrás. Ramiro apartó mi pie de un manotazo y me miró con odio. La chulería ya no le valía conmigo, y se había dado cuenta. Aun así, siguió en sus trece.

—Tú eres una vulgar zorra… —me apuntó con un dedo—. Y yo a las zorras me las follo como me sale de los cojones.

Sonreí tranquila. Sabía que tenía las de ganar, así que preferí mostrarme en calma y confiada, no fuera a llevarme una hostia si me mostraba histérica.

—Ah, genial… —dije echándome hacia atrás en el inodoro, las manos en la entrepierna para evitar sorpresas—. Pues ahora voy a ponerme a chillar como una loca y cuando te apliquen la lay del «sí es sí» te vas a acordar de esta zorra y de todas las que te has follado antes que a mí. Los próximos diez años vas a tener tiempo de recordarlas y de pajearte hasta que se te caiga la polla a trozos, subnormal…

Le vi tragar saliva y supe que mi mensaje le había calado. Estaba mintiendo, por supuesto, pero él no lo sabía. No iba a gritar ni aunque se cayera el cielo. No podía significarme. ¿Cómo explicaría que había entrado en el cubículo con aquel tipejo? Ufff, demasiado arriesgado. Aunque a él lo enchironaran por violación, yo iba a quedar en evidencia y mi vida de lujo podía

ponerse en peligro.

—Joder, Clara… —se quejó lastimero—. No tengo condones a mano… No me puedes hacer esto… Mira cómo me la has puesto… Me van a reventar los huevos.

Tenía que acabar con la escenita. La venganza contra mi prometido ya estaba más que cumplida, así que cuanto antes le permitiera terminar a aquel canalla, mejor para mí. Y para él.

—Si quieres te la puedo chupar —le dije tras un paréntesis—. Es lo único que puedo hacer por ti.

Su cara de cabreo no se redujo, pero al final claudicó.

—Vale, está bien… Pero chúpamela como dios manda, pedazo de puta.

La hostia que le propiné debió de hacer eco por todo el restaurante. Aun así, mientras Ramiro se acariciaba la mejilla, le agarré la polla con las dos manos y me la metí en la boca.

—Hostia… —suspiró el cabronazo.

Retiré la piel que cubría el glande y lo relamí con la lengua, dibujando rizos sobre él. No pude evitar comparar el tamaño, el color, y sobre todo la textura con los de la verga de Ramón. En proporciones ganaba la del tío de mi novio, pero en color y suavidad la de Ramiro era bastante más agradable. Por otro lado, la entrepierna del tipejo al que estaba mamando olía maravillosamente. Resultaba evidente que el muy cerdo había previsto que acabaría la noche de una manera parecida y que se había perfumado a conciencia para quedar como un señor durante la faena.

Por otro lado, se me hacía curioso el cambio que se estaba produciendo en mí. Yo, una remilgada que jamás se la había chupado a un hombre, ni siquiera a Carlos, le estaba lamiendo la verga y las pelotas a un tipo al que odiaba. Y era el segundo tipo al que se la mamaba en poco tiempo, si contaba la rápida lamida al tío Ramón. Otro tipo al que odiaba sobremanera, por cierto.

Aquello era asqueroso y humillante, tenía que reconocerlo. No obstante, mover la cabeza adelante y atrás, salivando aquel pedazo de carne dura como una piedra y tocando mis cuerdas vocales con su punta, me estaba volviendo loca. Vale, nunca lo hubiera dicho, mamar en aquella postura degradante me mataba de gusto. Lo disfrutaba hasta el punto de ponerme de nuevo a más de cien y provocar que los goterones de flujo volvieran a resbalar por mi coño, poniendo perdida la tapa del inodoro así como mi flamante vestido.

Dicho esto, hubo algo que no supe prever debido a mi ignorancia en cuanto al sexo «duro» se refería. Y es que existe un verbo al que entonces no estaba habituada: «follarse una boca».

Hasta ese momento la mamada la había manejado yo. Era yo misma la que marcaba el ritmo, la profundidad, la saliva, el movimiento de la lengua. Yo era la puta ama. Pero, a partir de

cierto instante, Ramiro tomó el mando y me cogió por sorpresa.

El canalla me sujetó por el pelo y comenzó a meter y sacar la polla de mi boca a una velocidad inusitada.

—Mhhhe haggces dañññhhoo —me quejé, pero al tipejo se la trajo al pairo—. Pagggraaa… pagggraaa…

Introducía su falo hasta mi garganta, lo apretaba hasta notar que me asfixiaba y luego lo sacaba unos instantes para dejarme tomar aire. Las babas que fluían de mi boca, mezcladas con su líquido preseminal, resbalaban de mi barbilla y formaban charcos en el suelo.

Cuando le comenzaron a temblar las rodillas, me asusté. Estaba a punto de correrse y, con la boca llena, no creía poder pedirle que no me pringara por entero. Aún quedaba tiempo de velada y no podía andar por ahí oliendo a lefa como una vulgar prostituta.

—Me voy a correr, so puta, prepárate para tragarte mi leche… ufff… ya va… ya va… —anunció el tipejo.

—No… espera…

—Espera mis cojones… —se burló—. Toma aire, zorra, porque te la vas a comer entera. Joder… su puta madre… me voy… me voy…

Y con un gemido ahogado empezó a disparar un líquido espeso e hirviente dentro de mi garganta. Su esperma sabía a castañas rancias y tenía un toque salado. Yo tragaba a la mayor rapidez que podía entre arcadas, con la seguridad de que si no lo hacía a tiempo, el siguiente chorro terminaría por ahogarme.

Perdí la cuenta de los disparos y, por supuesto, no pude tragármelos todos. Gran parte del semen se quedó en mi boca y lo escupí hacia afuera casi vomitando en cuanto Ramiro se echó un paso atrás y me soltó la melena.

—Jajaja… —reía con voz contenida para no ser oído por las chicas que se escuchaban trastear en el lavabo—. Menuda puta de mierda estás hecha. Ni siquiera te gusta la leche.

Podía haberle soltado un montón de improperios, pero callé para no retarle. No quería acabar en una fuerte discusión que nos delatara.

Me limpié la boca y la cara con papel higiénico y toallitas húmedas que solía llevar en el bolso, mientras él ya se había colocado el pantalón y esperaba una ocasión propicia para largarse del cubículo. Cuando al fin me dejó a solas, me sentí libre. Me recompuse la ropa, a excepción de las bragas, que se habían pringado de todo tipo de esencias al andar rodando por el suelo durante todo el encuentro. Imposible de ser recuperadas, las envolví en papel higiénico y las guardé en el bolso.

Me entretuve orinando hasta que se produjo un nuevo vacío en el exterior y me lavé la cara

y retoqué el maquillaje frente a los lujosos espejos. Luego salí de los lavabos, simulando la mayor naturalidad que pude.

Los gritos de los amantes del cubículo adyacente al nuestro aún resonaban a mi espalda cuando cerré la puerta al salir.

*

Clara salió del lavabo y miró a la sala. Se sintió a salvo en aquel espacio lleno de gente que reía o brindaba sentados a sus mesas. La borrachera se le había disipado de golpe durante la escena en el cubículo. Suspiró y echó a andar con paso seguro, disimulando el sentimiento de culpa que la embargaba por lo que acababa de hacer.

«¿Por qué tengo que sentirme culpable? —se decía—. El asqueroso de Carlos aún sigue tirándose a esa zorra de Alej…». Y entonces lo vio. Su prometido se encontraba sentado en el lugar que le habían asignado para la cena. Y a Alejandra no se la veía por ninguna parte.

Se llevó una mano a la boca justo en el momento en que su mirada se cruzaba con la del cerdo de Ramiro, que le daba unos cachetes en la espalda a Carlos como si le gastara una broma. El muy perro le guiñó un ojo y le dedicó una sonrisa con expresión divertida. «Te la jugué, querida», parecía decir su expresión socarrona.

Clara bufó para sí y tuvo que hacer un brutal esfuerzo para no correr hacia el canalla y sacarle los ojos delante de todos. Y sus nervios terminaron de estallar cuando en otro rincón de la sala identificó a Rafa, ahora con total nitidez. ¿Qué coño quieres tú, gilipollas?, le dijo con una mirada acusadora. El chico bajó los ojos y se esfumó en dirección a la puerta de salida del restaurante.

—Pero, cariño, ¿dónde te habías metido? —le dijo Carlos cuando ella se sentó a su lado—. Te he buscado durante un buen rato y no te encontraba. Ni siquiera me respondías a los mensajes y a las llamadas. Creí que te habías marchado a casa enfadada. ¿He hecho algo que no te ha gustado?

Clara notaba la mirada de Ramiro en su cogote y adivinaba sin ver su sonrisa de triunfo. Las ganas de matarlo no hacían más que crecer.

—Lo siento, cielo… —respondió—. No has hecho nada malo. He estado en el lavabo todo el tiempo. Me parece que he bebido demasiado. He vomitado y luego me he quedado dormida sobre el inodoro. El móvil me lo he dejado en casa, ¿recuerdas que te lo dije?

—Es cierto, ahora lo recuerdo —replicó Carlos—. Pero, por favor, si te pasa algo así dímelo y no me dejes en ascuas. Lo he pasado fatal.

«Sí, claro —rumiaba Clara sin hablar, volcando sobre su novio la rabia que sentía hacia Ramiro—. Y también voy a avisarte cuando te pille follándote a tu prima Laura, no te jode». Aunque sabía que esa rabia no era más que una excusa para mitigar su remordimiento.

Un par de horas más tarde, Carlos y Clara llegaban a casa. La joven iba asustada pensando que su prometido la pediría sexo y no sabría cómo decirle que no. El estómago se le revolvió al recordar el resultado de la velada. Sus bragas iban en el bolso manchadas con la lefa reseca de Ramiro y sus propias babas. Su cara y el cuello también iban sucias de semen, aunque se había limpiado lo mejor que pudo.

Necesitaba una ducha con urgencia para quitarse aquel olor apestoso, que hasta ahora había disimulado con litros de perfume y manteniendo cierta distancia con su novio y el resto de compañeros de cena. Pero si Carlos sentía una urgencia y se lanzaba hacia ella sin poder esperar a que se duchara, o su novio era un completo gilipollas o se iba a oler la tostada y se iba a montar un lío de tres pares de narices.

Afortunadamente, Carlos había bebido tanto o más que ella y se quedó dormido antes de que la joven entrara en el lavabo.

# ASUNTOS DE OFICINA

—¡A mi despacho! ¡Ahora! —fueron las primeras palabras que soltó Clara al llegar a la oficina el lunes por la mañana.

La exclamación iba dirigida a Rafa, quién sorbía un café sentado a su mesa y revisaba en el ordenador las portadas de los periódicos deportivos.

—¡Cierra la puerta! —le espetó sin ninguna consideración cuando el becario entró.

El chico temblaba y Clara se sintió fatal. Él la había ayudado sin condiciones y ella le pagaba con esta moneda. Pero aún le duraba el enfado por haberle descubierto en el restaurante el sábado anterior. No estaba muy segura, sin embargo, si no estaría pagando con él la frustración de saberse follada a traición por el tipo más asqueroso de la empresa.

El joven se hallaba de pie ante su mesa, con las manos cruzadas por delante, como si intentaran cubrir su entrepierna.

—¿Por qué coños me seguiste? —escupió Clara cuando se hubo sentado en su butaca tras el escritorio.

—¿Yo…? —se asombró el chico—. ¿Qué… qué quieres decir? ¿No… creerás que… te… espío?

—Ah, ¿no? —volvió a rugir, aunque con la voz contenida para que nadie fuera del despacho la oyera—. ¿Entonces qué hacías el sábado en el restaurante, mirándome como un pasmarote?

Rafa se quedó mudo y Clara se impacientó.

—¿¡Me lo vas a decir o qué!?

El chico se mordió el labio y entonces se atrevió a hablar.

—No te seguía a ti, sino a él… —musitó acobardado.

—¿A «él»…? ¿Qué él?

—A Ramiro.

Clara recostó en el respaldo de su butaca con los ojos como platos.

—¿Cómo…? —balbució.

—Sí, aunque no me creas… No es a ti a quien espiaba, sino a ese cerdo hijo de…

—¡Rafa! —le cortó—. ¡Controla esas palabras…!

—No le defiendas… tú piensas lo mismo que yo: ese tío es una serpiente venenosa.

Clara lo meditó un segundo. No podía estar más de acuerdo con Rafa, pero de puertas adentro de la empresa tenía que guardar la compostura. Y obligar a guardarla.

—A ver… —le dijo tras un paréntesis con un tono más calmado, pero aún con expresión malhumorada—. ¿Qué pretendías espiando a Ramiro?

El chico suspiró antes de levantar la cabeza y confesarse ante Clara.

—Ramiro me llamó a su despacho la semana pasada. Seguía muy cabreado por la faena que le hice con el café…

Clara recordó el incidente y no pudo menos que sentir ternura. No quiso interrumpirle, sin embargo.

—Me amenazó con despedirme. De hecho, me dijo que aún no lo tiene decidido y que quizá lo haga.

—¡Será cabrón…! —murmuró para ella.

Rafa amagó una mueca de sonrisa.

—¿Lo ves? Tú piensas lo mismo que yo.

Clara mantenía su gesto serio, pero el entrecejo se le había alisado. La animadversión que hacía un momento sentía por Rafa iba cambiando de dirección.

—Sigue… ¿hay algo más?

—Sí, bueno… Lo que pasa es que no sé si te va a gustar.

Clara tragó saliva. Aquel chico sabía demasiado, se temía.

—Mi intención al seguirle era pillarle en algún renuncio y grabarle. Supe lo de la cena de celebración y sabía que el muy perro haría alguna de las suyas aquella noche. Si le grababa, tal vez pudiera hacerle chantaje y evitar que me despidiera. Este trabajo me gusta, Clara. No quiero que me echen… ¿lo entiendes?

La muchacha tragó saliva. Rafa aún no había terminado su relato, pero no sabía si quería escuchar lo que seguiría.

—¿Al final… le… grabaste…? —preguntó cerrando los ojos.

—Sí…

Clara pidió al suelo que se la tragara. Hubiera querido morirse a estar allí quieta, escuchando la confesión de un lechuguino que, a pesar de ser un buen chico, le podría arruinar la vida.

—¿Y… qué… grabaste?

Rafa se mordió el labio. Se hacía el remolón, pero la mirada de Clara le apremió para que continuara.

—Primero le grabé en video entrando en el lavabo de señoras. Después cuando entraba en el cubículo detrás de ti. El resto lo hice con grabación de voz. Vuestros… susurros… y eso… Colé un micrófono inalámbrico por un resquicio inferior de la puerta… y grabé la conversación desde el exterior de los lavabos.

Joder, se confirmaba lo que había pensado de Rafa: el chaval era un auténtico portento de la tecnología. Demasiado, en este caso. Clara quería que acabara de hablar, pero no se atrevía a pararle.

—Al final volví al video cuando salió del lavabo mirando hacia los lados con disimulo.

Un sollozo se escapó de los labios de Clara y se tapó la cara con las manos.

—Joder… —suspiró compungida.

—¡Pero, espera…! —dijo Rafa con apremio—. No tienes de qué preocuparte, te lo prometo… Yo no sabía que estaría contigo. Pero ahora que lo sé, voy a borrar todas las grabaciones. Te aseguro que por mí nadie sabrá lo que pasó.

La sensación de ternura que Clara había sentido al principio, se acrecentó y le apretaba el corazón.

—¿Lo dices en serio? —una punzada de esperanza se clavó en su pecho—. ¿Lo harías… por mí?

Rafa se acercó a la mesa y le pasó su teléfono.

—Toma, hazlo tú misma. Son esos cinco archivos que puedes ver en la pantalla. Te juro por lo más sagrado que no hay más copias, ni en el móvil ni en la nube.

Clara tomó el iPhone que Rafa le pasaba sin bloquear y suspiró aliviada. Borró uno a uno los cinco archivos, teniendo cuidado de que no quedaran en la papelera de reciclaje.

—Gracias, Rafa, te debo otra más…

El chico se giró cuando Clara le devolvió el móvil. Se dirigió a la puerta y se disponía a abrirla cuando ella le retuvo.

—Rafa, una cosa…

—Dime…

—¿Qué edad tienes?

—Veintitrés… ¿por qué?

—No, por nada.

Clara no le habría echado más de veinte por su aspecto. Pero según le iba conociendo, se

decía que la madurez del muchacho lo hacía parecer mayor que la edad que aparentaba. E incluso de su edad real, solo cinco años más joven que ella misma.

*

El resto del día fue más bien aburrido. Una hora antes de que la jornada terminara, el fijo de Clara sonó y la voz de la secretaria de Andrés se oyó al otro lado de la línea.

—Hola, Clara —saludó la eficaz asistente y buena amiga suya—. Tu primo político quiere que subas a verlo cuanto antes, si puede ser, ahora mismo.

Se sintió extrañada. ¿Qué querría Andrés a aquella hora? A aquella o cualquier otra, porque era muy raro que Andrés «director general» —no Andrés «primo»— quisiera hablar a solas con ella.

Subió desconfiada y pasó al despacho del gran jefe seguida por la sonrisa afable de su secretaria.

—Hola, Clara —dijo al recibirla Andrés—. Cierra la puerta y siéntate, por favor.

Clara se sentó en silencio. Andrés era un hombre de aspecto enérgico, facciones duras y mirada penetrante. Su voz, además, grave y sonora, asustaba cuando no era capaz de medirla.

—Tu dirás… —musitó ella—. ¿Quieres que te ayude en alguna campaña de imagen?

Andrés tosió y parecía no atreverse a decirle lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—No, no es un asunto de trabajo lo que quiero comentarte…

—Ah, ¿no? —la joven empezaba a olerse por donde iban los tiros y se echó a temblar.

El primo de su novio tomó aire con fuerza y entonces se decidió a entrar en materia.

—¿Tú lo sabías? —dijo con voz rasposa.

—¿Saber… qué? —Clara no necesitaba que le hicieran un mapa, pero haberse mostrado abierta y sincera de entrada habría sido lo mismo que declararse cómplice del affaire de los tortolitos.

—Lo de Carlos y mi mujer…

Clara abrió los ojos de forma desmedida, aunque no supo si su expresión resultó verosímil.

—¿Qué pasa con ellos? —intentó ganar tiempo.

—Pasa que esos dos están follando como conejos, eso es lo que pasa…

La joven se dijo que un polvo al mes —más o menos— no era como para llamarlo «follar como conejos», pero se contuvo.

—Joder… Andrés… ¿Es eso posible? —ahora su expresión simulaba alarma y sorpresa—.

No puede ser verdad… ¿quién te lo ha dicho?

—Totalmente cierto, te lo aseguro. Tengo unas fotografías magníficas de tu novio metiéndole el rabo a Laura en su flamante todoterreno.

—Oh…. —soltó Clara llevándose una mano a la boca.

Andrés soltó un puchero de niño bueno y empezó a sollozar.

—¿Cómo puede hacerme esto? Yo la quiero…

Clara no pudo soportar ver a aquel hombre hecho y derecho llorando como un crío y se levantó para consolarle. Él siguió sentado y ella lo abrazó por detrás.

—Tranquilo, cielo, tranquilo… —le dijo para calmarlo.

La joven intentaba mirar la escena desde fuera. Si alguien los hubiera descubierto interpretándola —el presidente de la empresa llorando y la jovencita acariciándole el pelo y casi cantándole una nana— se habría partido de la risa.

Pero no tenía ganas de reír, aquel lío era otra piedra en el camino para sus objetivos. Tenía que remediar el entuerto. Aquella mañana había salvado el escollo de la grabación de Rafa y ahora se sentía como una heroína a la que no se le ponía nada por delante.

Quizá si le contaba la historia al completo, Andrés lo entendería al igual que ella había hecho. Aunque no podría mencionarle lo de la píldora anticonceptiva, por supuesto.

—Andrés…

—¿Qué…? —replicó el hombretón con un puchero.

—En realidad sí lo sabía… —musitó—. Y les he perdonado. Voy a contarte la verdad, es posible que así tú también les perdones.

Y ante la mirada atenta de su primo político, Clara le relató lo que se podía contar de la tarde en la que sorprendió a los amantes en su casa. Andrés seguía la historia que le narraba su prima con la boca abierta. Al finalizar, se recostó en el respaldo de la butaca y suspiró.

—¿De veras Laura está buscando quedarse embarazada para darme un hijo? ¿Un maravilloso bebé?

—Bueno… con los matices que te he explicado, pero sí… —replicó Clara—. Ambos se han comprometido a que el niño será solo vuestro y nunca se sabrá la verdad.

Andrés sonrió y una lágrima cruzó su rostro.

—Pero, ¿por qué lloras ahora? —le espetó su prima.

—Oh, no… no es nada… —replicó él—. Son lágrimas de alegría. Qué gesto más bonito… Son dos ángeles, Clara, te lo juro, mis dos ángeles: Carlos y Laura. Ahora los quiero más que nunca.

Lo primero que se le pasó a Clara por la cabeza fue que aquel tío, al que antes respetaba y temía, era un perfecto gilipollas. Lo segundo, que no entendía como una empresa de éxito como aquella podría estar dando beneficios gobernada por semejante tonto del culo.

Un tonto que, por otro lado, no conseguía enderezar la picha para metérsela a su mujer. ¿O sería esa otra de la mentiras de Laura? Un picorcillo lascivo le recorrió la entrepierna y, sonriendo internamente, se decidió a comprobarlo de primera mano.

—De todas formas… —susurró en su oído desde su posición a la espalda del director—. ¿No crees que se merecen un escarmiento?

—¿A… a qué te refieres…? —respondió Andrés.

Clara hizo girar la butaca hasta que el hombretón estuvo enfrentada a ella. Acto seguido, se arrodilló ante él y se lanzó a desabrocharle el cinturón.

—Pero… ¿qué haces… mujer…? —la cara de pasmo que puso era única.

—Tú déjame a mí… —le replicó con los ojos hinchados en sangre—. Tenemos al menos que vengarnos de ellos… aunque solo sea un poco…

La misma Clara se sentía rara. La euforia que le recorría el cuerpo mientras liberaba el miembro de su primo político era un sentimiento desvergonzado que desconocía en ella. Las últimas experiencias con Ramón y Ramiro empezaban a cambiar su forma de entender el sexo. Y el deseo creciente de disfrutar de él. Había perdido la vergüenza.

Estaba decidida. Se iba a mamar aquella polla aunque cayeran chuzos de punta.

*

***Clara***

Agarré la verga de Andrés con las dos manos. Hay que decir, sin embargo, que me habría bastado con utilizar solo una, tan flácida se hallaba la pobre. Un impulso maternal me embargó y me la pasé por la mejilla para mimarla, igual que se mima a un bebé.

La picha no se hizo esperar y , dando cabezazos, empezó a crecer. Tiré de la piel hacia atrás y la descapullé con soltura. Yo misma me alucinaba con lo bien que se me daba hacer aquello. Pocos meses atrás no hubiera sabido que hacer con aquel pedazo de carne, fofo y blando por el momento. Ahora, sin embargo, tenía plena confianza en mí misma. Era mi tercera mamada en poco tiempo y muy bien sabía lo que tenía que hacer para revivirlo, en el caso en que no estuviera muerto del todo.

Una vez el glande estuvo al aire, alargué la lengua y lo ricé llenándolo de saliva. Miraba a Andrés con ojos de puta mientras lo hacía. Él se había quedado rígido, en parte por la sorpresa,

en parte por el placer, y se agarraba a los brazos del sillón como si temiera caerse.

Cuando succioné el glande, fui consciente del olor de aquella polla seca y moribunda. El olor a orín era el predominante en ella. Contrastaba con el olor a semen fuerte y joven de Ramón y con el olor a perfume caro de Ramiro. No supe cuál de los tres olores me gustaba más, aunque todos eran excitantes, cada uno a su manera.

La succión pilló desprevenido a Andrés, que parecía no haber recibido nunca una mamada en condiciones, y el muy lerdo lanzó un aullido.

—Sssshh —le regañé—. Calla si no quieres que nos oiga tu secretaria.

—Joder… Clara… es que me estás matando…

Me asusté. Quizá Andrés no deseaba aquello. ¿Estaría violándole?

—Perdona… —me eché hacia atrás—. Lo siento. ¿Quieres que pare…?

—Hostia, Clara —me reprochó—. Para eso no haber empezado. Ahora no puedes parar, no me jodas…

Lancé una sonrisita y me tragué su minga hasta la campanilla, cosa sumamente fácil al no estar totalmente tiesa.

Mamé durante unos minutos, durante los cuales Andrés se mordía una mano para contener los jadeos. A veces me tiraba del pelo, pero se le veía que intentaba no hacerme daño. Era un pedazo de pan entre mis manos, nada que ver con el sucio Ramiro.

La dureza del rabo de Andrés crecía. Muy poco a poco, pero siempre hacia arriba. Cuando me las prometía felices, una voz metálica surgió de algún punto sobre la mesa.

—Andrés —dijo la voz de la secretaria del presidente—. Tu primo Carlos va para tu despacho. Le he pedido que esperara, pero no me ha hecho caso y…

No nos dio tiempo a oír más. Andrés intentó levantarse de la silla, pero yo le sujeté. Giré la butaca y, metiéndome bajo la mesa del presidente, tiré de ella hasta cubrirme completamente. De igual manera, el pantalón a medio muslo de Andrés era invisible si no rodeabas la mesa y mirabas desde atrás.

*

***Clara***

Aquel movimiento desesperado fue nuestra salvación. Antes de que la frase de la secretaria hubiera terminado, Carlos ya abría la puerta del despacho y se plantaba ante la mesa de Andrés, dando un puñetazo sobre ella. Un segundo más y nos habría pillado infraganti.

El ímpetu de Carlos, un hombre calmado por lo normal, me hizo temer que sabía lo que allí ocurría. Me equivocaba, afortunadamente. Su enfado provenía de un asunto puramente profesional. Al parecer, un desarreglo en las cuentas realizado con consentimiento de Andrés, había abierto un agujero fiscal que podría traerles graves consecuencias.

Los dos hombretones se enzarzaron en una agria discusión. Aunque, para ser exacta, debería decir que era solo mi novio quien elevaba la voz. Andrés, se mostraba calmado y argumentaba en contra con suma naturalidad.

Se me estaban entumeciendo las piernas. A pesar de que el hueco bajo la mesa era enorme, el tener que estar de rodillas y agachada no era la postura más idónea para permanecer más de tres minutos. Y ya llevábamos cinco y la discusión no tenía visos de terminar.

Observaba con lástima como se desinflaba la polla de Andrés, cuando vi surgir una mano bajo la mesa. La mano me agarró del pelo y tiró fuertemente de mí, acercando mi cabeza a su entrepierna. Esta vez el tirón de pelo fue más efusivo y tuve que reprimir un gritito. Parecía que a Andrés le había gustado el juego y no tenía intención de esperar.

Me hice la loca y me eché hacia atrás. Andrés, quizá mosqueado, me volvió a tirar del pelo y me sujetó fuertemente para que no escapara de su regazo. Me rendí y atrapé la verga de mi primo político con los labios. Succioné el capullo y el mazo de carne volvió a revivir.

A partir de ese momento mi mamada fue in crescendo, mucho más al notar enfervorizada que mi trabajito estaba surtiendo efecto: la polla del presidente de la empresa estaba alcanzando una dureza más que interesante.

Yo chupaba, Carlos voceaba furioso y Andrés tiraba de mi pelo adelante y atrás. La minga del gran jefe se endurecía y, al poco rato, ya estaba dura como una piedra. Sonreí con satisfacción y seguí chupeteando el glande como si pretendiera inflar un globo. Mi intuición se confirmaba: la polla de Andrés no estaba muerta, el problema de aquel hombretón era la falta de interés de su querida esposa Laura.

Según mamaba, tuve una revelación. Saqué el móvil del bolsillo, apunté a la mitad del cuerpo de Andrés que podía verse bajo la mesa y empecé a grabar. Con mucho cuidado de que no apareciera nada mío en las imágenes, tomé una panorámica de la polla en plena forma, del cinturón de Andrés con su nombre grabado en letras de oro y, sobre todo, de los zapatos. Unos zapatos italianos fabricados en exclusiva para él y con sus iniciales en letras doradas a juego con el cinturón. Sonreí para mí, últimamente me estaba aficionando al reporterismo visual como una vulgar *paparazzi*.

Repentinamente, el conducto inferior de la verga se inflamó. Sabía lo que eso significaba: el jefe de Carlos estaba a punto de correrse. Joder, aquello era una mala noticia. Y no entendía como no había contemplado antes tal posibilidad. Quizá había confiado en la impotencia del

primo de mi novio, el caso es que por más que miraba hacia los lados no había escapatoria. Aquella lechada me iba a impactar de lleno.

A no ser… Joder, supe la solución al tiempo que me subía una arcada y comprendía que debía aguantarla si no quería que Carlos nos descubriera.

Cerré los ojos y me dispuse a sufrir. Respiré profundamente, apreté los labios alrededor del glande de Andrés y pajeé la piel del duro rabo hasta que empezó a escupir. Aguantando las ganas de vomitar, fui tragando la lefa de Andrés a medida que iba saliendo. Afortunadamente no expulsó tanto semen como Ramiro, si no habría muerto ahogada intentando tragarlo.

Andrés, por su parte, se había quedado en silencio para que no se notara que se estaba corriendo a mares.

Cuando la corrida terminó, me limpié la boca con un pañuelo de papel y esperé a que Carlos se largara. Tuve que esperar otros diez minutos hasta que eso ocurrió.

Al cabo, Carlos desapareció con su retahíla de improperios y pude escabullirme de mi prisión. Me arreglé el pelo y la ropa y me dispuse a salir del despacho. Andrés me miraba agradecido.

—Gracias, prima… —dijo antes de que saliera—. ¿Volveremos a repetir?

—¿Por qué no le pides a Laura que te lo haga ella? —repuse—. A lo mejor descubrís una posibilidad de tener vuestros propios hijos sin depender de nadie.

—Lo dudo —se lamentó—. Laura es una asquerosa. No me haría una mamada ni muerta… Y menos con esas ganas que tú le pones…

—Anda, no seas tonto… —«si tu supieras», pensaba recordando cómo le había negado las mamadas a mi novio—. ¿Se lo has pedido alguna vez?

—No sé… tal vez no lo haya hecho. Quizá pruebe a hacerlo…

—Pues claro, jefe…

Me lanzó un lapicero en señal de ofensa por haberle llamado jefe y ambos reímos cuando abandonaba el despacho. Hacía más de media hora que su secretaria se había despedido por el telefonillo y se había marchado a casa.

El camino está libre, me dije.

# CLARA Y EL MOTERO

Unos minutos más tarde, Carlos salía con su coche por la rampa del garaje. Había quedado con Clara a esa hora para recogerla y volver a casa juntos como hacían habitualmente. Cuando el enorme todoterreno afrontaba la barrera de salida del parking, Carlos se detuvo ante ella para abrirla con la tarjeta de la empresa. Desde su posición divisaba la calle con total claridad. Y lo que allí se encontró no le gustó en absoluto.

Clara no se hallaba a solas. Un tipo disfrazado de motero de los pies a la cabeza se apoyaba en su enorme *Harley* mientras hablaba con ella. El hielo que atravesó a Carlos fue como una espada afilada. Conocía a aquel tipo, y no le gustaba nada la cercanía con la que hablaba con su novia.

Porque el motero era el mismísimo tío Ramón.

De pronto, el hombre le dijo algo a la joven y ella volvió la cabeza hacia Carlos. Le habían descubierto. El novio de Clara arrancó, pero el motero ya se había subido en la *Harley* y salía de allí a toda velocidad.

*

Una vez en el coche, Carlos no se atrevía a preguntar. Clara, consciente del silencio denso que se había generado entre los dos, se decidió a hablar.

—Que majo tu tío… ¿no?

—Oh, sí… muy majo —respondió su novio, tenso.

Clara le miraba de reojo y no replicó. Había notado un obvio mosqueo en el comentario de Carlos.

—¿Y qué es lo que quería? —indagó su prometido.

—Eh… nada en realidad —mintió—. Solo que pasaba por aquí, me ha visto esperándote y se ha parado a saludarme.

—Ah, vaya, sí que parece un tipo majo, sí…

—¿Estás enfadado con él? —intentó quitar hierro al asunto Clara—. No deberías estarlo.

Al fin y al cabo, te va a hacer una donación de un montón de pasta.

Carlos se mordió el labio.

—Ya veremos…

El resto del camino lo hicieron en silencio. Clara se temía que Carlos conocía a su tío mucho más de lo que quería hacerle creer a ella. ¿Sabría lo del affaire entre Ramón y Sofía? Pudiera ser. Y tal vez sabía también lo que estaba intentando hacer con ella misma y que estaba pendiente de decisión por su parte. No obstante, decidiera lo que decidiese, ella nunca le confesaría nada. Sería su secreto.

Una hora más tarde, mientras veían una película ñoña en la televisión, Clara se atrevió a preguntar:

—Oye, Carlos…

—¿Sí?

—¿Es cierto que esta casa no es tuya, sino de tu tío?

La expresión de amargura de Carlos fue indisimulable.

—Vaya, parece que mi tío el «majo» te ha contado algunas cosas sobre mí.

—No, no me lo ha contado él —mintió—. Me lo dijo Sofía hace unos días y Ramón solo me lo ha confirmado.

—¿No te llevabas mal con Sofía? —replicó sarcástico.

—Bah, cosas de chicas, no nos hagas caso…

—¿Y qué más te ha dicho el tío? ¿Te ha contado que me la prestó de forma indefinida? ¿No te habrá pedido que se la devuelva?

—¡Pues claro que no…! —se quejó ella—. Esas cosas las hablaría contigo, supongo… A mí no me las contaría, sería como un desprecio hacia ti, ¿no crees?

—Está bien, no hablemos más del asunto…

Charlaban sin mirarse. Clara decidió templar gaitas de nuevo.

—Bueno, no es tan malo… —replicó—. Si te ha prestado una casa para que vivas es una señal de que te aprecia. Además, ¿quién te dice que no la incluye en la donación que piensa adjudicarte?

Carlos no respondió. Su gesto era duro, aunque más preocupado que enfadado.

Lo que Clara no se atrevió a mencionar fue las otras revelaciones de tío Ramón. Y ésas eran las que más temor le habían generado a Clara.

Porque Ramón le había confesado que Carlos no tenía ni un euro. Su economía estaba prácticamente en quiebra. Peor aún, sus deudas de juego le tenían entrampado —debía una

cantidad ingente de dinero—, y podía terminar en la cárcel.

¿Y este era el tipo con quien ella se iba a casar? El rico hombre que presumía de casa, cochazo y nivel de vida de escándalo. Dios santo, ¿dónde se había metido?

Aunque, como tío Ramón le había dicho, aquello tenía una solución. Solo una. Y esa solución era ella.

# UN HIJO DE MALA MADRE

Al día siguiente, Clara se hallaba sumida en sus pensamientos a la espera de la parada matinal para el café. Lo que le había comentado tío Ramón en la puerta del garaje la había dejado tocada. Además, el no poder compartirlo con Carlos la alteraba sobremanera. Ser rica tenía un precio, se decía.

Antes de comprometerse con Carlos, su vida había sido muy tranquila, aunque financieramente no era como para tirar cohetes. Al menos en relación a los caprichos a los que tenía que renunciar.

A partir del compromiso, se iba acostumbrando poco a poco a moverse en un nivel que le era desconocido. Y le gustaba. Le gustaba demasiado. A cambio, le pedían que vendiera su alma al diablo. El día anterior, Ramón le había explicado lo extrema que era la situación de su prometido. Y la había puesto a ella en el centro de la diana. En su mano había dejado la opción de salvar su futuro matrimonio o de hundirse en la miseria con Carlos.

La elección parecía sencilla, siempre que Ramón no mintiera. Porque, ¿quién le decía a ella que todo lo que le había contado el patriarca de la familia no fuera falso? Aunque la punta del iceberg —la propiedad de la casa donde vivían y el estado de su raquítica economía— parecía coincidir con la realidad que ya percibía desde hacía un tiempo. El mismo Carlos había tenido que admitir que la casa donde vivían no era suya, sino de su tío. Y, en cuanto a su cuenta corriente, no necesitaba más confirmación que lo ocurrido cuando le había pedido dinero para comprar la ropa que necesitaba para la cena de directivos.

Las tribulaciones la estaban torturando y aún quedaba media hora para la parada del café con Paula y Lines. Necesitaba confiarse a alguien y la mañana se le estaba haciendo eterna. Su carga de trabajo en ese momento era ínfima. Se acercaban las vacaciones con Carlos y había traspasado parte de sus obligaciones a los compañeros que volverían a primeros de agosto. Podía permitirse el lujo de quedarse mirando al cielo a través de la cristalera de su despacho. Y pensar de forma relajada.

Inmersa en sus reflexiones como se hallaba, no oyó a la persona que entraba en su espacio de trabajo, cerrando la puerta tras de sí. El clic de la manilla la devolvió a la realidad. Al volverse, el corazón se le detuvo un instante al observar a Ramiro sentarse frente a ella,

cruzándose de piernas y sonriendo con mueca triunfal.

—Buenos días, querida.

La respuesta de Clara no se hizo esperar.

—Si vuelves a llamarme «querida» te largas de este despacho y no vuelvo a hablar contigo si no está Carlos delante.

Ramiro se quedó cortado, pero no se arredró.

—No te quejabas tanto el sábado mientras botabas sobre la tapa del inodoro…

Clara se levantó de su mesa y lanzó un exabrupto que traspasó las vidrieras de su despacho, llegando al espacio donde se ubicaba la mesa de Rafa.

*

El becario escuchó el grito, aunque no consiguió entender la palabra que salió de la boca de su jefa. Afortunadamente no había nadie más en los alrededores, si no todos se habrían acercado a ver lo que pasaba allí dentro.

Rafa hizo exactamente eso. Se levantó de su silla y se acercó a la cristalera para olisquear. Había visto al cerdo de Ramiro entrar en el despacho unos segundos antes, pero nunca hubiera imaginado lo que iba a ocurrir. El grito furioso de Clara anunciaba que la discusión entre ella y Ramiro se enmarcaba en el ámbito de lo personal. Porque en asuntos laborales, su jefa era un dechado de mesura y templanza.

Aproximó sus ojos a la cristalera. Desde el exterior no era posible ver lo que ocurría en el despacho debido a las dos persianas de lamas que lo protegían de las miradas curiosas. Rara vez Clara subía tales persianas, solo en caso de reuniones que aconsejaran permanecer a la vista del personal. Éste no era el caso actual, por lo visto.

Sin embargo, la unión entre las dos persianas no era perfecta, por lo que, si aproximabas un ojo a la ranura entre ambas, podía ver más o menos lo que se desarrollaba dentro.

Rafa se sentía como un espía, pero se veía en la obligación moral de ayudar a su jefa en el caso de que le necesitara. Lo que distinguió no le pareció muy normal. Clara se hallaba de pie tras su escritorio, las manos apoyadas sobre él y hablando en tono airado. Ramiro, acomodado en una silla ante la mesa, parecía mucho más calmado e intentaba apaciguar a Clara con gestos amistosos.

Por fin pareció que lo lograba. Clara se sentó en su butaca y se echó hacia atrás en el respaldo. No obstante, apuntaba con una mano hacia la puerta y parecía pedirle a Ramiro que saliera del despacho. El hombre, por el contrario, se hacía el remolón y por su mímica parecía

negar que fuera a obedecerla.

Rafa no se lo pensó dos veces. Había que actuar y él era hombre de acción. Aunque estaba seguro de que tendría que pagar por su osadía. Abrió la puerta tras dos golpes rápidos sobre la madera y asomó medio cuerpo al interior.

—Una cosa, jefa… —simuló cortarse en lo que iba a decir y se corrigió—. Uy, perdón… pensé que no había nadie más en el despacho. Ya me voy…

Clara lo detuvo.

—Espera, Rafa —dijo—. El señor González ya se iba. Y tengo algo urgente que tratar contigo.

El chico entró y se quedó de pie dejando libre el paso hacia la puerta. Ramiro se levantó de la silla de muy malas pulgas y se dirigió hacia la salida.

—Seguiremos hablando del tema —le dijo a Clara en lo que pareció una amenaza.

Al pasar junto a Rafa le echó una mirada que podría haberlo fulminado. Las piernas del becario apenas le sostenían.

Una vez se hubo marchado el tipejo, Clara suspiró aliviada. Rafa se acercó hacia su mesa y se ofreció a su jefa.

—Dime… ¿qué era eso urgente que necesitabas de mí?

—Ufff, gracias Rafa… —suspiró Clara—. No, no era nada. Lo he dicho solo para que ese cerdo se marchara. Te agradezco en el alma tu ayuda, me has librado de nuevo de él. Te debo otra, y ya son un montón…

—Tranquila, jefa…

—Joder, Rafa, no me llames jefa —le increpó, aunque con una sonrisa de oreja a oreja—. Yo no soy jefa de nadie.

—De acuerdo, jefa… digo, Clara…

Los dos rieron al unísono. La joven se despidió del chico y salió corriendo para buscar a Paula, necesitaba el café de media mañana como un drogadicto su dosis diaria.

*

A la hora de la comida, Paula y Clara volvieron a coincidir. Lines, sin embargo, no pudo unirse al grupo. Volvió a excusarse y no apareció por la cantina. Durante el desayuno, Clara no había podido sincerarse con Paula al comprender que hacer partícipe a Lines de sus problemas con Ramiro estaba fuera de lugar. Paula no le había contado nada y ella no era quién para traspasar

esa línea.

Una vez más, Rafa comía a solas en una mesa apartada de ellas con su túper habitual.

—¿Te importa si invito a Rafa a sentarse con nosotras? —preguntó Clara.

—No, espera —replicó Paula— tengo que contarte algo que no quiero que él oiga. Luego le llamamos si quieres.

—Me asustas, Paula… ¿Pasa algo? ¿Es con tu novio?

—No… —bajó la voz su amiga—. Es con Ramiro…

—No me jodas… —susurró Clara—. ¿A ti también te está acosando?

—¿Cómo que «también»? —se extrañó Paula—. ¿A quién más acosa?

Clara se dio cuenta del resbalón que acababa de cometer y se salió por la tangente. No era el momento aún de abrirse ante su amiga.

—No… nada… —desvió la mirada para que Paula no detectara su mentira—. Es Rafa, una bobada, ya te contaré.

La expresión de Paula era de agobio y Clara intuyó por donde iban los tiros.

—¿Qué quiere de ti? —insistió para que Paula se explicara.

—Joder, Clara… —gimoteó su amiga—. Que si creía que la había cagado, ahora sé que estoy de mierda hasta el cuello.

—¿Pero qué ha pasado? No me asustes aún más…

—Pues ha pasado que el muy hijo de su madre grabó la faena del otro día en su despacho…

—¡Ostras! —exclamó Clara—. No me digas que tiene cámaras en su…

—No… no es eso… —la cortó Paula—, grabó solo la voz… con el móvil.

—Ufff, menos mal —Pareció relajarse, pero por dentro se sentía fatal. Porque no estaba segura de que no la hubiera grabado también a ella en los lavabos del restaurante.

—Y el muy cabrón me ha dicho que si no vuelvo a enrollarme con él, la grabación le llegará a mi novio de forma anónima.

Clara lo pensó un segundo.

—No entiendo… Si la grabación le llega a tu novio, la voz de Ramiro también se oirá y él también se pondrá en evidencia. Podrías acusarle de acoso.

—Ay, amiga, ojala… —el sollozo de Paula fue inevitable—. Lo que pasa es que el muy cerdo lo tenía planeado y durante todo el tiempo solo se le oye jadear y poco más. No hay forma de saber quién es el hombre que está conmigo.

—¿Y… tú…? —preguntó Clara sabiendo la respuesta.

—Joder, ya sabes cómo soy… A mí me gusta hablar mientras lo hago. No solo jadeo… ya lo sabes… pido cosas… explico que ya me viene… le digo que no pare… Ay, chica, que me quiero morir…

Clara tuvo que disimular para que no se le notara su suspiro de alivio. Durante el polvo en los lavabos, Ramiro había hablado tanto como ella o más. En su caso, si hubiera grabado la escena, haciéndola pública quedaría en tan mal lugar como ella misma.

—Tranquila, Paula, te prometo que todo va a ir bien… —le dijo sin mucha convicción.

Paula ya no disimulaba sus lágrimas, aunque las limpiaba nada más salir de sus ojos para que nadie alrededor las observara. Por suerte, la cantina estaba prácticamente vacía.

—Sí, claro… Ya sé que me lo dices para que me calme, pero no sé qué harías si estuvieras en mi lugar…

Quizá fue por esa frase o quizá porque necesitaba confiarse a alguien. El caso fue que Clara no pudo contenerse.

—Sí, amiga, te entiendo perfectamente… Porque yo estoy pasando también por ese trance.

*

—¿Qué…?

El llanto de Paula se cortó de raíz. Su mirada en los ojos de Clara la apremiaba para que no se detuviera ahora que se había arrancado en confesión.

—Pues eso, Paula… Que yo también soy gilipollas…

—No te pares… sigue o te juro…

Clara le hizo un resumen de lo que había ocurrido el sábado por la noche, haciendo hincapié en el burdo engaño del asqueroso Ramiro.

—¡No… me… jodas…! —susurró Paula cuando su amiga terminó de contar—. Con la charla que me diste cuando te conté lo mío… ¿vas tú y te dejas follar también por ese cabronazo…?

—Basta, Paula… no hace falta que tú también me martirices. Ya lo hago yo sola perfectamente —se quejó—. Además, técnicamente no fue un polvo. Se la chupé y nada más… Aunque antes fue él el que me comió el… el… eso…

—No te puedo creer… —se lamentó—. ¿Y ahora qué somos? ¿El club de las folladas?

Clara sujetó una carcajada. No era momento para bromas.

—Bueno, en realidad, no… —replicó con una mueca de sonrisa—. Para poder fundar ese

club faltaría Lines.

—¡Ostrás! —Paula se llevó una mano a la boca—. ¿No pensarás que Ramiro pueda estar detrás de ella?

—Ni idea… Tratándose de ese cabrón, cualquier cosa es posible…

—Joder, Clara, que Lines es una mujer casada, que tiene dos hijos…

—Bastante le preocupa eso al muy cerdo…

—No, esto no puede quedar así. Ese canalla me va a oír —frunció el ceño Paula.

—Calla, no seas loca… —temporizó Clara—. Hay que pensar muy bien lo que vayamos a hacer. Además, Lines ya es mayorcita, los cuarenta no los cumple. Debería saber defenderse sola. Si quiere dejarse… allá ella…

—Por dios, Clara, que con lo desatendida que la tiene su marido… que esta también cae… que te lo digo yo…

Clara estaba seguro de ello. Pero estaba segura de que en ese caso no podían hacer nada. Era un futurible, cosa que no lo eran sus problemas. Mejor centrarse en lo ya acontecido.

—A ver, pensemos en ti y en mí… —reflexionó en voz alta—. Quizá podríamos denunciarle por acoso a Recursos Humanos. Al menos en tu caso. Lo mío tiene peor defensa.

—¡Ni de coña! —exclamó Paula en susurros—. ¿No te das cuenta de que llegaría a oídos de mi novio? Pobrecito mío, con lo que me quiere… Menudo disgusto se llevaría. Al fin y al cabo él no tiene la culpa de tenerla tan pequeñita y que a mí me obnubilara ver el… el… monstruo… de Ramiro.

—A ver, Paula, que tampoco es para tanto… —se enfadó Clara—. Que la cosa de Ramiro es muy normal, lo que pasa es que sabe usarla. Tampoco se la pongas por las nubes.

—Ah, ¿sí? —reflexionó Paula—. Pues, hija, a mí me pareció un buen rabo…

Las carcajadas de las dos chicas resonaron en el salón restaurante.

Desde su mesa, Rafa elevó una mano y las saludó. Clara le pidió a su amiga por segunda vez que le permitiera acompañarlas. Esta vez, Paula aceptó.

—Pero ni palabra de mis líos…

—No te preocupes, tus líos serán nuestro secreto… —concedió Clara—. Aunque me temo que vamos a hablar de los míos…

—¿Qué…? —Paula abrió los ojos alucinada—. No me digas que el becario…

Clara asintió con la cabeza, una mueca de disgusto pintada en su rostro.

—Sí, amiga, Rafa lo sabe… De hecho, fue testigo directo de la sesión…

*

Minutos después los tres compañeros engullían el postre mientras hablaban del tema del día: el cerdo de Ramiro. Clara tomó la palabra y rellenó los huecos que sus dos amigos tenían aún de la historia al completo.

—Verás, Paula… —comenzó a hablar mirándola a ella—. Rafa también tiene un problema con Ramiro…

Paula hizo la señal de la cruz sobre su rostro.

—Ostras, no me digas que Ramiro es bisex y que a él…

—No, espera… —Clara cortó su retahíla—. No es un tema sexual. El asunto que tiene con Rafa viene por haberle tirado el café el día que se intentó propasar conmigo en la reunión.

Rafa asintió con la cabeza. Paula no se atrevía a pestañear para no perder detalle.

—A él le ha amenazado con despedirle —concluyó.

—¡Jo-der! —Paula no perdía la capacidad de sorpresa en lo que se refería a Ramiro.

—¿Y lo que ha pasado esta mañana en tu despacho? —apuntó Rafa—. Porque por lo poco que he visto te estaba amenazando.

Clara tomó aire antes de responder.

—Sí, estás en lo cierto —repuso—. Me estaba amenazando…

—¿Qué coño ha pasado esta mañana? —preguntó Paula—. Esa parte aún no me la has contado.

Clara hizo un resumen de la escena que Rafa había interrumpido unas horas antes. Al llegar a la amenaza lanzada por Ramiro, se quedó callada. Su expresión lo decía todo.

—Sigue, por dios, Clara… —la apremió su amiga—. Nos vas a matar de la tensión.

—Me ha amenazado con denunciar a mi novio ante Hacienda… si no me vuelvo a enrollar con él… —dijo y se cubrió la cara con las manos.

Paula tragó saliva. Rafa no entendía nada.

—¿Denunciar? —preguntó el chico—. ¿Denunciar por qué?

—Eso… —remachó Paula—. ¿Por qué?

—Es… complicado… —Clara intentaba contener una lágrima—. Ni siquiera yo lo entiendo bien. Por lo visto hay un lío en la contabilidad de la empresa y todos los directores se echan la culpa entre sí de un posible desfalco. Ramiro dice tener la prueba de que Carlos es el autor. ¿No lo entendéis? Podría ir a la cárcel.

Paula acarició el brazo de su amiga.

—Bah, ni caso, no seas tonta… —la tranquilizó—. Viniendo de ese tipo seguro que es falso… Lo único que quiere es ponerte a cuatro patas y…

Clara abrió mucho los ojos y le hizo una seña a su amiga recordándole que Rafa estaba con ellas.

—Uy, joder… perdona… No quería decir eso… —se cortó Paula.

—Tranquilas… —musitó Rafa—. Ya me voy haciendo una idea de por dónde va ese pedazo de…

Todos sonrieron, pero nadie se atrevió a terminar la frase.

—¿Y qué podemos hacer? —dijo Paula al cabo—. Oye, Clara, ¿no podrías pedirle ayuda a tu primo Andrés?

—¿Qué Andrés? —exclamó Rafa—. ¿El presidente… Andrés?

—El mismo… —confirmó Paula.

—Hostias, Clara…

La joven les cortó en seco a los dos.

—A ver… dejaros de tonterías. Contarle algo a Andrés sería como contárselo a mi novio. Y de eso nada… Carlos no se puede enterar…

—¿Y quién es tu novio? —murmuró Rafa sin atreverse a respirar.

—Carlos Gálvez, el director financiero — explicó Paula.

—¡No… jodas…! —Rafa se echó para atrás en la silla y se quedó en silencio.

—Basta de hablar de mí —insistió Clara—. Hagamos lo que hagamos, tenemos que hacerlo solos. Esto no es una película, no va a acudir en nuestro auxilio el séptimo de caballería. Tenemos que pensar algo por nuestra cuenta.

El silencio se hizo entre los tres. Al final fue Rafa el que lo rompió.

—Si queréis mi consejo, lo mejor es esperar… —propuso Rafa.

—¿Esperar? ¿Y a qué esperamos? —replicó Paula.

—A ver si me explico… —prosiguió el joven—. Tú, Clara, es mejor que esperes acontecimientos de la dirección. Si lo que dice Ramiro de tu novio es falso se sabrá en pocos días, como mucho semanas. Ni de coña aceptes su miserable proposición. Tiempo hay para eso, no creo que vaya a cumplir su amenaza a corto plazo. Perdería la oportunidad.

—Tiene razón —dijo Paula mirando a su amiga.

—Lo mío es diferente, pero es muy probable que vaya de farol —prosiguió—. Mi beca está patrocinada por la Universidad. Tendría que tener una excusa muy fuerte para justificar un despido. Usará ese argumento mientras pueda para acojonarme, pero dudo que tenga poder para

cumplirlo.

Clara asintió y Paula hizo un gesto de reconocimiento a la inteligencia del muchacho.

—Y en cuanto a ti, Paula…

—¿Cómo que a mí? —Paula miraba a Rafa y a Clara de forma alterna—. ¿Qué sabes tú de mí?

Rafa hizo un gesto con la mano pidiéndole calma.

—Bueno, verás… Os he visto hablar desde mi mesa y por los gestos y las expresiones sé que Ramiro también te presiona a ti.

Clara le dio un apretón en el brazo a su amiga.

—Hazle caso, cielo…

—No, si ya veo que el chaval tiene coco… —repuso Paula—. Pero es que me da mucha vergüenza que mis cosas se sepan por ahí.

—Te prometo que mis labios están sellados… —se comprometió el joven.

—Vale, vale… —aceptó Paula—. Sigue, ¿qué propones de lo mío?

—Pues más o menos lo mismo. Paciencia. Ahora vienen las vacaciones. Agosto se pasará muy rápido. Ramiro es un cazador y no creo que tenga prisa. No va a cargarse sus opciones por un apretón. Esperará hasta la vuelta para seguir presionando. Y para entonces ya tendremos algo pensado…

Las dos jóvenes le apremiaron para que terminara la frase.

—Me refiero a que tenemos que buscar alguno de sus puntos débiles… Y preparar un plan para conseguir información sobre ese punto. Fotos, Grabaciones o lo que sea. De esa manera podremos contratacar a sus amenazas con nuestros propios chantajes.

Paula aplaudió a Rafa cuando hubo terminado. El discurso del chico la había encantado.

—¡Bravo, chaval…! —le aclamó hasta que se dio cuenta que era el centro de las miradas. Luego prosiguió en susurros dirigiéndose a Clara—. ¿De dónde sacas tú a estos becarios tan listos? Yo me pido uno…

La carcajada de los tres amigos volvió a llamar la atención.

Poco más tarde, según dejaban las bandejas con las sobras en los carritos de recogida, Paula preguntaba en broma.

—Oye, Rafa… ¿tú tienes novia?

Clara sintió un hormigueo en el estómago mientras Rafa le decía que no, que con los estudios y el trabajo no tenía tiempo para novias.

*

Después de la comida, Andrés volvió a llamarla a su despacho. Clara se lavó los dientes en los lavabos. No tenía intención de volver a las andadas con su primo político, pero si él se ponía terco, no estaba muy segura de no tener que ponerse de rodillas de nuevo.

Andrés la recibió con un fuerte abrazo, antes de pedirle que se sentara en la silla frente a su escritorio. Él, por su parte, lo hizo en su butaca tras la mesa. Les separaban al menos tres metros, lo que la tranquilizó en cuanto a las intenciones del presidente de la empresa.

—Solamente quería darte las gracias, prima —dijo Andrés tras el recibimiento—. Me explico. Siguiendo tus consejos, anoche le pedí a Laura que me hiciera una mamada.

La sonrisa de Andrés era de dentífrico.

—¿Una… mamada? —Clara tragó saliva.

—Sí, eso he dicho —prosiguió—. Y ella aceptó, aunque no fue a la primera, no te creas. Cuando aceptó, yo la fui guiando de acuerdo a lo que aprendí ayer contigo…

—Ah, ¿sí?

—Sí… —su sonrisa se ensanchó aún más—. Y puedo decir que el resultado fue magnífico… ¿Qué digo magnífico? Fue esplendoroso…

Clara reía y daba palmitas con sus manos.

—¡Genial!

—Total… —siguió Andrés—. Que mi… cosa… alcanzó una dureza excelente, como nunca… Bueno, como la que tú conseguiste también, quiero decir… Y por fin pudimos tener sexo completo por primera vez desde hace mucho tiempo.

Clara seguía animando a su familiar.

—No sabes cuanto me alegro por vosotros, Andrés…

—Y todo gracias a mi querida prima Clara… —concluyó el hombre—. Solo por ti me atreví a pedírselo. Ahora ya podré tener mi propio hijo, sin necesidad de terceros. Te debo una… y de las buenas… Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde encontrarme.

Clara no se atrevió a desilusionarle con el cuento de la píldora anticonceptiva que seguía tomando su mujer, a pesar de que afirmaba lo contrario.

Tras algunos parabienes más entre los dos, Clara se dispuso a marcharse. Cuando hacía gesto de dirigirse hacia la puerta, Andrés la retuvo.

—Por cierto… —dijo y Clara se detuvo—. Lo que pasó… ayer… ejem… ¿podría volver a pasar de nuevo? Solo lo digo como idea, eh… no intento ligar, que conste…

—Ay, Andrés, que pillín eres… —le respondió ella con total confianza; con los últimos acontecimientos le había perdido el respeto y ya no la intimidaba—. No tires de la goma, querido… Hazlo con Laura, ella es una mujer de bandera… y te quiere…

—Sí, lo sé, pero tú…

—Anda, venga, primo —le dijo como si fuera un niño—. Que Carlos es muy celoso y como se entere nos mata a los dos.

Y riendo salió del despacho dejando a su primo político plantado y cachondo. Entre bromas y no bromas, estaba claro que Andrés pretendía volver a metérsela hasta la garganta y ella no se sentía con ganas de líos. Bastantes había ido acumulando en los últimos tiempos.

# VACACIONES FAMILIARES

El dos de agosto Clara y Carlos aterrizaban en Madeira para pasar la primera parte de las vacaciones. Fueron días de sol, playa y fiesta nocturna. El resort era de los caros y no precisaban salir de él para tener cuanto necesitasen. Como colofón, hicieron el amor todas y cada una de las noches.

Por ese lado, Clara se sentía pletórica. Un tiempo a solas con su prometido era lo que necesitaba para afianzar la relación entre ambos, algo deslavada en los últimos tiempos.

Por el lado opuesto, la joven sufría pensando que Carlos pudiera ser el autor del desfalco del que le acusaba Ramiro, y que pudiera acabar en la cárcel. O, en su defecto, ella en la cama del canalla del subdirector para salvar a su novio.

Si no tenía suficiente con las pretensiones sexuales de su tío político, ahora pendía sobre ella la «espada» de Ramiro. Nunca mejor dicho en este caso.

Acabada la estancia en la isla, volvieron a Barcelona y se instalaron en la casona de la familia, al lado del mar. Todos allí iban y venían a voluntad, atendidos por un séquito de sirvientes que les hacían muy cómoda la estancia.

No notaba Clara muy cómodo a Carlos, no obstante, siempre pendiente de sus conversaciones con el patriarca familiar. Tampoco le extrañaba en demasía, ya que ella misma le había pedido que no la dejara a solas con él aduciendo que estaba medio loco. Aún con esta vigilancia, tío Ramón se las ingeniaba para mantener apartes con ella siempre que podía. Durante aquellos apartes, la presionaba con el mismo argumento de siempre: o sexo o ruina.

*

Habían pasado solo tres días desde que habían llegado y el mosqueo de Carlos iba *in crescendo*. Las charlas a solas entre Ramón y Clara, los secretos al oído y los roces «casuales» de su tío sobre la piel de su novia —un brazo, la mejilla, el pelo tras la oreja— lo mataban.

En algunos momentos creía estar a punto de estallar, pero algunos detalles lo frenaban. La herencia, por supuesto, era uno de ellos. Pero el más crucial era la culpa que sentía por su relación con Laura. Se excusaba con que les estaba haciendo un favor a ella y a su primo Andrés.

Que se trataba solo de dejarla embarazada y que todo terminaría en cuanto el predictor se mostrara positivo.

Pero aun así no se sentía en paz consigo mismo. Y esta intranquilidad le frenaba ante los obvios ataques de su tío a la mujer a la que amaba. A veces se preguntaba si Clara sería capaz de resistirse o si al final caería en la tentación. Le constaba que algunas de las mujeres que ahora tomaban el sol en las hamacas junto a la piscina ya lo habían hecho en algún momento. Y las imágenes de Clara atormentada de placer mientras su tío la embestía le ponían enfermo.

Esa noche Carlos y Clara se retiraron a dormir a una hora prudente. Hicieron el amor con delicadeza y luego se dieron la vuelta cada uno hacia su lado para entregarse al sueño.

Sobre la una de la mañana, Carlos notó movimiento en la cama. Giró la cabeza y observó a su prometida levantarse con un vaso en la mano. Hacía calor e imaginó que Clara se dirigía a la cocina a beber agua. No era la primera noche que lo hacía, así que no le dio mayor importancia.

Pasados quince minutos, comenzó a intranquilizarse. Bajar hasta la cocina, beber agua y volver a subir con el vaso lleno no debería haberle llevado más de cinco.

Se levantó de un salto y se calzó las zapatillas. Luego lo pensó mejor y se las quitó. Las suela de sus chanclas producían chasquidos al andar sobre el mármol del ensolado y no era momento para ello.

Salió de su habitación y se asomó por la barandilla de la escalera que daba a la planta baja. La cocina se hallaba a oscuras. Un ataque de pánico empezó a subirle por las piernas. De forma inconsciente, miró hacia arriba de las escaleras y observó una débil claridad proveniente de la buhardilla.

Decidió subir a pesar del vértigo en su estómago, cuando una voz proveniente de la planta inferior le retuvo. Era la voz de Ramón, identificable aunque hablaba en susurros. Otra voz, femenina esta vez, le daba la réplica a los comentarios del viejo.

Con paso vacilante volvió a acercarse a la barandilla. Una arcada intentaba subir desde su estómago hacia la garganta. Sostuvo la respiración y asomó la cabeza despacio para espiar la escena que se producía bajo sus pies.

Tío Ramón cuchicheaba con Sofía, su hermana. El suspiro de alivio podría haberse oído en toda la casa si no lo hubiera sujetado. Aguzó el oído para captar la conversación de la extraña pareja a la una y media de la mañana.

—No insistas, Sofía, tengo que irme…

—Pero tito, ¿por qué? —respondía ella como una niña buena—. Te prometo que si te quedas te haré eso que tanto te gusta…

El pasmo de Carlos no le cabía en el rostro. ¿Sofía era una de las chicas de la casa que se

acostaban con Ramón? ¿Su hermana del alma, a la que él veía virginal a pesar de que su actual novio era ya el tercero de su vida? No se lo podía creer. Pero si hasta Sofía había caído, ¿qué podía esperar de Clara? El pánico volvió a imponerse sobre el estupor.

—¿Y cuando vas a volver? —se interesaba ella ante las negativas de Ramón.

—No lo sé, pero no antes de dos semanas, cielo. Tengo ciertos asuntos de negocios que no pueden esperar. Pero te prometo que cuando vuelva dejaré que me mimes.

—Ay, tío, gracias… —respondía Sofía entregada y a Carlos el estómago volvía a retorcérsele—. ¿Tú sabes cuánto te quiero, verdad? Nadie te quiere más que yo…

«Sí, le quieres mucho —pensó Carlos—, pero mucho más a su dinero, jodida puta». Su hermana acababa de caerse del altar en el que la tenía y eso le dolía por dentro. Tanto o más que si se hubiera tratado de… ¡Joder, se había olvidado de Clara!

Si su novia no estaba en la cocina, ¿dónde puñetas estaba? ¿Acaso iba a irse con el cerdo de Ramón? Su tío acababa de comentar que se iría al menos dos semanas. Eso le aliviaba. Porque su estancia en la casona con Clara acabaría antes de ese plazo y eso significaba que podría relajarse al saberle lejos del alcance de su novia. Pero si ella se iba con el puñetero viejo, su vida se derrumbaría.

Imposible, se decía. Una huida semejante sería una barbaridad. Clara no se prestaría a ello. Se escurrió hacia atrás para apartarse de la barandilla y se tropezó con alguien a su espalda.

—Ay, Carlos, cuidado… me has pisado…

Clara se hallaba detrás de él con un vaso de agua a medias. Carlos suspiró como si acabasen de salvarle la vida.

—Perdona, cielo… —se excusó sujetándola del brazo para que no trastabillara y luego la abrazó—. ¿Pero dónde estabas, amor? He estado buscándote y no te encontraba. Pensé que te había pasado algo.

—Por dios, no… —susurró Clara con el mismo siseo que había utilizado él—. Es que no podía dormir y he pensado subir a la buhardilla.

Carlos elevó la vista y observó la claridad que provenía del santuario de su tío.

—¿La luz de arriba la has encendido tú?

—Sí, he pensado en leer un rato, ¿te importa?

—¿Quieres que te acompañe?

—Oh, no, no… —respondió Clara acelerada—. No hace falta. Además, se te ve adormilado. Acuéstate y duerme, cielo, yo vuelvo en un rato.

*

Tras convencer a su novio de que era mejor que se metiera en la cama, Clara subió a paso lento y silencioso hacia la planta superior. Entre sus manos llevaba el móvil que acababa de coger de su habitación mientras Carlos espiaba alguna conversación en la planta baja. No había visto quienes eran los que hablaban, pero debía de tratarse de una charla interesante porque su prometido parecía obnubilado al escucharla. Se prometió preguntarle por la mañana.

Empujó la puerta de la buhardilla y observó la escena que acababa de dejar minutos atrás. Apenas había habido variación en ella desde que se ausentara para coger el móvil y grabarla.

Poco antes, cuando subía desde la cocina hacia su habitación, había continuado la escalada hasta la buhardilla al observar claridad en ella. Imaginaba que tío Ramón se encontraría allí, enfrascado en alguna lectura o navegando por Internet. A pesar de no parecerlo, el patriarca era muy aficionado a las redes sociales y a chatear con desconocidas. Él mismo se lo había comentado en alguna ocasión mientras tonteaba con ella al borde de la piscina.

Necesitaba verle a solas para pedirle más tiempo. Ramón le había insistido en que no había tiempo, que era ahora o nunca. Que «o se bajaba las bragas y se dejaba follar —las palabras eran literales— o la herencia de Carlos se evaporaría». Clara se comía las uñas dándole vueltas al asunto hora tras hora. A punto estaba de claudicar, pero necesitaba pensarlo unos días más. Tal vez para buscar una mejor ocasión y que Carlos no pudiera darse cuenta de lo que pasaba. Aquella casona era muy indiscreta y al final todo lo que ocurría en ella se terminaba por saber.

Y al empujar la puerta entornada de la buhardilla, el término «casona indiscreta» le pareció más que evidente. Porque quienes se hallaban allí a aquella hora de la madrugada no eran tío Ramón y sus chats. Se trataba de Rocío, esposa de Juan, y Berto, novio de Sofía.

«¡Joder! —había exclamado para sí—. ¿Qué coños hacen estos dos aquí tonteando a estas horas como adolescentes?».

La escena era exactamente eso: un coqueteo impúdico entre dos adultos, ambos con pareja. Las miradas libidinosas, aunque tímidas, los delataban. Pero mucho más la conversación subida de tono que se traían.

Lo que no sabía Clara era que la conversación había comenzado de la manera más ingenua. Habían empezado hablando de música. De ahí pasaron a cine, series, libros y temas de más o menos actualidad. Solo a medida que iban apurando vasos de alcohol, que Berto rellenaba generosamente, se fueron atreviendo a hablar de picardías. Y las picardías habían subido de nivel a un ritmo exponencial.

Los primos políticos se hallaban sentados en dos de los sillones del rincón al fondo de la buhardilla. La litera que había visto Clara en la primera visita al lugar no se hallaba desplegada.

El hombre y la mujer no se encontraban uno al lado del otro, sino que se ubicaban frente a frente, ocupando cada cual uno de los brazos de la «L» del sillón. La claridad que la había atraído provenía de la lámpara en una mesita adyacente al brazo donde se acomodaba Rocío.

Clara se descalzó y entró a hurtadillas en la gran sala. La oscuridad del lado más cercano a la ventana y opuesto al rincón del sofá la protegía. Llegó hasta la mesa de escritorio de tío Ramón y se arrodilló tras ella. Disponía de una buena vista del escenario. Se imaginó en un teatro asistiendo a una obra picante y la piel se le erizó. Sacó el móvil del bolsillo del pijama y comenzó a grabar.

*

—Entonces de follar, ni hablamos… —dijo Berto. Hablaban a media voz, pero no en susurros.

Parecían no tener miedo de que alguien los sorprendiese. En cualquier caso la escena, de momento, aparte de las palabras, no podía ser de lo más púdica.

—Joder que perra te ha entrado con lo de follar —replicó ella con la sonrisa pintada en su rostro—. ¿Qué pasa? ¿Sofía no te tiene bien atendido?

—¿Por qué hablas de Sofía? Yo no la veo por aquí.

Rocío rió bajito.

—Además, tú y yo somos primos o algo así. Un polvo entre nosotros sería algún tipo de incesto, ¿no crees?

—Jajaja… Menuda novedad. Y me dices eso en una casa en la que todos follan con todas.

—¿Ah, sí? —replicó ella—. ¿Y tú con quien follas?

—De momento con nadie… —Berto no se arredró—. Pero si tú me dejaras te iba a comer viva.

—Vamos, venga, Bertito, que nos conocemos hace años… Eso tú se lo dices a todas.

Berto rió y Rocío se cruzó de piernas.

A Clara la frase de Rocío no le pareció muy exacta. «¿Eso se lo dices a todas?». Anda ya… El marido de Sofía era lo menos parecido a un seductor. Alto, sí, pero desgarbado. Tirando a feo, también, y con patentes síntomas de alopecia galopante. Lo único que destacaba en él era su sonrisa y sus ojos pícaros, cargados de deseo, pero que a Clara le parecían deseos incumplidos. Más ganas que otra cosa.

—Bueno, vale, pues no me dejes follarte, ¿pero ni siquiera una mamada?

—¿Una mamada? —rió Rocío—. Una mamada equivale a medio polvo, ¿no? Eso sigue

siendo mucho, Bertito…

—Joder, Rocío, que dura te pones…

—¿Me pongo… o te la pongo?

El juego de palabras de la mujer estaba poniendo caliente no solo a Berto, sino también a Clara, quien se apretaba la vulva sobre el pijama sin dejar de grabar.

—También, también… Me la pones como una piedra, *jodía*… y lo sabes…

—Bueno —replicó ella—. ¿Y por qué tenemos que ser siempre las mujeres las que nos pongamos de rodillas? ¿Por qué no me lo comes tú a mí?

Y se echó a reír de nuevo.

—No me tientes, no me tientes…

—A ver… —provocó ella—. ¿Por qué no me enseñas el material…?

—¿Qué…? —se atragantó Berto. Parecía que la cosa, aunque poco a poco, avanzaba.

Se bajó el pantalón del chándal con el que se movía por la casa y su verga asomó orgullosa y mirando al techo. Los bajó un poco más y los huevos quedaron al descubierto.

—Aquí está… ¿Qué te parece?

—No está nada mal… —rió la mujer.

—¿Cómo la ves? ¿A ti te parece pequeña?

—Uy, no, para nada, a mí me parece estupenda. Incluso grande…

—Pues Sofía se empeña en decir que le parece normalita, tirando a pequeña.

Rocío sonrió para sí. No le extrañaba que Sofía pensara eso de la polla de su novio. Acostumbrada a la polla de Ramón, gruesa y larga como la de un caballo, cualquier polla le parecería de juguete.

—Venga, es tu turno. Enséñame tu chochete…

—Vale… tachán, tachán…

Rocío se descruzó de piernas, se subió la falda y separó los muslos. Berto se quedó perplejo, pero desilusionado.

—Joder, eso es trampa —se quejó—. Con bragas no vale. Y además son bragas de abuela…

Rocío no respondió. Metió los pulgares bajo el elástico y de un tirón se deshizo de las bragas con un femenino arqueo de caderas.

—¿Y ahora? —picó al hombre—. ¿Te gusta más así?

—Joder, me encanta… —respondió Berto babeando—. Y lo tienes depilado, con lo que a mí me gustan los coñitos tipo *Barbie*.

Rocío rió y volvió a cerrar las piernas.

—Joder, no me dejes así… —protestó el hombre—. ¿Me dejas verlo más de cerca? Desde aquí son todo sombras.

Rocío levantó el dedo índice y le hizo un gesto con él para que se acercara. Berto no se hizo esperar. Dio un salto y se sentó junto a ella.

Rocío volvió a abrir las piernas. Berto volvió a babear.

—¿Puedo… tocarte…?

—Puedes… —respondió la mujer con mirada lobuna.

Berto posó su mano en la cara interior del muslo más cercano y empezó a acariciarlo, subiéndola hasta llegar a la ingle.

—Joder, chica, que muslos tan suaves… ¿Cómo los consigues?

—Trucos de mujer… —respondió ella con un guiño.

Un dedo de la mano sobre el muslo se alejó del resto y se posó tímido sobre la hendidura de Rocío. Berto esperaba algún tipo de interrupción por parte de su prima, pero un suspiro quedo de la mujer le convenció de que no sería así. El dedo se envalentonó y empezó a recorrer la hendidura en ambas direcciones. Cuando llegaba a la zona superior, removía el clítoris trazando círculos sobre él.

—Pero, Rocío, tú no te quedes quieta… —le dijo Berto—. Puedes tocar mi colita si quieres…

Ella le hizo caso y agarró la polla de Berto con suavidad. Tiró de la piel hacia abajo y acarició el glande con el dedo pulgar. Luego empezó a mover la mano y pajeó al hombre lentamente.

—Ay, hijo, despacio… —se quejó ella cuando el atrevimiento de Berto subió de nivel—. Todavía no, no ves que no estoy lubricada, si me metes el dedo me vas a hacer daño.

—Uy, perdona… —replicó el hombre y acercó su cara a la de ella—. ¿Puedo… puedo besarte…?

—Debes, Berto, debes…

El hombre sacó su lengua y lamió lentamente los labios de Rocío. Luego se los abrió y entró en su boca con mimo, sin querer ofender. Ella la abrió con un jadeo y le dejó entrar.

Morrearon durante un par de minutos. En ese momento, Berto se decidió a explorar de nuevo. El dedo índice entró en la vagina de la mujer y esta abrió más las piernas para recibirlo.

—Lo ves… —dijo ella—. Ahora está mojadito, ahora sí puedes meterlo. Mete otro si quieres y muévelos. Quiero sentirlos dentro.

Berto no se hizo esperar y la escena se convirtió en un sinfín de jadeos, gemidos y ronroneos.

Clara, desde su posición, no podía evitar que las braguitas se le empaparan. No obstante, se mantuvo fiel a sus intereses y priorizó la grabación a su deseo.

Tras unos instantes de magreo mutuo, el hombre se echó hacia atrás. De la forma más lenta que pudo, tomó a Rocío por el pelo e intentó bajarle la cabeza hacia su polla. La mujer supo lo que pretendía y se zafó de él.

—No, querido, de mamar nada…

—Pero, Rocío, ¿por qué no? Tú me la mamas un poquito y luego te como el chochete yo también. Y así los dos en la gloria.

—Que no, Berto, que te he dicho que no… Que a saber cuándo te la has lavado por última vez y a qué sabrá esa polla guarra. ¡Menudo asco!

—¿Lavarme? Pero si estoy hecho un pincel. Me he duchado antes de comer y luego he pasado toda la tarde en la piscina. La tengo brillante, cariño, te lo juro… Anda, chupa un poquito, aunque solo sea la puntita, mujer…

—Mira Berto, creo que te has pasado…

Rocío se separó de su primo y se puso en pie. El hombre la miraba desolado.

—Tengo que irme, es muy tarde —dijo ella.

Berto se levantó a su vez, desesperado por la huida de la mujer que le había puesto a más de cien.

—Por dios, no me dejes así… —le espetó tomándola de las manos.

—Lo siento, Berto, pero si no vuelvo pronto, Juan se puede mosquear.

—Espera, mira… —le rogó Berto—. Echamos un polvo rápido y luego te vas. Te prometo que no son más de cinco minutos.

Rocío pareció pensarlo.

—Perdona, pero no puede ser… —dijo antes de ponerse las bragas, ajustarse la falda y la blusa por donde le asomaban los erectos pezones, y de dirigirse hacia la puerta.

—Hasta mañana… —sentenció al salir.

Tras desaparecer Rocío, Berto se sentó en el sofá y se llevó las manos a la cara, no sin antes darle varios puñetazos a uno de los cojines. Luego, se bajó el elástico del pantalón y los bóxer y, sacando la verga dura como una piedra, empezó a pajearla.

*

Clara le miraba atónita desde su posición tras la mesa sin mover un músculo. Había dejado de grabar, pero no se atrevía a moverse. No sabría dónde meterse si Berto la descubría y se daba cuenta de que les había estado espiando. Sentía las piernas entumecidas por estar agachada, así que cambió de postura y permaneció inmóvil. Debía reconocer que la paja de Berto la estaba calentando aún más, pero salir del escondite y agarrar aquella polla no hubiera sido políticamente correcto.

No habían pasado ni tres minutos cuando la puerta de la buhardilla volvió a abrirse. Rocío se movió como un ciclón y se plantó ante Berto. Éste se levantó sin esconder su erección y abrazó a Rocío.

—Mi marido ronca como un bendito, tenemos tiempo para lo que quieras…

Sonreía excitada.

—¿Follamos? —preguntó él.

—Vale… —replicó ella—. Si quieres follarme, fóllame… pero…

—¿Pero… qué? —se estremeció Berto. Esperaba nuevos impedimentos.

—Necesitamos un condón, ¿tienes tú?

—¿Yo…? —elevó sus manos vacías—. No, yo no he traído… ¿Cómo iba a imaginar que acabaríamos follando esta noche?

—Pues vaya faena… —se lamentó Rocío mordisqueándose la uña de un pulgar—. Estoy en un descanso de la píldora, así que no sé…

—¿Tendrá tu tío? —se preguntó Berto pensando en voz alta—. Se supone que es aquí donde se folla a sus amantes, ¿no?

—Sí, es posible —respondió Rocío con ansiedad contenida—. Voy a mirar.

La mujer se dirigió hacia el escritorio. Clara, con el móvil de nuevo a pleno rendimiento, se escurrió bajo la abertura central de la mesa, muy profunda y cubierta por el extremo exterior.

Rocío rebuscó en los cajones y, en pocos intentos, levantó una mano triunfal.

—¡Aquí están!

—¡Joder, genial!

Rocío se acercó a Berto, al tiempo que rasgaba con los dientes uno de los sobres que acababa de coger del cajón. El hombre se acercó a ella y le entregó la verga para que le colocara el condón. Una vez colocado, la mujer le acarició los huevos con ternura. Berto aprovechó para morrearla, lo que ella recibió con gusto.

—¿Cómo nos ponemos? —preguntó Rocío cuando Berto le liberó la boca.

—¿Cómo te apetece a ti? ¿Arriba o abajo?

—A mí me da igual… Con tal de que me eches un buen polvo me puedo poner como tú quieras.

—Pues no lo hagamos más difícil, ponte boca arriba con la cabeza en el brazo del sillón y yo me pongo encima.

—Vale…

Rocío se liberó de la falda y de las bragas, se extendió en el sillón todo lo larga que era y se abrió de piernas. Las tetas le asomaban por el escote de la blusa.

—Ven… campeón… —le dijo con un movimiento de manos.

Berto se pajeaba para que la erección no aflojara mientras se acercaba a ella. Se colocó entre sus piernas, apuntó la verga entre sus labios hinchados y de un empujón la penetró hasta los huevos.

Rocío emitió un suspiro de satisfacción y sonrió agradecida.

—¿Está mojadito mi coño? —preguntó jadeando por las embestidas de Berto.

—Está genial, en su punto… —respondía Berto lamiéndole los labios mientras la culeaba —. ¿Y mi polla? ¿Está lo suficiente dura para ti?

—Oh, sí… —respondía ella suspirando—. Está maravillosa… como una piedra, como a mí me gusta.

—¿La sientes bien?

—Como una delicia… —volvía a jadear—. Me toca algo ahí dentro que me mata de gusto.

Parecía un polvo radiado, lo que provocaba unas enormes ganas de reír a Clara. La grabación iba a ser épica.

Durante un par de minutos los amantes callaron. En ese tiempo solo se oía el chapoteo de sus bocas al comerse vivos y el «plas-plas» de los huevos de Berto cada vez que su polla tocaba fondo en el interior de la mujer.

—Una cosa… —dijo Berto tras el largo silencio—. ¿Tú has follado con Ramón?

Rocío emitió una risita entre suspiros.

—¿Qué pasa, Bertito? —respondió con otra pregunta—. ¿Estás celoso?

—Celoso, no… Celoso debería estarlo tu maridito…

—Ya te digo…

—¿No me vas a responder? —insistió Berto.

—¿Por qué no me preguntas mejor si Ramón se ha follado a tu novia?

Berto dio un respingo y detuvo las embestidas. Luego se lo pensó mejor y siguió

embistiendo, con el quejido sonoro de la mujer.

—No te pares, anda… que solo era broma…

—Dime la verdad… ¿Ramón se ha follado a Sofía?

—Ay, Berto, y yo qué sé…

—Ya, tú sabes más de lo que parece…

Rocío rió bajito y le dio un azote en el culo.

—Venga, guapo, tú folla y calla, que ya me viene…

Berto se limitó a hacer lo que le pedía. Al cabo de unos instantes, empezó a jadear ruidosamente.

—Oye, Berto, ¿no te irás a correr tan pronto? —se lamentó ella.

—¿No decías que tú estabas a punto?

—No, ni de coña… aguanta un poco, hombre, que me vas a dejar a medias…

—Vale, aguanto, pero tú concéntrate y apura, no me vaya a correr sin querer.

—Pues cómeme las tetas, eso me acelera el orgasmo.

Berto le abrió la blusa y le extrajo las tetas al exterior en su totalidad. Las chupeteó con la verga fuera de la vagina de Rocío. Ésta empezó a gemir más fuerte y el hombre supuso que se acercaba su momento. Volvió a empotrarla y los jadeos de la mujer se intensificaron.

Rocío se abrazaba al cuello de Berto y le mordía la camiseta para no gritar. Tenía los ojos apretados y parecía querer estrangular a su amante. Berto la agarraba de las nalgas y la cabalgaba enloquecido. Sabía que ella estaba a punto y él se dejó ir para derramarse dentro de ella.

Y entonces la voz del hombre les cortó el clímax en seco.

*

Clara esperaba aquella aparición en escena desde hacía unos minutos. Había comenzado con una sombra que se movía en un hueco oscuro en el lado opuesto a su posición.

Al principio la presencia la aterrorizó. Después, el terror se convirtió en pánico puro. Aquella sombra pertenecía a Juan, marido de Rocío. Le había reconocido a pesar de la oscuridad por su ridículo bañador de leopardo —más un tanga que otra cosa— y su camiseta blanca con una inscripción igual de ridícula.

Clara pensó que iba a desmayarse. Allí se iba a armar la marimorena de un momento a otro. Para su sorpresa, Juan había permanecido quieto en su posición y… ¡Joder! ¡Se estaba masturbando mientras miraba como Berto se follaba a su mujer!

Mientras los amantes radiaban el polvo, él no dejaba de mover su mano de adelante atrás y Clara podía adivinar, aunque no ver, cómo babeaba el mirón. Porque no cabía ninguna otra posibilidad. El primo de su novio estaba gozando de la escena. ¿Sería lo que se denominaba un «cornudo consentido»? Vete a saber, no era ella experta en esas lides. Pero en aquella familia cabía de todo.

Cuando los amantes demostraron que iban a llegar al clímax, Juan se había movido hacia ellos, se había plantado a sus pies y entonces habló para cortarles el orgasmo.

—¡Alto, tío! —dijo y Berto dio un bote, saliéndose de Rocío—. Échate a un lado y deja que me termine a mi mujer.

Clara odió la expresión del marichulo: ¿«que me termine a mi mujer»? ¿Qué coño era su mujer para él? ¿Un objeto a medio hacer al que él tenía que «terminar»?

Berto se puso en pie de un salto y se alejó de Juan. Se temía que la primera hostia le llegara por la espalda.

Muy al contrario, el tipo se metió entre las piernas de su mujer y la tiró del pelo. La cara de Rocío estaba desfigurada por el placer inalcanzado. Se comportaba como un muñeco al que se le podía hacer lo que se quisiera. Y Juan le propinó una bofetada y comenzó a follarla como un depravado. Ella se dejaba hacer y le sonreía con una mueca.

Clara sumó dos más dos. La interrupción de un rato antes no había sido casual. Estaba segura. ¡La escena la habían preparado entre el marido y la mujer! La salida de Rocío había sido para avisar a Juan de que había conseguido un pardillo y que lo tenía medio cocinado. Después había vuelto y con expresión de inocente calentura, se había «dejado meter la polla para deleite de Berto», cuando quien más iba a disfrutar era su propio hombre.

Clara no perdía detalle con su móvil y se hizo un resumen mental de la situación:

Juan cabalgaba a su mujer de una forma salvaje.

Rocío daba muestras de irse a correr de un momento a otro, aunque hacía esfuerzos por resistir. Quería que su marido la acompañara para tocar el cielo al unísono.

Berto se tapaba las vergüenzas y miraba a la pareja con ojos alucinados.

—Pero, tío —le dijo Juan a Berto al verle tan acongojado—. ¿Qué haces ahí parado? Arrodíllate y fóllale la boca a mi mujer, so capullo…

Rocío miró a Juan y le negó con la cabeza. Se hallaba intimidada por la falta de vergüenza de su marido. Por complacerle había llegado hasta el punto que él quería, pero que se la follaran a dos, siendo uno de ellos un extraño, la desagradaba sobremanera.

—¡Vamos, coño, que no muerde! —azuzó Juan.

Berto se acercó y se arrodilló junto a la cara de Rocío. Acercó su polla, a medio erguir, a la

boca de la mujer y ésta apretó los labios para que no se la metiera.

Juan agarró del pelo a su mujer y, de un fuerte tirón, la colocó en la posición más propicia para Berto. A continuación, la obligó a abrir la boca con un pulgar. Berto no se hizo de rogar, la empaló con su verga y, perdido el temor, comenzó a follarle la boca a la mujer sin ningún pudor.

Rocío tosía y sufría arcadas mientras Berto la follaba sin piedad, tirándole del pelo para que no escabullera la boca. El marido de Rocío reía a carcajadas.

—¡Así, tío, muy bien! —le arengaba Juan a su primo político—. Fóllate bien a esta puta, que parece remilgada pero es una zorra de primera.

Clara no sabía dónde meterse. Si hasta ahora había disfrutado de la sesión, ahora le parecía vomitiva.

Berto llegó al punto de no retorno y se apartó de la mujer. Rocío aprovechó la liberación para respirar profundo y toser.

—¿Qué te pasa, tío? —resopló Juan sin dejar de culear—. ¿La vas a dejar así a medias?

—No, Juan, es que… —se excusó Berto—. Estoy a punto de correrme… me voy al baño y allí lo echo.

—Y una mierda en el baño, joder… —le respondió el marichulo—. Échaselo en la jeta, no ves que lo está pidiendo.

Muy deseándolo no parecía estar Rocío, porque movía la cabeza hacia los lados negando lo que se veía venir.

—No, joder, Juan… —arengó Rocío a su marido—. Eso no. Habíamos quedado que en la cara ni hablar. Que se corra en mis tetas y va que se mata…

—¡Y una polla! —le respondió él—. Yo no te prometí nada. Vamos, tío, llénale la cara de lefa a esta zorra.

Berto ya no podía más y, arrodillándose, comenzó a soltar chorros de semen sobre la cara de Rocío, quien no podía zafarse de la presa que su marido la había realizado agarrándola por el pelo de nuevo.

El resto de la función ocurrió como un cúmulo de acontecimientos que se superponen. Juan empezó a correrse dentro de su mujer con un gruñido sordo. Por suerte se había colocado un condón antes de penetrarla, pensaba ella mientras le agarraba del pelo y tiraba de él cuando el orgasmo la alcanzó de pleno. Por otro lado, había abierto la boca al jadear muerta de gusto y Berto aprovechaba para lanzarle chorros de leche sobre la lengua gruñendo a su vez como una vulgar imitación de su primo político.

*

Cuando Rocío se vio liberada, cogió una papelera y escupió todo el semen que no había podido tragar. Los dos hombres la miraban riendo, especialmente su marido que la jaleaba impúdicamente.

—Así me gusta, putita, échalo todo… jajaja

Rocío le miró sin un gesto por un par de segundos. Al tercero, le sonrió con una mueca de enfado fingido.

—Cabronazo… —le gruñó.

Clara no salía de su asombro, aunque se había perdido esa última imagen al pensar que ya era hora de parar la grabación.

Una vez los tres amantes recobraron el resuello, Juan fue el primero en desaparecer de escena.

—Me voy a la cama, cielo —le dijo a Rocío con voz amorosa—. No tardes mucho, ¿vale?

—Vale, cariño —le respondió ella.

*

Berto, sentado en el suelo no salía de su asombro. ¿Era verdad lo que acababa de vivir, o era solo un sueño? Daba igual, porque aquella historia no iba a salir de allí. Nadie le iba a creer si la contaba, por lo que nunca lo haría.

Rocío se irguió en el sofá y con las manos intentaba limpiarse los goterones de lefa de Berto.

—Joder, Berto, mira que eres asqueroso… —se quejó al hombre sentado en el suelo y con cara de pasmo.

—Lo siento, Rocío, te lo juro…

—Ya, mucho «lo siento, lo siento», pero me has pringado la cara y la blusa. Y la leche no se quita fácilmente de la ropa.

Por fin Berto pareció reaccionar.

—Espera un segundo —dijo, y salió corriendo hacia el baño.

Cuando volvió llevaba en las manos una toalla humedecida que le entregó a su prima política. Ella se limpió con esmero, se arregló el pelo y la ropa y se sentó en el sofá, cruzando las piernas como si allí no hubiera pasado nada.

Berto, entretanto, tras colocarse los bóxer y el pantalón se sentaba a su lado.

Rocío le sonrió.

—¿Te lo has pasado bien?

—Ufff… de puta madre… —bufó el hombre relajado. Parecía que su prima no estaba enfadada—. ¿Hacéis esto a menudo?

—¿Hacer… qué…? —respondió ella con otra pegunta.

—Pues… esto… —replicó él no muy convencido—. Lo de follar con otros…

—Oh, no… —dijo ella con su sonrisa pícara—. Esto ha salido así, sin prepararlo…

Berto no se lo tragó, pero hizo como si lo hubiera hecho.

—Vaya… —suspiró echándose hacia atrás en el sillón—. ¡Qué pasada!

Ella soltó una carcajada.

—¿Y lo de comerte mi polla y la lefa? —Berto quiso indagar un poco más—. ¿Eso de que te da asco es de veras o es también fingido?

—¡Que va…! —refunfuñó Rocío—. Eso es de verdad. Puaggg… ¡Qué mierda echáis por el pito los tíos, joder…! Lo que pasa es que al cerdo de Juan le gusta hacerme sufrir y verme la cara pringosa.

Volvió a reír ella, pero Berto se quedó pensativo.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó—. ¿Te vas a dormir con Juan como si no hubiera pasado nada? Y mañana en el desayuno… ¿hablaremos del tiempo como siempre?

—¿Es que ha pasado algo?

—No sé… yo creo que sí…

—Pues vale, mañana se lo cuentas a Sofía y nos reímos todos un rato en la piscina.

Berto se calló. La mujer tenía razón. Allí no había pasado nada porque a ninguno de los tres les beneficiaba que se supiera.

Clara, por su parte, sonreía para sus adentros. Aquellos dos idiotas habían abierto un melón que a Berto le estaba costando tragar. Y no quería ni pensar cómo se le atragantaría saber que Sofía era la sumisa de su tío. Familia de locos…

—Oye, Berto, una cosa… —dijo Rocío tras un paréntesis.

—Dime…

—¿Se te han vaciado los huevos?

Berto tragó saliva.

—Más o menos, aunque se me rellenan rápido, no creas… —respondió—. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé… —dijo ella—. He pensado que a lo mejor te apetecería echarme otro polvo.

El primo de la mujer se removió en el asiento.

—A ver… —replicó con cautela—. ¿Qué pasaría con Juan? ¿Volvería a interrumpir de nuevo?

Rocío rió bajito.

—Oh, no, ni hablar… —respondió con rapidez—. Ese tonto una vez que descarga se queda dormido y ya no molesta más. En estos momentos estará ya roncando como un bendito hasta la hora del desayuno.

—Vale, entonces… —aceptó Berto—. Por mí, si quieres, follamos otro poco…

Rocío se puso en pie y comenzó a desabrocharse la falda.

—De acuerdo, coge otro condón… Están en el cajón central de la mesa.

Clara dejó de grabar mientras los dos tortolitos se magreaban y se comían la boca sentados en el sofá a la búsqueda de la temperatura adecuada para volver a empezar. Luego se levantó, gateó hasta la salida y se perdió escaleras abajo. No le apetecía quedarse allí ni un minuto más. Ya había tenido suficiente sexo por esa noche.

*

Una vez en la cama, Clara se volvía para un lado y para el otro sin poder dormirse. Las imágenes que acababa de presenciar la martirizaban y no la permitían conciliar el sueño.

Eran las tres de la mañana y al día siguiente habían programado una excursión. Necesitaba dormir si no quería amargarles la jornada a sus familiares.

Se había resistido a tocarse, pero al final tuvo que claudicar. Se acercó a su novio, que dormía de espaldas a ella, respiró su aroma y se metió una mano bajo las bragas. Cuando un minuto más tarde se corría, se abrazó a él fantaseando que era Juan el que la follaba sin piedad.

¿Por qué Juan?, se preguntaría después. Aquel capullo se había comportado como un hijo de puta con su propia esposa. Debería odiar al muy asqueroso. Y, aun así, era él quien la ponía caliente como a una cerda en su fantasía. No podía evitar saltar sobre la cama recordando cómo el canalla sujetaba la cabeza de Rocío para que Berto pudiera correrse sobre ella, pringándola como a un trapo viejo y haciéndola tragar el semen entre tremendas arcadas.

Una vez se hubo corrido, tardó solo unos segundos en quedarse dormida. La frase que se dibujó en su mente un instante antes de caer en el sueño fue: «¡puñetera familia de pervertidos!».

*

Dos días más tarde toda la familia coincidió en la piscina. Solo había una excepción: tío Ramón. Éste había desaparecido y, como le había oído comentar Carlos, no había vuelto y nadie le esperaba hasta varios días más tarde. Esta ausencia había distendido el ambiente, haciéndolo más respirable. Con el patriarca presente, reinaba en el lugar una atmósfera de contención que parecía invadir las miradas, las conversaciones; toda la vida, en fin, de la casa.

Clara observaba a la familia de su prometido desde su tumbona en una esquina de la piscina. Todos pasaban de un lado a otro, se bañaban, bebían un refresco o una cerveza y jugaban a algún juego estúpido con las palas de la playa o con un balón de plástico inflable.

«Como si se tratara de una familia normal», pensaba Clara. Pero ella sabía que aquella familia tenía muy poco de normal, al menos en lo relativo al sexo. La frase de Berto la noche de la buhardilla parecía resumirlo a la perfección: «en esta familia todos follan con todas».

Para empezar, su prometido. Carlos se beneficiaba a Laura, casada con su primo Andrés. Él estaba convencido de que lo hacía para ayudarla a quedarse embarazada. Pero ella tomaba la píldora, así que debía de tratarse de otra cosa. No sabía, tal vez la ponía cachonda la picha de su primo político o, quizá, le encantaba ponerle los cuernos a su marido y, de paso, a la misma Clara.

Por otro lado, estaba Rocío. La muy zorra «había» sido la amante de Ramón. Lo de hablar en pasado era porque así lo había mencionado Sofía, pero a saber si no lo era aún. Además, Rocío se estaba follando a Berto, prometido de Sofía. Y ahora pensaba en presente continuo —«se estaba follando»— porque lo que observó en la buhardilla no se había quedado en el polvo de una noche. Después de aquella sesión, Clara los había vuelto a sorprender en el coche de ella —una vez—, y en uno de los baños de la casa —dos veces—. Aquellos tortolitos le habían cogido el puntito al asunto de follarse el uno al otro.

¿Y qué decir de Sofía? La muy guarra era la sumisa de Ramón. Quien, a su vez, se había follado durante un tiempo —al menos— a Rocío y que ahora se follaba a Sofía y parecía querer cambiarla por ella misma, Clara. ¿Se habría follado también a Laura, la única de la que no sabía nada? Seguramente, pensó. Tío Ramón debía de haberse pasado por la piedra a todas las mujeres de la familia —incluyendo a Aurora, su propia esposa— y Clara sería la única que le faltaba para completar la colección.

Seguía reflexionando y se centraba en sí misma. Hasta la fecha solo le había dado unas lengüetadas a la polla de tío Ramón y le había hecho una mamada en condiciones a Andrés. Y éste pretendía repetir, seguramente deseando convertirla en una habitual entre las que se ponían de rodillas ante él. Y, por cierto, ¿qué coño le pasaba con Juan, el marido de Rocío? Desde que le había visto follarse a su propia mujer con aquella violencia que al principio le revolvió el

estómago, le había cogido tal adicción que no podía masturbarse sin pensar en él. Incluso cuando hacía el amor con Carlos, tenía que refrenarse para no gritarle «dame, Juan, dame» en el momento del orgasmo.

Menuda familia de adictos al sexo, se decía. Y ella soñando con entrar a formar parte de ella. Hasta la misma Aurora, esposa de Ramón, era probable que se hubiera tirado a alguno de los hombres jóvenes del cuadro. Puestos a sospechar, sospechaba de Berto, porque le asqueaba pensar que lo hubiera hecho con sus hijos, Andrés y Juan, o con su sobrino Carlos.

Y, para finalizar, no podía olvidarse de Ramón, para su desgracia. El viejo asqueroso la presionaba con un miserable chantaje para echarle el «polvo del siglo», según sus propias palabras. «Te la voy a meter tan adentro, que allí no ha estado nadie todavía», le había asegurado el viejo carcamal.

El hecho de pensar en las parejas de baile que disfrutaban del día de piscina frente a ella le había provocado un calor insoportable y una humedad creciente en la braguita del bikini. A punto estaba de dirigirse al baño para tocarse y calmar su excitación, cuando la avisaron para comer.

*

Aquella misma tarde, Paula la llamó al móvil. La primera vez no respondió. Estaban todos reunidos tomando café y no quiso hablar con su amiga delante de ellos.

La segunda estuvo a punto de hacerlo, pero también cortó la llamada.

A la tercera intuyó que algo malo pasaba —Paula no era de insistir— y se excusó para dirigirse a su habitación, donde pudieran hablar con cierta intimidad.

Tan pronto como presionó el icono verde, le llegaron los sollozos desesperados de su amiga.

—¿Qué te pasa, Paula? Por dios, no me asustes —preguntó alterada.

—Ay, amiga, me muero… Lo que pasa es que soy gilipollas… —repetía una y otra vez—. Y lo peor de todo, que soy un pendón desorejado…

—A ver, Paula, cálmate —insistía Clara cada vez que Paula llegaba a la palabra «pendón»—. No ves que no me entero de nada.

Un sollozo desgarrador precedió a una confesión aún peor.

—Que me ha vuelto a follar ese cabrón… buaaahhh…

Un escalofrío recorrió la columna de Clara.

—¿Cómo que te ha vuelto a…? —le costaba pronunciar las palabras—. ¿¡Te ha violado

ese hijo de puta!?

—No, no es eso… ha sido un polvo consentido —la réplica de Paula parecía provenir de un pozo profundo—. Además… en realidad no sé si me ha follado él a mí o si me lo he follado yo a él.

—¿Qué… qué coños estás diciendo? —se enfadó Clara—. A ver, Paula, empieza desde el principio.

Le llegó un sonar de mocos al otro lado de la línea antes de escuchar de nuevo a su amiga.

—Pues es que… —comenzó—. Es que ayer por la tarde discutí con mi novio. Él quería ir a un sitio y yo a otro, así que nos peleamos y cada uno se fue por su lado.

—Eso no es nada especial, cariño… —Clara intentó calmarla—. Si te dijera la de veces que hemos discutido por mucho menos Carlos y yo… Pero eso no significa nada, mujer…

—Ya, pero no es eso… deja que te cuente…

—Venga, mujer, cuenta y deja de llorar.

—El caso es que acabé en un bar de copas que creo que conoces. Hemos estado varias veces con los compañeros de la oficina. Estaba allí bebiendo sola, cuando se me acercó un tipo. ¿A qué no sabes quién era?

—Supongo que Ramiro…

—El mismo.

A Clara se le subía la sangre a la cabeza.

—¿No me jodas que te presionó otra vez para echarte un polvo…?

—Qué va, Clara, deja que te sigo contando…

—Venga… pero date prisa, que me muero de nervios…

—Bebimos un rato y charlamos sobre las vacaciones y bobadas así.

—¿No intentó meterte mano?

—Que no, jolines. Déjame hablar…

Clara suspiró y la dejó continuar.

—Cuando se bebió su copa, se despidió de mí con un beso en la mejilla y se largó. Te juro, Clara, que no me lo creía. Se portó como un caballero.

—¿Estaba solo?

—Al principio, no. Estaba con otras personas, dos hombres y una mujer. Pero cuando estuvimos charlando, sus amigos se despidieron y entonces se quedó a solas conmigo.

—Clara, piénsalo un momento… ¿Te pudo echar algo en la bebida?

—A ver… —Paula pareció dudar—. No creo, yo no me sentí mal en ningún momento. Si

me hubiera echado algo me habría sentido mareada o algo así, ¿no?

—Sí, algo así… y quizá no te acordaras de nada…

—Pues entonces, no… porque me acuerdo de todo… y vaya si me acuerdo. Solo de pensarlo me dan unas ganas de tocarme…

—¡¡Paula!!

Su amiga comenzó a sollozar de nuevo.

—Está bien, perdona… —dijo Clara maldiciéndose por haber cortado el relato de su amiga. Ahora le volvería a costar que recomenzara.

—Total que se fue… —dijo Paula al cabo de un lapso para llorar desconsolada—. Y yo me sentí fatal. Otra vez sola en aquel bar… con todo el mundo feliz y contento… No lo pude soportar y me fui tras él.

—No me lo puedo creer…

—Pues créetelo… —insistió Paula—. Cuando le localicé ya se iba en su coche, pero pude alcanzarle antes de que saliera del parking. Le abordé y le pedí que me llevara a casa.

»Al principio me dijo que no podía... Que tenía prisa y no sé qué otras excusas… Yo insistí y al final me abrió la puerta.

»—¿Quieres que te lleve a casa? —me preguntó.

»—No, a mi casa no… —le respondí—. Llévame a algún sitio tranquilo, me gustaría charlar contigo.

—No me jodas, Paula, no me jodas…

—¿Quieres que te lo cuente o no?

—Si, anda cuenta, alma de cántaro…

—Total, que acabamos en un sitio solitario, un descampado cercano a una autopista. Se ve que él había estado antes allí porque se manejaba muy bien y enseguida se detuvo en la zona más solitaria.

—Y entonces se te tiró encima, ¿no?

—No… entonces yo le agarré la entrepierna y se la apreté hasta hacerle daño. Él sonrió y se bajó la cremallera. Y no me lo pensé. Me lancé sobre su polla y me la empecé a comer con ansia. Era… era como si quisiera vengarme de mi novio.

—Y luego… ¿qué más te hizo?

—Pues luego nos pasamos al asiento de atrás y durante más de una hora me estuvo follando como le dio la gana. Por delante, por detrás, a cuatro patas…

—Paula, para… —Clara estaba alucinada y necesitaba entender los detalles que su amiga

le explicaba—. ¿Por «detrás» significa lo que estoy pensando?

—Sí…. buaaahhh —volvió a llorar Paula—. Lo ves como soy un pendón desorejado. Porque no solo me dejé dar por ahí, sino que me gustó… Yo que era virgen de ese lado… buaaahhh… Y encima me corrí…. dos veces, Clara… dos veces mientras me daba por el culo…

—Joder, Paula… —resopló Clara. Su amiga no tenía remedio.

La línea se mantuvo en silencio unos segundos. A Clara se le habían acabado las palabras.

—¿Qué voy a hacer…? —lloriqueaba Paula cuando volvió a hablar—. Porque además no teníamos condones y me lo hizo a pelo. A estas horas podría estar embarazada de ese cerdo…

—¿Pero no decías que estabas tomando la píldora?

—Sí, pero llevo casi una semana que se me olvida y la tomo un día sí y dos no… buaaahhh…

Clara respiró hondo. Aquella amiga suya era una buena persona, pero se iba a arruinar la vida si no se olvidaba de la polla de aquel cabrón. La estaba cogiendo gusto y eso no presagiaba nada bueno. Era verdad que no era una polla del otro mundo, pero el hijo de su madre parecía usarla con maestría. Ella misma había estado a punto de caer ante ella.

—Paula —dijo tras un paréntesis—, lo primero que debes hacer es ir a urgencias para que te receten la píldora del día después , ¿me oyes?

—Te oigo…

—Pues sal corriendo que el tiempo pasa volando y es una cuestión de horas.

—Vale, ya estoy saliendo de casa…—replicó obediente—. ¿Qué más?

—A tu novio ni media palabra… Aquí no ha sucedido nada. Y si sospecha, lo niegas como un político. Tu relación no va a irse a la mierda por un hijo de puta… Ni de coña, amiga.

—Gracias, Clara, tú sí que me entiendes… sniff…

—Y lo tercero… ni se te vuelva a ocurrir acercarte a Ramiro… Ni a ese bar de copas. Ni salgas de casa si no es de la mano de tu novio…

Clara temía por su amiga. Le estaba cogiendo el gusto a follar fuera de casa, y ese era el primer paso para caer por el precipicio. No es que tuviera mucha experiencia al respecto, pero es que lo había visto en películas o leído en novelas eróticas. Y, por si fuera poco, lo estaba empezando a sentir en carne propia.

—Nos veremos a la vuelta de las vacaciones. Llámame si me necesitas, ¿Ok? Te quiero, Paula.

—Yo sí que te quiero, Clara…

Cuando salió al jardín, en la piscina faltaban tres o cuatro de los componentes de la familia.

Clara no pudo contener la idea de que estarían por ahí escondidos, follándose los unos a las otras como conejos. Carlos, sin embargo, la esperaba con una sonrisa. Al menos ellos dos se mantendrían fieles por una tarde.

*

Tomaron el sol durante un rato y luego se bañaron en el agua fresca de la piscina. Se agradecía su temperatura después de un día de calor sofocante.

Miraba a Carlos jugar en el agua al balón con Rocío, cuando entró el primer *wasap* de la tarde. Desbloqueó el móvil, observó que provenía de Ramón y las manos le comenzaron a temblar.

Leyó el mensaje y el corazón pareció detenérsele un instante.

RAMÓN: El día 6 de septiembre a las 20.00. En la buhardilla.

Clara lo pensó un instante, casi histérica. Quería responderle algo. Un comentario ácido, ofensivo. Lo que fuera. Tal vez acabaría claudicando, pero no podía ponérselo tan fácil.

CLARA: Y por qué el 6 y no el 5 o el 7?

La respuesta no se hizo esperar.

RAMÓN: 1) Porque para ese sábado todos habréis vuelto al trabajo y la casa estará vacía. Incluso Aurora estará ausente un par de días para una consulta médica.

RAMÓN: 2) En ese fin de semana le tengo preparado un encargo a tu novio para que esté fuera y no nos interrumpa por sorpresa. Te quiero para mí solo.

CLARA: Te han dicho alguna vez que eres un hijo de la gran puta?

RAMÓN: Jajaja… Sí, muchas veces… Y en algún caso me lo dijo alguna con mi rabo dentro de su boca…

El estómago le dio un vuelco. Sintió un asco sublime. Sin embargo, no podía entender por qué narices también se le había mojado la braguita del bañador al leer las palabras del viejo.

CLARA: No sé si vendré. No lo tengas tan claro.

RAMÓN: No pasa nada, lo entenderé. Pero si a las 22.00 no has aparecido, le mandaré a mi abogado el borrador de mi nuevo testamento. Ese en el que el nombre de Carlos no aparece.

CLARA: Sabes lo que te digo? Que te vayas a la mierda!

Tan absorta se hallaba en la conversación que la voz de su prometido la pilló por sorpresa.

—¿Qué pasa? —le dijo chorreando agua—. Te has quedado pálida. ¿Estás bien? ¿Hablabas con alguien?

—Ah, no nada… —se excusó con la mirada huidiza—. Es Paula, mi compi de la oficina. Es que tiene problemas con su novio y no sabe si acabarán rompiendo. Vamos, lo de siempre…

Rezó para que su prometido se tragara la bola y, quitando el sonido de su móvil, lo bloqueó y lo dejó sobre la hierba.

# ÚLTIMO DÍA DE VACACIONES

La última tarde en la casona fue el treinta de agosto. Para despedir las vacaciones —todos deberían volver al trabajo a la semana siguiente— se reunieron en la piscina y comieron y brindaron por el final del verano, aunque en realidad a éste le quedaban tres semanas.

Una atmósfera de sopor envolvía el ambiente en el jardín. Las conversaciones apenas se cruzaban. El síndrome post vacacional empezaba a hacer sus estragos. Carlos miraba a sus familiares y los repasaba uno a uno. No les guardaba simpatía, a pesar de que se habían criado como hermanos. Desde pequeños, él había sido tratado como el bufón del grupo y eso aún le dolía en lo más profundo.

Se fijó en Juan a lo lejos, hablando con la mujer de Andrés —Laura— en un extremo de la piscina. Ella en el agua y él sentado en el borde y con las piernas sumergidas. Desde su ángulo daba la sensación de que ella le abrazara los pies y se los acariciara. Supuso que se trataría de un efecto óptico. A pesar de ello, no podía estar seguro. Juan era el hijo que más se parecía a su padre en el carácter de vividor y no le extrañaría nada que estuviera intentando tirarse a su cuñada, ajeno a el affaire que mantenía ella con el mismo Carlos.

Miró a su prometida, sentada a su lado y leyendo una revista. Ella le miró y le sonrió. Se sintió reconfortado. Su futura mujer era lo único puro en aquella familia de desquiciados y él se alegraba de la suerte que tenía al haberla encontrado. Le acarició una mejilla y Clara le besó la mano.

Un minuto después, Clara se levantó y anunció que iba a la cocina en busca de limonada. Hacía un calor sofocante y se moría de sed.

—¿Quieres que te traiga algo, cariño?

—Oh, no, gracias, estoy bien.

Clara echó a andar hacia las cristaleras que daban entrada al salón de la casa. Carlos la miró por detrás y comprobó una vez más lo atractiva que era. Mucho más joven que él, a sus veintiocho era una mujer de bandera. Guapa, esbelta, con una piel suave y aterciopelada sin una sola mancha, su larga melena… En fin, todo en ella era especial y él se moría de amor por aquella mujer. La miraba mover sus caderas al andar y no pudo evitar empalmarse.

No obstante, observó que no era él el único que la seguía con la mirada. Juan, desde su posición al fondo del jardín, también lo hacía a pesar de que Laura le daba golpecitos en la rodilla para que la hiciera caso.

Juan se puso en pie de un salto, se excusó con su cuñada, y pareció seguir los pasos de Clara. Las tripas de Carlos se encogieron. ¿Era su imaginación o Juan se había levantado justo en el momento en que había visto a Clara entrar en la casa? A pesar de los nervios que se le agarraron en el estómago, se dijo que debería tomárselo con calma. Clara era una mujer íntegra.

Pasaron los minutos y Clara no volvía. Carlos se decía que sacar la jarra de la nevera, llenar un vaso y volver al jardín no le habría llevado más de cinco minutos. ¿Qué estaría haciendo para tardar tanto? La idea de saber que su novia se encontraba a solas con Juan ayudaba, además, a incrementar su histeria. Cuando casi se cumplía la media hora no pudo soportarlo más y salió casi a la carrera hacia la casona.

Llegó hasta la cocina y comprobó que allí no había nadie, ni siquiera el servicio, que se había tomado la tarde libre después de servir la comida. Un retortijón volvió a apretarle por dentro. Miró a su alrededor e intentó escuchar. Nada. Toda la casa se hallaba en silencio.

Entró en el salón de la planta baja y husmeó por todos los rincones. El resultado fue idéntico. Más nervioso a cada momento que pasaba decidió subir hacia las plantas de arriba. Iba a entrar en su habitación cuando un portazo le sorprendió. Provenía de una planta superior y creyó relacionar el ruido con la puerta de la buhardilla.

Con el corazón al galope, subió los tramos de escalera que conducían hasta el espacio privado de su tío. La puerta estaba semiabierta y eso le extrañó. Habitualmente Ramón la cerraba con llave cuando se ausentaba de la casa. Entró en el espacio prohibido con timidez. Un olor a tabaco le anunció que alguien había estado fumando en aquel escenario no hacía mucho. La ventana, además, se encontraba abierta, quizá para airear la estancia e impedir que se asentara en ella el olor que Ramón detestaba.

La puerta a su espalda dio un nuevo portazo y comprendió que era la corriente de la ventana la que había provocado el ruido que le había atraído hasta el tercer piso. Cerró la ventana e inspeccionó el baño particular de su tío. Vacío, igualmente.

Antes de abandonar el lugar, volvió a mirar por la ventana y observó extrañado que Juan salía de la casa y se dirigía hacia su posición anterior, junto a Laura.

Abandonó la buhardilla y bajó los escalones. Iba a entrar en su habitación cuando Clara salió de ella con el vaso vacío entre las manos.

—Hola, cielo —le dijo ella—. ¿Estás bien? Te noto un poco pálido.

Carlos no sabía que decir y se inventó la primera excusa que le vino a la mente.

—Oh, sí… —tartamudeo—. Es solo que necesito ir al baño con urgencia.

Clara sonrió y comentó divertida.

—Pues entonces te pasa como a mí… —se acarició el vientre—. Algo me ha sentado mal y he tenido que correr para evitar un desastre.

—Ah… ¿ha sido eso? —Carlos respiraba aliviado por primera vez en los últimos minutos —. ¿Por eso tardabas?

—Toma, claro… —rió ella bajito—. ¿No pensarías que había ligado?

Carlos se sonrojó y no supo qué decir. Ella le echó los brazos al cuello y le dio un piquito.

—Es broma, bobo… —le dijo acaramelada—. Si ya sabes que me tienes loquita de amor.

—Y tú a mí, pequeña… ya sabes que me vuelves loco…

—Pues esta noche —le susurró en el oído—. Te voy a volver loco de verdad. Te voy a hacer esa guarrería que tanto te gusta, ¿te apetece?

—¿Apetecerme? —replicó él excitado—. Si me la haces voy a gritar a los cuatro vientos que soy tuyo y de nadie más…

Ella rió y, con una palmada en el trasero, se despidió de él y comenzó a bajar las escaleras.

Carlos volvió a mirarla por detrás y a bebérsela con los ojos.

Clara suspiraba aliviada. Había sido una cuestión de suerte que no les hubiera pillado a Juan y a ella en su habitación. El cerdo de Juan que, a pesar de todo, la encendía como una pavesa. Una gota de humedad escapaba de la braguita del bikini y corría por su muslo hacia la rodilla.

*

***Media hora antes***

Clara abrió la nevera y extrajo la jarra cargada de la limonada que preparaba la cocinera de la casa y que tanto les refrescaba en aquellas tardes calurosas.

Se bebió el vaso de un trago y abrió el frigorífico para rellenarlo de nuevo. Se agachaba para agarrar la jarra cuando un cuerpo masculino se arrimó a su trasero. Asustada se incorporó y el hombre que se hallaba tras ella la tomó por la cintura y la mandó callar.

—Sssshh —dijo Juan—. No grites, no sería bueno que toda la casa se enterara de que estamos aquí… y solos…

El bulto de su primo político se movía contra sus nalgas y ella pudo comprobar que mantenía una erección de un tamaño fuera de lo normal. Aquel asqueroso estaba más que

caliente. De un salto, Clara se separó de él y se apoyó contra la encimera.

—¿¡Se puede saber qué coño haces!?

Juan sonrió con una mueca de marichulo acostumbrado a que las mujeres no le negaran nada.

—Hago algo que tú te mueres porque te haga, no disimules…

—¡Qué cojones sabes tú por lo que yo me muero! —le increpó—. Como vuelvas a tocarme te juro que se lo digo a Carlos, a ver si te pones tan chulito delante de él.

—Bueno… —dijo él sacando un paquete de tabaco de un cajón y encendiendo un pitillo—. Entonces tal vez le diga yo lo que estuviste mirando la otra noche en la buhardilla.

—¿Qué…? —la garganta a Clara se le secó de golpe.

—Venga, guarrilla… —se burló—. Rocío y Berto no te descubrieron, pero yo te vi perfectamente desde la puerta. Menudo vídeo grabaste. Me lo tienes que pasar, por ese saco yo una pasta en Internet. Por cierto, ¿te pajeaste «durante» o «después»?

Clara no salía de su asombro. Así que mientras ella creía estar segura en su escondite, el muy cerdo la había estado observando. Y riéndose de ella al verla como una calentorra. Aunque, ¿no era eso justamente lo que era? La vergüenza que sentía la dejó sin habla.

—Mira, casi que no vamos a decir nada, ni tú ni yo… —propuso él con una caricia en la mejilla que ella no se atrevió a detener—. Voy a subir a la buhardilla a fumar. Si quieres que charlemos sobre el tema, te espero allí.

—¡Y una mierda voy a subir, no te lo crees ni tú…! —casi le escupió a la cara.

—Bueno, no pasa nada, yo esperaré por si acaso.

Cuando Juan salió de la cocina, Clara lo vigiló desde la puerta. El cabronazo de Juan era un mierda que se creía un macho alfa. Sería divertido ver qué pensaba de él el auténtico macho alfa de la familia: tío Ramón.

De todas formas, no podía evitar que el tipejo la pusiera caliente. ¿Qué coños tendría el muy canalla para conseguir que se le mojaran las bragas cada vez que la miraba más de un minuto seguido? Quizá era eso, que se trataba de un auténtico «canalla». Y ella estaba comprobando que ese tipo de hombres eran los que más la atraían. Nada nuevo, se decía, ese había sido siempre el punto flaco de todas las mujeres —decentes y zorritas—, un tipo de hombre que no las conviene, pero que no pueden dejar de desear.

Clara rellenó el vaso y se dirigía hacia el jardín, cuando de pronto cambió de opinión. Se giró en redondo y subió el primer tramo de escaleras. Sin embargo, cuando empezaba a encarar el segundo, se arrepintió. Retrocedió despacio y, al oír los pasos descendentes de Juan, se escondió en su habitación.

Juan la había visto entrar y se coló en ella sin llamar a la puerta. Al verle, Clara se sintió acorralada y de un salto entró en el baño. Su primo político puso el pie entre la puerta y el marco y evitó que la cerrara.

Ya en el interior, el hombre la bloqueó contra el lavabo y la abrazó con una fuerza inusitada. Estaba caliente como un perro y eso lo pudo notar Clara en su vientre, donde descansaba la erección del hombre.

—Joder, Clara, me pones a mil… —jadeó y empezó a besarla en el cuello.

—Para… Juan… por dios… —decía ella.

—Joder, no digas algo que no sientes—replicó—, está claro que tú también me deseas.

Juan tomó su mano y se la llevó al pene por encima del bañador. Ella la apartó de inmediato.

—Te he dicho… que pares…

—Y una mierda…

—Puede venir Carlos, ¿no te das cuenta…?

—No pasa nada, te echo un polvo rápido… ya follaremos con más calma otro día.

—Joder, tío, ¿no ves que no puede ser? ¿Qué yo no soy como esas mujeres que te gustan? Soy una mujer decente…

—¿Decente tú…? —le espetó él con mala baba—. Yo reconozco a las mujeres decentes y tu miras como una zorra. Te vi mirarnos follar la otra noche. Tenías la mirada tan fija que ni parpadeabas. Te morías por unirte a la fiesta con las bragas empapadas… ¿me equivoco?

—Cabronazo… —dijo ella, pero no hizo intención de escapar de la tenaza que la impedía moverse.

—¿Lo ves…? Estás deseando sentirme dentro… Y yo solo quiero hacerte feliz.

—Mira, cerdo… —Clara le golpeó en el pecho—. Entérate de una puta vez: no voy a acostarme contigo por mucho que te empeñes. ¿Me oyes? Ni en tus mejores sueños vas a follarme como a una de esas chicas con las que presumes de polla. Tíos como tú los puedo tener a patadas. Y mucho mejores. Así que te vas a ir a la mierda y no vas a volver a mirarme en tu puta vida, ¿te enteras?

—Vale, resístete, zorrita… —le replicó con expresión socarrona—. Así son las mujeres que a mí me gustan. Así empezaron las otras. Laura, Sofía… Incluso mi propia mujer me mandó a la mierda después de echarle el primer polvo en una discoteca. Pero al final todas volvéis a tito Juan porque es el que mueve mejor la polla en vuestros coñitos. Me pedirás que te la meta y te follaré como me salga de las pelotas. Y sabes lo mejor: que cuando me corra en tu cara me darás las gracias.

¿Qué coño decía aquel tipejo? ¿De verdad se había acostado con todas las mujeres de la familia al igual que… Ramón? Una sensación de pánico se apoderó de ella. Si lo que decía era cierto, padre e hijo eran igual de canallas, no encontraba la forma de diferenciarlos. Y los dos habían puesto los ojos en ella, la última en incorporarse a aquella familia de obsesos.

En ese momento se oyeron los pasos de alguien.

—Sssshh —pidió Clara asustada—. Creo que es Carlos...

El ruido de un portazo les llegó desde el piso superior y el chirriar de las chanclas de Carlos sobre el mármol se detuvo. Intuyeron que el prometido de Clara había seguido subiendo las escaleras hacia la buhardilla al notar que los chirridos volvían a oírse, pero esta vez alejándose.

—Ha debido de subir a buscarte arriba —dijo Juan—. Se ve que confía mucho en tu virtud el puto cornudo…

—Sal de aquí cagando leches… —replicó ella—. Si no…

—¿Si no, qué…? —se burló Juan y le propinó un azote en el culo antes de soltarla.

—¡Vete ya…!

—Volveremos a vernos…

Clara le dio un empujón y él se escabulló del baño y de la habitación.

La joven esperó unos instantes hasta recuperar el resuello que había perdido por las caricias de su primo político y luego salió igualmente. No había podido evitar ponerse caliente como un volcán. No se lo explicaba, pero el cerdo de Juan la ponía cachonda por mucho que tratara de evitarlo.

Tenía que calmarse. Carlos se hallaba a punto de entrar y ella lo sabía. El chirriar de las chanclas de su prometido era inconfundible. Antes de que su novio traspasara la puerta de la habitación, salió al hall y le saludó efusiva.

—Hola, cielo —le dijo al encontrarse frente a frente—. ¿Estás bien? Te noto un poco pálido.

# PRIMEROS DÍAS DE TRABAJO

La primera semana en la oficina, tras volver de las vacaciones, la pereza reinaba entre los compañeros que retornaban de los lugares más variopintos. Aparte de los que habían viajado al extranjero, las islas Baleares y Canarias parecían ser los destinos más apreciados. Por todos los rincones se organizaban corrillos de añoranza por la libertad estival perdida.

Clara sentía como si hiciera mil años que la holganza se había terminado y rehuía los corrillos porque la ponían melancólica. Era solo miércoles y ya estaba deseando que llegara el fin de semana. Aunque el próximo iba a ser diferente y eso la mantenía muy nerviosa.

Aún no se había decidido si acudiría a la cita con tío Ramón. Por un lado la excitaba volver a probar el jarabe del hombre, una droga que la había conquistado con solo saborearla con la lengua un par de segundos. Por otro, la horrorizaba tener que engañar a Carlos, quien no se merecía la mezquindad de aquel que lo había criado como a un hijo.

No obstante, la clave del meollo estaba en la herencia. Si no se plegaba a las exigencias del viejo, Carlos iba a quedarse sin un euro, y eso destrozaría la vida de los dos. Utilizaba ésta como perfecta excusa para derribar sus barreras. Gozar de una vida de lujos y sin privaciones era el motivo que pesaba más en la balanza. Y esa ambición por la riqueza empujaba a su resistencia —y a sus bragas— por debajo de las rodillas.

Estaba absorta reflexionando sobre lo que debería hacer y no escuchó a Rafa entrar en su despacho.

—Buenos días, jefa…

—Ya estamos, ¿cuántas veces tengo que decirte que no me llames jefa? —le regañó—. Y, además, ¿por qué no llamas a la puerta antes de entrar?

—Lo siento, jefa… Clara… Aunque sí que he llamado… Dos veces…

—Vaya, pues será que me estoy volviendo sorda, porque no te he oído —replicó la joven —. Pasa y siéntate. ¿Tienes los informes que te pedí ayer?

—Aún no… pero los tendré antes de las doce, como acordamos.

Antes de sentarse, Rafa cerró la puerta y le puso el seguro interior. Clara le interrogó con la mirada.

—Es que necesito hablar contigo sobre algo confidencial. No sería bueno que entrara

alguien y nos oyera.

Clara frunció aún más el ceño.

—¿Confidencial?

—Si, verás… —el becario se sentó en una silla frente a su escritorio y se restregó las manos sobre los vaqueros—. Se trata de Paula.

—¿Paula? —preguntó ella sorprendida—. ¿Le ha pasado algo?

—Bueno… —titubeó—. Más bien… «nos» ha pasado…

Clara se removió en la silla.

—Al grano, Rafa, tengo una reunión en media hora.

Rafa aún carraspeó unos instantes antes de atreverse a hablar.

—¿Sabes si Paula tiene algún problema? —dijo el becario.

—No, que yo sepa… Bueno, lo de Ramiro, pero sin noticias por el momento.

—Pues entonces no lo entiendo…

—Rafa… —le apremió.

Y el chico se lanzó a hablar.

—Joder, no te lo vas a creer. Ayer estaba tomando café a solas junto a la máquina de la segunda y cuando me vio al pasar se unió a mí. No me extrañó, lo hemos hecho más veces. Como si yo me junto contigo si te veo sola con tu té de media tarde.

»Pero en este caso era diferente. Paula se movía sin parar, parecía… bueno, esto es una tontería… pero era como si tuviera ganas de ir al baño y lo estuviera posponiendo.

Clara notaba que al chico le costaba decir «se estaba meando» y sonrió para sus adentros. Aquel chaval era tan tímido que a veces daban ganas de achucharlo.

—En fin, que cuando terminamos el café me preguntó si tenía trabajo urgente. Le dije que no y entonces me pidió si podía acompañarla. Necesitaba subir al almacenillo de la quinta a recoger unos paquetes y decía que esa planta la ponía nerviosa.

—¿La quinta? —se extrañó Clara.

—Sí, la quinta. Yo no había estado nunca en esa planta. De hecho, no sabía ni que existiera.

—¿Y qué hiciste?

—¿Pues qué podía hacer…? Decirle que sí, por supuesto. Subimos juntos en el ascensor. Vaya sorpresa me llevé al salir. Parecía estar en una película apocalíptica. Joder con la quinta planta… Con tan poca luz y tan silenciosa, era tan tétrica como me había explicado. Me dijo que la siguiera y caminamos hasta el almacenillo del fondo, que estaba cerrado con llave. Me explicó

que solo ciertas secretarias de confianza tenían una llave como aquella para entrar.

»Supongo que conoces el almacén. Hay una mesa grande, algunas sillas de reunión viejas y el resto son cajas apiladas contra la pared. Durante un tiempo estuvo buscando lo que quiera que iba a recoger, pero no se decidía por nada. Yo, si te digo la verdad, estaba acojonado. No me atreví a pasar del todo… la miraba desde la entrada. Y no veas el susto que me llevé cuando la puerta se cerró con el muelle automático. Hasta creí ver una mano negra que la empujaba, con eso te digo todo…

»Te juro que me faltó un pelín para decirle que tenía algo urgente que hacer y largarme de allí. Pero ella me detuvo antes de que pudiera inventarme algo.

»—Mira esto —me dijo para que me acercara—. A ver qué te parece.

»Me puse a su lado junto a la caja que señalaba. Pues vaya, me dije, no le vi nada especial. Era una caja de cartón más, no era diferente del resto.

Clara tragaba saliva sin parpadear. No quería perderse ni una sola de las palabras de Rafa.

—Cuando me agaché para leer la etiqueta, Paula me empujó hacia atrás hasta que tropecé con la mesa. Y sin decir una palabra más, me echó los brazos al cuello y comenzó a besarme.

—¿A… besarte…? —carraspeó Clara.

—Sí, a besarme. Joder, Clara, te juro que yo no quería… pero no pude reaccionar. Paula me estuvo relamiendo los labios hasta que abrí la boca por la sorpresa y entonces me introdujo la lengua y empezó a juguetear con la mía. Me estaba morreando sin piedad cuando noté algo peor. Hostia, Clara… que me agarró el… ejem… pene… por encima del vaquero y me lo apretó con desesperación. Me llegó a hacer daño, te lo juro.

—El… pene… —la boca de Clara había cambiado de actitud. Tan seca unos segundos antes, ahora rezumaba saliva—. No… me… jodas…

—Sí, el… pene… —continuó Rafa.

—Coño, Rafa, ya sé lo que es un pene… no me repitas…

Rafa tragó saliva y siguió su relato.

—No habría pasado ni un minuto desde que comenzó a morrearme cuando la tía va y se pone de rodillas… Y, joder… comenzó a hurgar en la hebilla de mi pantalón.

—La hostia, Rafa… ¿y qué pasó luego?

—Joder, Clara… te juro que yo no quería… Me refiero a que nunca se me hubiese ocurrido mirar a Paula de esa manera… Si hasta conozco a su novio. Pero soy un tío… y no pude evitarlo. Me había empalmado de lo cachondo que me había puesto.

—¿Y te la chupó?

—No, por dios, ni de coña iba a dejarla hacer eso. Comprendí entonces por qué se removía

tanto mientras tomábamos el café. Algo tuvo que pasarle y por ello se puso tan cachonda que quiso apagar sus ansias con el primero que se encontró. Y me tocó a mí…

—No me lo puedo creer… —musitó Clara como hablando para sí misma—. Paula no es así. O al menos no lo era… ¿Y qué pasó después?

—Pues que la levanté y la sujeté de los brazos. La zarandeé un poco como para que despertara de un sueño y al final pareció recobrarse de su pirada. Y entonces se echó a llorar.

—Me cago en la leche… ¿Te dijo algo más?

—No. Solo agachó la cabeza y salió corriendo. No la he vuelto a ver desde entonces. Y menos mal, porque siento un corte de la leche. Solo pensar en cruzarme con ella por los pasillos me pone los pelos de punta.

—No me lo puedo creer… tenemos que hacer algo con ella.

—¿Y qué podemos hacer? No sé cómo voy a mirarla a partir de ahora. Nuestra amistad se puede ir al garete.

—No, espera —meditó Clara unos segundos y prosiguió—. Hoy no puedo quedarme, pero mañana vamos a comer juntos los tres. Yo os convoco. Tú actúa como si no hubiera pasado nada. Yo haré lo mismo, por mi parte tú no me has contado lo que pasó. Esperemos que la cosa se olvide por sí sola.

Efectivamente, el jueves a la hora de comer los tres compañeros coincidieron en la cantina de la empresa. Nadie mencionó el tema ni hubo miradas sutiles que pudieran recordar de forma velada el acontecimiento.

La conversación, como había ocurrido los primeros días de la semana, versó sobre las vacaciones perdidas. Tan solo cuando se hallaban en los postres, alguien mencionó a Ramiro y estuvieron de acuerdo en que tenían que pensar en su plan de contrataque. También acordaron que esperarían a que el asqueroso director diera el primer paso antes de hacer nada.

Cuando a las tres y media la reunión se disolvió, las aguas entre los tres habían vuelto a su cauce.

Por la tarde, a solas en su despacho, Clara volvió a sumirse en sus turbios pensamientos. El sábado se acercaba y aún no tenía decidido lo que iba a hacer.

# LA TARDE EN LA BUHARDILLA

***Clara***

A las ocho y cuarto de la tarde del sábado, un Uber me dejaba a las puertas de la casona. Una vibración me indicó que la puerta de entrada de peatones había sido abierta electrónicamente antes de que yo llegara a pulsar el timbre del videoportero. Señal de que Ramón esperaba mi llegada con expectación.

Mientras caminaba hacia la puerta del antiguo edificio, pensé en cómo Carlos había sido manipulado para ausentarse de Barcelona durante el fin de semana. Tío Ramón había cumplido su palabra. Había pedido a Laura que le convenciese para viajar con ella y con su amiga Elena, a punto de casarse, para visitar a un modisto en el sur de Francia íntimo amigo de mi prometido.

El pretexto era elegir y encargar el vestido de boda de Elena. La perfecta excusa para un narcisista como mi novio. Carlos, por supuesto, había aceptado de buen grado. Hacer los honores a Laura y a su amiga era un orgullo para él, teniendo en cuenta su baja autoestima dentro del entorno familiar. El plan era salir por la mañana del sábado y volver el domingo por la tarde. Temí que Laura aprovechara para acostarse con su primo político durante la noche que pasarían en un hotel de Niza.

Esta sospecha no era suficiente justificación para lo que podría ocurrir entre tío Ramón y yo, pero me servía de apoyo. De todas formas, no tenía muy claro que llegara a aceptar su propuesta, por lo que en ese aspecto aún no me sentía culpable. Cuando subía las escaleras hasta la buhardilla mi decisión se encontraba con un sesenta por ciento de probabilidades en contra.

Ramón me abrió la puerta y me recibió en su atuendo favorito: pantalón *Adidas,* polo *Ralph Lauren* y zapatillas caseras *Brownie*. Una música suave llenaba el ambiente y un mueble bar con ruedas había sido estratégicamente situado junto a los sillones de la zona de estar.

—¿Qué quieres beber? —me preguntó el viejo donjuán a modo de saludo.

—No quiero nada —respondí veloz—. No voy a quedarme mucho tiempo.

—¿Qué te pasa, querida? —odiaba cuando me llamaba «querida» y quizá por ello lo hacía constantemente—. ¿Acaso no te quedó claro nuestro acuerdo?

—Sí… bueno… —titubeé—. «Tú» acuerdo… lo entendí perfectamente. Pero no sé si puedo hacer lo que me pides. Ya te he dicho que no soy de esas…

Me sirvió una copa de *Baileys* con mucho hielo y me la puso entre las manos a pesar de mi negativa. Me quitó el bolso del hombro y lo dejó sobre el escritorio.

—Está bien… —dijo con dulzura—. Si no quieres quedarte, puedes irte cuando quieras. Pero no vas a negarle a este anciano un único baile.

Sin esperar mi respuesta, me tomó por la cintura y me apretó contra él. Sentí por primera vez el bulto entre sus piernas rozando mi cadera. Con la holgura del pantalón deportivo apenas se le notaba, quizá se lo había puesto justo para no espantarme antes de comenzar su tonteo.

Bailamos tres canciones románticas, elegidas a propósito con toda seguridad. Cuando comenzó a sonar *Je t'aime, mois non plus* —la misma canción que se escuchaba la tarde en que Carlos y Laura se afanaban en procrear sobre nuestro sofá— comprendí que aquella familia estaba sincronizada en todo. Y en ese momento supe que la misma Laura había sido follada en aquel escenario por el mismo viejo que me manoseaba las nalgas sin disimulo. Y con el mismo tema musical de fondo.

—Espera… —le dije separándome de él—. Necesito respirar.

Me alejé de él cuanto pude. Bebí un trago del dulce licor y me sentí mejor. Era la falsa seguridad que proporciona el alcohol. Me senté y cerré las piernas al ver que me miraba por debajo de la falda sin pudor. Sentía que el mal estaba hecho. Que me iba a ser muy difícil escapar de aquella encerrona. ¿Cómo había podido ser tan estúpida para enfrentarme a un vividor de libro? Con solo unos magreos y un poco de música me había puesto cachonda como una perra.

Miré con sospechas al vaso que me había servido. Improbable que hubiera echado alguna droga dentro. Había visto salir el cremoso licor de una botella que abrió delante de mí y con un dosificador imposible de reponer si hubiera sido extraído con anterioridad.

—No es el *Baileys*, querida —se pavoneó al observar cómo miraba el vaso—. No hay nada en su interior. Es tu cuerpo que pide que sea acariciado. Estás caliente porque eres así. Y porque estás deseando que este viejo te meta la polla que tanto te gustó la última vez que nos vimos aquí. Pero no te preocupes, soy un caballero, y voy a follarte con tal dedicación que vas a alegrarte de haber venido.

Sus groseras palabras en otro momento podrían haberme causado asco y repulsa. Ahora, muy al contrario, me excitaban asquerosamente. No podía entenderlo. Hasta no hacía mucho yo no era así. Por mi mente circularon los últimos acontecimientos.

El demencial orgasmo con Ramiro en los lavabos del restaurante, el polvo de Carlos a Laura, la mamada a Andrés, la encerrona de Juan en el baño de mi cuarto un piso más abajo de la buhardilla. Todo aquello me hubiera producido ganas de vomitar no mucho tiempo atrás. Ahora, sin embargo, lo único que me producía recordarlo era una fuerte subida de temperatura, un

palpitar del corazón desbocado y una humedad en mis bragas que me impelían a ir más allá. A seguir explorando.

Y esos sentimientos los estaba leyendo Ramón en mis ojos con su sonrisa de viejo taimado, que sin saber por qué estaba deseando probar para descubrir su sabor.

Aprovechó mi desconcierto para intentar abrazarme, pero me zafé de él poniéndome en pie. Empecé a pasearme alrededor de la sala mirando y acariciando los lomos de los libros que se apilaban sin orden en las estanterías. Llevaba conmigo el vaso de licor y lo bebía de vez en cuando para infundirme valor.

Ramón se había cruzado de piernas y me miraba recostado en el respaldo del sofá.

—Dime, tío Ramón… —le dije para romper el paréntesis que se había creado entre los dos —. ¿Siempre has sido así?

Me temblaba la voz por la excitación, pero me controlaba como podía.

—¿Así, cómo…?

—Pues así… como eres… un donjuán empedernido, un buscavidas… un asalta mujeres… Ya sabes a lo que me refiero…

—¿Quieres conocer mi vida…?

—¿Tan raro te parece…? —me volví y la falda revoloteó sobre mis muslos haciendo que sus pupilas brillaran—. Al fin y al cabo, se supone que voy a acostarme contigo. Además, será la primera vez que le ponga los cuernos a tu sobrino —mentí—. ¿No merezco saber más sobre el hombre que va a hacerme gozar…? ¿Por qué cumplirás tu promesa de hacerme gozar, no?

—Por supuesto, querida… Te aseguro que no tendrás queja… —replicó—. Pero, dime, ¿por dónde quieres que empiece?

—No sé… puedes comenzar por contarme las chicas de esta familia con las que te has acostado… Si es que no lo has hecho con todas… A ver… déjame pensar… Con Aurora lo hiciste en su momento, si no, no habrías tenido hijos…

Ramón me miraba pasmado. Ya no debía de parecerle tan mojigata como al principio. Eso le gustaba, estaba segura, iba a disfrutar más del doble de lo que había imaginado llevándome a la cama.

—Pero, sigamos… —continué—. A Sofía te la has follado bien porque ella me lo ha confesado… ¿Sabes que está encoñada contigo…? Bueno, seguro que sí, tú eres el que la maneja a su antojo. Después está… Rocío… Otra víctima más. Esta se ha abierto de piernas ante ti hasta hace poco… Sí, no me mires con esa cara… lo sé porque Sofía me lo ha confesado… Ella cree que han sido solo un par de polvos, pero yo adivino que te la has follado a lo grande, durante mucho tiempo… ¿me equivoco?

Ramón se descruzó de piernas y apoyó los codos en sus rodillas.

—Dime, querida… ¿te pone cachonda pensar en las mujeres que me he follado? —sonrió malévolo—. Pues ahora déjame adivinar a mí… Seguro que te gusta masturbarte pensando en sus caras de placer mientras se corren bajo mis embestidas, ¿me equivoco? ¿Será quizá para imaginar la cara que pondrás tú misma cuando te la meta hasta el fondo? Por cierto, ¿quieres que te pegue en el culo mientras te follo? ¿Y en las tetas? A una de tus primas le gusta que le abofetee la cara mientras se corre… ¿adivinas quién es…?

—A ver… pensemos… —seguía en movimiento, no me atrevía a detenerme ni un segundo. Temía que si lo hacía saltaría sobre mí y la realidad me aplastaría, junto con su peso, sobre el sofá—. Yo creo que debe de ser Laura. La muy pendón parece una mosquita muerta, pero me juego lo que quieras a que se ha cepillado a todos los hombres de la casa, al igual que tú has hecho con todas las chicas… Menos yo, claro…

—Menos tú, de momento… —sonrió burlón—. Esta noche dormiré sabiendo que he batido mi propio record… que tú ya no eres una oveja negra…

Me atraganté al oír sus palabras… Porque me temía que lo iba a conseguir. Noté una gota de flujo recorrerme una pierna, pero la ignoré porque me hubiera avergonzado limpiármela ante él. Permitirle comprobar que me conocía mejor que yo misma y que mi calentura le facilitaría las cosas era, además de bochornoso, humillante hasta decir basta.

—Pero no hablemos de mí, querido tío… —le interrumpí—. Hablemos de otras chicas que ya no están en la familia. Por ejemplo, la exmujer de tu sobrino Carlos. ¿Cómo se llamaba…?

—¿África…?

—Eso, África… ¿También te la follabas?

El viejo se echó a reír excitado.

—¿Qué si me la follaba…? —replicó—. No, querida, no… África era la más puta de la casona… Era ella quien se me follaba a mí. Sabes que aparte de que su nombre suena a ébano, su piel era tostada y maravillosa, no?

—Sí, querido, Carlos me ha contado que África era mulata.

—Pues entonces te lo puedes imaginar. ¿Has conocido a alguna mulata a la que no le guste que la follen duro? Tu pobre novio no daba la talla y ella venía a verme por las noches y a veces me la follaba a ella y a la de turno. La de tríos que hemos montado en aquella época… Fue la mejor, sin duda alguna…

—Vale, creo que lo he entendido… Pero ahora me gustaría hablar de tu pobre hermano y de su mujer…

El viejo pareció turbarse.

—¿Qué coños quieres saber de ellos?

—Mira, hasta ahora solo era una sospecha, pero creo que con esa cara de mosqueo que has puesto me lo has dejado claro. Te follabas a la mujer de tu hermano igual que al resto, ¿me equivoco?

La cara de enfado de Ramón iba *in crescendo*.

—Incluso diría que alguno de tus sobrinos, a los que con tanto amor acogiste al morir sus progenitores, no es hijo de su presunto padre, sino tuyo…

Ramón tragaba saliva y yo me sentía cada vez mejor. Joder al viejo era un deporte de riesgo, pero al mismo tiempo hacía correr ríos de adrenalina por mis venas.

—Dime… ¿Cuál de los dos es hijo tuyo…? ¿Carlos…? No, espera, ya lo sé…

Ramón me enseñó los dientes. Su expresión decía a las claras: no sigas por ahí…

—Ya lo sé… —repetí—. ¡Es Sofía…!

Me eché las manos a la cara y el cerró los ojos para evitar que leyera en ellos la verdad que ya no podía negar.

—¡No me jodas! —exclamé—. ¿¡Te estás follando a tu propia hija!?

—Hostia puta… —se quejó—. Vale, está bien, lo confieso… Me he estado follando a Sofía sin saber que era mi hija… Me acabo de enterar… Tú crees que soy un monstruo, pero no es así… Si lo hubiera sabido antes, jamás se me habría ocurrido hacerlo.

—¡Y una mierda! —le solté cabreada—. Si no fueras un monstruo, no estarías intentando follarte a la mujer de tu sobrino…

—Aún no estáis casados… —se defendió.

—Vete a tomar por culo…

Aún paseé unos segundos más alrededor de la estancia. Luego, tras darle el último trago a mi copa, me acerqué a él para que me la rellenara. Me sentía flotar, y eso me abstraía de la realidad, que era lo que necesitaba en ese momento. Tenía que emborracharme antes de entregarme al puto viejo a cambio de una riqueza que no valía ni la mitad que mi angustia.

—Ven… —dijo él tras servirme la copa y dejarme tiempo para que la apurara y así dejar de sentir.

Le obedecí como un corderito y volví a sentarme como unos minutos antes.

Ramón se acercó hacia mí y me rodeó con un brazo sobre el hombro. La mano libre la puso sobre mis rodillas, apretadas como si estuvieran cosidas entre sí.

—Abre las piernas, querida —me dijo—. Se acabaron los juegos. Quiero tocarte ese coñito con el que he soñado en las últimas semanas.

—No… —repliqué sujetando el vaso con las dos manos y apretándolo con tal fuerza que pensé que iba a estallar en pedazos.

—No… ¿qué? —insistió.

—No quiero que me toques… ahí abajo… No me importa si desheredas a tu sobrino…

Mentía con palabras cada vez menos seguras. Y eso no podía estar pasando desapercibido al viejo conquistador.

Acercó su boca a mi cuello y, separando el pelo con la mano comenzó a besarme con unos toques de ala de mariposa. Sabía besar el viejo cabrón. Los escalofríos que me subían por el vientre me hicieron bajar la guardia y mis rodillas se separaron. La mano de abajo entró hasta mi vulva y la agarró con un suspiro de triunfo.

Arqueé la cabeza hacia atrás y abrí los muslos para permitirle el paso. Acababa de claudicar.

—Así, putita, así… —susurró sin dejar de besarme.

En pocos instantes mi cuerpo ya no era mío y mi boca dejó de ser mi boca en cuanto su lengua se apoderó de ella. Un jadeo que nunca hubiera querido soltar salió de mi garganta y me abandoné a su voluntad. Cerré los ojos y me dejé llevar por el placer de ser tocada por un viejo que olía a decrepitud disimulada con *Esencia de Loewe*.

Cuando me quitó las bragas le oí gruñir con satisfacción. Dos dedos, tres tal vez, se hundieron en mi interior y se movieron como alas de colibrí a una velocidad endiablada. Sentía dolor mezclado con placer, pero no me atreví a quejarme.

Sus dedos encharcados entraron en mi boca y supe que la sustancia espesa que me daba a probar era mi propia humedad.

—Lámela y dime si no es asquerosamente deliciosa. Es tu calor, putita, y es la prueba de que me deseas. Y yo solo quiero lo que tú quieres. Voy a hacerte disfrutar. Te lo he prometido y siempre cumplo mis promesas.

La lamí con la lengua y la bebí como si me fuera la vida en ello. Mantenía los ojos cerrados, entregada a él.

Instantes después, cuando tiraba de mi pelo para que bajara la cabeza, supe lo que vendría y abrí la boca para que su hinchada verga entrara en ella. Volvieron a mí los olores de la primera vez. Orines mezclados con lefa preseminal y un toque de mi propia humedad. Olor a macho maduro, en definitiva. Si ya me encontraba encendida, aquel olor y el sabor salado de la verga en mi garganta amenazaron con consumirme por entero.

—Puta asquerosa… —dijo el viejo cerdo—. Ya no te resistes, ¿eh? Eres como todas, pedazo de guarra… Al principio dicen que no al viejo verde, pero luego se dan cuenta de que es

el que tiene la polla más gorda y el que las folla mejor. Te juro por lo más sagrado que esta noche vas a saber lo que es que te follen de verdad… por primera vez en tu puta vida… Será como sentirte desvirgada de nuevo…

Yo gruñía sin poder respirar.

—A ver, dímelo… ¿Quieres que te folle?

Tiró de mi pelo y me liberó de su verga.

—Sí… —articulé casi inconsciente.

—Sí, ¿qué? Pedazo de puta…

—Sí, tío Ramón…

—¿Qué más?

Me soltó un cachete para que le dijera lo que quería oír.

—Sí, tío Ramón, quiero que me folles…

Me sentí liberada. Porque ya no tenía que decidir si quería hacer aquello o no. Lo que iba a ocurrir lo haría con mi consentimiento o sin él. Yo solo debía dejarme llevar. Abrí los ojos por un momento y escruté los suyos. Una sonrisa burlona brillaba en sus pupilas. Aparté mi mirada y seguí chupando aquella polla, ansiando sentirla dentro de mi cuerpo.

Entonces se escuchó el sonido metálico del portón de la casona.

*

***Clara***

Al principio no lo oímos ninguno de los dos. Ramón no jadeaba, pero respiraba fuerte mientras le succionaba el glande. Quizá por eso nos pasó desapercibido en un primer momento. Fui yo la primera en oír el chirrido de la puerta y el ruido del motor que la traspasaba.

De un salto me escabullí y corrí hacia la ventana. Me disponía a observar quien llegaba retirando dos centímetros el visillo que la cubría, cuando Ramón me asaltó por detrás y se apoderó de mis pechos y de mi vulva por debajo de la falda.

—No te preocupes, sea quien sea no subirá hasta aquí —decía en mi oído mientras me sobaba excitado—. Nadie sabe de nuestra presencia porque no he venido en coche. Además, nadie tiene llave de la puerta de la buhardilla más que yo.

Recordé las veces que habíamos estado en la buhardilla en su ausencia y comprendí que mentía. O que se mentía a sí mismo creyendo que aquel espacio era solo suyo. Quizá por eso o por lo que observé a continuación, preferí no creer nunca más ninguna de sus estupideces.

Y supe que tenía razón al desconfiar cuando vi que el vehículo que entraba en la casona era el todo terreno de Carlos y que él lo conducía en solitario. Ni Laura ni Elena, con quien se suponía que debería estar en Francia, se hallaban con él.

—Es tu sobrino —exclamé asustada mirándole a la cara—. Viene a por mí. Alguien le ha ido con el cuento. ¿No habrás sido tú? ¡Serás cabrón…!

—¡Me cago en la leche! —blasfemó—. ¿Por qué iba a pedirle que nos jodiera la fiesta? ¡Por supuesto que no he sido yo…!

Saqué de un tirón los dedos que removía en mi interior. No entendía como el muy cabronazo seguía con el juego. No se había cortado ni siquiera al ver a Carlos salir a la carrera del coche y mirar hacia arriba durante un segundo. Me agaché tan rápido como pude y vi saludar a Ramón levantando una mano. Desde abajo, mi prometido se habría detenido para saludarle y su tío le había correspondido desde detrás de la ventana.

Entonces si pareció inquietarse.

—Apresúrate —me dijo—. Coge tus cosas y enciérrate en el trastero que hay al final del corredor. Tiene seguro interior, pásalo y no salgas de ahí hasta que te avise.

Recogí el bolso y las bragas y salí a la carrera. Con la oreja pegada a la puerta del trastero escuché los pasos de Carlos en la escalera. Después oí voces de hombres discutiendo y me eché a temblar. Me temí que mi relación con mi novio estaba a punto de terminar.

Cuando las voces se suavizaron comprendí que tío Ramón había conseguido tranquilizar a su sobrino. Me atreví a salir del trastero y me acerqué a la puerta de la sala para escuchar lo que hablaban.

—¿Entonces qué debo hacer? —oí preguntar a Carlos.

—Nada —respondió Ramón—. No tienes que hacer nada en absoluto.

—Pero ella…

—Ella, nada… Tú eres tú y es lo único que debe preocuparte. Sigue tu vida como siempre. Todo estará bien, te lo aseguro.

No entendía a qué se referían tío y sobrino, aunque era claro que hablaban de mí. Ramón debía de haberle convencido de que no me encontraba en la casa y lo había calmado. Por otro lado, no entendía por qué Carlos se encontraba allí y no en Francia con Laura y su amiga.

El silencio que se había producido entre los dos tampoco parecía que fuera a revelarme mucho más, así que me resigné a no saber nada. Quizá era lo mejor.

Me volví al trastero y esperé a que Carlos se fuera.

*

***Clara***

Mi prometido salió de la buhardilla a toda velocidad y por poco no me descubrió espiando. Cuando oí que el motor se perdía tras el portón de entrada de vehículos, suspiré aliviada. Lo pensé un instante y decidí que tenía que marcharme. Aquella monstruosidad podía todavía no ocurrir. Empecé a bajar las escaleras. No quería permanecer en aquella casa ni un segundo más.

Ramón, sin embargo, intuyó lo que ocurría y me detuvo con su voz.

—¿Te vas?

—Sí, me voy —dije girando en redondo—. Lo siento, pero no puedo seguir con esto.

—Está bien —dijo comprensivo—. Haz lo que tengas que hacer. Yo haré lo mismo.

Y sin más palabras se volvió a su recinto privado.

Según llegaba al salón me detuve a pensar. Todo mi mundo se podía venir abajo. Si me iba, ¿qué conseguiría?, me preguntaba. Salvar mi orgullo y nada más, me respondía a mí misma. ¿Y de qué me serviría el orgullo sin un céntimo? De nada. La voz de mi conciencia —su lado canalla— me martilleaba sin piedad.

Miré hacia la escalera. Unos peldaños más arriba me esperaba una puerta muy especial. No era la puerta de una simple buhardilla. Era la puerta hacia la gloria. La puerta hacia la riqueza, hacia un estilo de vida por el que había luchado. Si soportaba el peso de Carlos, un hombre al que no quería, sobre mí casi cada noche, ¿qué más daba si me dejaba arrastrar por Ramón, un tipo al que odiaba y deseaba al mismo tiempo?

Entré en la cocina y bebí un vaso de agua a tragos largos. Luego, sin permitirme pensarlo, dejé el vaso sobre la encimera y salí a buen paso hacia la buhardilla.

Ramón me recibió con una sonrisa socarrona. El muy cabrón sabía que iba a volver. Por eso estaba viendo porno en su ordenador. Quería evitar que su erección decayese en el caso de que mi ausencia hubiera sido más larga de lo que esperaba.

Cerró la tapa del PC y se abalanzó sobre mí. Se deshizo de mi falda y de mis bragas mientras yo me abría la blusa y me quitaba el sujetador.

—No te quites la blusa ni los zapatos, querida —dijo con un jadeo—. Me gusta follar con algo de ropa.

A continuación me empujó contra la ventana y empezó a follarme por la espalda, mientras me estrujaba las tetas con las manos como si quisiera reventarlas.

*

***Clara***

El cerdo de Ramón me golpeaba por detrás, metiendo y sacando su sexo de mi coño, y yo me apoyaba en el cristal y me agarraba a la manilla de la ventana para no traspasarlo. Los «clon, clon» de mi cabeza contra el vidrio sonaban rítmicos, y yo me temía que pudieran ser escuchados desde la calle. Afortunadamente no había nadie en los alrededores. El mismo Carlos había desaparecido hacía ya rato.

Cuando me penetró por primera vez, pensé que su enorme polla me destrozaría por dentro. Y de hecho dolió bastante; mucho, a decir verdad. Pero él era hombre de mundo y, al ver que no conseguía entrarme hasta el fondo, se acuclilló y me lubricó por entero con su lengua ensalivada. Después probó de nuevo y, en tres intentos, el monstruo de carne se hizo hueco entre las paredes de mi vagina, que lo abrazaron como un guante abriéndose para él.

El dolor del principio se convirtió en placer y me dejé follar intentando no romper el cristal de la ventana por su ímpetu. Recuerdo que los jadeos incontrolados de mi boca teñían de vaho el vidrio y mi mejilla se escurría contra él. Le miré por unos instantes volviendo la cabeza. Estaba como ido, embistiéndome con un deseo con el que no había visto a ningún hombre, ni conmigo, ni con otras. El tiempo que le había hecho esperar hasta entregarme le había embrutecido.

Volví a concentrarme en mí misma. El placer que me proporcionaba el sexo de Ramón me estaba matando. El orgasmo me rondaba desde los primeros instantes. El precalentamiento anterior a la llegada de Carlos le había funcionado al viejo a la perfección. Porque todos mis pensamientos y prejuicios anteriores habían quedado relegados en algún rincón de la mente donde ya no molestaban.

Aquel asqueroso viejo me había calentado como una cerda. Eso era lo único que me importaba. Todo lo demás era secundario; sentir su polla rozar las paredes de mi vagina y golpear el útero con el glande era mi único horizonte. Ya tendría tiempo de lamentarme después, si es que me quedaba algun remilgo tras el orgasmo que presentía sería único y diferente a todo lo que conocía.

No obstante, me negaba a correrme. Y era porque correrme significaba el final, y yo no quería que aquello terminase. Quería que durase lo más posible. Quería aguantar para sentir el rabo de mi tío político entrando y saliendo de mi vagina.

Los jadeos de Ramón iban creciendo con el paso de los segundos. Él también rondaba el final, aunque en ningún momento lo noté parar en sus embestidas para posponerlo. El aliento a alcohol y tabaco en mi nuca alimentaban la sensación de asco que me había invadido desde que un poco antes me lamiera los labios inferiores hasta que nadaron en su saliva. Aseguraba que lo hacía para que su gran polla pudiera hundirse en mí sin causarme dolor.

Sabía follar el puñetero viejo. Me reí de las insinuaciones de Paula sobre la polla de

Ramiro. En realidad, la verga de Ramiro al lado de la del sexagenario parecía un juguete para adolescentes. Lo de Ramón si era un buen falo. Y mi vagina lo recibía feliz y amenazaba con estallar, a pesar de mis intentos de retrasar la gran explosión.

Y al final no pude contenerme. De mi garganta salió un «aaaahhhh» que parecía provenir de algún lugar lejano. El clímax se centró en un punto intermedio entre el clítoris y el útero y, cuando la energía estuvo lista para reventar, empecé a correrme.

Los espasmos de mi sexo empezaron a sucederse y con él mi cuerpo entero empezó a temblar. Grité con todas mis fuerzas: «¡joder… la hostia… no pares… noooo… me corro… me corro…!». Y apoyé la mejilla en el cristal, y apreté la manilla de la ventana para no caer. Las piernas me flaqueaban a cada espasmo y amenazaban con no sostenerme. Y grité a Ramón «¡sujétame, por dios!». Y Ramón me apretaba de las caderas para no dejarme caer. No quería caerme porque si lo hacía el monstruo de carne dejaría de entrar y salir de mi coño y el placer se acabaría, y no quería que acabase.

Cuando los espasmos parecían aflojar, el «plas, plas» de sus huevos golpeando mis muslos generaban uno nuevo y mi cabeza volvía a rebotar contra el cristal. Levantaba la cadera para recibir el siguiente embate y lo recibía con la seguridad de que un nuevo calambre me recorrería el vientre. Y Ramón me empotraba con otra embestida y yo creía desmayarme del gusto.

El muy cerdo lo sabía. Sabía que me estaba corriendo como una perra. Y sabía que su pedazo de carne me mataba por dentro. Sabía que si dejaba de embestirme iba a morirme de ganas. Y dejaba de embestir. Y yo le gritaba: «¡folla… no pares… joder…! ¿Qué haces?». Y él se reía y volvía a embestirme, y con su risa socarrona me susurraba: «córrete, preciosa… córrete… quiero que te corras para mí… quiero que te corras hasta que te quedes seca… córrete guarra…».

Y yo le hacía caso y seguía corriéndome. El orgasmo duraba ya minutos, y yo movía el culo hacia atrás y hacia los lados para que no quedara un rincón de mi cuerpo sin su dosis de placer. Y el reía a carcajadas y me golpeaba las nalgas con una rudeza que me parecía desproporcionada.

De cuando en cuando me amasaba las tetas hasta reventármelas. Y aquello dolía. Y me tiraba del pelo y me golpeaba el culo. Y aquello dolía. Y yo gritaba: «duele… cabrón… duele». Y el respondía: «esto te pasa por puta». Y yo callaba y agradecía el dolor, porque el dolor se convertía en placer y en mis más íntimos sentidos quería que me doliera, que aquel cabrón me hiciera daño. Y en ese momento le habría matado si hubiera dejado de hacérmelo.

Cuando la calma nos envolvió, jadeaba por la falta de aire y recuerdo que pensé: «Pero… ¿qué ha pasado aquí? ¿Algo como esto es normal?».

*

***La corrida de Ramón según Clara.***

Cuando no pude más, las piernas se me doblaron y rodé sobre el suelo. Ramón me dejó caer con su risa estridente y miserable. Yo no me sentía, estaba como ida, a punto del desmayo, y me costaba respirar. Me giré hacia él, poniéndome de rodillas. Y me daba cuenta de que faltaba algo, y entonces le preguntaba: «¿tú no te has corrido?», y el reía de nuevo y se pajeaba acercando su verga a mi cara. Y respondía con mala baba: «no, putita, he guardado la leche para que te la comas…». Y yo quería cabrearme, porque le había dejado claro que la leche la quería en el coño o en un condón, pero que ni se le ocurriera echármela encima.

Pero a él lo que yo dijera le importaba una mierda. Y seguía su pajeo y la polla cada vez estaba más cerca de mi cara. Yo intentaba levantarme. Y él me empujaba hacia abajo y me anclaba al suelo. Y yo le gritaba: «¡joder, Ramón, no…!». Y él lanzaba una carcajada. Yo le pedía clemencia: «no ves que me vas a dejar un olor a lefa que no se me va a quitar en toda la noche». Y el volvía a reír y apretaba los dientes porque el orgasmo se le avecinaba. Yo volvía a rogar: «por dios, Ramón, piensa en mí… he quedado con unas amigas para cenar… no puedo aparecer oliendo a tu leche… todo el mundo se va a dar cuenta…». Y el respondía entrecerrando los ojos: «pues te duchas…». Y yo respondía: «¿y la ropa?... joder… al menos no te corras en la ropa… apunta bien, por dios…». Y el ya no podía más y me gritaba: «ammhhggg… te pones ropa de Rocío… joder… hostia puta… hay ropa de ella en el armario… me cago en todos sus muertos… me corro… me corro…».

El primer chorro de lefa me cruzó la cara desde el mentón hasta el ojo derecho. Y sus disparos solo habían empezado. Se sucedían uno tras otro a una velocidad sorprendente para un hombre de su edad. Conté hasta diez. Eran demasiados hasta para un hombre joven. No entendía como aquel viejo podía tener tanta leche en sus huevos. Los disparos me caían por todas partes, en el pelo, en los labios, en los ojos, en la blusa recién estrenada, en las tetas...

No hubo un solo centímetro de mi piel que quedara intacto. Y yo maldecía a aquel hijo de puta, pero al mismo tiempo sentía que volvía a correrme sin remedio. Callé mordiéndome el labio para que no se diera cuenta, pero a cada disparo de su leche sobre mi cara, mi escote o mi pelo, un espasmo de placer de mi coño le correspondía. Y entonces apreté los ojos y me abandoné. Rogué para que su corrida no parara, así yo me estaría corriendo un tiempo más. Y ya no tenía miedo de la cena con mis amigas. Ya no me importaba si olía a lefa o a colonia, porque solo quería que su leche me embadurnara para sentir un nuevo espasmo en mi vientre.

Con los ojos cerrados, abrí la boca cuando el me sujetó por el pelo y empujó su sucia polla sobre mis labios. «Chupa, zorra…», soltó y me introdujo la verga, ya reblandecida, hasta la

garganta. Succioné para extraer sus últimas gotas de leche, de sabor salado, pero al mismo tiempo amargo y dulce, como el sabor del buen vino. Mamaba y lamía, ya con calma, y tragaba todo lo que seguía saliendo de aquel monstruo de carne. Y mantenía los ojos entornados para saborearlo, como se saborea el licor.

Él reía a carcajadas y me llamaba puta, y yo sabía que tenía razón, que allí tirada a sus pies, rendida y sin voluntad, lo único que podía parecer a los ojos de cualquiera era una puta arrastrada.

Por un momento pensé en Carlos y una lágrima resbaló por mi mejilla.

*

***La corrida de Ramón según Ramón.***

Cuando terminé de correrme, acerqué mi polla a la boca de Clara, ya blanda tras el inmenso orgasmo. La agarré por el pelo por si se resistía y se la metí hasta la garganta. Pero me equivoqué. La muy zorra no solo recibió con placer mi verga en su boca, sino que la relamió y succionó para tragarse los restos de mi semen. Sabía por antiguas amantes que mi leche sabía bien, pero Clara la goloseaba con tantas ganas que comprendí que debía de tratarse de un manjar exquisito.

Aquella putita se había convertido en una auténtica Puta, con mayúscula, ante mis ojos. La que parecía una niña remilgada había sabido gozar conmigo como ninguna otra mujer lo había hecho en mi vida. Y había estado con muchas. Comprendí que la prometida de mi sobrino mayor era de ese tipo de hembras que dicen «no quiero, no quiero…» hasta que prueban al macho adecuado. Y una vez que lo han probado se aferran a él y no quieren soltarlo.

Eso me excitaba más que las zorras que se entregan mucho antes de que las hayas tocado. Tenían razón mis mayores cuando decían que «es mucho más emocionante doblegar la voluntad de una mujer que doblegarle el coño». Y le di un cachete en la cara para sentir mi poder sobre ella.

Cuando vi que mi sobrina política volvía a correrse de rodillas en el suelo mientras saboreaba mi lefa, sus dedos dentro del coño, confirmé que era la puta perfecta para un hombre como yo. Era la hora de reemplazar a Sofía, de la que no estaba seguro de si era hija mía o no.

*

***Clara***

Salí corriendo hacia el baño y me duché a toda prisa. Necesitaba liberarme de la suciedad de aquel viejo. Lloré como una niña mientras resbalaba el agua sobre mí. Y supe que ya no sería la misma. Después de aquello no podría volver a mirarme a un espejo y sentirme limpia.

Me maquillé con los útiles que encontré en un armarito y salí desnuda a la buhardilla, con la única cobertura de una toalla de baño.

Ramón me miraba sentado en uno de los sillones. Rebusqué en un armario y encontré la ropa de Rocío que me había ofrecido. Me puse una blusa y me la abroché. Luego fui hacia el sillón y recogí las bragas y la falda.

—Espera, ¿dónde vas tan pronto? —me retuvo por un brazo.

—Te he dicho que tengo una cena —le repetí—. He quedado con unas amigas.

—Pero, mujer, si es temprano —puso puchero de niño bueno como un adolescente bonachón—. Quédate solo un rato más. Prometo enseñarte un juego sorpresa que sé que te gustará.

Miré mi reloj de pulsera. Eran las nueve y media. Tenía aún una hora de margen, guardando treinta minutos para llegar en un Uber hasta el restaurante.

—Está bien… —suspiré. Solo me quedaría unos minutos. Nada iba a cambiar por ello—. A ver, ¿de qué juego hablas?

Sacó un pañuelo de seda de algún sitio y lo acercó a mi rostro.

—Ven, déjame que te vende los ojos.

—Joder, no… —dije retirando la cabeza—. ¿Qué eres? ¿Un crío jugando al escondite?

—Venga, querida, si te va a gustar…

Tenía que reconocer que aquello, a pesar de que me parecía una gilipollez, por dentro me removía. Así que le dejé hacer y en un instante ya no veía nada.

Ramón se alejó de mí, hurgó en algún cajón del escritorio, y volvió a mi lado. Me levantó las manos y noté como una cuerda se enroscaba en mis muñecas.

—¿Vas a atarme? —protesté—. ¿Qué es esto? ¿Un juego BDSM?

—Sssshh —dijo y siguió atándome. Tiré de las muñecas y me di cuenta de que no me iba a resultar fácil soltarme si en algún momento me mosqueaba el juego.

Cuando hubo terminado de anudar, se puso ante mí y noté cómo me separaba las piernas. Tiró de mis muslos y me los sujetó mientras notaba su aliento acercarse a mi entrepierna.

Y entonces empezó a chupar. Y yo a retorcerme. Unos minutos antes me había llenado el coño de babas antes de follarme. Pero no había buscado mi placer, sino la lubricación de la entrada a mi vagina.

Ahora, sin embargo, me lamía con una suavidad y una dedicación exquisita. Y mi excitación comenzó a crecer de nuevo. Y empecé a culear sobre su boca buscando su lengua.

Disfruté del experimento un tiempo que se me hizo corto. Pensé en pedirle que siguiera, pero preferí callar y esperar.

Acto seguido, se separó de mí y se alejó unos pasos. Creí adivinar que se estaba despojando de los pantalones y los bóxer, recolocados después de la follada. Tras ello, se agachó de nuevo y volvió a tirar de mis muslos y noté que su polla se restregaba contra mi hendidura. Buscaba la lubricación del miembro antes de hundírmelo en el vientre. Cuando se sintió satisfecho con la operación, apretó el glande entre mis labios y empujó con firmeza.

De un par de embestidas consiguió que sus huevos chocaran contra mi vulva. Me sentí en la gloria y lo reconocí con un «ufff» agradecido y un arqueo de espalda y de cuello.

Me estaba follando de nuevo, con el mismo brío y la dureza de la primera vez, y no podía evitar que me supiera a gloria. Ni yo misma creía como podía desear tanto aquello solo unos minutos después de haber tenido el mayor orgasmo de mi vida. No obstante, no entendía por qué le llamaba a eso «un juego sorpresa». ¿No habría sido mejor llamarlo un «segundo polvo»?

Loco de lujuria, tiró de la blusa y la abrió haciendo saltar los botones.

«¡A tomar por culo la blusa! —me dije—. Menos mal que es de Rocío, la muy zorra».

Agarró mis tetas y las aplastó como pelotas de goma. Luego las chupó con jadeos entrecortados. En ningún momento dejó de culearme. Yo ya empezaba a poner los ojos en blanco, a pesar de que la venda no le permitiera verlos.

—Tranquilo, Ramón —suspiré—. No me aprietes tanto las tetas que me haces daño.

Repentinamente, noté algo raro. El hombre que me follaba con ansia olía diferente a Ramón. Su perfume era diferente, su aliento era diferente… y su sudor también. Un grito de alarma se formó en mi garganta, pero no tuve oportunidad de quejarme. Porque una mano tiró de mi pelo provocándome un lagrimeo y una enorme polla se me incrustó en la boca.

*

***Clara***

Me sentí invadida y expuesta como nunca antes. ¡Me estaban follando entre dos! La polla en la boca era la de Ramón, olía a él y no podía disimularlo. Pero la que entraba en mi vagina no era la suya. Era también de una firmeza atrayente, pero no lo suficientemente grande como para confundirlas. Y solo ahora lo notaba. ¿Cómo no lo habría hecho antes?

—¡Pero… qué coños…! —me revolví y abandoné la polla de mi tío político—. ¡Ramón,

haz el favor de quitarme la puta venda de los ojos!

El patriarca me hizo caso y entonces vi al hombre que me follaba con expresión de loco.

—¿¡Juan!?

El cerdo de Juan soltó una carcajada que me produjo un escalofrío. Intenté revolverme para alejarlo de mí, pero él me sujetó de las caderas y siguió embistiéndome de una forma salvaje.

—Te dije que eras una zorrita, ¿recuerdas…? Y ahora vas a demostrármelo… Quiero que te corras y me vas a mirar a los ojos cuando lo hagas… putita… Vas a correrte para nosotros, ¿a qué sí, papá?

Quise decirle que ni en mil años le daría esa satisfacción, pero la verga de Ramón volvió a llenarme la boca y no pude hablar.

Me estuvieron embistiendo por arriba y por abajo hasta que se hartaron. Lo peor de todo era que no podía resistirme. Estaba siendo transportada a la gloria por los dos hombres y, cuanto más violentos se ponían, más placer sentía en todo el cuerpo.

—Joder… —dije en un respiro que Ramón me concedió—. ¿Por qué… sois tan cabrones…?

—Sssshh… tranquila, pequeña… —respondió tío Ramón—. Ya queda poco… te lo prometo.

Pero se trataba de otra de sus mentiras. Porque Juan tenía cuerda para rato y lo demostró durante muchos minutos, acompañando sus embestidas con las palabras soeces de las que hacía gala:

—Pero que chochazo tiene esta tía… Mira, mira… saco la minga y se lo abro y parece un auténtico túnel. Es un chocho de primera.

—Se lo he dejado bien abierto antes, ¿eh? —le seguía la corriente tío Ramón—. ¿Has estado mirando?

—Ya te digo, como que me he pajeado un buen rato mientras la putita chillaba… Joder, en este chocho me cabe la mano… Y mira, mira los labios… Enormes y colorados. Parece una flor abierta. Espera, que me están dando unas ganas de comérmelo que no puedo. Mira mi lengua… si no puedo cubrir todo el chochazo ni sacándola entera de la boca. Menudo pedazo de coño tiene la muy puta… Me lo iba a estar comiendo y follando todo el fin de semana y todavía me quedarían ganas… Me gusta esta putita más que Sofía, tienes que cambiarla. Esta pone mejor cara de gusto que la otra, y opino que se corre mejor y más fuerte… En fin, ahora lo veremos otra vez… Porque esta se corre hoy diez veces por lo menos, o no me llamo Juan… Venga, otra vez la polla dentro… Ufff… qué calorcito… este coño está hirviendo… Va a conseguir que me corra antes de tiempo… Y no me gustaría… jajaja…

—Pues yo también estoy a punto, no te creas… La boca de la zorrita también quema…

Efectivamente, los gruñidos de los hombres empezaban a crecer y Juan se detuvo.

—¿Cambiamos de posición? —le preguntó a su padre.

—¿No quieres llenarle el coño de leche?

Hablaban de mí como si yo no estuviera delante. Me estaban cosificando, me sentía como un simple objeto, una muñeca hinchable a la que le haces lo que quieres y nunca se queja. Pero ya no me importaba, estaba disfrutando del sexo como nunca en mi vida.

—No, prefiero llenarle la cara, esta zorra lo está deseando. Y además se lo prometí…

—No sé, no sé… ya se la pringué yo antes. Igual no le apetece.

—¿Te apetece que te la encharque, zorrita? —me preguntó Juan.

Yo no podía ni hablar, la sesión de sexo me hacía bordear el precipicio y me acercaba al desmayo.

—Mmmmhhh… —repliqué sin fuerzas.

—¿Lo ves? —rió Ramón—. Eso ha sido un noooo… jajaja.

—No importa, acábala tú por el coño, que yo me ocupo de su boca.

Se cambiaron de posición y volvieron a follarme al unísono.

Cuando Ramón comenzó a correrse, se dejó caer sobre mí y sentí que su leche hirviendo me llenaba por dentro. De todas maneras, su eyaculación ya no fue tan cuantiosa como la primera vez. Su edad, que no se notaba en el ímpetu de sus embestidas, se demostraba en aquella falta de semen.

Juan, sin embargo, tiraba de mi pelo y me follaba la boca sin piedad. De nuevo los gruñidos comenzaron y el primer latigazo de lefa me taponó los orificios de la nariz.

Asqueada, traté de defenderme y aparté la cara. Pero Juan no estaba dispuesto a dejarme escapar. Me tiró del pelo y empujó la polla sobre mis labios, que yo apretaba desesperada.

—Abre la boca, guarra… joder… me corro… zorra…

Su corrida proseguía y su lefa colgaba de mi mentón como estalactitas, pero no le concedía el placer de dejarle eyacular dentro de mi boca. Cabreado, apuntó a mi pelo y el resto lo expulsó sobre él, restregando el glande sobre mi frente.

Aun así, no podía creer lo que me pasaba. Justo cuando comenzaba la corrida de Juan, un orgasmo me asaltó de improviso y empecé a mover las piernas y las caderas sin control. En paralelo, luchaba para no dejarme manchar la boca y temblaba con las sacudidas del clímax inesperado.

Juan se echó a reír y comenzó a gritarme.

—Jajaja… ¿Lo ves, zorra…? ¿Ves cómo te corres? ¿No te lo dije?

No supe por qué, pero asentí con la cabeza, obediente.

—Abre los ojos y mírame… putita… mírame mientras te corres.

Abrí los ojos como me pedía y le miré a la cara. Mis córneas se hallaban en blanco. Su expresión de placer al correrse sobre mi cara provocaba nuevos espasmos en mi vientre y era una sensación deliciosa.

Me dio un último tirón del pelo y me gritó:

—¿¡Qué se dice, guarra…!?

No pude resistir su ímpetu y le respondí:

—Gracias… Juan…

Y lanzó una carcajada triunfal. Su profecía se había cumplido.

*

Me dejaron adormilada sobre el sillón. No supe cuánto tiempo estuve en ese estado, tal vez diez minutos, pero podía haber sido media hora o más. Solo sé que me sentí fatal al despertar. Me notaba sucia por fuera, pero también por dentro. Al abrir los ojos los vi hablar en la puerta de la estancia. Ramón se hallaba vestido de calle, pero Juan solo llevaba puesto un bañador. Mis manos, por fortuna, ya no estaban atadas. Que amabilidad la de aquellos hombres, me burlé de mí misma.

—¿Entonces te quedas? —preguntó Ramón.

—Sí, me quedo un rato más, no sé cuánto… depende de cómo se me dé con Clara.

—Cuidado, que ésta no es perra dócil y te puede morder. Una vez satisfecha no creo que se deje hacer mucho más...

—No pasa nada, ya la domesticaré. Me voy a quedar con ella y la voy a follar hasta que me duelan los huevos. Luego que se vaya a dormir con su noviete…

Las palabras de Ramón sonaron proféticas. Había tenido la sesión de sexo más alucinante de mi vida, era cierto. Pero me había corrido varias veces en las dos últimas horas y mi libido se había saciado lo suficiente por aquel día. Ahora ya no sentía deseo, sino un profundo asco, vergüenza y odio. Tanto hacia los dos hombres como hacia mí misma. Me sentía como un trapo sucio y usado, la cara, el pelo y la ropa pringados de semen por segunda vez. Me olía a mí misma con desagrado y eso alimentaba en mi interior una profunda necesidad de escapar de allí lo antes posible.

Al fin y al cabo el contrato lo había pactado con Ramón y con nadie más. A Ramón ya le había pagado, me dije, y a Juan no le debía nada.

Me vestí en silencio mientras hablaban. El patriarca salió por fin de la buhardilla y desapareció escaleras abajo. Por su parte, Juan se introdujo en el baño y, mientras lo oía orinar en el retrete, terminé de vestirme y me dispuse a salir. Caminaba descalza por la estancia para que no me oyera.

Me fijé en una silla y tuve una idea. La empujé contra la puerta y la encajé bajo la manilla. Cuando estuve satisfecha con la encerrona salí a la carrera escaleras abajo.

Oí los golpes en la puerta del baño cuando ya estaba en el salón.

—¿¡Qué coños haces, zorra…!? —Le oí gritar—. ¡¡Déjate de juegos!! ¡¡Ábreme ahora mismo!!

Sus gritos sonaban desesperados. Se encontraba en el baño de una casa por la que no pasaría nadie tal vez en días. Y el móvil lo había dejado sobre el escritorio de Ramón. Las iba a pasar canutas durante un tiempo. Me sentí feliz de haberle jodido.

Me paré un instante, miré hacia arriba de la escalera y le respondí con rabia:

—¡Te vas a volver a follar a tu puta madre…!

Luego corrí hacia el exterior, limpiándome la cara con pañuelos de papel que iba arrojando por la casa y el jardín como prueba del delito.

*

***Clara***

Anduve hasta la plaza del pueblo y allí compré toallitas húmedas con aroma a limón. La mirada de la chica que me atendió expresaba una mezcla de asco y estupor. Era obvio que reconocía lo que causaba el olor que llevaba encima. Con las toallitas me limpié lo mejor que pude, antes de atreverme a pedir un Uber.

Por el camino decidí cancelar la cena con mis amigas de la facultad y les envié un *wasap* disculpándome. Sonreí cuando empezaron a llamarme de todo en el grupo de la red social, especialmente cuando me tachaban de «guarra» por dejarlas plantadas.

Al llegar a casa, algo antes de las doce, observé la luz en el salón y corrí hacia el baño. Me duché y luego me presenté ante Carlos. Por suerte, mi novio dormía profundamente sobre el sofá y era probable que ya lo hiciera desde antes de mi llegada.

Suspiré y le di unos toques en la cara. Antes de que despertara, ensayé una expresión de asombro.

—¿Pero qué haces aquí, cariño? —le dije cuando abrió un ojo— ¿Tú no tenías que estar en Francia?

Me explicó que el plan se había ido al garete. El modisto había cancelado la reunión por un motivo familiar y habían pospuesto la visita para la semana siguiente. Incluso, sería el mismo modisto el que acudiría a Barcelona en lugar de al revés.

Tras una charla somera, nos fuimos a la cama. Carlos me pidió sexo y tuve que hacer verdaderos esfuerzos para que aceptara mi dolor de cabeza. No sabía él que en esos momentos aborrecía el maldito sexo. Que de solo pensar en él sentía ganas de vomitar. Y lo aborrecería por bastante tiempo.

«Si él supiera…», pensé, antes de sumirme rendida en un sueño inquieto.

# UNA PAJA DESESPERADA

Habían pasado unos días desde el encuentro con los cerdos de Ramón y Juan, y Clara no entendía lo que le pasaba por dentro. Acababan de acostarse Carlos y ella tras ver en Netflix una comedia romántica francesa, insulsa pero repleta de escenas picantes. Algunas de ellas con sexo casi explícito.

Clara no comprendía el calor que le había nacido en la entrepierna y que trepaba por su vientre. ¿Habría sido provocado por la insustancial película? Recordaba la noche en la casona con padre e hijo. Al acostarse ya casi de madrugada, Carlos le había pedido sexo con insistencia.

Ella se lo había negado aduciendo la típica excusa femenina del dolor de cabeza. En realidad, había sentido náuseas con solo notar acercarse a su novio y pasarle el brazo por el escote buscándole las tetas. No era para menos, teniendo en cuenta los polvos que le habían echado esa misma tarde los cerdos de su tío y primo políticos.

Tras ese rechazo, Carlos no la había vuelto a solicitar y llevaban varios días sin practicar sexo. Tal vez, se decía, su novio se sentía satisfecho por haber vuelto a las andadas con su prima Laura. ¿Lo habrían dejado alguna vez, en realidad?, se preguntaba.

No obstante, Clara no lo había echado de menos. Ahora, sin embargo, tal vez encendida por las escenas de la película, notaba un intenso calor en la vulva y una humedad creciente en las bragas.

Tras unos minutos de intentar dormirse sin conseguirlo, se acercó hacia su prometido y se pegó a él por la espalda. Carlos se hallaba girado hacia su lado de la cama y respiraba pesadamente. Clara no pudo evitar estirar una mano e introducirla dentro de los pantalones del pijama del hombre.

Se sentía rara, en el tiempo que llevaban juntos jamás había tomado ella la iniciativa. El sexo siempre empezaba por una petición, de palabra o de obra, de él. No podía decirse que su novio fuera un hombre super apasionado, pero era habitual que le pidiese acción dos o tres veces por semana.

La rareza se convirtió en vergüenza y se imaginó la sorpresa de Carlos cuando notara como le agarraba con avidez la polla bajo el pijama. Una polla que notó flácida, aunque de un tamaño aceptable. Apretó el miembro de su novio y lo masajeó moviendo la piel de arriba abajo, sin

olvidarse de amasar los huevos blandos pero calientes.

Como viera que Carlos no reaccionaba, acercó su boca a la oreja de él y le susurró respirando entrecortadamente:

—Carlos… —se detuvo un instante y prosiguió—. ¿Estás despierto…?

—Mmmm… —fue la única respuesta por parte del hombre.

—¿Por qué no te giras y me echas uno rapidito? Estoy supercaliente…

Le jadeó en la oreja para demostrarle que hablaba en serio sobre su calentura.

—Ay, cari… estaba dormido… ¿por qué me despiertas…? —se quejó Carlos.

Se subió un poco más sobre él y pasó una pierna sobre su cadera, al tiempo que le apretaba con más fuerza la polla.

—Es que… no me puedo aguantar… necesito un polvo… aunque sea pequeñín… ¿De quién es esta pollita…?

Carlos se impacientó y se desembarazó de Clara con un movimiento de desagrado.

—Lo siento, de verdad, amor… Pero mañana tengo que levantarme muy pronto. Recuerda que tengo que coger el AVE a las ocho.

La frase había sido más que cortante, no dando opción a ningún tipo de jugueteo o negociación. Clara se sintió fatal. Quizá era culpa suya por no ser lo suficientemente atractiva para él. Quizá ya no la deseaba como al principio. Y, sin decir nada, se volvió hacia su lado de la cama y se quedó mirando al techo desconsolada.

Lo que ella no sabía era que Carlos, después de ver la película picante, se había masturbado en la ducha antes de acostarse. Y, con los huevos vacíos —raro era que su prometido rellenara las pelotas en menos de cinco o seis horas—, prefería dormir a tener que trabajar para contentar a su amada.

*

Carlos empezó a roncar bajito, y a ella la calentura no se le pasaba. Primero le venían las imágenes de la película. Dos actores hermosos y desnudos follando sobre una playa mientras varios mirones se tocaban entre las piernas viéndoles «actuar». El sexo del actor —erecto y duro con imagen explícita— penetraba la vagina de la actriz de forma real, aunque en el cine todo podía parecer creíble aun siendo falso.

Enseguida, y por sorpresa, el rostro del actor se transformaba en su mente en el de Ramiro y pudo sentir el olor y el sabor de aquella polla grande, aunque no enorme, que había chupado en la noche de la cena de directivos. A la mamada, le seguían flases de la cabeza de él agachada

sobre su coño lamiéndolo con una lengua caliente y húmeda.

Extrañada e incluso molesta por estas imágenes, no pudo evitar sin embargo que sus manos levantaran el camisón y se dirigieran a su entrepierna como si tuvieran vida propia.

«Ese puto cabrón…», pensó para sí. No entendía como la imagen de Ramiro elevaba tantos grados su calentura. Las manos parecían volar libres y ya se encontraban bajo sus bragas. Una de ellas abriendo los labios para dar acceso a la otra, que masajeaba el clítoris trazando círculos con rapidez.

Su cuerpo se tensó. Se apartó un poco más hacia el extremo de la cama para evitar que un movimiento involuntario de sus piernas rozara a su novio y que este la sorprendiera tocándose. En el tiempo que llevaba con él no había necesitado hacerlo nunca, a excepción de una vez. Aunque esa vez había sido en la ducha con el agua de la alcachofa y para ella no contaba.

Lo pensó un instante. Nunca había necesitado demasiado el sexo, ni con Carlos ni en solitario, porque siempre había sido una mujer más bien fría. Entonces… ¿por qué lo necesitaba ahora? ¿Y por qué de una manera tan apremiante? ¿Qué había cambiado en ella?

A su mente acudían ahora las imágenes de Ramón y Juan follándola de forma salvaje, cada uno por un orificio, y tratándola como un objeto. Un fogonazo de placer recorrió su vagina y unas gotas de humedad brotaron de su interior. ¿Era aquello posible? ¿El haber sido vejada y humillada por tres hombres en los últimos días la habían cambiado tanto como para volverse loca de deseo?

No supo responderse a esa pregunta pero, cuando introdujo su primer dedo entre sus labios, la polla de Juan se dibujó ante su vista entrando y saliendo de su interior, provocándole un espasmo de placer que nunca había sentido estando a solas.

Placer y dolor. Era lo que recordaba. Dos hombres casi violándola y hablando de ella como si no estuviera delante, y ella muriendo de deseo si se detenían a hablar y a burlarse en lugar de seguir con sus embestidas. Un segundo dedo entró sin dificultad en el interior de su coño y a su boca y nariz vinieron el olor y el sabor de la gran polla de Ramón. El mayor rabo que hubiera visto nunca, a pesar de que en toda su vida solo había visto los rabos de media docena de hombres. Si descartaba las pollas de los chicos de las películas porno, claro, aunque estas tampoco contaban a tenor de los trucos que sabía que se utilizaban en el cine.

Estaba a punto de reventar. La explosión del orgasmo, tan necesitada en ese momento, parecía llegar a ella con facilidad. En cuanto pasara, sabía que todas las imágenes desaparecerían trayendo con ello un gran alivio. Sin embargo, en lugar de acelerar para dejarlo estallar, se detuvo y respiró profundamente.

De pronto deseaba que aquella sensación que la mataba de gusto entre las piernas se

mantuviera unos minutos más. Necesitaba disfrutar de un momento en solitario que hasta entonces no había conocido. Así que cambió de estrategia y de postura. Se volvió en la cama y se puso de lado, de espaldas a su novio. Se introdujo una mano bajo el camisón hasta aprisionar uno de sus pechos y con la otra se metió en el coño un solo dedo para pajearse más despacio.

«Menudo pedazo de chocho tiene la muy puta…». Las soeces palabras de Juan resonaron como un eco en su memoria y un nuevo escalofrío la recorrió por entero. A continuación, mientras se tocaba suave para alargar el placer, una imagen en movimiento se le mostró de forma inconsciente. En ella, los tres hombres —Ramón, Juan y Ramiro— la follaban al unísono, cada uno de ellos por un orificio. Mientras le introducían sus pollas hablaban de ella con palabras obscenas y se reían de las expresiones de placer de su rostro. Ella se corría y pedía que siguieran, que no pararan, que necesitaba de aquellas pollas para poder calmar su sed.

Una vez más detuvo sus dedos cuando el orgasmo a punto estaba de detonar. Esta vez lo hizo por miedo. Se temía que de sus labios brotaran gemidos en voz demasiado alta y que su novio se despertara y la descubriera en tan vergonzosa actitud. Se moriría si eso ocurriera.

De modo que no se lo pensó y saltó de la cama con sigilo, dirigiéndose al baño de puntillas. Cerró la puerta y, tras bajarse las bragas hasta los tobillos, se sentó en el inodoro. Miró a su alrededor y encontró lo que buscaba: una esponja de ducha que se introdujo en la boca para ahogar los gritos. A continuación volvió a meterse dos dedos en la vagina, que ésta recibió con alborozo. La mano libre masajeaba el clítoris con un frenesí que Clara no había utilizado jamás.

Cuando el orgasmo estalló, la joven comenzó a dar botes sobre el inodoro, sintiendo su cuerpo libre y sin control. Las piernas se estiraban y se aflojaban y las rodillas se golpeaban entre sí cuando los muslos se cerraban de forma refleja. No pudo contar la duración de aquel clímax en solitario, pero supo sin duda alguna que había sido espectacular.

Tras una ducha corta de medio cuerpo para limpiar los jugos derramados, se volvió a la cama y, rendida, se quedó dormida en un instante.

Una hora más tarde, sin embargo, se despertó y volvió a jugar con su cuerpo ardiente, esta vez de forma más sosegada y sin grandes aspavientos. Las imágenes de los tres hombres a los que odiaba sobrevolaban sus fantasías de nuevo. Y no pudo quitárselos de la cabeza follando su cuerpo con menosprecio mientras se corría no una, sino dos veces con la diferencia de pocos minutos.

«¿Lo ves, zorra…? ¿Ves cómo te corres? ¿No te lo dije?», las palabras de Juan no dejaron de repetirse en su cabeza mientras perdía la noción del tiempo durante los espasmos que la mataban de gusto cada una de las veces.

# SETECIENTOS EUROS

La semana siguiente empezó aburrida, pero se fue animando según iba trascurriendo. A un éxito concreto en el trabajo, se añadieron causas personales felices que hacían olvidar a Clara los sinsabores del sábado en la casona y los malos momentos con Ramiro. De su fijación por los tres hombres mientras se masturbaba al lado de su novio no quería ni pensar, sintiendo tanto asco y odio hacia ellos como hacia sí misma.

De todas formas, dice el refrán que no dura mucho la alegría en la casa del pobre. Y Clara iba a comprobar que la sabiduría popular se equivoca muy pocas veces.

El asunto personal más feliz tenía relación con Elena, la amiga de Laura, que se casaría en pocas semanas. Carlos invitó a Clara a las sesiones de prueba del vestido con el modisto. Elena y ella conectaron maravillosamente. Ambas eran de la misma edad y habían estudiado en colegios próximos —Clara en un instituto público y Elena en un colegio privado—. Estaban seguras de haber coincidido durante la adolescencia en alguna de aquellas fiestas locas a las que, o las invitaban sus hermanos mayores, o se colaban con descaro y un carnet falso.

Tan fuerte fue la conexión que Clara llegó a notar ciertos celos en las expresiones faciales de Laura. Se alegró por ello doblemente. Hacer sufrir a la tramposa amante de su prometido era para ella todo un privilegio.

La relación recién emprendida llego a su clímax cuando Elena le ofreció unirse al grupo de damas de honor que la acompañarían al altar. El grupo lo componían hasta ese momento Laura y otras dos amigas íntimas de la novia. Si aceptaba unirse, sumarían cuatro. Respondió que sí, naturalmente, y se fundieron en un abrazo de amistad eterna.

Una sombra con la que no había contado Clara empañaba, sin embargo, la alegría de pertenecer a su nuevo círculo de amistades. Un círculo de amigas muy bien relacionadas con *la crema de la crema* barcelonesa. Ese ambiente en el que se moría por entrar y que solo ahora parecía abrirse para ella.

Esa sombra se la expuso Laura, con una sonrisa glacial, cuando Elena se despidió de ellas y las dos primas se quedaron a solas. Al principio solo sintió un picor nervioso en el estómago. Más tarde, una sensación de miedo fue creciendo en su interior hasta convertirse en puro pánico. En esos momentos no llegaba a entender la real magnitud del asunto. Un asunto que iba a

precipitar su vida en pocos días.

*

El viernes, Pierre, el amigo de Carlos y modisto de Elena, tenía que volver a Niza. Carlos se ofreció a llevarle en el todoterreno. Aprovecharía para asistir a una reunión de trabajo que se llevaría a cabo el sábado por la mañana en el hotel *Belmont* de Cannes. Andrés también estaría presente en la reunión y el novio de Clara no quería perdérsela por nada del mundo.

Así que Carlos se despidió de Clara en la oficina y salió de viaje.

A las siete de la tarde, alguien de la oficina propuso tomar unas copas y, aunque al principio Clara declinó el ofrecimiento, luego lo reconsideró. No tenía otra cosa que hacer sin Carlos a su alrededor. Eran las copas con los compañeros o una maratón de Netflix.

Al final se inclinó por las copas.

Paula se presentó en el bar acompañada de su novio y de Lines, que no se perdía una salida como aquella ni muerta. Casada y con dos hijos, quedadas como la de aquel día le daban la vida. Y los compañeros, que lo sabían, la acechaban por ver si se le escapaba algún favor tras la tercera o cuarta copa.

Clara miró al grupo y comprobó que, aparte del club de las tres —Paula, Lines y ella misma—, había entre ellos otro par de chicas, el novio de Paula y tres chicos más. Los compañeros eran muy graciosos y descocados y no hacían más que lanzar alusiones picantes para ver si alguna de ellas recogía el guante. Uno de ellos, en especial, se había aislado del grupo con Lines, y le estaba tirando los trastos junto a la barra.

El resto se mantenía en las mesas altas del bar de moda en el que habían quedado, donde sonaba música a un volumen tolerable. Bebían, picaban algo y, sobre todo, charlaban. Y, de vez en cuando, echaban un baile solos o acompañados sobre la pista central.

*

A pocos metros del grupo, tres amigos, abogados de profesión y en la treintena, tomaban copas y observaban a la concurrencia a la búsqueda de un ligue ocasional.

—¿Habéis visto a esa buenorra? —decía Fran.

—¿Quién, la morena de pelo corto? —preguntaba Lucas.

—No, esa no, la de la melena castaña y piernas largas.

—Joder, es cierto, está como un tren —admitía Sergio.

Y abundaban en sus comentarios, bebiendo sin parar para animarse.

—Pues yo diría que está pidiendo guerra —aseguró Lucas.

—Ni de coña, tío, esa tiene pinta de no querer líos —desestimó Sergio—. ¿Pero no veis que está con sus colegas del curro y ni siquiera mira a los tíos de su grupo? Se ha refugiado entre esas dos que la rodean y solo habla con ellas. Fijo que tiene novio y que está a punto de llegar.

—Pues yo creo que tiene ojos de hambre —insistió Fran—. A esa no la han echado un buen polvo en meses. Os lo digo yo que soy experto en postureo. ¿No veis como se cruza de piernas? Con esa falda tan corta seguro que se le ven las bragas si te pones de frente. Yo os digo que a esa tía solo hay que entrarla. El que tenga huevos para acercarse primero, ese se la folla.

—¿Pues por qué no te animas tú que eres el más peleón, Francito? —bromeó Lucas—. Eso sí, luego queremos detalles.

Los tres rieron a carcajadas, mientras Fran se lo pensaba seriamente, sorbiendo el alcohol de su copa para cargarse de valor.

*

Cuando Clara se acercó a la barra para conseguir una nueva cerveza, alguien se le pegó por la izquierda. Se extrañó no haber visto llegar al extraño, un chico de no más de treinta y cinco y atractivo a su manera.

—Hola, guapa, ¿estás sola?

—Joder, tío, qué arte tienes —respondió Clara con sorna—. ¿Así es como ligas tú?

Fran no pudo evitar sonrojarse. Clara rió por el corte que acababa de dar a aquel don juan de pacotilla. A punto estaba de girarse para hacerle *ghosting*, cuando se le ocurrió una idea traviesa.

—Te diré si estoy sola o no si me invitas a la cerveza que acabo de pedir —le dijo mirándole fijamente a los ojos.

Fran no se creyó la suerte que tenía. Aquella tía era un pibonazo. Y ahora que la veía de cerca se daba cuenta de que si conseguía darle un solo achuchón en la pista de baile, sería suficiente para marcarse un triunfo ante sus amigos.

—Eso ni se pregunta, pídete dos si quieres…

Clara rió y le tendió la mano.

—Soy Sara —mintió.

—Yo… Fran… —las palabras se le atragantaban al hombre.

Los amigos de Fran, mientras tanto, miraban a la pareja desde su posición, haciendo señas y jaleando al amigo, que parecía haber ligado.

—Ya te lo dije —aseveró Lucas—. Esa folla sí o sí.

Tras diez minutos de hablar en la barra, sin embargo, la chica dejó plantado a Fran y éste se acercó hacia ellos con expresión avinagrada.

—¿Qué pasa, tío? No se te ve muy feliz —le recibió Sergio.

—Joder, la muy hija de puta me ha sacado una cerveza, me ha dado algo de rollo, que si de dónde eres, que dónde trabajas, bla, bla, bla…

—¿Y qué más…? —apremió Lucas.

—Pues al final la guarra me suelta que tiene novio, me enseña el anillo y me dice que se casa en unos meses. Que mucho gusto en conocerme. Y hasta luego, cocodrilo… ¡Será calientapollas!

—Joder, tío, al menos te habrá dado su número, ¿no?

—Qué va, me ha dado un beso en la mejilla, y gracias…

*

De vuelta a su mesa, Clara ya no sonreía. El rato agradable que había pasado junto a aquel pardillo la había hecho olvidar el lío en que se había metido un par de días antes. Pero en cuanto había despachado al pimpollo, los recuerdos habían vuelto a ocupar el cien por cien de sus pensamientos y no tenía forma de espantarlos.

Se había sentido como Cenicienta en el baile cuando Elena le había propuesto unirse a sus damas de honor. Pero lo que no le había dicho era que la feliz proposición tenía una cara B, la cara amarga de pretender pertenecer a una clase que le quedaba grande. Tal vez aún pudiera echarse atrás y desdecirse, pero eso sería aún peor. Y a saber cómo se lo tomaría Carlos y su pomposa familia.

Además, hacerlo cortaría su recién iniciada relación con lo que ella llamaba «la realeza», y eso no lo podía admitir sin al menos luchar. Si quería llegar tan alto como ambicionaba, tenía que rodearse de la crema de la *jet*. Y el grupo de tres chicas al que se había unido para acompañar a la novia en su día más feliz eran parte de esa crema.

La sombra que le había desvelado su prima Laura con sonrisa diabólica tenía relación con los costes de pertenecer al selecto grupo de damas de honor. En primer lugar, el regalo de bodas. Habían acordado regalarles entre todas el viaje de novios. Unos novios normales habrían elegido

Mallorca o Tenerife, como todo el mundo. Pero Elena y su prometido no eran novios normales, precisamente.

Iban a viajar a las *Seychelles* los muy asquerosos y eso les saldría a una fortuna por cabeza. Luego estaban los vestidos de las damas hechos a medida. Otro dineral. Y, para finalizar, los trapitos que necesitaba para verse con sus nuevas amigas cuando quedaran para hacer planes. Ni por lo más remoto se le ocurriría aparecer con vestido, zapatos y demás complementos repetidos. Sus nuevas amigas nunca lo harían, así que ella tenía que aguantar el tipo. Había pensado ir trampeando con la ropa que le prestaran Paula y Lines. Ellas se la habían ofrecido de corazón cuando les pidió ayuda, pero sus compañeras tampoco tenían un vestuario infinito.

El último recurso sería pedirle el dinero a Carlos, pero ya sabía que su prometido andaba siempre «corto de efectivo», como solía decir. Hasta que no se liberaran los bienes que su tío pensaba donar a sus cuatro descendientes, ese camino era una vía sin salida. Tendía que apañárselas por sí misma, no le cabía la menor duda.

*

En eso andaban sus pensamientos, cuando se fijó en el tal Fran, el trajeado que le había entrado hacía un rato. Él también la vigilaba a ella por el rabillo del ojo, aunque intentaba disimularlo. Oía parlotear a sus amigas como de lejos, pero no les hacía ni caso. Porque al mirar al treintañero, una idea germinaba en su cabeza. Y, al menos en pensamiento, no sonaba tan mal.

Observó que el tal Fran no se encontraba solo, sino que bebía cerveza con otros dos amigos idénticos a él. Misma edad, mismo traje. Parecían trillizos. Pero eso no era un problema, se dijo. Quizá los amigos le sirvieran de apoyo si él se encontraba, como Carlos, corto de efectivo.

Aprovechó que los tres hombres hablaban, reían y seguramente soltaban frases groseras sobre ella, para escrutar los ojos de Fran. El trajeado debió de notarlo al instante porque se removió incómodo en su taburete y soltó una frase a sus amigos con la mirada huidiza. En la frase la palabra «Sara» se le había leído en los labios claramente.

Era el momento de actuar. Sin quitar la mirada del trajeado, se bajó de la banqueta y, tras comentar a sus amigas que se iba a los lavabos, echó a andar.

Por el rabillo del ojo vio como los amigos de Fran le instaban a empujones a que la siguiera. Clara se hizo la remolona hasta ver que el joven se animaba y entonces se apoyó en una columna cerca de la pista de baile. Con las piernas seguía el ritmo de la música.

*

Lucas y Sergio observaban cómo Fran y la chica —Sara había comentado que se llamaba— charlaban acercando sus bocas a la oreja del otro. La música en aquel punto era estridente.

No habían pasado ni cinco minutos cuando su amigo se volvió con el rabo entre las piernas.

—Pero, Fran, coño… ¿qué pasa ahora? —espetó Lucas—. Si te lo ha puesto a huevo, colega...

Fran miraba a sus amigos con ojos de alucinado.

—Joder, tíos… —intentaba hablar pero no le salían las palabras—. Que me ha pedido dinero por dejarse follar…

—¡No jodas…! —exclamó Sergio—. ¿Es una puta?

—No sé… ella dice que no… Me ha dicho que lo hace porque necesita dinero para una operación de su padre y no sé qué historias, pero que soy muy guapo y que estaría encantada de follar conmigo…

—Hostia puta… ¿Y cuánto te ha pedido?

—Quinientos por un polvo o trescientos por una mamada.

—¡Jo-der! —no pudo evitar Lucas la exclamación—. Encima de puta, cara, aunque la verdad es que está para mojar pan, la muy guarra…

—¿Y no te ha dicho nada más? —se interesó Sergio.

—Sí… que acepta bizum…

Los tres amigos se miraron y, tras dudarlo un instante, lanzaron una carcajada al unísono.

La tal Sara seguía apoyada en la columna en la que la había dejado Fran. De vez en cuando miraba hacia ellos con gesto impaciente.

Se enzarzaron en una discusión acalorada. Lucas y Sergio se empeñaban en hacer una colecta y prestar a Fran el dinero que necesitaba. Fran se mantenía en los trece de que él no era de pagar por putas. Ellos le respondían que Sara no era una puta, sino una pobre chica necesitada. Después de unos minutos de frases entrecruzadas, Lucas sentenció.

—Pues tú haz lo que quieras, pero yo me la voy a follar…

—Hostia, Lucas, que el ligue es de Fran, no jodas…—le recriminó Sergio—. A un amigo no se le hace eso.

—Coño, Sergio, ¿pero no ves a éste? Si está como atontado. Y piensa en la pobre chica… Que será de su padre sin mi ayuda…

Entonces intervino Fran para cerrar la discusión.

—No pasa nada, Sergio. Yo estoy de acuerdo. Si Lucas se la quiere follar, que se la folle. Toda para él…

—Ya, claro… —se quejó Sergio—. Como el cabrón ha pillado el bonus por el proyecto de Valencia, el nene tiene pasta y se puede follar a la guarra, mientras nosotros a dos velas.

—Joder, que no… —contratacó Lucas—. Que si es por eso, no hay problema…

—¿No hay problema? —apuntó Sergio—. ¿Qué pasa? ¿Nos vas a prestar quinientos por cabeza para que nos la follemos los tres?

—Joder, no, tío… Que mi mujer me va a pedir esa pasta y sisarle quinientos ya me va a costar…

—¿Entonces?

—Entonces le voy a pedir que os deje mirar mientras me la follo…

Estuvieron de acuerdo con esa solución Salomónica y Lucas se fue a por la chica. Habían acordado que se lo haría en los lavabos, en uno de los cubículos más espaciosos que hubiera para que entraran los cuatro.

*

Tras otros cinco minutos de charla, Lucas volvió con cara de pasmo.

—¿Qué pasa? —preguntó Fran—. ¿Te ha subido el precio?

—No joder, no es eso… —replicó Lucas—. A ver, varias cosas. La primera que de mirar nada, o en caso de que os la queráis cascar a su costa que cien euros por barba.

—¡Su puta madre! —dijo Fran.

—Por mí de acuerdo… —replicó Sergio.

—La segunda: que de follar en los lavabos tampoco, que a una amiga la pillaron en uno y se armó la marimorena con su marido.

—Ah, ¿pero no era novio?

—No, el suyo sí es novio, que no te enteras… Lo del marido era por la amiga de la marimorena....

—¿Y entonces, dónde quiere follar?

—En un coche…

—¿En su coche…?

—No, ella no tiene coche… —Lucas agarró el brazo de su amigo—. En tu coche.

—¡No jodas! —protestó Sergio—. En mi coche ni de coña, que luego queda olor y mi

mujer tiene un olfato de la hostia.

—Tranqui, Sergio —insistió Lucas—. Que si queda olor yo te pago la limpieza. Pero lo siento tío, el único carro en el que cabemos para follar a gusto es en tu monovolumen. Y yo me la tengo que follar o me van a reventar los huevos…

*

Unos minutos más tarde, Clara anunció a sus amigas que se iba para casa. Paula y Lines intentaron convencerla de que se quedara un rato más, pero les puso una excusa y se dirigió hacia la calle. En lo que sus amigas no se fijaron fue en los trajeados con pinta de abogados treintañeros que salían tras ella.

La tarde había avanzado y a aquella hora ya era de noche cerrada. Se subieron en el monovolumen de Sergio y se dirigieron a un parking cercano. Se trataba del aparcamiento de un supermercado que por lo avanzado de la hora se hallaba cerrado. El gran espacio para los coches se hallaba vacío, aunque algún vehículo quedaba salpicado por aquí y por allá. Se acoplaron en el rincón más discreto que encontraron y comenzaron la transacción.

Clara parecía segura de sí misma. Pero eso era solo por fuera. Por dentro se la comían los nervios. A cada minuto se preguntaba si sería capaz de llegar hasta el final. Practicar sexo con un conocido en un lugar habitual era una cosa. Pero hacerlo con tres desconocidos en un coche era harina de otro costal. Trataba de darse ánimos pensando que aquello no podía ser peor que lo que le habían hecho Ramón y Juan el sábado anterior. Y, sobre todo, pensaba en el dinero. O, mejor dicho, en la falta del dinero que necesitaba para poder escalar peldaños en la escala social.

Cuando el motor dejó de rugir, Clara volvió a la realidad.

—Lo primero, los condones… —pidió cuando el silencio se adueñó del vehículo. Tenía que mostrarse retadora, casi agresiva, si quería mantenerlos a raya. Y su primera frase la convenció de que lo podía conseguir.

Lucas mostró en una mano los condones que había adquirido en la máquina autoservicio de los lavabos del bar y Clara se mostró conforme.

—Lo segundo, los bizum… —prosiguió—. Tú quinientos y tus amigos cien cada uno.

Los tres hicieron las transferencias y Clara vigiló que eran correctas en su móvil.

—Ahora —concluyó—, tú y yo nos quedamos en el asiento de atrás y tus amigos a cascársela a la calle.

Los amigos protestaron, pero no hubo manera de convencerla.

Unos minutos más tarde, la escena que allí se desarrollaba era, no por obvia, menos

alucinante.

Clara se había quitado las bragas y recogido la falda. Igualmente, por petición de Lucas, se había abierto la blusa para que pudiera manosearle las tetas mientras la follaba. Gentileza de la casa, porque al principio se había negado en redondo, al igual que lo había hecho con el asunto de los besos. En el segundo caso la chica no se había bajado del burro, y no había consentido dejarse morrear como él pretendía para ir calentándose.

Por su parte, Lucas se había quitado los pantalones y los bóxer y se había quedado en calcetines. No era muy sexy lo de los calcetines, pero la noche era algo fresca y no se prestaba a muchas alegrías.

En el exterior, Fran y Sergio apretaban las narices contra el cristal de la puerta trasera del coche. Se habían bajado la delantera de los pantalones y se pajeaban mientras miraban a su amigo situarse para entrar a matar.

Las caras de los dos hombres eran un poema. No llevaban suficiente ropa como para estar en la calle a esas horas. Y menos con la picha al aire. Así que se les veía tiritar. Lucas se apiadó de ellos y suplicó clemencia ante la chica.

—Ni hablar… —dijo ella tajante.

—Pero Sara, por dios, ¿no ves que se les va a congelar la polla a los pobres? —protestó Lucas—. Además, si alguien los ve de esa manera, se va a dar cuenta de lo que estamos haciendo y van a acercarse a mirar también.

Este argumento convenció a Clara y, finalmente, dejó a los amigos de su «cliente» que se subieran al coche en la parte delantera. Por otro lado, pidió que arrancaran el motor y pusieran la calefacción. El frescor que anunciara Lucas también la estaba enfriando a ella la zona baja del cuerpo.

En esas estaban cuando Clara hizo un repaso de la situación. Los amigos de su cliente estaban de rodillas en los asientos delanteros mirando hacia atrás. Sus pollas semi rígidas se movían al son de sus manos, que bajaban y subían la piel a medio ritmo para que entraran en calor.

Ella se había tumbado sobre el asiento trasero, se había remangado la falda y abría las piernas. En la cabeza se había puesto un cojín que encontró por allí para estar más cómoda. Lucas, de rodillas delante de ella, se masajeaba la polla igualmente para intentar endurecerla.

Y, de nuevo, pensaba en el dinero que acababa de ingresar. Setecientos euros no era una cantidad para tirar cohetes, pero para un par de trapitos ya le daban. Había quedado con las damas de honor para el sábado siguiente, y algo se podría comprar con esa cantidad.

Una frase la sacó de su ensoñación. Provenía de Lucas.

—¿Cómo quieres que empecemos?

Clara miró la verga del hombre, que se hallaba a media asta, y prefirió hacerle esperar un poco. Si no conseguía follarla por no ponérsele dura, tal vez le pidiera su dinero de vuelta y eso supondría un problema para su cuenta bancaria.

—Lo primero es chuparme el chocho, querido, ¿no querrás metérmela sin que esté lubricado? Con lo gorda que la tienes me harías daño.

La sonrisa de Lucas se ensanchó. Clara había conseguido su objetivo: alimentar su ego. En realidad, la polla del hombre no era para tanto. De hecho, dudaba de que llegara a la media nacional. Pero, con el piropo, al menos se le había endurecido un poco dando cabezazos hacia arriba.

Lucas comenzó a lamerle el coño y ella se lanzó a gemir como una loca. Lo había visto en las películas porno y se daba cuenta de que daba resultado. Sus gritos habían engordado varios milímetros las pollas de los tres amigos y los de los asientos de delante se pajeaban ahora con fervor.

Decidió seguir con los gemidos sin parar, así la faena acabaría antes y podría irse a su casa a dormir, que era lo que le pedía el cuerpo.

Tras un par de minutos de chupada, que no le supo a nada, Clara levantó la cabeza de Lucas tirándole del pelo.

—Venga, ya está… Ahora a follar… —dijo ella con una amplia sonrisa fingida—. Dámelo todo, machote.

Lucas se incorporó y cogió un condón del bolsillo de la camisa. Intentó ponérselo haciendo un esfuerzo y no había manera. La verga del tipo no estaba aún lo suficientemente dura. Finalmente, el hombre desechó la goma y miró a Clara desesperado.

—¿Qué pasa…? —preguntó ella.

—No se me pone dura del todo… Joder, Sara, necesito una ayudita…

Clara intuyó a qué tipo de «ayudita» se refería y al principio le pareció una barbaridad. A saber qué clase de enfermedades podía pegarle el tiparraco. Los tres hombres la miraban ansiosos, esperando su veredicto.

Finalmente, encontró la solución.

—A ver, déjame que te meta yo un condón, aunque solo sea un poco. Luego te chuparé el capullo, pero con el condón por medio. No quiero contagios, ¿lo pillas…?

—Pero, cielito, si soy un tío muy sano…

—Con condón o a tomar por culo… —exclamó ella—. Y no me llames «cielito», os he dicho que no soy una puta, ¿vale?

—Joder, vale, tía, no te pongas así…

Clara succionó el glande de Lucas con la protección de la goma y, efectivamente, en unos segundos alcanzó una erección aceptable.

—Venga, ya entra seguro… —sentenció Clara—. La dureza que le falta la conseguirás en cuanto me la metas.

Se tumbó de nuevo y Lucas se posicionó encima de ella. Alzó las piernas para que él entrara y, ante su falta de puntería, Clara metió la mano y se la colocó en el orificio correcto. El hombre empujó la cadera y la polla se incrustó por entero en su vagina.

El «Ufff» que soltó Clara al notarla entrar no fue fingido.

Lucas empezó a embestirla y la estuvo follando durante varios minutos. El tío se veía que era de los que aguantaban, nada de dos minutos como la mayoría.

A Clara no le importó ese detalle porque el tío no lo hacía nada mal. El regusto que la estaba dando aquella polla la hacía arquear la espalda y el cuello de forma refleja. Si el tipo aguantaba poco más, no mucho, creyó poder llegar a correrse. Y desde ese momento deseó hacerlo.

Correrse en esas circunstancias la diferenciaría de una vulgar puta. Las putas nunca se corren, lo había visto en un documental. Y ella no era una de aquellas. Era simplemente una mujer desesperada a la que habían empujado hasta aquel extremo. Y la culpa era de la puñetera vida, que era carísima y sin dinero a raudales no podía ser disfrutada como dios manda.

Y se corrió, vaya si se corrió. Los tres tíos se reían a carcajadas mientras ella se movía sin control, dando botes sobre el asiento y lanzando unos «oooh… aaah… joder… coño… me corro… hijo de puta… muévete…» que partían el alma.

—¡Así, así, dale rabo, compañero! —se venía arriba Sergio.

—¡Mátala de gusto, cabronazo! —exclamaba Fran.

Lucas culeaba a Clara, pero no decía ni media palabra. Solo le buscaba la boca que ella siempre le había rehuido hasta que, perdida la voluntad durante el clímax, la dejó a su merced y él se la comió con ansia. Ella, agradecida, respondía con lengüetazos desesperados que pretendían atrapar la lengua del hombre que la estaba llevando a la gloria. El calor de la boca de Lucas alargaba su orgasmo y Clara se sentía volar.

—Jajaja… mira cómo se corre la guarra… —reía Sergio.

—Joder, yo pensaba que las putas no se corrían, pero ésta se está muriendo de gusto… —replicaba Fran.

Cuando el orgasmo acabó, deseó que el tal Lucas se corriera también para acabar con aquella miserable situación. Tras el estallido de placer, ya no sentía euforia. Ni siquiera por el

dinero. Solo contaba el tiempo. Que pasara rápido y que el sexo terminara.

El tipo seguía embistiendo y lanzando gemidos ahogados. Pero no se corría.

Y ella preguntaba:

—¿Te falta mucho?

Y el respondía:

—Ya no mucho, zorrita… Y cállate, que me desconcentras…

Y a ella ya le daba igual si la llamaban zorra, puta o lo que les diera la gana. Lo que quería era que Lucas se corriera para poder irse a casa. Volver a casa, sentirse segura, era su único horizonte a corto plazo.

Pero Lucas seguía como si nada, gruñendo pero retrasando el orgasmo. Y los que sí estaban a punto de correrse eran sus amigos. Ambos apretaban los ojos y Clara notaba que no les faltaba mucho para comenzar a disparar leche.

—Sergio, me voy a correr pero ya… —decía uno.

—Joder, Fran, yo también… —respondía el otro.

—Vamos a poner a esta zorra llena de lefa.

—Pues que se joda por puta… Nuestra pasta nos ha costado…

Clara se alarmó por estas palabras.

—De correrse encima de mí, ni de coña, ¿me oís?

—¿Por qué no? —espetó Fran.

—¡Pues porque lo digo yo…!

Lucas empezaba a jadear a mayor ritmo. Comenzaba a sufrir los estertores del orgasmo. Por mucho que quisiera escapar de su prisión, Clara sabía que no podría moverle ni un milímetro, tan pegado lo tenía y con la polla metida hasta los huevos. Así que si los dos mirones se corrían, iba a tener el mismo problema que el sábado en la casona.

—Nos has costado una pasta, te vamos a poner de leche hasta las cejas y te vas a joder, guarra… Que no nos hemos creído lo de la operación de tu padre.

Lucas ya se corría dentro de ella, pero Clara no le hacía caso. Cuando terminó de moverse, la chica levantó una mano hacia los pajilleros.

—¡Esperad! —dijo a la desesperada—. Os propongo algo mejor.

—A ver, ¿qué propones? —peguntó Sergio.

—Me la trago entera, primero la leche de uno y luego la del otro.

Los dos amigos se miraron y estuvieron de acuerdo. Salieron del coche, echaron a empujones a Lucas y ocuparon su lugar, uno por delante de Clara y el otro por detrás.

El primer pajillero se puso a horcajadas sobre ella. Sergio le sujetó la cabeza desde atrás y Fran le introdujo la polla en la boca. Se pajeó un instante y enseguida comenzó a correrse gruñendo. La leche se le escapaba a Clara por las comisuras de los labios y Sergio se la limpiaba con la mano para que no cayera sobre el asiento.

Tras acabar Fran, cambiaron de posición y la jugada se repitió. Con la diferencia de que Sergio disparaba más cantidad que su amigo. Y sabía peor. ¿Pero qué coños ha comido éste hoy?, protestaba Clara para sus adentros. Sabía que el semen humano tomaba sabores según los alimentos ingeridos. También lo había visto en un documental.

Cuando los hombres se quedaron satisfechos, salieron del coche para ajustarse la ropa. Clara se la arregló dentro del vehículo después de escupir por una ventanilla toda la lefa que no había tragado. Los tres hombres reían a carcajadas cada vez que daba una arcada.

«¿Y si me cago en vuestra puta madre?», pensaba Clara, pero callaba por prudencia. Eran tres contra una, mejor no tirar de la goma.

Cuando los hombres se disponían a alejarse en el monovolumen, la ofrecieron llevarla a algún sitio. Ella declinó la oferta. Ya no se sentía a salvo subida al coche con los tres tipejos. De hecho, no entendía como había podido controlarles al principio. Se decía que tal vez lo había conseguido por el calentón que les esclavizaba.

Posteriormente, la fina línea que separa el respeto del abuso se había roto y al menos dos de los hombres la habían, si no agredido, al menos violentado. Eran gajes del oficio, no le cabía la menor duda. Se había convertido en una puta profesional en aquella madrugada. Y a las putas no les queda más que tirar para adelante y callarse como tales, se lamentó.

Echó a andar hacia la avenida, dolida en la entrepierna y masticando un chicle de menta para el mal sabor de boca. Mientras buscaba un taxi con la vista, se repetía una palabra todo el tiempo. Era la única palabra que la abstraía del sentimiento de degradación que la embargaba: Setecientos, setecientos, setecientos…

# LA ESTRATEGIA DE CLARA

A la mañana siguiente, Clara hacía cuentas en la cocina. Se había pertrechado de papel, lápiz y calculadora, y trazaba un plan para poder mantener su imagen ante las damas de honor de Elena.

Calculaba que necesitaría unos diez mil euros para cubrir las necesidades de cara a la boda. Nueve mil trescientos, en realidad, si descontaba lo obtenido con la sesión de sexo de los tres chicos del bar. Era una suerte que al menos uno de ellos hubiera aceptado pagar una cantidad tan exorbitada por poder gozar de sus encantos.

No estaba nada mal, se decía al verse desnuda en el espejo, pero se daba cuenta de que se le había ido la olla al pedirles quinientos euros por un polvo. Esa cantidad era exagerada. Había revisado en Internet multitud de páginas de escorts y por la mitad podían conseguirse modelos de veinte años. Chicas expertas en actuar como compañeras de alto nivel cultural y hablando varios idiomas, además de proporcionar sesiones de sexo de lo más variado, anal incluido. ¿Anal? Por dios, se decía, ¿se podía vender el sexo por detrás a tan bajo precio? Qué poco sabía del negocio, tenía que reconocerse.

Cobrando la exigua tarifa que descubría en las páginas de contactos, sin embargo, tendría que abrirse mucho de piernas para llegar a la cantidad que necesitaba. Y no era ése su objetivo. Por ella misma, pero también por Carlos. ¿Cómo iba a torear a su novio para escaparse a follar con tan alto número de tíos? No tenía imaginación suficiente para inventar tantas excusas y al final terminaría descubriéndola.

La conclusión era evidente: o conseguía quinientos euros por polvo o se podía ir olvidando de la boda. «A ver —se decía— tengo que pensar en un entorno donde a los puteros no les importe pagar más si el producto es exclusivo».

La solución a su enigma le vino de repente mientras se preparaba una frugal comida —tenía que bajar al menos dos kilos antes de la ceremonia y se había autoimpuesto un severo régimen—. Y esa solución era tan evidente que la dejó con la boca abierta: los clientes tenía que buscarlos entre sus compañeros de trabajo.

Estaba claro. Si se acostaba con sus colegas, estos no pagarían por tirarse a una escort cualquiera. En realidad, estarían pagando por follarse a la novia del director financiero, nada menos. Y, más aún, a la prima política del presidente. Dentro de las cuatro paredes de su

empresa, ella se convertía en un artículo de superlujo.

Se sentía eufórica. A quinientos euros por sesión —o más si se terciaba—, solo tendría que follar unas cuantas veces. Y, no menos importante, no tendría que andar bajándose las bragas dentro de un coche y en descampados solitarios como la noche anterior. Podría hacerlo en salas de reuniones, lavabos y sitios más saludables que un vulgar parking de supermercado.

No tenía intención de convertirse en puta a tiempo completo. Y mucho menos en puta callejera. Solo sería puta mientras lo necesitase. En cuanto completase los diez mil euros se acabaría su incursión en la profesión más antigua del mundo. Más aún, en cuanto tío Ramón soltase la pasta, ya no volvería a necesitar abrazar la prostitución nunca más. Era algo temporal, se decía. Y eso la animaba a continuar con el plan.

No obstante, aquella misma tarde, mientras se acicalaba para la reunión de los sábados con las damas de honor, su euforia se desplomó como la bolsa en tiempos económicos delicados. ¿Cómo se las iba a apañar para tirarse a compañeros de la oficina sin que todo el mundo se enterase? Y en «todo el mundo» incluía a Carlos. Tendría que volver a darle una vuelta a su plan, las piezas debían encajar de una manera o de otra.

Pasó la tarde con sus nuevas amigas —Laura con cara de acelga por haberse convertido Clara en la preferida de la novia— hablando de la boda y de otras cosas. El tema preferido, fuera del principal, era la moda. Cada una hablaba de los trapitos que estrenaban aquella semana, todos de super marca, por supuesto. Clara presumió de sus zapatos *Manolo*, que acababa de comprar esa misma mañana. La sonrisa se le agrió cuando le preguntaron el precio y ella confesó la verdad: setecientos euros.

—Uy, hija… —dijo una de las damas—. ¿Tan baratos? ¿Estás segura de que son *Manolos* auténticos?

Volvió a casa destrozada. El plan que por la mañana le había parecido tan brillante, ahora le parecía basura. Y, por si esto fuera poco, se daba cuenta de que sus cálculos habían sido demasiado optimistas. Los diez mil euros no daban ni para empezar. Necesitaba, como mínimo, el doble.

Sintió un pinchazo doloroso en la entrepierna, como si ésta se quejara por lo que se le venía encima.

*

El domingo comió en casa de sus padres. Se había reunido toda la familia, como solían hacer una vez al mes. Sus dos hermanos, como buenos marichulos, aprovechaban ese día para intercambiar

chistes picantes y reír hablando de mujeres. Ella les miraba con ternura. Les quería de verdad y aquel intercambio de chismes solo lo veía como una vía de escape para sus aburridas vidas.

Antonio, el mayor, acababa de divorciarse y no tenía hijos. Julián, el pequeño de los tres, estaba casado con una chica muy poco agraciada pero que le quería con pasión. Tenían dos hijos. Clara era la mediana y se sentía afortunada por haberse evadido de aquella vida mediocre de clase trabajadora. Sus ansias por sobresalir la habían empujado a viajar y a buscarse un futuro por su cuenta y en la actualidad se sentía a cien años luz de todos los componentes de su familia.

Miró a su hermano menor y observó que estaba cada vez más calvo. Julián había sido siempre muy ligón y no se había redimido a pesar de llevar cinco años casado. Su mujer era tirando a sosa en la cama y él, para desfogar las necesidades que en casa no le cubrían, mantenía constantes aventuras con mujeres del hospital donde trabajaba como enfermero. Su esposa, o bien era tonta y no se enteraba, o bien conocía y toleraba sus infidelidades con tal de no perderle. «Las tonterías que hacemos las mujeres por amor», se decía Clara abrazando a su cuñada, a la que adoraba.

Antonio no había mantenido ninguna relación después de su divorcio. Había vuelto a casa de los padres y, apenas, iba y volvía del trabajo —una carnicería que regentaba con un socio—, leía literatura erótica y veía series en Netflix. Estaba segura de que hacía años que no había echado un polvo.

El hermano menor aprovechaba las reuniones mensuales con la familia para fardar ante Antonio con las conquistas de las últimas semanas. Aquel día no iba a ser menos. Y Clara, que nunca se había interesado por escuchar las historias de su hermano, ese día pensó en espiarles para ver de qué hablaban.

Los dos hombres se habían reunido en el baño para echar un cigarro después de comer. La casa de sus padres carecía de terraza y su madre prohibía el humo alrededor de sus nietos, niño y niña. Clara se hizo la tonta y se acercó a hurtadillas a la puerta del baño. Arrimó el oído y empezó a escuchar tras ella.

—Qué suerte la tuya, al trabajar en el hospital hay muchas mujeres alrededor, así liga cualquiera —decía Antonio.

—Bah, no es cuestión del sitio —replicaba Julián—. El que tiene ganas de ligar, liga. Ya te aseguro que si yo trabajara en un cementerio, me enrollaría hasta con la mujer del difunto.

Los dos hermanos rieron.

—¿Y con Irene qué tal? —preguntaba entonces Antonio—. ¿Has vuelto a verla?

—Bueno… a ésa ya casi no la veo… Después de la que me montó no me apetece mucho, la verdad…

—¿Pero no decías que es la que está más buena y la que te la chupa mejor? Vamos, no jodas, sé coherente, tío… Yo no me la hubiera dejado de follar ni loco…

—Joder, Antonio, que no te enteras… —protestaba el más joven—. Irene está que se parte de rica, pero está soltera… No veas lo pesada que se puso con que dejara a mi mujer y que me fuera con ella… ¡Ni de coña, tío! Si hago algo así a mamá la mato del disgusto… Fíjate la que se armaría si Monse no la dejara ver a los niños… O que se los dejara ver de Pascuas a Ramos… Quita, quita…

—¿Entonces, cómo te las apañas ahora?

Julián le dio una calada al cigarro y tosió unos segundos. Después prosiguió.

—Pues ahora a la que me estoy follando de fijo es a una golfilla que es mayor que yo… Irina, se llama. Es medio iraní, pero ha nacido en España y es una morenaza de aquí te espero.

—¿Cuánto mayor?

—Unos seis o siete años… —respondió Julián.

—Jajaja… No te entiendo, tío, dejas a la joven buenorra y te enrollas con una ancianita… ¿De qué vas?

No podía parar de reír mientras abroncaba a su hermano menor.

—Pues mira, te lo voy a explicar… Irina es vaca vieja, ¿vale? Folla peor que la otra, eso ya te lo digo yo… Pero tiene una ventaja de la hostia: está casada y tiene tres hijos.

—¡No jodas…!

—Pues claro, chaval, y ese es el puntito que tiene… La tía solo me quiere para que la llene el coño de leche de vez en cuando… No tiene intereses idiotas como la otra… Está casada y no tiene intención de separarse de su marido. ¿Lo pillas? Es un caso perfecto, a ninguno de los dos nos interesa que la historia se destape. ¿Qué mejor secreto que aquel que no interesa a nadie que se sepa?

A Clara se le encendió una bombilla sobre la cabeza al oír aquellas palabras de su hermano.

Y la bombilla podría haber iluminado toda Barcelona durante un año. ¡Eureka!, se dijo entusiasmada. La solución para su dilema había estado ahí todo el tiempo y solo gracias al «pequeñajo» la había podido ver: ¡tenía que tirarse solo a compañeros casados y con hijos! Si a ella no le interesaba que su nombre estuviera en boca de todos, a ellos les interesaría menos aún. ¡Era la idea perfecta!

Se alejó del baño y volvió a la salita de estar. Ya no necesitaba seguir escuchando. Abrazó a su cuñada y le propinó dos besos que la dejaron alucinada.

—Vaya, Clara… —le dijo ella—. Parece que te haya tocado la lotería.

Clara le sonrió y le propinó dos besos más.

*

Dos semanas después había puesto en práctica su plan y éste había funcionado a las mil maravillas. Al menos de momento. Para el experimento había seleccionado a dos de los compañeros que más se ajustaban al perfil de lo comentado por Julián.

El primero, Santiago.

Santiago era un tipo de unos cuarenta, casado y con cuatro hijos. Todas las chicas de la oficina le conocían por lo salido que iba siempre. Piropeaba a todas, guapas o feas, jóvenes o viejas, y a veces conseguía que alguna le aceptara unas copas. Sin embargo, él siempre había mantenido en secreto el resultado de sus ligues.

Unos achacaban su silencio a que no había conseguido nada con ninguna de ellas. Otros a su proverbial discreción. Era un tipo al que merecía por lo menos echarle el anzuelo.

Para captarle, aprovechó que Santiago se movía mucho por el departamento de Marketing, con el que tenía gran relación por ejercer como mando intermedio en Ventas. Un día que pasaba por la puerta de su despacho, lo invitó a entrar.

Tras hablar de cosas sin mucha importancia, Clara se puso a tiro y consiguió que el tipo la invitara a tomar unas copas. Seguirían discutiendo de forma relajada un tema de trabajo en el que podían colaborar. La joven no aceptó de primeras, por supuesto, podría haber resultado sospechoso.

Al día siguiente le llamó y le preguntó si seguía en pie su invitación. Necesitaba cuadrar los números de su propuesta y, con una cerveza en la mano, seguro que se pondrían de acuerdo con mayor facilidad.

Durante todo el tiempo, Clara se mostró cercana. Le tocaba un brazo, una rodilla… y le guiñaba un ojo de tanto en tanto. Cuando él se excusó para ir al baño, Clara pudo observar que iba empalmado como un adolescente en su primera cita. Temió que el muy bobo se la cascara a solas y echara por tierra su plan.

No fue así y Clara suspiró aliviada. Santiago había vuelto con el mismo bulto en la entrepierna, así supo que todavía era un posible objetivo. Prosiguió su acoso con la mayor sutileza de la que fue capaz y el tipo al final se decidió a entrarla.

Clara puso cara de sorpresa cuando él le pidió que fueran a un hotel. Se trataba de un lugar donde se alquilaban habitaciones por horas y le aseguró que era totalmente refinado y muy discreto. Lo que allí pasara nadie iba a saberlo nunca.

Ella se hizo la despistada y le dijo que tal vez podría acompañarle, pero que para hacerlo necesitaba prepararse. Tendría que comprarse antes un perfume y ropa interior adecuada… En fin, que no podía llegar allí con la ropa sudada de todo el día en la oficina y oliendo al pollo asado de la cantina de la empresa.

—Ese tipo de cosas que necesitamos las chicas para no avergonzarnos ante un hombre la primera vez. Será poca cosa, seguro que con quinientos euros puedo apañarme.

A Santiago se le atragantó el *gin tonic* y le hizo la cobra. Prometió que lo pensaría y que ya le diría algo. Clara estuvo segura de que había comprendido que la cosa no iba de perfumes o de ropa interior, pero no le importó. Lo que si le preocupaba era que no hubiera aceptado a la primera. Si no conseguía que entrara por el aro, Santiago no se sentiría temeroso de que su esposa se enterara de algo que no había hecho y podía irse de la lengua con los colegas de la oficina.

Así que al día siguiente fue ella la que acudió a su despacho. Se acercó mucho a él por la espalda para mirar en la pantalla del ordenador la hoja de cálculo con el presupuesto que negociaban. Le respiró en el oído y en el cuello. Le acarició la nuca con su melena y, en un alarde de atrevimiento, dejó caer un bolígrafo y se agachó a recogerlo con la falda algo subida y las piernas abiertas.

El tipo aceptó al instante con perlas de sudor en las sienes. Y aquella tarde follaron en los lavabos de la quinta planta como si no hubiera un mañana. Fue un poco rudo el tipo, seguramente por lo cachondo que ella lo había puesto. Clara las pasó canutas mientras la culeaba.

Guardó silencio y fingió un orgasmo que estuvo muy lejos de sentir. Al terminar, Santiago pareció avergonzarse y huyó a la carrera. Clara reía feliz mirando en la pantalla la cifra recién recibida por bizum y que la acercaba a su objetivo. Al mismo tiempo, se tocaba entre las piernas la zona dolorida.

*

El segundo objetivo se llamaba Richard y era un inglés que llevaba en España seis años, sin conseguir todavía hablar un correcto español. El tipo era bastante tímido y retraído, posiblemente por sus problemas con el idioma.

Había llegado Richard a Barcelona desde Manchester para una estancia de seis meses como apoyo a un proyecto de ingeniería con una técnica que en España aún no se dominaba. Joven y mujeriego, al principio había intentado acostarse con todas las chicas de la oficina, sin

mirar a quien apuntaba.

Había conseguido llevarse a la cama a un par o tres de ellas —según él mismo— y entonces conoció a Shasa. Era ésta una mujer de armas tomar —Shasa era el apodo que se daba a sí misma, siendo su verdadero nombre Carmen López— que se encaprichó del inglés. Se acostó con él, por supuesto, pero se quedó preñada al primer mes de comenzar a verse. La boda entre ellos se celebró a los tres meses de su primer polvo.

Seis años después, ya iban por el tercer hijo, Shasa había dejado el trabajo para dedicarse a criarlos y Richard trabajaba como un descosido para poder pagar las facturas.

Tras años de retiro en lo que a ligar se refería, Richard había sido interceptado pagando por chicas en los reservados de algún disco bar frecuentado por los colegas de la oficina. Parecía claro que el inglés había perdido la pasión por Shasa y volvía a las andadas.

Sin tener muy claro como entrarle, a Clara se le ocurrió la idea de repetir la aventura que Rafa y Paula habían tenido en el almacenillo de la quinta.

Una tarde fuera de horas —Richard no abandonaba la oficina antes de las nueve— fue a verle y le pidió que le entregara unos documentos que ella sabía que se hallaban almacenados en aquel tétrico lugar. Aprovechaba que el inglés era el responsable de documentación de la empresa. Él se excusó diciendo que sus colaboradores ya se habían ido a casa y que a él le podría llevar un buen rato encontrarlos. Y le ofreció que los tendría al día siguiente a media mañana.

—Los necesito ahora —le dijo muy seria—. Andrés los quiere tener encima de su mesa antes de irse a cenar. Si hace falta, te acompaño y los buscamos entre los dos.

El pobre tipo no sabía dónde meterse y al final accedió. Seguramente la mención a Andrés fue el detalle que necesitaba para que dejara de ponerle pegas.

Una vez en el almacenillo, Clara comenzó a mostrarse muy cercana al hombre. Se aproximó a él rozándole «sin querer», se agachó de las maneras más eróticas que supo para mostrarle el trasero, y se acuclilló con las piernas más abiertas de lo que correspondía a una mujer decente.

Cuando Richard encendido la tomó por las caderas y la empujó sobre la mesa, ella se dejó besar un minuto y lanzó su ataque.

—Me has roto el vestido, animal —le dijo—. Y este vestido cuesta una pasta…

Lo pensó un instante y decidió tirarse a la piscina.

—Seiscientos pavos…

—Lo… siento… —dijo el pobre Richard—. Tranquila… yo… pago...

Y el muy pardillo echó mano a la cartera y sacó seis billetes de cien sin pestañear.

Clara, con los ojos fuera de las órbitas, cogió el dinero y tiró de la cremallera posterior del

vestido. Este cayó a sus pies y ella se lo envió hacia él de una patada.

—Cógelo, ahora es tuyo… —y se relamió los labios como había visto hacer a las actrices porno.

Richard perdió el control y se lanzó sobre ella. La folló contra la mesa, primero desde delante y después desde atrás. Apenas se había corrido la primera vez, quiso montarla una segunda y ella le pidió trescientos euros de suplemento, a lo que el inglés volvió a aflojar la cartera.

En esta ocasión, el polvo fue más lento y Clara aprovechó para gozarlo. Sentada al borde de la mesa y abrazándole por el cuello, cerraba los ojos y jugueteaba con su lengua contra la lengua de él. Cuando se iba a correr, utilizó el truco que había aprendido de Juan en la buhardilla y le miró a los ojos mientras el orgasmo la mataba por dentro. Richard no sonrió ni por un momento, pero se corrió dentro de ella por segunda vez, gruñendo con suavidad y sin los aspavientos del primer polvo.

Cuando acabó, el inglés se disculpó.

—Perdona… yo correr dentro… ¿tú… usas… anticonceptivos…?

—Sí, tranquilo —le dijo mientras se colocaba las bragas y el sujetador—. Tomo la píldora.

Chorretones de lefa corrían por sus muslos y Clara se los limpió con unas toallitas de papel.

—Gracias… —replicó el inglés y se largó a paso rápido.

Clara se quedó aún un rato más en el almacén. Olía los billetes y los besaba con una sonrisa de triunfo. Había conseguido mil cuatrocientos euros en su corta carrera de escort de empresa, y la cosa tenía visos de funcionar a la perfección.

Y aún mejor: Richard, el inglés tímido, iba a convertirse en un cliente habitual. Que, además, pagaba en efectivo, mucho mejor que el bizum, dónde iba a parar. «El perfil de cliente ideal para una putilla aficionada como yo», se dijo con una risa lasciva.

# EL ESTALLIDO DE LA TORMENTA

Aquella mañana, Clara y Rafa revisaban un *PowerPoint* que el chico había preparado y que Clara tendría que presentar en la reunión mensual de la dirección. Se habían sentado en la mesa redonda del despacho de la joven que utilizaba para las pequeñas reuniones.

Había puntos que a Clara no terminaban de convencerla y el becario se esforzaba por resaltar que la imagen que daba de su trabajo en la presentación era el adecuado para un foro tan selecto. Al cabo de hablar sin recibir respuesta, Rafa exclamó:

—¡Clara…!

—¿¡Qué…!? —respondió ella con un bote sobre la silla.

—¿No me estabas escuchando, verdad?

—No, lo siento… —respondió haciéndole una caricia en el brazo.

Y cierto era que no le atendía. Mientras el chico estaba hablando, ella hacía cuentas del dinero que había ahorrado con su nuevo «trabajo» y se preguntaba cuál sería su próximo movimiento. Necesitaba aún mucho más para salir del lío con las damas de honor de Elena.

Atacar a Santiago o Richard a corto plazo no parecía lo más prudente. Les había sacado una pasta y a menos que en su casa nadie vigilara las cuentas del banco, debería dejarles un par de semanas antes de volver a ofrecerse.

Había puesto en el punto de mira a tres nuevos candidatos y en sus ensoñaciones se planteaba cómo debería entrarle a cada uno de ellos. El que más le preocupaba era un tal Iker, un tipo de ciento cincuenta kilos en canal. Tener a semejante mastodonte sobre ella podía romperle todos los huesos, tendría que buscar en Internet cuales eran las mejores posturas para follar con un gordo.

—¿Te importa si seguimos después de comer? —le propuso—. Ahora no estoy concentrada. Me duele un poco la cabeza.

—De acuerdo —respondió él. Tampoco podía responder otra cosa, pensó, al fin y al cabo la jefa era ella.

—Pero, para empezar, vete cambiando de color esos rótulos de los que hemos hablado —le recordó Clara antes de que abandonara su despacho.

Miró su reloj y pensó en llamar a Paula para tomar un té con ella. Un rato de charla

insustancial era lo que el cuerpo la estaba pidiendo.

Tomó el iPhone pero, antes de marcar el número de su amiga el pitido de entrada de un mensaje la hizo reaccionar. Abrió *wasap* y lo leyó.

JUAN: Esta tarde a las 19:00 en mi casa! Sin falta!

¿¡Qué!? Se levantó de la silla enfadada. ¿Cómo se atrevía aquel hijo de su madre a exigirle que se pasara por su casa así por las buenas. ¿Se había vuelto loco? Estaba equivocada con él. Lo había comparado con Ramón, pero era mil veces peor.

A punto estaba de responder que se fuera a la mierda, cuando nuevos mensajes hicieron sonar la alarma del aparato.

ANDRÉS: Dónde?

ROCÍO: En nuestra casa de la Diagonal.

CARLOS: Qué pasa?

JUAN: Esta tarde lo sabrás, no faltes.

Y entonces comprendió que había estado a punto de liarla. Juan no estaba escribiendo desde su chat personal, sino desde el del grupo de primos. Si los mensajes del resto se hubieran retrasado solo diez segundos, su respuesta la habría puesto en un aprieto que no quería ni imaginar.

Prefirió no escribir nada. Mejor llamar a su prometido.

—Dime, cariño…

—Hola, mi amor… —Clara siempre guardaba unas formas cariñosas con su novio, aunque estuviesen enfadados entre ellos. Nuca se sabía si unos malos modos a destiempo podrían echar a perder los planes que tenía al casarse con él—. He visto los mensajes de Juan y Rocío, ¿sabes lo que pasa?

—Ni idea —respondió Carlos.

—No sé qué hacer —confesó—. ¿Crees que debo ir a la cita en casa de Juan?

—Por supuesto —respondió su prometido y ella le amó en ese instante—. Parece que se trata de un tema familiar, y tú eres de la familia como el que más.

—¿No será que le ha pasado algo a tío Ramón o a Aurora?

—No nos caerá esa breva —rió Carlos—. Pero no creo. Si fuera eso no se andarían con tanto misterio.

—Vale, entonces… ¿Me recoges a las seis y media?

—De acuerdo, espérame a la puerta del garaje, como siempre.

—Vale, amor… Te quiero.

—Te quiero, mi niña…

*

Cuando Carlos y Clara llegaron a casa de Juan, el resto de los primos ya estaban allí, a excepción de Sofía que se había excusado con una visita médica imposible de posponer.

«Sí, sí… —pensó Clara—. Una visita médica… Seguro que está follando con el viejo cerdo en la buhardilla. Su propio padre, que asco…».

Juan la desnudó con la mirada y ella se escondió tras su novio para evitar que sus ojos se cruzaran. Aún se sentía avergonzada por lo ocurrido en la buhardilla. Pero no porque él la hubiese poseído a traición. Lo que más lamentaba era haber disfrutado de esa posesión y haberse corrido mirándole a los ojos sumisa como él la exigía.

Carlos la apretaba de la mano y no la dejaba ni a sol ni a sombra. Pobre de su novio, si él supiera lo que se cocía en aquella familia de enfermos… Aunque, ¿hasta qué punto ignoraba lo que ocurría entre ellos? Al fin y al cabo él mismo estaba teniendo una relación incestuosa con Laura.

Cuando todos se hubieron acomodado en sillas o sofás, Juan se lanzó a hablar.

—La versión corta de lo que pasa —dijo mirando a unos y a otros— es que tío Ramón está en la ruina. No tiene ni un puñetero euro… Así que nos ha engañado a todos con sus promesas de donaciones, herencias y toda la parafernalia. El viejo cabrón nos ha estafado.

Todas las mujeres se miraron entre sí. Clara sabía por qué lo hacían.

Los comentarios que comenzaron a cruzarse a continuación alimentaban un clima ensordecedor. Algunos se levantaron de sus asientos y empezaron a gritar. Clara vio en aquellos gritos el brillo de la codicia. La codicia por un patrimonio con el que llevaban años soñando y que se esfumaba en un segundo acompañado de un puñado de palabras. Por mucho que insultaran al viejo, nada podría cambiar la realidad.

Pero, cuando se miró a sí misma, se dio cuenta de que la codicia también la había atrapado a ella. Por esa codicia se había dejado degradar por el puto viejo, sucumbiendo a sus exigencias sexuales. Y, peor aún, el viejo no se había conformado con degradarla él mismo, sino que la había entregado al más putrefacto de entre sus hijos: el canalla de Juan.

«¡Hijo de la gran puta!», fue su último pensamiento antes de salir hacia la cocina a beber un vaso de agua, a riesgo de desmayarse por el golpe que acababa de recibir. Su emputecimiento, que hasta ahora lo consideraba temporal, iba a tener que alargarse en el tiempo porque ya no tendría el sostén de una potencial herencia ni de la posición económicamente desahogada de su

inútil prometido, que había resultado tan falsa como su misma familia.

Bebió agua hasta que creyó que si seguía haciéndolo llegaría a vomitar.

Antes de abandonar la cocina, Juan apareció por ella y, entornando la puerta, estuvieron hablando unos instantes. Ninguno de ambos sospechaba que alguien los observaba desde el exterior.

*

Cuando Carlos vio levantarse a su novia, le preguntó dónde iba. Ella le dijo que quería beber agua. Que no necesitaba oír más para hacerse cargo de la situación, y la impresión por la noticia la había provocado algo de agobio. Él se ofreció a acompañarla, pero ella le eximió de la obligación.

—Tranquilo, cariño, quédate a comentar con tus primos por si se plantea algún plan a seguir. Yo estaré bien.

Clara salió y Carlos la vio trastear en la cocina, aunque su posición en el salón solo le permitía ver un pequeño ángulo de la estancia. Comprobó que su novia se sentaba en la mesa de comer y bebía tragos de agua. Clara se había preparado una jarra con la que rellenaba el vaso cada vez que éste se vaciaba.

Cuando la reunión bajó de decibelios, Juan se disculpó y salió del salón con la excusa de ir al baño. Carlos, inquieto, le siguió con la mirada. Al salir al recibidor, Juan descubrió que Clara se hallaba en la cocina y entró en ella. Un nuevo hormigueo recorrió el estómago de Carlos. Y el hormigueo se convirtió en furor cuando su primo entornó la puerta.

Desde su posición no podía verlos, y menos con la puerta semicerrada, por lo que se levantó y, simulando estirar las piernas, se acercó hasta la entrada del salón. Ahora podía ver algo del interior de la cocina por la abertura dejada entre la puerta y el marco. Observó entonces a Clara sentada a la mesa y a su primo gesticular con los brazos al hablar. Estaban discutiendo o, al menos, conversando apasionadamente. Clara hablaba y miraba a Juan, a veces. Otras, escuchaba y bajaba la mirada.

Tentado se vio de entrar en la cocina a machete y detener aquella reunión, fuera lo que fuese de lo que estuvieran hablando. El ataque de celos le estaba consumiendo. A su memoria volvían imágenes del verano en la casona. No quería volver a pasar por aquello de ninguno de los modos.

Cuando a punto estaba de estallar, Juan salió de la cocina y echó a andar por el pasillo hacia las habitaciones. Carlos tuvo el tiempo justo de dar un paso atrás para que no le

descubriera. Suspiró aliviado de que el putero de su primo hubiera dejado a Clara sola, aunque tendría que hablar con ella para conseguir respuestas a las preguntas que se le agolpaban.

Pero se equivocaba al bajar la guardia. Juan apareció de nuevo a los pocos segundos con paso firme y volvió a entrar en la cocina. En la mano llevaba un sobre blanco y alargado. Carlos estiró el cuello para divisar lo más posible, pero su primo volvió a entornar la puerta.

En los siguientes instantes, solo pudo ver cómo él hacía por entregarle el sobre a su prometida y a ella negarse a cogerlo. Tras mucho insistir, pareció que Clara aceptaba sumisa e introducía el sobre en su bolso.

Finalmente, Juan volvió a salir de la cocina y a recorrer el pasillo y Carlos, asomando la cabeza, le vio entrar en uno de los baños.

Antes de que pudiera reaccionar, Clara apareció y, tomándole del brazo, le pidió que se fueran. Viendo que la reunión ya no daba más de sí, Carlos se despidió desde el hall y juntos abandonaron la casa.

*

Por el camino, Carlos le hizo a Clara un resumen amplio de la situación.

—Tío Ramón está en la ruina desde hace años. Justo antes de la crisis de 2008 había invertido toda su fortuna —que ya no era tan boyante como la había recibido de su padre— en el mercado inmobiliario. Cuando las acciones del sector se convirtieron en papel mojado, él se agarró a sus últimos ahorros y los fue gastando a sorbos cortos sin abandonar su tren de vida para que nadie notara que se había quedado sin un euro.

—¿Y la casona?

—La casona es el último tablón al que se agarró cuando el naufragio no tenía vuelta atrás. En estos años la ha hipotecado varias veces y ya no tiene salvación. Juan cree que no le queda mucho. Ayer recibió una orden de embargo del banco por error y comprendió lo que estaba pasando. Fue cuando decidió hablar seriamente con su padre. Finalmente, ha hablado con el viejo esta mañana y el muy cabrón ha confesado de plano.

Clara sintió una arcada subirle hasta la garganta. Se esforzó en contenerla para evitar preguntas de su prometido.

—¿Y lo de las donaciones? —dijo con la voz más neutra de la que fue capaz.

—Todo un cuento. Por eso hablaba de «largos plazos» y de recuperar inversiones que tardarían en hacerse líquidas, bla, bla, bla… Quería mantener el estatus el mayor tiempo posible, nadie entiende para qué porque sabía que en unos días la mierda le saldría de debajo de la

alfombra y le llegaría hasta el cuello.

Clara se echó a temblar. Quizá los hombres no entendieran por qué quería mantener su imagen, pero ella lo tenía claro, al igual que todas las mujeres de la familia, a las que presionaba para acostarse con él a cambio de futuro. Y también entendía por qué la acosó para que se bajara las bragas lo antes posible: necesitaba follarla antes que se destapara el pastel. Y por un margen de pocos días lo había conseguido. La había degradado en la buhardilla y la había compartido con Juan como a una vulgar ramera.

Sintió ganas de gritar, pero se obligó a mantener la compostura. Mostrar sus cartas habría sido un error. Tenía que seguir su juego sin retroceder ni un paso. Al menos, no debía tomar decisiones antes de haber pensado muy bien lo que quería hacer.

De momento, y sin excusa, se veía obligada a seguir follando por dinero para reunir los veinte mil euros que necesitaba antes de la boda de Elena. Después de la charla de aquella tarde con Juan, su economía había mejorado algo, pero aún le faltaba un buen pico para cancelar sus deudas.

*

Al llegar a casa, Carlos le preguntó por la cena. Él iba a prepararse algo y le ofrecía cocinar para los dos.

—Puedo abrir una botella de vino, si te apetece.

—¿Para qué? —le sonrió triste—. ¿Para celebrarlo?

Carlos se mordió la lengua y le dio la razón.

—Creo que me voy a dar una ducha y me acostaré pronto… —anunció Clara.

—Vale, cariño —replicó Carlos—. Por cierto, una cosa…

Clara se estaba acopiando de toallas y ropa íntima en su armario y le respondió sin mirarle.

—Dime…

—Antes, en casa de Juan, os vi hablando en la cocina. ¿Alguna cosa interesante?

—¿Interesante? ¿Con Juan el pirado? —le respondió ella haciéndose la despistada.

—Sí, bueno… Creí ver que te entregaba algo, no sé… un papel o algo así…

Clara se quedó bloqueada. Se alegró de estar de espaldas a su novio. Su expresión debía de ser un poema, se dijo. Intentó responder lo más rápido posible para que no notara que dudaba.

—Ah, sí… Bueno, no era nada. Es que le pedí a Rocío el teléfono de una clínica de depilación láser que al parecer es muy buena, según ella. El socio fundador fue compañero de

colegio de Juan y tu primo me consiguió su número. Me lo apuntó en el papel que debiste ver.

—Vaya… —bromeó Carlos—. En plena era de Internet pasándose números de teléfono apuntados en papel. Bienvenidos a la tecnología…

Y se echó a reír. A Clara no le hizo maldita gracia el chiste de su prometido, cuando Carlos quería podía ser muy intenso.

—Ya… —replicó intentando ser convincente—. Pero el número que me ha pasado Juan no es el que sale en su página, sino el del jefe. Ya sabes, enchufes y esas cosas…

Carlos no respondió, dándose por vencido, al menos de momento.

—Bueno, me voy a la ducha mientras cenas —se despidió Clara—. Te espero en la cama despierta, si quieres.

—Sí, cielo, no te duermas hasta que llegue —le respondió él.

En cuanto Clara cerró la puerta del baño, Carlos salió a la carrera y cogió el bolso de su novia. Salió con él de la habitación y, ya en el salón, buscó como desquiciado el sobre de Juan. Lo encontró tras abrir y cerrar no menos de cinco cremalleras. Aquel bolso parecía una caja de seguridad.

Al abrir el sobre, observó que contenía billetes de cien y doscientos euros. Contó el monto total y se trataba de una cantidad respetable: tres mil euros.

Con la mirada perdida, Carlos se preguntó el concepto por el que su primo Juan le había entregado aquella cantidad a su prometida.

—El puto adicto al sexo… Pedazo de cabrón… —se dijo en susurros—. Como le hayas puesto la mano encima a Clara, por dios te juro que te voy a estrangular…

Guardó el sobre en el compartimento del bolso donde lo había encontrado y se sirvió una copa del licor más fuerte que encontró en el mini bar.

# DESPEDIDA DE SOLTERA

El resto de la semana, Clara se movió por la oficina como una zombi. Rafa se daba cuenta de que algo le pasaba, pero calló con su habitual discreción. Se limitaba a ejecutar mecánicamente todo lo que le pedía y se quitaba de en medio a la menor oportunidad.

Clara sentía un enorme peso sobre su cabeza y, sabiendo que tenía que seguir buscando clientes, no conseguía animarse para lanzarse a ello. El día de la boda se aproximaba inexorablemente —solo quedaban dos meses— y antes de ese plazo ya tenía que ir pagando gastos adelantados que se iban produciendo sobre la marcha.

El jueves consiguió captar al gordo al que llevaba tiempo persiguiendo y éste quedó tan encantado del polvo que la echó en una sala de reuniones, que le dio una propina de cien euros. Lo habían hecho en total silencio a las ocho de la tarde, cuando solo quedaban en la empresa los fantasmas de última hora.

Al tomar Clara los billetes entre sus manos —el gordo era de la cuerda de Richard y pagaba en efectivo—, se preguntó si aquel dinero la serviría para arreglarse todos los huesos del cuerpo que el tipo parecía haberle roto durante el sexo. Al menos, una buena parte de aquel dinero tendría que gastarlo en el fisio, se lamentó.

Y así las cosas llegó el viernes. El fin de semana era un buen momento para ejercer su nueva profesión, aunque tuviera que salir a buscar clientes a la calle si no había más remedio. Pero para ello tenía que deshacerse de Carlos, fuera como fuera.

*

Al finalizar la jornada de trabajo, Clara fue invitada a salir a tomar copas con uno de los grupos que se formaron en la oficina. Se resistió al principio —prefería salir de caza sin testigos—, pero se había visto obligada a aceptar tras la insistencia de Lines. Su amiga era muy peleona cuando se lo proponía. Su resistencia se debía a que en el grupo irían dos de los compañeros que ya habían pagado por sus servicios —Richard y el gordo— y eso la cortaba y avergonzaba. A saber si los dos hombres no se vendrían arriba con el alcohol y se irían de la lengua. Estaba aterrorizada.

Aun así, aceptó al saber que Paula también se iba a unir al grupo. Desde hacía días no la dejaba ni a sol ni a sombra. Su amiga estaba cayendo en la vorágine del sexo, con el riesgo de ponerle los cuernos a su novio en cuanto tuviera ocasión. Se temía que lo de Rafa en el almacenillo de la quinta hubiera sido solo el pistoletazo de salida.

Lo que le pasaba a su amiga la dolía sobremanera. Saber que estaba siguiendo su camino de degradación lenta pero inexorable, aunque por razones distintas, la entristecía sobremanera. Paula sí que quería a su novio, al contrario que ella, y ambos habían hecho planes de una vida familiar en común.

Clara la insistió para que llamara a Rodrigo, y que él la acompañara al bar en el que habían quedado. Pero, al negarse su amiga en redondo, se había visto obligada a cambiar de opinión y se había unido a la fiesta para tenerla controlada.

Rafa, por su parte, se había descolgado de la quedada al final. Un marrón de última hora le había retenido en la oficina, y luego se iría a casa para preparar uno de los exámenes que tendría a corto plazo.

Una vez en el bar —el mismo en el que Paula había comenzado su segunda aventura con Ramiro— Clara llamó a Carlos y le dijo dónde estaba y que no la esperara despierto. Él se ofreció a acompañarla y ella le convenció de que no lo hiciera, a sabiendas de que al día siguiente iba a viajar por trabajo y tendría que madrugar. Ni loca quería que Carlos estuviera por allí mientras ella se follaba a algún tipejo para alcanzar la cuota del día.

Afortunadamente, el nuevo viaje de su novio —esta vez a Londres— le resultaba providencial. Un fin de semana sola y libre. La aprendiz de escort había aprovechado para quedar el sábado en casa de uno de sus clientes potenciales, un tipo feo y solterón del departamento de sistemas que no le había discutido el precio.

Éste no estaba casado ni tenía hijos, pero se movía en un círculo eclesiástico que consideraba la prostitución poco menos que la reencarnación de Belcebú. Ni loco el feo iba a chivarse de su aventura con ella. Pensaba sacarle una pasta —el hombre quería que Clara la acompañase toda una noche— y eso la llenaba de felicidad. Si todo iba bien, el mismo lunes podría pagar una parte sustancial del regalo de bodas de Elena.

*

El jolgorio en el bar de copas era tremendo. A la clientela habitual de un viernes se había unido un grupo de chicas celebrando la despedida de soltera de una de ellas. Por sí solas armaban más bullicio que el resto de los presentes todos juntos. De cuando en cuando, formaban una «conga»

a la que se unían todos los que querían. La mayoría de ellos, hombres con ganas de pescar entre aquel grupo de amigas, medio borrachas y tal vez fáciles en tan especial noche de chicas.

La velada del grupo de Clara iba bien, con cervezas, chupitos y cócteles exóticos circulando sobre la barra y terminando en los estómagos de los colegas de la oficina. Sus dos clientes la miraban con morbo, pero no hablaban nada que tuviera que ver con ella. Eso la relajó y se decidió a disfrutar echando algún baile con Paula. Varios salidos se les pegaban a las faldas en cuanto entraban en la pista y tenían que espantarlos como a moscas.

No habrían dado las dos de la mañana, cuando un alboroto llamó la atención de Clara. En medio del jolgorio de una nueva conga, casi nadie había observado lo que pasaba. Pero ella, con su ojo clínico, había detectado la extraña situación y no quiso perdérsela.

Se acercó hacia el lugar de la pista donde algunos reían mirando el espectáculo, y allí se topó con Paula. Le preguntó si sabía lo que ocurría, y su amiga entre hipidos de alcohol, le contó lo que había visto.

—Oh, no es nada… —le dijo con ojos borrachos—. Es esa novia… la de la despedida… que parece que ha ligado… jajaja…

—Ah, ¿sí?

—Sí, eso parece… Resulta que sus amigas la han rifado entre ese grupo de ejecutivos de medio pelo, y los dos que se la llevan son los afortunados.

—¡Joder, serán gilipollas…! Menudas amigas…

—Bah… Clara mía… —las palabras de Paula salían a trompicones y escupía al hablar—. Al menos esa chica ha ligado. Cuando suba al altar el domingo, va a llevar el coño tan escocido que se va a acordar con gusto de la noche que le han dado esos golfillos.

Los «golfillos» eran dos hombres de mediana edad —entre los cuarenta y los cincuenta—, uno de ellos gordo y seboso y el otro calvo y con ojos de besugo.

—Sí, menuda noche de placer… —se dijo Clara—. Con esos dos tíos asquerosos se lo va a pasar de puta madre, no te jode...

Miraba alucinada al trío que se dirigía a los lavabos. El gordo agarraba a la novia por la cintura y el pelo. El calvo era más atrevido y la sujetaba por un brazo con una mano mientras la sobaba el culo con la otra, propinándole un azote de vez en cuando.

—¡Vamos allá! —decía el gordo—. A fooooollar….

—¡Toma, guapa! —replicaba el calvo con un azote en el trasero—. Te lo vas a pasar en grande, guarrilla…

El grupo de ejecutivos al que pertenecían los afortunados por la rifa, reían y vitoreaban entre aplausos.

—¡Duro con ella! —decían unos.

—¡No la dejéis escapar viva! —exclamaban otros.

—¡Dedicadme una mamada! —reía un tercero.

La futura novia era arrastrada fuera de la pista de baile y caminaba dando tumbos. Si no caía al suelo era porque los dos tipejos la sujetaban. Justo antes de entrar a los lavabos masculinos, la chica giró la cabeza y abrió la boca sin llegar a decir nada. Pero Clara leyó el mensaje en sus ojos. Y el mensaje no era otro que: «¡Socorro!».

*

Clara no tuvo duda de que aquello no era la broma que parecía. Los tipos, bebidos como estaban, se lo habían tomado en serio. Si nadie le ponía remedio, la chica iba a terminar con todos los orificios de su cuerpo escocidos a manos de aquellos cerdos.

No pudo resistirlo y echó a correr tras ellos. Si no pasaba nada, pues mejor. Se reirían todos un rato y cada uno a su casa con sus historias. Pero, si los tipos se sobrepasaban, alguien tenía que echarle una mano a la pobre chica. Y no parecía que sus amigas, en medio de una nueva conga, fueran a ayudarla si las cosas se torcían.

Clara entro en el lavabo de chicos y no encontró al trío por ningún lado. Aquella ausencia le causó desasosiego. Por fuerza tenían que estar en alguno de los cubículos y todos se hallaban cerrados. Si los tipos querían propasarse, al sentirse seguros tras una puerta se podían envalentonar y la cosa acabaría peor que mal.

Dos chavales —seguramente menores de edad— fumaban un porro apoyados en un lavabo y la sonrieron al verla llegar al baño equivocado. Clara les preguntó por los que acababan de entrar y ellos señalaron el cubículo de minusválidos.

—Se han metido ahí —dijo uno de ellos—. Se ve que necesitan espacio para follar a gusto.

—Jajaja… —apuntó el otro—. Esa novia va a disfrutar de la noche de ídem antes de tiempo…

Clara se sintió ofendida en primera persona, aunque la fiesta no fuera con ella. Sin más palabras, pasó entre los dos porretas que se quejaron de su efusividad, y empujó la puerta del cubículo. Ésta se encontraba atrancada por dentro, pero por suerte la cerradura se hallaba en mal estado y la puerta cedió al segundo intento.

Los dos chicos se acercaron a fisgonear, pero Clara, al ver la escena del interior, les cerró la puerta en las narices y echó el pestillo de nuevo. La dichosa escena no era para congratularse, ni mucho menos. Los dos tipejos, como se había temido, se lo estaban tomando en serio con la

futura novia.

—¿Qué coño estáis haciendo con esa chica?

La pregunta era retórica, porque era obvio lo que allí se fraguaba, pero a Clara no se le ocurrió otra cosa que decir.

La chica se hallaba sentada sobre la tapa del inodoro. Los brazos le caían a sus costados, inertes. El tipo gordo estaba arrodillado ante ella y le estaba quitando las bragas. El calvo se había bajado los pantalones y, de pie ante la joven, la sujetaba por el pelo e intentaba que abriera la boca para meterle su mini polla.

—Pues que vamos a hacer… —dijo el calvo con tono beodo—. Follárnosla… Es nuestra y podemos hacer lo que queramos…

—Nos ha tocado en una rifa, ¿sabes? —apuntó el gordo.

Clara se dio cuenta de que la chica, por borrachera o por haber tomado alguna droga, no era dueña de su voluntad y se dejaba hacer sin defenderse. Solo sus ojos mostraban vida y en ellos detectó una señal de petición de ayuda, como hacía unos momentos en el exterior de los lavabos.

—¿Y tú quien coño eres? —dijo el calvo girándose hacia ella con la mini polla en la mano derecha.

Antes de decir nada, Clara se lo pensó un instante. Por la fuerza no iba a conseguir nada y, gritando, posiblemente menos. Tenía que utilizar la astucia, aquellos dos gilipollas parecían inofensivos y tal vez podría aprovecharse de ellos.

—¡De follarse a mi chica una mierda…! —dijo con tono severo—. Si queréis follárosla tendréis que pasar por caja. Si no, a meneárosla a la calle…

—¿Tu… chica…? —preguntaron al unísono con asombro.

—Pues claro, gilipollas… —se envalentonó—. Esta chica y las otras de la despedida son de mi propiedad. Ellas follan y yo cobro. ¿Qué creíais, atontados, que era gratis?

—Joder, tío… —le dijo el gordo al calvo resbalándole las sílabas—. La loca esta es una madame… y esta novia no es una novia normal… sino una puta.

—Ya te digo… —replicó el calvo—. ¿Y cuánto cuesta follársela, si puede saberse? —le preguntó a Clara.

Parecía que a los dos ejecutivos se les había cortado la borrachera de repente. La chica miraba a Clara sin entender. Seguramente sus palabras le llegaban al cerebro, pero debía de ser incapaz de procesarlas. «¿Soy una puta?», se preguntaba la pobre sin saber responderse.

—Pues lo siento, tíos… —siguió Clara con el teatrillo—. Porque habéis elegido a la más cara. Metérsela a mi mejor chica os va a costar mil pavos… cada uno.

—¡Hostia puta! —exclamó el gordo—. Pues sí que tiene que ser de calidad esta guarra…

—¿Y no podrías hacernos una rebaja por volumen? —preguntó el calvo no muy convencido.

Clara lo repensó un segundo, era el momento de pescar en río revuelto. Había salido de fiesta para eso, tenía que lanzarse a la piscina a riesgo de que estuviera vacía.

—Lo siento, pero con ella no hay rebaja —espetó cruzándose de brazos—. Pero puedo haceros una buena oferta.

Los ejecutivos se miraron y asintieron.

—Podéis follarme a mí por solo quinientos cada uno… ¿Qué os parece? Un chollo, ¿no?

Los hombres eran de pensar lento, pero tras un paréntesis el calvo volvió a hablar.

—Por mí sí, con la calentura que llevo o me follo a alguien o me va a dar algo. —dijo mirando al gordo—. Pero yo no llevo tanta pasta. ¿Me puedes prestar?

—Yo tampoco llevo efectivo… —replicó el gordo.

—Acepto bizum —cortó Clara la discusión—. ¿Tampoco lleváis móvil?

Los ejecutivos se miraron con una sonrisa triunfal y sacaron los iPhone del bolsillo a la velocidad del rayo. Mientras tecleaban desesperados en sus pantallas, la novia reaccionó. Nadie la había hecho caso en los últimos cinco minutos y, en ese tiempo, se había levantado y se apoyaba en la pared para no derrumbarse.

—¿Y yo… que hago? —preguntó de repente.

—Tú súbete las bragas y sal afuera con tus amigas, yo te acompaño —le dijo Clara al oído —. Y, si quieres un consejo, mándalas a tomar por culo y vete a casa pronto, no sea que al final termines preñada antes de la boda.

Abrió la puerta Clara y se encontró a una de las del grupo de la despedida junto a los dos porretas.

—Toma, sujeta a tu amiga —le dijo con malos modos—. Y no la volváis a rifar, pedazo de subnormales. ¿Os habéis creído que es solo un trozo de carne?

—Yo… no… nosotras…

Clara no quiso escuchar. De un portazo cerró la puerta y revisó en su móvil que los pagos habían llegado. Luego, metiéndose los pulgares bajo la falda, se deshizo de las bragas y se acercó hacia los dos hombres que la miraban excitados y sonrientes.

*

Media hora más tarde, el gordo y el calvo abrieron la puerta del cubículo y salieron de él abrochándose los cinturones y riendo a carcajadas.

—Ahora, a presumir de follada… —dijo el gordo.

—Sí, pero de lo de pagar ni palabra— replicó el calvo.

—Ni mencionarlo, tío…

Paula escuchaba la conversación de los hombres al salir, mientras desde la puerta de los lavabos escrutaba el interior. Cuando el lugar se quedó vacío, entró a la carrera en el cubículo de donde habían salido los trajeados. Llevaba un buen rato buscando a su amiga Clara y solo le quedaba aquel lugar por investigar. El resto de los cubículos se veían desiertos y con las puertas abiertas. Si no estaba en el de los minusválidos, iba a desesperarse, porque su móvil llevaba «muerto» desde que desapareciera unos minutos antes.

El espectáculo que se encontró al entrar la dejó como una estatua de sal: Clara se hallaba sentada en el retrete. Las bragas le colgaban de uno de los tobillos. Las tetas le salían por entero fuera de la blusa. Y su amiga miraba el móvil super concentrada. Lo que no sabía Paula era que lo que miraba tan fijamente Clara en el iPhone era el estado de su cuenta bancaria. La sonrisa al repasarla era de total felicidad.

—¿Qué coños pasa aquí? —consiguió decir Paula tras un esfuerzo.

Clara levantó la cabeza y la estatua de sal ahora era ella.

—Hostia, Paula —replicó—. Esto no es lo que parece… Te lo puedo explicar…

*

Media hora más tarde las amigas tomaban té en la salita de estar de la casa de Paula. Habían decidido abandonar el alcohol por el resto de la noche, demasiada cantidad en las horas previas. El novio de la amiga de Clara había salido de marcha igualmente y aún no había vuelto.

—¿Vas a contarme ya lo que ha pasado o seguimos aquí hasta mañana? —susurró Paula por la hora que era.

—Paula, yo…

—Bueno, mejor no me cuentes lo que «ha pasado» —hablaba con malas pulgas—. Eso ya lo he visto con mis propios ojos: esos dos tipejos te han follado en los lavabos y tú les has cobrado por abrir las piernas. Mejor cuéntame cómo has llegado a esto.

—Joder, ¿cómo voy a explicártelo?

—Pues empezando por el principio, cielo —le espetó—. Me montas las que me montas porque me tiro a Ramiro y luego, vas tú, y te pones a follar con desconocidos por dinero.

—No es eso… —trató de que se calmara—. Lo que he hecho esta noche ha sido por ayudar a la pobre novia, a la que estaban a punto de violar esos dos idiotas. En realidad… —le costaba decir lo que iba a explicar, pero era hora de abrirse a alguien, y nadie mejor que su amiga Paula —. En realidad yo solo follo por dinero con «conocidos».

Paula se echó las manos a la boca y la miró con los ojos desorbitados.

—Entonces… ¿lo reconoces…? ¿Eres una puta?

—No, eso tampoco… —replicó acobardada—. O creo yo que no…

—Clara… —la tomó de las manos—. Desembucha de una vez… ¿qué coños estás haciendo?

Tras un sorbo de su taza de té, Clara comenzó su relato. Y le explicó a su amiga como había llegado a la situación actual. Su deseo de salir de la mediocridad. La ambición por disponer de dinero en abundancia y subir en la escala social. Su noviazgo con Carlos por interés. La herencia de tío Ramón que se había ido a la mierda. Cómo el patriarca de la familia los había engañado a todos con su supuesta fortuna, y en especial a las mujeres de la familia a las que se follaba a cambio de un futuro de riqueza. La primera vez que se dejó follar por dinero con unos tíos que conoció en la disco dónde también había estado ella. Su estrategia de follar con los compañeros de trabajo para no tener que «hacer la calle» con desconocidos. El haber alcanzado el resultado esperado al comprobar que sus «clientes» de la oficina no se iban de la lengua para evitar crearse sus propios problemas.

Paula creía que iba a desmayarse según su amiga avanzaba. Cuando al fin terminó, la secretaria estaba tan pálida que parecía transparente.

—¡Jo-der! —alcanzó a decir—. Yo solo me he follado a Ramiro y ya parece…

—Dos veces, querida… —le recordó Clara—. Y Ramiro no es cualquiera, sino el mayor hijo de puta de la empresa. Y nuestro enemigo, te lo recuerdo.

—Pues con la inquina que le tienes, y con razón… —musitó Paula casi sin fuerza—, casi que no te cuento la última.

—¿Qué…? —se sobresaltó Clara—. ¿Hay una última con Ramiro? ¿Por qué no me lo has dicho?

—Lo siento, Paula, sé que tenía que haberlo hecho, pero estoy tan cabreada conmigo misma, que me tiro de los pelos yo sola…

—A ver, cálmate y cuéntame que ha pasado —la instó Clara.

Paula dio un sorbo a su té y bajó la mirada.

—Me volvió a grabar… en el coche… Y esta vez con imagen, no solo sonido… —soltó de sopetón—. Y quiere volver a follarme a cambio del video…

—¡No… me… jodas…!

—Sí, el muy cabrón… Pero te juro que no sé cómo lo hizo. Yo no le vi colocar el móvil para grabar ni nada de eso. Imagino que sería esa cámara que lleva colgada del parabrisas, que dice que es para grabar la carretera y tener pruebas en caso de accidente.

Paula hablaba mirando al infinito.

—Menudo hijo de puta… —corroboró Clara.

—Pero eso no es lo peor…

No era fácil abrir más los ojos de lo que Clara ya los tenía, pero lo consiguió sin mucho esfuerzo.

—¿Qué…? ¿Hay algo peor…?

—Sí, hay algo peor…

—¡Joder, Paula, ve al grano…! —se quejó Clara—. ¿Qué coño es lo peor?

—Pues que me lo voy a follar sin remedio… —Paula cerró los ojos—. Cuando pienso en él me pongo tan cachonda que me muero porque me la meta… Joder, Clara… —comenzó a sollozar—. Dime que no estoy loca…

*

Clara abrazó a su amiga.

—No, no estás loca… —le dijo con cariño—. Lo tuyo es otra cosa.

—¿Otra cosa? —preguntó Paula extrañada.

—Sí… Lo tuyo es furor uterino…

Paula se echó hacia atrás y deshizo el abrazo.

—¿Me está llamando ninfómana?

—No jodas, Paula… —espetó Clara con malhumor—. Esa palabra es un insulto marichulo y patriarcal. Ahora se le llama uso de la «libertad sexual».

—¿Qué…?

Clara tomó aire y se explayó:

—Si, Paula… Lo que a ti te pasa es que estabas con tu novio y el sexo que tenías con él era «lo normal». Y tú tan feliz, no necesitabas más. Ahora, después de probar a otros hombres, tíos que follan mejor que tu chico, pues sientes la necesidad de repetir. Quieres sentirte bien follada, bien chupada… Quieres orgasmos de los que te vuelvan loca… Es algo normal, no estás enferma ni pirada ni nada de eso. Estás caliente… Como una mujer joven y sana.

—Joven, sana y… muy puta… ¿no?

—Que no, Paula, que no, que no lo pillas…

—Si tú lo dices… —replicó no muy convencida—. ¿Pero por qué me hablas de «hombres», en plural? Te recuerdo que yo solo he follado con Ramiro y no estoy para nada colgada de él. Me apetece su polla y nada más… A quien quiero es a mi novio, mi chico bonito… —hizo un puchero.

—Te hablo de «hombres», en plural, porque hay algo que yo sé y no porque tú me lo hayas contado.

—¿De qué hablas…?

—Pues de Rafa, bonita…

Paula se ruborizó hasta la raíz del cabello.

—Joder, Clara, lo siento… —volvió a los pucheros—. La cagué con él. ¿Qué te ha contado?

—La verdad, Paula, me ha contado la verdad. Que lo llevaste al almacén de la quinta y que intentaste tirártelo.

—Lo siento, cariño, lo siento tanto… —Paula se tiraba de los pelos—. Es que fue el día que Ramiro me enseñó el vídeo y me puse tan cachonda que me empapé las bragas. Luego me encontré a Rafa en la máquina del café y una cosa llevó a la otra…

En ese momento Clara comprendió las palabras de Rafa: «algo tuvo que pasarle y por ello se puso tan cachonda que quiso apagar sus ansias con el primero que se encontró». Lo que nunca hubiera imaginado era el origen de su calentura. «¿Ramiro? Vamos, no me jodas…», pensaba.

Sin embargo, no era momento de recriminaciones, aunque ya le valía…

—¿Lo ves? Es lo que yo te digo —replicó—. Tu furor uterino no se conforma con un solo hombre. Te habrías tirado a Rafa o a cualquier otro que pasara por allí…

—Uy, no… quita, quita… qué vergüenza. Si me atreví con Rafa es porque hay confianza…

—Hostias, Paula, que es un niño a tu lado. Si le sacas diez años…

—Bueno, vale, ya lo sé… Pero el chaval me pone a cien… Y todavía me gusta, aunque no aceptara follarme. Si tú me dejaras lo volvería a intentar. Estoy segura de que al final caería.

—¿Cómo que si yo te dejo? —Clara frunció el ceño—. ¿De qué coño hablas…?

—Pues de tu coño, querida… Es obvio que ese chico lo quieres solo para ti.

—¿Estás loca? —Clara hizo un desprecio con la mirada—. ¿Rafa? Anda ya… Rafa y yo somos amigos… Y no tan amigos, aunque lo parezca, lo que pasa es que lo han asignado a mi

departamento y tenemos que trabajar juntos todo el tiempo.

—Venga, Clara, que ya somos mayorcitas… Que cuando hablas del chico te brillan las pupilas. Y tú no le sacas tantos años como yo, seguro que haríais una pareja estupenda.

Clara se quedó callada. ¿Tendría razón su amiga? No, qué va, menuda tontería. Ella había jurado no colgarse de nadie, y menos de un compañero de trabajo. Su relación con Carlos y su entorno social aún la convenían, a pesar de que su novio estuviera en la ruina y no fuera probable que saliera de ella a corto plazo.

—Por cierto, ahora que hablamos de Rafa… —aprovechó Clara para cambiar de tema—. Hace días me pidió una nueva quedada para hablar de Ramiro.

—No sé, me lo tengo que pensar. Que se entere de mi debilidad por ese cabronazo no me hace mucha gracia.

Unos minutos después, Paula declaró que estaba muerta de sueño y le pidió a su amiga que se quedara a dormir con ella.

—¿Qué dirá Rodrigo cuando vuelva? —se extrañó Clara.

—Bah, de Rodrigo no te preocupes… Cuando nos vea juntas se vendrá al sillón y aquí dormirá la cogorza estupendamente. ¿Te quedas entonces…?

Clara aceptó y, ya en la cama, aún estuvieron charlando un rato antes de apagar la lamparita de noche.

No habían pasado más de diez minutos desde que la habitación se quedara a oscuras, cuando Clara volvió a encender la luz.

—Paula…

—Dime…

—¿De verdad te apetecería acostarte con Ramiro y sacarle provecho al polvo de paso? Incluso todas las veces que te apetezca…

—No sé… supongo… —replicó somnolienta—. ¿Mi novio se enteraría?

—Ni de coña… Tu novio no tiene por qué saberlo, te lo prometo…

—Entonces vale… —suspiró—. ¿Tienes algún plan?

—Sí, tengo uno inmejorable… Ya te contaré… Ahora duerme.

El silencio se apoderó de la habitación y las dos se dejaron llevar por el sueño.

# RAMIRO Y PAULA HACEN MIGAS

El lunes siguiente por la mañana, Clara sentía aún la resaca del fin de semana. Había sido un finde provechoso y había sumado una importante cantidad a sus ahorros. No le llegaban, sin embargo al monto que debía desembolsar en breve a las damas de honor de Elena.

A la hora del café, Paula se las apañó para hacer la parada de media mañana a solas con su amiga. Tenía que hablar con ella de asuntos personales y no quería que Rafa las rondara alrededor. Invitó a Clara a un té y fueron a un bar a dos manzanas de la empresa.

—¿Cómo va lo de Ramiro? —le dijo tras ser servidas por la camarera—. ¿Has podido hablar con él?

Un dolor en el lado izquierdo de la cabeza le sobrevino a Clara. Lo único que le faltaba. Si tenía pocos problemas con las damas de honor, tenía que lidiar también con los líos «amorosos» de su amiga.

—Joder, lo siento, Paula —se disculpó—. Ni me he acordado. Esta mañana tengo un dolor de cabeza que ni te imaginas.

—¿Has dormido poco este fin de semana?

—Ya te digo…

—¿Estuviste con ese tipo feo del que me hablaste?

—¿No se me notan las ojeras? —respondió Clara con un bostezo—. El tío es insaciable.

—Hostias, no me digas que te estuvo follando todo el sábado…

—No, follar, follar… no mucho, la verdad. Fue solo un polvo soso y aburrido que no duró ni diez minutos. Pero como había contratado toda la noche se empeñó en que saliéramos de juerga por ahí y no volví a casa hasta las diez de la mañana. Ay, Paula, la noche ya no es para mí… Eso fue antes de ayer y aún estoy molida…

Paula rió bajito. Su amiga Clara era una caja de sorpresas. De fiesta con un feo de libro y dejándose ver por los bares de moda de Barcelona. Menuda barbaridad.

—Pero, dime… ¿al menos pagó bien y en efectivo?

—Eso sí, es lo único bueno que tuvo el asunto… Y, además, me soltó propina el muy bobo. El muy cabrón está acostumbrado a salir con putas y dice que le gusta ser generoso para

que le traten bien.

—¿Tanta pasta tiene un simple informático?

—Ya ves, no te puedes fiar… Como el tío vive solo gasta menos que nada. Todo lo ahorra para salir con chicas de mala reputación.

La risa de Paula se le contagió.

—Joder, pues es un cliente al que cultivar… —reflexionó Paula—. Siempre que no le huelan los pies o el aliento…

Volvieron a reír antes de cambiar de tema.

Cuando se despedían a las puertas del despacho de Clara, ésta le prometió que hablaría con Ramiro sin falta antes de comer.

*

No tuvo fuerzas para hablar con el tipejo ese día, ni el siguiente, ni el siguiente. Paula se lo estuvo echando en cara durante toda la semana y su respuesta era la misma: de hoy no pasa, te lo prometo.

El jueves sobre las once, la reunión que tenía agendada Clara se canceló y aprovechó para darse una vuelta por el despacho de Ramiro.

Al ver que la secretaria del subdirector general no estaba en su mesa, asomó la cabeza en el interior del despacho y, al verlo vacío, se dispuso a volver por su camino. Una voz por la espalda la retuvo.

—¿Me buscabas?

Clara disimuló la impresión que la había sobrecogido y se apartó para dejarle entrar.

—Sí, tengo algo que hablar contigo, ¿tienes un minuto?

—Para ti, siempre, querida…

Le fastidió que la llamara «querida», era el apodo preferido de Ramón y esto los igualaba en mezquindad. Aunque ya sabía que ambos eran dos pedazos de cabrones a cual mayor, no tenía por qué sorprenderse.

Ramiro la interrogó con la mirada cuando Clara cerró el pestillo interior.

—Lo que quiero hablar contigo no es de trabajo, sino personal.

—Ah, genial, espero que me traigas buenas noticias. ¿Un trago?

Mientras hablaba había sacado de un cajón de su escritorio una botella con un licor ambarino y servía dos vasos hasta la mitad.

—No, gracias —rechazó ella—. Además, creo que está prohibido el alcohol dentro de la oficina.

Ramiro no respondió. Vació el contenido del vaso destinado a Clara sobre el suyo propio y le dio un sorbo que lo dejó más que apurado.

—Pero, siéntate, querida. No estés ahí de pie —propuso el hombre dejándose caer sobre su butaca.

Los nervios de Clara la aconsejaban no sentarse. Sentirse por encima de la altura de él la infundía valor. Una vez sentada estaría por debajo y eso identificaría quien comandaba la conversación.

Optó por apoyarse en el borde de la mesa, a pesar que de esa manera le descubriría parte de sus muslos bajo la falda. El no perdió la ocasión para taladrarla con la mirada.

—Pues tú dirás —la invitó Ramiro a empezar—. ¿Has cambiado de opinión en cuanto a nuestro… «asuntillo»?

—Siento decepcionarte, pero no he venido a hablar de mí, sino de Paula.

—Vaya… —se burló él—. ¿Te ha contratado como abogada?

Clara sonrió.

—Algo así.

—¿Y qué es lo que quiere tu defendida?

—Mi… defendida… acepta follar contigo… pero con dos condiciones.

La sonrisa de Ramiro se ensanchó.

—¿Dos condiciones…? —preguntó—. Explícame eso, no lo pillo…

Clara se puso en pie. Tomó la botella y se sirvió el licor que antes le había rechazado. Necesitaba alcohol en sus venas para lo que iba a decir a continuación. Bebió un largo sorbo y luego continuó.

—La primera, el vídeo… por supuesto…

—Lo imaginaba… ¿Y la segunda?

—Quinientos euros, en billetes menores de cien.

La expresión de Ramiro mostró su sorpresa.

—¿Quinientos euros? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Y para qué quiere quinientos euros? ¿Va a cobrarme por follar?

—Más o menos…

Se echó hacia adelante y no ocultó su mal humor.

—¡Me cago en la leche! —exclamó—. ¿Y por qué tendría que pagar…? Tengo el vídeo,

puedo hacerlo gratis…

Clara respiró hondo y entonces lo soltó.

—Porque si pagas quinientos euros cada vez, podrás follártela las veces que te venga en gana.

Ramiro silbó alucinado.

—Joder, ya sabía que era puta, pero tanto, tanto…

A Clara se le cambió el rictus al oír la insultante palabra.

—Y, si insultas, puede que te ganes dos hostias…

Ramiro calló un instante y pareció reflexionar.

—¿Los quinientos euros incluyen mamada…? A pelo, por supuesto.

—Ni de coña… —respondió Clara con urgencia—. Si quieres mamada sin condón será un extra de cien pavos.

—¡Joder! Además de puta, cara…

La bofetada de Clara debió de oírse en medio edificio.

—Vale, vale… —protestó Ramiro y se echó hacia atrás empujando la butaca de ruedas con los pies. Se acariciaba la enrojecida mejilla con una mano.

—No digas que no te lo advertí —replicó la joven, aunque se arrepintió de lo que había hecho al instante. «Te has pasado, Clara, tú como siempre haciendo amigos», pensó.

Ramiro no respondió nada. Volvía a reflexionar.

—¿Qué me dices? Paula está esperando tu respuesta. Si aceptas, mañana viernes te esperará a las siete y media en los lavabos de la quinta.

—La verdad es que no lo tengo claro… —habló Ramiro al fin—. Parece que el chantajeado soy yo y, sin embargo, el vídeo está en mi móvil. Y también en la nube, por supuesto. Podría utilizarlo y joderla bien, ¿has pensado en ello?

—Sí, y sé que no lo vas a utilizar, «querido» —resaltó la palabra en tono burlón.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué no lo haría, si puede saberse?

—Porque entonces iría a hablar con Andrés y le contaría que has intentado propasarte conmigo… Me encantaría ver la cara que pondrías cuando viniera a por ti.

—¿Andrés? —sonrió irónico?—. ¿A qué coño viene Andrés? Si te quiero seducir, cosa que he hecho a medias con Andrés para cazar a alguna chica de esta casa, el cornudo sería Carlos… Y mis noticias son que ambos primos no están a partir un piñón, precisamente. Lo más seguro es que Andrés y yo nos riéramos un rato y luego saldríamos por ahí a tomar copas.

Clara lanzó una carcajada y Ramiro la miró perplejo. Cruzó los dedos y lanzó el órdago.

—Lo mejor de que seas gilipollas es que crees enterarte de todo y en realidad vas de pardillo —le espetó acercándose hacia él—. Si tú te propasaras conmigo, de nuevo, a quien le estarías poniendo los cuernos no sería a mi amorcito Carlos, sino a tu querido jefe Andrés.

La expresión de asombro de Ramiro subió dos grados.

—¿Tú y Andrés estáis…?

—Follando como conejos, subnormal… —mintió con la mejor cara de póker que pudo simular. Se la estaba jugando a una carta y lo sabía. Todo o nada—. ¿Quieres que suba a la cuarta y le diga que me has tocado el culo?

Ramiro dio un salto y ya en pie se alejó de ella lo más que pudo. Clara sonrió para sí. El capullo se había tragado el anzuelo.

—Está bien, está bien —dijo el abusón—. Mañana a las siete y media en los lavabos de la quinta. Llevaré seiscientos euros en billetes pequeños.

—Mas te vale…

No necesitó decir una palabra más. Clara salió del despacho con un suspiro de alivio que él no pudo ver al encontrarse de espaldas. Las piernas le flojeaban por los nervios.

*

Clara y Paula se juntaron en la cantina a la hora de comer. Lines comió a la carrera, como solía hacer, y salió hacia su escritorio. Había solicitado jornada maternal reducida y disponía solo de quince minutos para almorzar.

—A esta chica le va a dar un infarto —comentó Clara—. Todo el día corriendo.

—Pobre, pero son los gajes del oficio de madre. No sé si me apetecerá serlo alguna vez, pero por ahora ni de coña.

Clara sonrió y miró a la mesa del fondo, donde Rafa acompañaba a una muchacha muy joven, tal vez de su edad o aún menor.

—¿Quién es esa chica con la que tanto se ríe Rafa? —preguntó.

—Jajaja… ¿No estarás celosa, verdad? —respondió Paula.

—Ya vale de coñas, ¿no…? —sorbió de su vaso y volvió a la carga—. ¿No te parece demasiado joven? Quizá sea una hermana o familiar que está de visita. Porque como becaria no la veo yo…

—O una novia… —soltó Paula al aire y escrutó a su amiga para ver su reacción.

—Venga ya, tía…

Clara le dio un sopapo de mentirijillas a Paula y las dos rieron.

—Venga, Clara, deja a los niños y vamos a lo que interesa. ¿Qué pasa con Ramiro?

—Pues lo que te he dicho por *wasap*: mañana a las siete y media en los lavabos de la quinta. Luego tu verás si te lo llevas al almacenillo o lo que haces.

—Ya, eso ya me lo has dicho. Pero, ¿así sin más? ¿No ha puesto objeciones? ¿Va a pagar por el polvo y a borrar el vídeo así como así?

—Bueno, así como así, tampoco… —confesó Clara—. He tenido que negociar a fondo con él, no te creas.

—Venga, amiga, desembucha que me tienes en ascuas.

Entonces Clara comenzó a relatarle la conversación con Ramiro en su totalidad, a lo que Paula replicaba con caras de asombro de todos los colores.

—Joder, tía… Lo has dejado fino… ¿En serio que le has arreado una hostia?

—Y tan en serio, ya le he dicho que a mis amigas no se les insulta.

De pronto, Paula cayó en la cuenta. Señaló a Rafa y bajó la voz.

—¿Y qué va a pasar cuando Rafa se entere? Porque, chica, mucho «somos el trío de la muerte» y todo ese rollo, y al final el chaval va a ser el último en enterarse que de lo de Ramiro ya ni fu, ni fa.

—Bueno, en realidad falta su amenaza contra mí por lo del supuesto desfalco de Carlos.

—¿Te lo ha vuelto a recordar?

—De momento no, pero tendré que estar alerta por si vuelve… Tal vez con la amenaza de Andrés le valga para olvidarlo.

Las dos amigas se quedaron un instante en silencio.

—¿Entonces, lo de Rafa qué…?

—Tú tranquila —respondió Clara confiada—. De Rafa ya me encargaré cuando toque.

—Vale, tú misma…

De pronto, Clara sonrió con sorna.

—Ah, por cierto… Se me ha olvidado decirte… Mañana lávate bien los dientes porque te toca mamada.

—¿Qué…? —Paula puso expresión de asco.

—Lo que oyes… Ramiro ha contratado follada, pero con mamada incluida o nada… No te quejes, al menos he conseguido clavarle un plus de cien euros.

—¿Pero tú estás loca…? —se quejó amargamente Paula—. Si ya te dije que a mí lo de mamar me da mucho asco… No voy a poder…

—¿Asco? —respondió Clara—. Pues como a todas, no te jode… A ver si te crees que a mí me encanta el yogur caliente… Pero es lo que hay… El muy cabrón ha dicho que o mamada a pelo o a la mierda… Si tú puedes hacerlo mejor, ya sabes lo que te toca la próxima vez.

—Vale, vale, no te pongas así… —templó gaitas Paula—. Me haré a la idea y me llevaré chicles de menta… Que asco, por dios…

Clara observó que la jovencita abandonaba la mesa de Rafa y que éste se acercaba con su bandeja a la de ellas.

—Sssshh… —apremió a su amiga—. Calla que por ahí viene Rafa.

Una vez el becario estuvo sentado a su mesa, Paula no pudo resistirse a preguntar.

—¿Quién es esa niña tan mona? ¿Es tu novia? Muy jovencitas te gustan a ti, ¿no…?

Rafa emitió una risita forzada y luego respondió.

—No, no es mi novia… Y claro que es jovencita, como que es menor de edad.

—¿Qué…? —se extrañó Clara—. ¿Y qué hace aquí? Porque acabo de verla con la tarjeta de empleada colgada al cuello.

—A ver… —Rafa hizo una pausa para captar su interés—. Se llama Luna y es estudiante de Economía por FP2, algo parecido al ADE universitario, pero en «pequeño».

—¿Luna? —le interrumpió Paula—. ¡Qué nombre tan bonito!

—Sí, a mí también me gusta mucho. Pues bien, resulta que Luna está aquí igual que yo, haciendo prácticas por unos meses para obtener créditos. La han destinado al departamento de Ramiro.

Paula le tomó de la mandíbula y le hizo una carantoña como a un niño.

—Vale, te creemos. Pero toda esas confianzas que te traías… Porque no me negarás que estabas tonteando con ella. Confiesa, mamoncete, tú ya la conocías de antes.

Rafa volvió a sonreír con su timidez habitual.

—Está bien, está bien… —claudicó—. Sí que la conozco. Es la hermana pequeña de una antigua amiga… o novia, o lo que fuera… ya ni sé lo que éramos… Y, sí, mi amiga me pidió que enchufara a su hermana y he sido yo quien le ha conseguido la beca hablando con Recursos Humanos.

—Ah, malandrín…

Lo que Rafa no estaba dispuesto a comentarles era el plan que había diseñado para joder a Ramiro. Contaba con la ayuda de la chica, aunque ésta tendría que ser involuntaria. Conocía bien a Luna —y al cerdo de Ramiro— y estaba seguro de que la muchacha iba a ayudar a sus planes sin tener que pedírselo expresamente.

*

A media tarde del viernes, Clara había olvidado los asuntos de sus amigos y daba vueltas a sus propios problemas. Llevaba cuajando una idea y tenía que ponerla en marcha, aunque solo de pensarlo se le revolvía el estómago.

«No sé si me atreveré», pensaba en círculos, sin poder detener su cerebro.

Pero en realidad, el plan que bullía en su mente ya había arrancado cinco minutos antes. Hacía justo ese tiempo que había realizado el pedido a Amazon de los útiles que necesitaba para echarlo a andar. Estos llegarían al día siguiente a un cajero de Amazon en el centro comercial en el que solía comprar y tenía que recogerlos el sábado por la mañana a más tardar.

Solo faltaban dos puntos no menos importantes: chatear con tío Ramón a través de *wasap* y librarse de Carlos para el sábado al completo, por lo menos. Contaba con que el viejo utilizara sus influencias para no tener que improvisar un plan ella misma con su novio.

Con un temblor de manos más que evidente, empuñó el iPhone y tecleó el primer mensaje.

CLARA: Hola, Ramón, estás por ahí?

Tuvo que esperar diez minutos hasta que los dos *ticks* se pintaron de azul. En cuanto cambiaron de color, la respuesta no se hizo esperar.

RAMÓN: Aquí estoy, querida, estás bien?

Clara se pensó las palabras que escribiría a continuación, tenía que sonar convincente… y sumisa.

CLARA: Siento todo lo que ha pasado, tío, estoy muy triste. No sé si creerme lo que dicen todos de ti, los muy cerdos.

La respuesta de su tío político se retrasó un poco. La joven se lo imaginó soltando una lagrimita por el mensaje de amor que acababa de llegarle de su última conquista.

RAMÓN: Ya ves, cariño, son unos cabrones. Yo les he dado todo lo que tienen. Sin mí no serían nadie. Y así me lo pagan.

CLARA: Y tú cómo estás? Imagino que muy decepcionado.

RAMÓN: Te lo puedes imaginar, cielo. A punto de llorar, necesito alguien que me consuele.

Clara lanzó un grito de victoria, aunque tuvo que tragárselo para que nadie la escuchara. Había llegado al punto donde quería tenerle antes de lo esperado.

CLARA: Ya sé que quieres más a las otras, pero yo me muero por poder abrazarte y

dejarte mi regazo para que llores.

Un nuevo retraso le provocó en la mente la imagen del tipejo besándose a sí mismo en las mejillas con un gesto de triunfo. «¡Qué macho soy!», debía de estar pensando el muy cerdo.

RAMÓN: No digas eso, cariño. Tú eres mi preferida. De hecho eres la única a la que quiero. Si tú te mueres por consolarme, yo me muero por acariciarte. Podríamos quedar otra vez, si te apetece.

Respondió a la velocidad de la luz.

CLARA: Claro que quiero, tío! O puedo llamarte «amor»?

RAMÓN: Jajaja. Puedes llamarme como quieras, mi cielo, puedes venir a la casona este finde? El sábado, por ejemplo?

Un nuevo «¡bravo!» a punto estuvo de escaparse de sus labios. No se lo podía creer, le estaba resultando más fácil de lo que esperaba. Imaginaba al viejo escondido en algún remoto lugar, oculto a las miradas no solo de sus familiares, si no del mundo en su totalidad. Pero era tan alta su adicción al sexo con mujeres jóvenes, que su mente se había obnubilado en pocos segundos al entrever que podría acostarse de nuevo con ella.

CLARA: Qué más quisiera, mi amor. Pero este finde tengo un compromiso con Carlos.

No era exactamente cierto, pero tenía que ponérselo crudo a tío Ramón para que éste se empleara a fondo.

RAMÓN: De Carlos no te preocupes, cielito, de él me encargo yo. El sábado nos vemos en la buhardilla a las ocho, ¿vale?

CLARA: Genial! Voy a contar los minutos que nos faltan para vernos. Gracias, tío, eres mi sol.

RAMÓN: Ponte guapa, cariño. Y trae condones, me he quedado sin suministros.

Clara lanzó una carcajada. Puñetero viejo, genio y figura el tiparraco. Hasta los condones tendría que ponerlos ella. Si sería cabronazo…

Miró su reloj y eran solo las cuatro y media. Olvidó a tío Ramón y se concentró en el trabajo. Tres horas más tarde tenía cita con Paula y Ramiro en la quinta planta.

*

A las siete y media comenzó a sonar una melodía en el móvil de Clara. Era la alarma que había programado para que no se le pasara la hora. Y menos mal. Se había enfrascado tanto en su trabajo que podrían haberle dado las diez sin darse cuenta.

Saltó de la butaca y se movió con rapidez hacia los ascensores. Por el camino echó un vistazo a la mesa de Paula. Ella, como era de esperar, no estaba por allí. Pensó en pasarse por el despacho de Ramiro, pero imaginó que sería perder el tiempo. Los amantes estarían empezando a entrar en calor. Teniendo en cuenta las ganas que se tenían el uno al otro, ambos debían de estar ya en la quinta haciendo de las suyas.

Al llegar al descansillo de los ascensores, detectó que todos estaban ocupados y subió a pie. Al fin y al cabo eran solo dos pisos.

Entró en los lavabos y notó el silencio en el ambiente. Prueba suficiente de que se hallaban vacíos, por lo que ni entró en ellos. Cruzó la silenciosa planta, tan tétrica a esas horas como la había descrito Rafa, y se detuvo ante la puerta del almacenillo. La franja de luz que se veía por debajo de ella se apagó de repente.

Extrajo una llave de un bolsillo, la introdujo en la cerradura y entró sin avisar.

—Buenas tardes —dijo encendiendo de nuevo la luz.

Los amantes la miraron desconcertados. Paula estaba sentada en el borde de la mesa. Se había quitado la ropa superior y sus pechos se mostraban tersos y ufanos, con los pezones hinchados como canicas.

Ramiro le apretaba uno de ellos con una mano, mientras el otro lo tenía parcialmente dentro de la boca. La mano libre se perdía por debajo de la falda y la expresión de placer de Paula no daba lugar a duda de donde estaba tocando.

Por su parte, la amiga de Clara había metido la mano dentro del pantalón del hombre y acariciaba su polla por debajo de la ropa. Jadeos ahogados escapaban de su garganta.

El golpe de la puerta, al cerrarse por acción del muelle automático, fue atronador. El resplandor de la luz al encenderse había convertido la escena en una imagen fotográfica, con el rostro de los protagonistas mirando al objetivo. Clara sintió ganas de reír. Parecían dos adolescentes pillados en falta por los padres de la chica.

—¿Te importaría llamar antes de entrar? —protestó Ramiro—. Podrías habernos matado del susto.

—Si, querido —se burló Clara—. Ya sé que a tú edad el corazón empieza a flojear —la expresión de cabreo de Ramiro era difícil de disimular—. Pero antes de que entierres tu verga en el coño de mi amiga, necesito que pases por caja.

Paula no decía nada, simplemente se tapaba los pechos con los brazos y se mordía una uña como una colegiala. Ramiro se separó de ella y rebuscó en su chaqueta, abandonada sobre una silla. Extrajo el iPhone de un bolsillo y le mostró el vídeo a la joven. Después presionó el botón de borrar y el archivo se esfumó.

—Vacía la papelera, por favor, y lo mismo con el archivo de la nube.

Ramiro bufó, pero obedeció. El bulto entre sus piernas era razón suficiente como para darse prisa. Luego se volvió hacia Paula y le murmuró bajito.

—¿Por dónde íbamos?

Clara dio dos pasos más hacia él.

—Eh, para, para… —todavía falta algo. Y estiró una mano.

Un nuevo bufido del hombre resonó en la sala. De nuevo echó mano a la chaqueta y un sobre alargado salió de otro bolsillo. Al tomarlo entre las manos, Clara contó los billetes.

—¿Te importaría contarlos fuera? —se quejó Ramiro de nuevo—. Aquí hay gente que tiene cosas que hacer.

Clara estuvo conforme con el recuento y , sin decir nada más, se dirigió a la salida. Antes de cerrar por fuera apagó la luz para que los dos tortolitos fornicaran sin distracciones.

—¿Pero quién coños se cree esa tipa qué es? —fue lo último que Clara escuchó decir a Ramiro—. ¿Tu chula?

Paula rió con risa nerviosa y metió su lengua en la boca de Ramiro.

# REPARTO DE BENEFICIOS

A la mañana siguiente, Clara pasó por delante de la mesa de Paula y le hizo una señal. Cinco minutos más tarde, las jóvenes conversaban en el despacho de la primera.

—Toma —le dijo Clara y le tendió el sobre de Ramiro—. Cuéntalo, debería haber cuatrocientos ochenta euros. El veinte por ciento que falta es mi parte.

—No hace falta —replicó Paula guardándolo en un bolsillo de los vaqueros—. Me fío de ti.

—Espero que los gastes en algo bonito.

—Sí… —repuso—. ¡Qué ilusión! Es mi primer ingreso como puta. Qué genial sabe. Mira, lo primero que haré será invitarte a comer. Conozco un restaurante estupendo que te va a encantar.

—Vaya, pues te va a durar poco tu primer sueldo… ¿Por qué no lo gastas con tu novio?

—¿Con Rodrigo? Uy, ni de coña, tía… Si mi novio se entera de que tengo tanto dinero para gastar sin mirar en qué, se va a mosquear y va a hacer muchas preguntas.

—Dile que te ha tocado la lotería.

Las jóvenes rieron alegres. Después Clara cambió de registro.

—Mira, Paula… Ya sé que este juego ha sido muy divertido, pero ¿de verdad quieres meterte en esto? Yo no es que sepa mucho de la profesión, pero hasta donde alcanzo no todo son vino y rosas.

—Ay, Clara, no seas ceniza… Yo no te he dicho que me vaya a meter a puta para toda la vida —tocó madera—. De puta, puta… ya me entiendes… A mí lo que me apetece es probar cosas. Hacer guarradas de vez en cuando tiene que ser simpático, divertido… Incluso apasionante. Follaré con tíos, conoceré gente… Quien sabe, igual conozco a un príncipe azul…

Rió Paula, pero esta vez su amiga no la acompañó.

—¿Y Rodrigo? ¿Qué pasa con él?

—Ay, pobre, eso sí que es un problema… De momento lo dejaré como está. Los dos nos hemos acostumbrado a divertirnos cada uno por su lado. No notará que me han partido el coño si solo le doy al puterío de vez en cuando. Le iré toreando y lo que sea, sonará.

—Vale, vale… Pero no digas que no te lo advertí.

—En fin, vamos a lo que importa… ¿Tienes algún cliente insatisfecho a quien alegrarle el finde?

—Pues tal vez… —insinuó Clara—. Pero es alguien de la segunda planta. Un tío al que creo que conoces bien. Es discreto porque su esposa lo vigila de cerca. No dirá nada, si es que decides mamarle el rabo.

—Oh, no… Clara… —hizo un gesto de desagrado—. Eso ya lo hemos hablado. No quiero acostarme con hombres de la empresa. Me da mucho palo hacerlo. Solo lo haré con desconocidos. Así que espero que actúes como una buena madame y me proporciones clientela de calidad que no trabaje en esta puñetera casa. ¿*Capicci*?

Paula ya se iba y Clara la detuvo.

—Por cierto, no me has contado. ¿Qué tal te fue con Ramiro?

—Oh, genial, ya te contaré… Ahora me tengo que ir. Chao.

—¡Espera! —la retuvo Clara—. Al menos dime… ¿Qué tal fue la mamada? ¿Conseguiste disfrutarla… aunque fuera un poco?

Paula puso cara de asco.

—Puaggg… una mierda, lo que esperaba… No creas que soy una mojigata. Cuando Rodrigo se pone borde, también se la chupo… Pero no termino de acostumbrarme, creo que no lo haré nunca. Y mucho menos a tragar leche… Eso ni con mi novio.

—No es para tanto, mujer… —dijo Clara riendo—. ¿No probaste a tragarte al menos un poco de la leche de Ramiro…? ¿Qué tal sabe…?

—Agggg… ¿Por quién me tomas? La mitad la escupí y el resto lo vomité en el baño mientras me lavaba los restos de la cara. Además, ¿por qué preguntas? Si tú ya la probaste una vez, so marrana…

Paula huyó por la puerta y Clara se quedó en su despacho a solas con sus pensamientos.

*

Una hora más tarde sonó el móvil. Era Laura, su prima política y amante por engaño de su prometido. Sabía de qué iba a versar la llamada y estuvo a punto de pulsar el icono rojo. Cambió de idea y al final la atendió con desgana.

Y efectivamente la llamada iba de lo que se temía.

Laura le recordó que faltaba menos de una semana para abonar el último plazo del viaje de

novios de Elena. La única que faltaba por entregar el dinero era ella, seis mil euros. No podía retrasarse porque las otras chicas ya habían adelantado parte de lo que le correspondía a ella, y no iban a ver con muy buenos ojos que volviera a pedirles un préstamo temporal.

—Clara, cielo, aún estás a tiempo… —dijo Laura con muy mala baba—. Si no puedes con esto, no pasa nada. Yo te ayudaré a salirte del grupo sin dar mucho la nota. Confía en mí, puedo ayudarte…

«¿Ayudarme? —pensaba Clara—. Me estrangularías si pudieras con tus propias manos para que no te haga sombra, pedazo de zorra».

Cuanto más le empujaba su prima política a que abandonara, más se empeñaba Clara en no dejarlo.

Tras acabar la conversación, la joven se hundió en su sillón. Y en ese estado la encontró Rafa.

—Hola, jefa… digo… Clara… —saludó—. ¿Tienes algo para mí? Ahora estoy bastante libre y puedo ayudarte en lo que necesites.

—¿Tienes dos mil euros? —preguntó con ironía.

—¿Qué…? —respondió él y se quedó con la boca abierta.

—No, nada, nada… cosas mías…

—Entonces, ¿tienes algo o puedo bajar a la cantina diez minutos? He quedado con Luna para contarle cosas básicas sobre cómo funciona la empresa.

—Vale, por mí puedes bajar. Hasta después de comer no necesitaré tu ayuda en un asunto algo complicado. Te va a gustar, ya lo verás…

—Oki, doki… Nos vemos a la tarde —concluyó Rafa y salió del despacho.

Clara había bromeado con la cifra de dos mil euros y no fue por casualidad. Porque esa cifra la llevaba grabada en la frente. Representaba la cantidad que le faltaba para completar los seis mil del último plazo que debería entregar en pocos días.

¿De dónde narices los iba a sacar? En fin, se dijo, aún quedaba mucho fin de semana y algo se le ocurriría.

# ULTIMA TARDE EN LA CASONA

El sábado por la tarde salió de su apartamento con el tiempo suficiente para llegar a la casona de tío Ramón a la hora acordada. Aquella misma mañana había recogido las compras realizadas en Amazon.

Una vez más, Carlos se hallaba fuera de Barcelona. Las influencias de Ramón no habían decaído a pesar de su inminente ruina. La excusa en esta ocasión fue más bien difusa —algo que tenía que ver con ciertos papeles a recoger en la otra punta de Cataluña— y que le mantendrían fuera de juego hasta el domingo a mediodía.

Como quien tiró de él fue Laura, Clara imaginó que se lo llevaba a follar con la vieja excusa de quedarse preñada. Y el pobre tonto no supo decir que no una vez más.

El Uber la dejó a cien metros de la casona y la joven caminó por la calle que atravesaba las urbanizaciones. Intentaba detectar vida en el lugar desde lejos. Éste, sin embargo, se hallaba apagado y oscuro. Muy diferente de lo que recordaba por la falta de las risas, los chapoteos en la piscina y las conversaciones de la familia en el verano recién concluido.

Clara se situó ante la puerta de peatones. Esperaba que, como la anterior vez, el cierre eléctrico de la puerta sonara antes de tocar el timbre. En esta ocasión, el sortilegio no se produjo. Tuvo que pulsar el botón del portero automático varias veces hasta que el chisporroteo de la puerta le indicó que era bienvenida.

Mientras cruzaba el jardín, divisó la piscina sin agua. Le pareció una tumba gigantesca y desvió la mirada. La puerta acristalada del salón estaba abierta, tal y como lo había estado durante las vacaciones, y en pocos pasos la cruzó. La escalera de subida a los pisos superiores apareció ante ella.

Se detuvo un instante. Miró hacia arriba y hacia los lados, girando trescientos sesenta grados. Se sentía como en un lugar extraño en el que no hubiera estado jamás. Y en ese instante supo que esa tarde sería la última que pasaría en aquella casa.

Mientras subía los escalones con lentitud, el resplandor proveniente de la buhardilla cobró vida. Ramón estaba allí, esperando. Tal y como habían planeado. Una despedida de sexo entre tío y sobrina. Un sexo, reflexionaba Clara, que agradaría a uno más que a otro, pero que a Ramón le parecería inmejorable.

Traspasó la puerta de la buhardilla y Ramón, que en ese momento miraba por la ventana, se giró hacia ella.

—Creía que no llegabas. Te buscaba en el patio pero tampoco te veía. Ahora que estás aquí, me doy cuenta de que no podías faltar. La que nace puta, puta se muere…

El habitual tono soez del viejo molestó a Clara, pero no demostró su enfado.

—Hola, tío Ramón —saludó Clara, quitándose la chaqueta y dejándola sobre una silla—. Te veo bien, estás como siempre…

—Sí, querida, para ti siempre estoy en forma. Vamos a pasarlo genial, te lo prometo.

No mentía. Ramón estaba como la última vez que lo vio. Tal vez con más barriga, pero nada especial en un hombre de su edad. Se le veía recién afeitado y con el pelo aún húmedo. Olía a su eterna *Esencia de Loewe*. Y el bulto en la entrepierna demostraba que su decadencia no le había afectado al deseo carnal. Era el orgulloso Ramón de la vez anterior, el de siempre.

El viejo se fue hacia ella e intentó besarla, pero Clara le hizo un quiebro y lo regateó, acercándose al mini bar.

—Tranquilo, Ramón, hay tiempo para todo. La tarde es larga.

Sirvió dos copas y bebieron en silencio. Clara echó en falta la fluida conversación que mantuvieron antes de que Ramón y Juan la degradaran en aquella misma sala. Para romper el hielo, ella fue la que sacó el tema preferido del conquistador.

—¿Qué tal con tus chicas? —dijo Clara tras un paréntesis—. ¿Follas mucho últimamente?

Se había sentado en uno de los sofás, se cruzó de piernas y exponía al viejo parte de sus muslos. Notando la mirada del hombre sobre ella, se ajustó la falda con las manos y éstos quedaron retratados bajo la tela como un lienzo en tres dimensiones. Las gotas de sudor en el rostro de tío Ramón denotaba la calentura que le iba naciendo en su interior.

—Mujer, lo que se dice follar, follar… no mucho, la verdad… Aunque alguna mamada que otra todavía no me falta... Bueno, a decir verdad —pareció recordar—, el otro día tuve una aventurilla con una cajera del supermercado donde compra Aurora. A punto estuve de tirármela en la trastienda. Es una pena que llegara el encargado, porque la muy zorra ya se estaba restregando el coño con mi verga. Jajaja. Y no tendría ni veinte años. Que putas sois todas, querida, desde que nacéis lo lleváis dibujado en la frente.

La joven sonrió con una mueca de fastidio, pero sus palabras denotaron lo contrario.

—Es que tú eres muy hombre, Ramón, y a las mujeres nos gustan los machos de una sola pieza.

El viejo rió y sorbió de su vaso.

—De hecho —continuó la joven—. Me molestó mucho que metieras a Juan en nuestro

juego.

—Ah, ¿sí?

—Follar con él no fue tan placentero como hacerlo contigo. Me hubiera gustado tenerte dentro toda la noche, pero ese gilipollas llegó con su mini verga y me dejó a medias.

La cara de Ramón enrojecía a ojos vista. La zorra de su sobrina política le estaba calentando de verdad.

—¿Por eso le encerraste en el baño?

—Por eso, exactamente —sonrió Clara mostrando toda la dentadura—. Fue como… una metáfora. ¿La pillaste? Quería decir: la próxima vez te quiero solo a ti, los demás me sobran. Y aquí estoy porque quiero retomar lo que dejamos a medias.

—Sí, mi cielo, ya veo lo cachonda que estás… —replicó con un jadeo—. Qué bien que hayas venido, yo también te deseo.

El viejo se abalanzó sobre ella, pero Clara volvió a zafarse. Se puso de pie y empezó a rondar por la sala. Hablaba al mismo tiempo que paseaba sobando los lomos de los libros, como había hecho en la anterior ocasión.

—Por cierto, ¿sabes que yo soy también una conquistadora?

—¿Qué me dices…? —el viejo abrió mucho los ojos—. ¿Has salido a tu querido tío?

Y lanzó una carcajada.

—Sí, cariño, he salido a ti, a pesar de que no seamos consanguíneos.

—¿Y qué es lo que has hecho, si puede saberse?

—Se la mamé a tu hijo Andrés. Fue en la oficina, debajo de la mesa de su despacho. Carlos estaba presente, aunque no se enteró de nada.

—¡Jo-der! —se asombró el hombre—. Pero que puta puedes llegar a ser… ¡Así se hace…! Me enloqueces, zorrita…

—Y eso no es todo. Aún hay más…

—¿Más todavía?

—Sí, durante las vacaciones estuve follando aquí con Rocío y Berto —inventó sobre la marcha—. Hicimos un trío de ensueño… Mmmm… Me pongo húmeda solo de pensarlo.

La cara de Ramón se tornó seria.

—Cariño, ¿me estás troleando?

—¿Por qué me dices eso, querido?

—Porque Juan me contó que solo mirabas, que no te atreviste a intervenir.

Clara no perdió la sonrisa.

—¿Eso te dijo tu hijito? Menudo gilipollas, qué más quisiera él… —mintió—. Nos pilló a los tres como animales en celo y se agarró un cabreo de la hostia cuando le mandamos a la mierda. Quizá por eso te pidió que le dejaras follarme. Quería desquitarse. ¡El muy picha floja! Ese no te llega follando ni a la sombra de los zapatos.

El viejo lanzó una carcajada.

—Jajaja… Es que soy el patriarca de la familia, no lo olvides. Al resto los he enseñado yo…

—Pues les has enseñado bien, te lo aseguro… Porque esta familia está llena de enfermos mentales adictos al sexo. Tanto, que lo que mejor saben hacer es follarse entre ellos.

El rostro del viejo se ensombreció.

—¿¡Pero qué coños…!? —exclamó irritado—. ¿Cómo te atreves a hablar así de mi familia?

Clara no respondió. Siguiendo su paseo, llegó hasta la mesa donde descansaba el bolso. Tras rebuscar en él, extrajo una ristra de condones y se la mostró al anciano.

—Olvídate de tu familia, Ramón, aquí hemos venido para otra cosa.

La baba le caía por la comisura de los labios al hombre, que se había metido una mano bajo el pantalón y se restregaba la verga excitado.

Clara, como en un vodevil, se giró hacia él, se subió la falda y, con dos pulgares dentro del elástico, se sacó las bragas y se las llevó a la nariz. Aspiró su propio aroma con deleite y extendió la prenda hacia el viejo.

—Humm… huelen a hembra… ¿las quieres?

Ramón echó una carrera hacia ella e intentó cogerlas en el aire. Clara, sin embargo, las soltó y cayeron al suelo, obligando al viejo a agacharse.

—Qué feliz estoy de que hayas venido, putita… —dijo Ramón oliendo las bragas de rodillas en el suelo—. Ya veo que aún sabes quién es el que la tiene más grande. Voy a follarte tanto o más que la última vez. Quiero vaciar mis huevos en tu garganta. Y quiero que grites cuando te corras, mi amor…

Y giró la cabeza hacia ella.

*

La mujer sonrió y mostró lo que llevaba en la mano que había dejado caída mientras le tendía las bragas, como en un truco de magia. Ramón observó que se trataba de un artilugio brillante.

Como a cámara lenta, Clara estiró los extremos del artefacto y un bastón de defensa personal telescópico de sesenta centímetros de longitud tomó forma. Era una especie de varilla de acero reforzado y de un grosor estimable, un arma fabulosa contra violadores. La vendían en Amazon sin hacer preguntas. Era pequeña y barata, y se podía guardar en un bolsillo del pantalón… o en un bolso de mujer.

Cuando Ramón quiso darse cuenta, ya era tarde. El grito que salió de su garganta no frenó el metal que se le echaba encima.

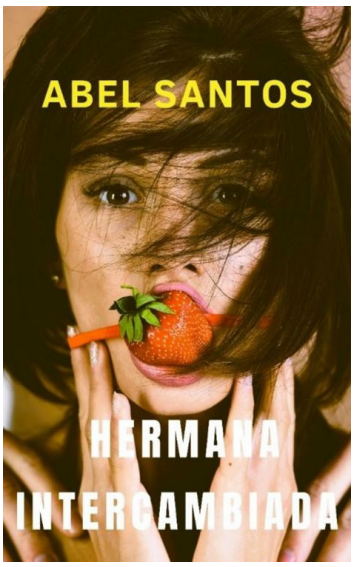
***Continuará…***

**No te pierdas la segunda parte (y final) de esta novela: HISTORIA DE UNA MUJER FÁCIL 2**

**Ya disponible:** https://www.amazon.es/dp/B0C3Y9V8D3

# OTRAS NOVELAS DEL AUTOR EN AMAZON

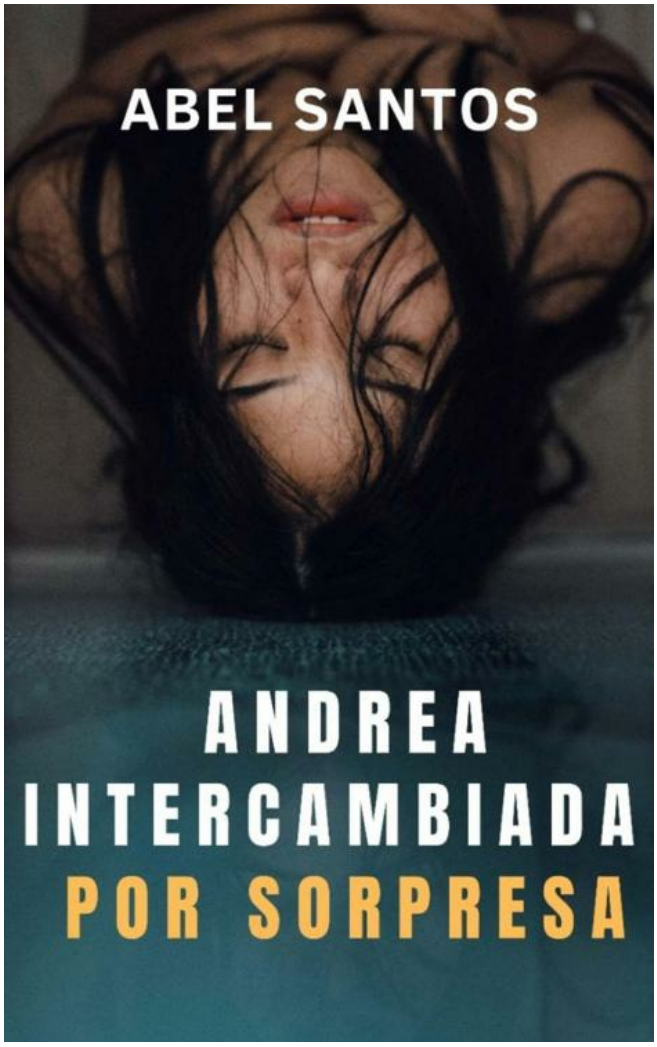
Hermana Intercambiada:
https://www.amazon.es/dp/B0BSSDVMYK




Hermana Intercambiada 2:
**https://bit.ly/42ppjjF**

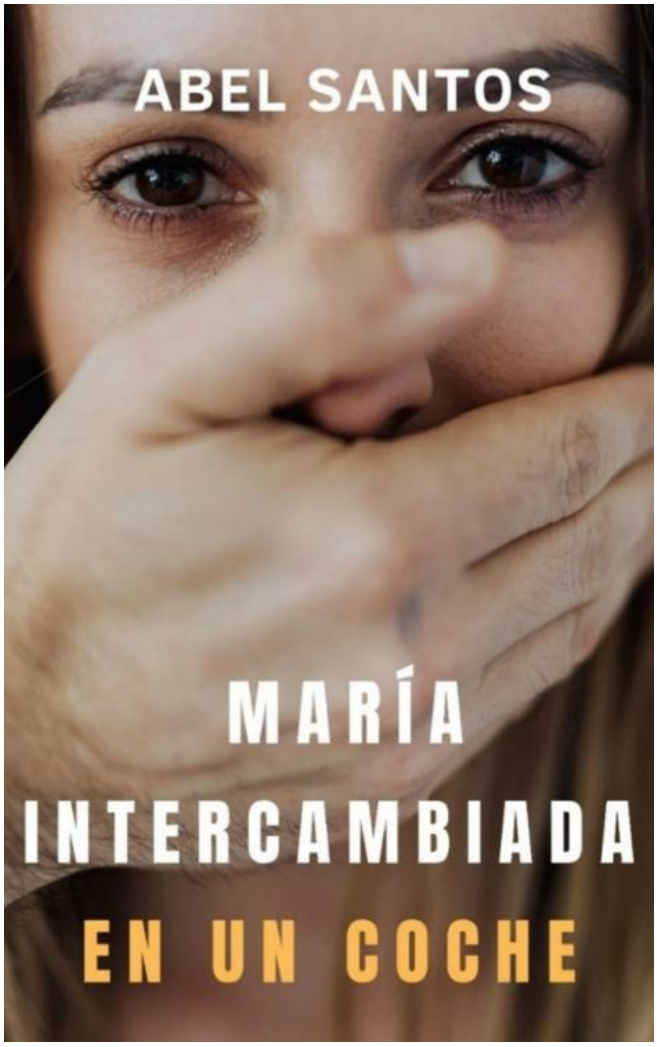


## OTRAS NOVELAS DEL AUTOR EN AMAZON (2)




https://bit.ly/3R3qyxY

## OTRAS NOVELAS DEL AUTOR EN AMAZON(3)




https://bit.ly/3DGzhDb

## OTRAS NOVELAS DEL AUTOR EN AMAZON(4)




https://bit.ly/3ZJKiLd

# NOTA FINAL

Este eBook incluye contenido sexual explícito y no es apto para menores. Las historias son fantasía del autor, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Los personajes son todos mayores de edad y, al igual que el contenido, son ficticios.

PD: Si te ha gustado esta historia, y no te importa hacerme un favor, te pediría que dejases **una reseña en Amazon**. Tu apoyo me permitirá seguir escribiendo historias interesantes para ti.